
PLEASE HANDLE
WITH CARE
University of
Connecticut Libraries
F 2324.S49
Memorias de un oficial del ejercit
1153 00467822 5

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

CAPITÁN RAFAEL SEVILLA

MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

CAMPAÑAS CONTRA BOLÍVAR Y LOS SEPARATISTAS DE AMÉRICA



EDITORIAL - AMÉRICA

MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 25

MEMORIAS DE UN OFICIAL
DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

BIBLIOTECA AYACUHCO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS

I—II. MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Bolívar y la emancipación de Sur-América.

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas en 4.° Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno. Esta obra es el libro clásico de la revolución de Hispano-América. Es de un interés increíble. Las intimidades de la época y sus hombres se consignan allí: por allí pasan pueblos, ejércitos, personajes, instituciones, ideas; todo el movimiento de una revolución social y política.

III. MEMORIAS DE O'CONNOR

sobre la

Independencia Americana.

O'Connor, como O'Leary, perteneció á la Legión británica de Bolívar. Su obra es la recopilación de recuerdos de un soldado inteligente que unió su nombre á los más grandes acontecimientos de la época. Esos *Recuerdos* son páginas inéditas, puede decirse, de la historia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y Chile. El autor fué Jefe de Estado Mayor en Ayacucho. La obra en 4.°, en papel pluma. Precio: 5 pesetas.

IV. MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Las Memorias ó autobiografía (como él la llamó) de Páez es quizás el libro más novelesco, en su veracidad, de cuantos libros de Memorias se escribieron. ¿Por qué? Porque Páez fué el héroe americano más fabuloso de cuantos surgieron en la guerra de Independencia. Fabuloso por sus proezas, por sus ardides, por el imperio que ejercía sobre los llaneros, por las empresas guerreras que acometió con sus caballerías del Apure contra las caballerías y los infantes de España. El, con ciento cincuenta hombres desafía un ejército de cerca de ocho mil; el general enemigo destaca mil jinetes para que castiguen la insolencia, y Páez lancea y destruye aquellos mil jinetes, en las Queseras del Medio; él toma las cañoneras enemigas á lanza; él asalta la fortaleza de Puerto Cabello, en medio del mar, con infantes que echa á nadar en la obscuridad de la noche.

Se ha dicho, con razón, que si no se conservaran tantos documentos de americanos, españoles é ingleses, todos contestes, las proezas de Páez andando el tiempo, parecerían leyendas mitológicas. General de Venezuela, de Colombia, de la Argentina, de los Estados Unidos, Páez es un héroe esencialmente americano.

Esta obra es el relato de las hazañas cumplidas por el general Páez en una guerra de catorce años.

Un volumen muy bien impreso, en 4.° Precio: 7,50 pesetas.

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

CAPITÁN RAFAEL SEVILLA

MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

CAMPAÑAS CONTRA BOLÍVAR Y LOS SEPARATISTAS DE AMÉRICA

APRECIACIÓN DE LA OBRA, POR R. BLANCO-FOMBONA.



EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

LAS MEMORIAS DE SEVILLA

I

Varias cosas llaman la atención del crítico ó historiador al considerar la política de España en América por los días de nuestra emancipación. Una de estas cosas es la ignorancia que, á pesar de cuerpos especiales consultores y de personajes calificados como competentes, existió siempre en el Gobierno de Madrid respecto á América, respecto al carácter de su revolución, respecto al carácter de los hombres que dirigían esta revolución. Cuando uno piensa que todavía, en 1818 y 1819, después de Boyacá, se les seguía á los jefes americanos juicios como á reos de traición y sedición! De acuerdo con el desconocimiento de la revolución estaban los medios para debelarla.

España no supo entonces, como no sabe ahora, que el mejor soldado de España en América fué la América misma; y que el día, cuando las masas populares del continente, abiertas á la comprensión de sus verdaderos intereses, merced á la constante propaganda de los patriotas, dejó de sostener el edificio colonial, el edificio colonial vino á tierra.

No podía ser de otro modo. Inglaterra, con ser potencía de mayores medios económicos que España, se defendió menos tesonera y heroicamente en el Norte de América, y ante enemigos ni tan guerreros ni tan encarnizados, de lo que se defendió España en la América del Sur y en Méjico.

España, en la guerra separatista de América, probó mil veces que las tradiciones de heroicidad de la raza, despertadas ya en la guerra peninsular contra Napoleón, se conservaban intactas é inmarcesibles.

El hecho del batallón *Valencey* retirándose en cuadro después de la batalla de Carabobo y defendiéndose en su retirada contra los triunfadores y salvándose, es digno de los más claros acentos de la epopeya. El batallón *La Reina*, sucumbiendo íntegro en el Oriente de Venezuela, prefiriendo sucumbir íntegro antes que rendirse á los republicanos, es obra de heroísmo tan alto, que sólo con respeto puede rememorarse. Las marchas audaces del general Valdés y del general Canterac por los Andes del Perú en las campañas de 1822 á 1824; la resistencia del general Rodil en la fortaleza del Callao hasta 1826; la del general La Torre en Angostura, en 1817; la bravura del general Morillo en Semen, traspasado por una lanza y batiéndose como un capitán de Compañía; las mismas ferocidades de Calleja en Méjico y de aquel tigre que desoló á Venezuela en 1814, el más malo y el más valiente de los hombres, Boves, hermano de Atila, todas esas acciones olvidadas en España, todas esas hazañas de romance, todas esas vidas tempestuosas prueban que la España del siglo XIX en América fué la misma España épica de la conquista, y que la raza española, en cuanto á virtudes guerreras, no había degenerado.

El heroísmo, en efecto, parece ser el resorte mágico de esta raza de hierro. Y tal virtud, latente en las entrañas de este pueblo de presa, guarda quizás la clave de un futuro resurgimiento.

II

Entre las acciones dignas de ser recordadas, y no por menos resonantes de menor energía, cuéntase el callado sufrir de aquellos jóvenes oficiales de la Península, saca-

dos de su casa y sus comodidades de Europa para ir á batirse en la tórrida intemperie de los trópicos americanos contra una Naturaleza hostil y contra hombres bárbaros y heroicos.

De ese número de jóvenes oficiales europeos era el capitán Rafael Sevilla, autor de amenísimas *Memorias,* donde refiere su vida y andanzas desde que partió para Costa-Firme en el ejército expedicionario ó pacificador de Morillo, en 1815, hasta que fué embarcado para las Antillas, después de la victoria de Bolívar en Carabobo, en 1821.

En cuanto á amenidad, las *Memorias* de Sevilla son amenísimas. Episodios ridículos ó sublimes, paisajes y tipos pintorescos, horas de risa y de lágrimas, pasan vertiginosamente por las páginas, y pasan deleitándonos, al revivir los días crueles de una cruel tragedia política y social.

Aunque el valiente oficial de Morillo escribió sus recuerdos ya distante por el tiempo y el espacio de aquel teatro de sus hazañas de soldado y sus angustias de patriota, el odio, que los años no extinguieron del todo, caldea algunas páginas ó contribuye á desfigurar momentos que la Historia, con documentación exhuberante, donde abundan testimonios de los mismos jefes del capitán Sevilla, ha fijado para siempre. El capitán Sevilla no era un filósofo: no le pidamos equidad absoluta. Era un soldado: dió á la patria el esfuerzo de su brazo y le lega sus recuerdos personales de combatidor y de patriota.

La circunstancia de haber nacido el capitán Sevilla en Andalucía entra por mucho en el carácter de estas *Memorias,* donde se transparentan virtudes y deficiencias, que no son exclusivamente personales de Sevilla, sino de su pueblo.

Las exageraciones del capitán Sevilla, que son andaluzadas muy andaluzas, darán idea de este escritor. Véase cómo lo impresiona la Naturaleza de los trópicos, cómo hiere su sensibilidad andaluza.

De un tigre que vió en Apure dice: "La fiera era del tamaño de un asno grande". "Sus muñecas eran del grueso de la pierna de un hombre."

"En las inmediaciones de Urama—dice también Sevilla—una culebra, alzada sobre su cola, atacó al alcalde, que iba en una mula, y á poco acaba con nosotros. Era gruesa como un muslo, larga de seis varas y su dentadura como la de un perro."

Las iguanas "tienen un carapacho como de hierro y se defienden como un león".

La exactitud de sus ojos y de su pensamiento, á otro respecto, corre á menudo parejas con su exactitud como observador de la Naturaleza.

Así opina, por ejemplo, que Tierra-Firme ó Costa-Firme, es decir, la parte Norte de la América del Sur, se perdió para España por haberse dado España una Constitución. "Todos pronosticábamos y preveíamos que con aquel sistema (el constitucional) se iba á perder la Tierra-Firme" (capítulo XXI).

Pero nadie imagine que todo sea exageraciones y mentiras en las *Memorias* del capitán D. Rafael Sevilla. Pensar lo contrario sería más justo. En medio de la verídica relación pueden deslizarse exageraciones, errores, aun mentirillas de absolutista despechado y soberbio; pero todo desaparece ante el espectáculo de lo que Sevilla alcanzó á ver del drama.

No comprendió el capitán Sevilla la magnitud ni la trascendencia social é histórica de ese drama de América, en que estaba representando un papel más ó menos modesto; no alcanzó á penetrar la magnitud de la obra, á que contribuía cada soldado patriota—como cada término contribuye á la destrucción de una ciudad—; pero las *Memorias* de Sevilla sirven, aunque su autor no se lo propusiera, para integrar, junto con obras similares, los diversos aspectos de la gran obra continental.

III

Por otro respecto son interesantes las *Memorias* de Sevilla. Porque en ellas alienta la figura del gran soldado español D. Pablo Morillo.

España ama el pasado en bloque, y á menudo vuelve los ojos y el espíritu hacia él; pero lo estudia poco y sin aquel espíritu crítico de donde sale el jugo de las cosas. Tampoco examina con precisión y presenta á la luz del sol, erguidos como estatuas, á sus próceres de antaño. De ahí que muchas de las figuras de la historia española—y figuras de primer orden—aparezcan borrosas á los ojos de la posteridad.

El general Pablo Morillo, sin ser un Gonzalo de Córdoba, fué personalidad de cuenta, genuino exponente de la heroicidad española. Con igual bizarría luchó en la guerra de España contra los franceses napoleónicos y en la guerra de América contra las huestes bolivarianas. Pues bien, Morillo, hasta ayer no más en que un historiador académico, tan parcial y tan míope como inexpresivo, tomó sobre sus flacos hombros la tarea de levantar esta marcial figura, ¿qué era en España sino un nombre, que nada evocaba ó casi nada, personalidad de contornos borrosos, absolutista de Fernando VII, figura confusa de la época luctuosísima de aquel miserable Borbón que mancilló con sus gordas posaderas el trono de Carlos V?

Y Morillo había sido un héroe nacional en dos mundos. En ambos hemisferios sostuvo con férreas manos la bandera gualda y roja.

Representó un doble papel durante su vida. En España, en la guerra contra Napoleón, fué el héroe popular, el soldado que surge de las entrañas obscuras de la patria para defender tierra y tradiciones hereditarias. Mientras los reyes de España vendían á España, Morillo, y ciento como él, que constituían el Pueblo, se levantaron espon-

táneos en armas. Morillo, y ciento como él, expulsaron al usurpador, llegado en connivencia con la Corona, y por aquel espeluznante y vil Fernando VII felicitado cuando obtenía triunfos contra la traicionada nación, ya erguida y tremenda, como el simbólico león de sus armas.

En Bailén, donde se batió como teniente; en Vigo, donde conquistó las presillas de coronel; en Sampayo, donde venció al mariscal Ney, Pablo Morillo fué el hijo del Pueblo, el héroe del Pueblo. Ese es uno de los aspectos de su doble papel histórico.

El otro aspecto es aquel que comienza cuando se le nombra, en 1815, general en jefe del ejército expedicionario español contra los separatistas americanos.

El hombre que había combatido por la independencia de España contra Napoleón, iba á luchar por la esclavitud de América contra Bolívar. El héroe popular se iba á convertir en uno de los sostenes más firmes del absolutismo español.

Este gallego, nacido en cuna humildísima, se levantó desde soldado de Marina hasta las más altas jerarquías del Ejército, de la política y de la sociedad. Fué general, estuvo sobre los virreyes, alcanzó títulos nobiliarios.

Fernando VII azuzaría su perro de presa contra los separatistas de América y los liberales de España; pero aquella tizona que hizo parpadear los ojos del mariscal Soult, iba á mellarse en los llanos de América contra la lanza de Páez, contra la espada del Libertador; y, más tarde, en Europa, los cien mil hijos de San Luis, no iban á encontrar en Morillo, ya conde de Cartagena, al obscuro é irreductible soldado de Bailén, de Vigo, de Sampayo, al que hizo parpadear un día los ojos del mariscal Soult é hizo retroceder al mariscal Ney. ¿Por falta ó pérdida de virtudes guerreras? No. En el caso de América contra los libertadores, porque la libertad, como decía San Martín, era más leona que los leones de Castilla. En el caso contra los franceses de la segunda invasión, porque la política ocupó el puesto del patriotismo.

Pero, ¿no fué siempre patriota Morillo? ¿Es que, por ventura, el segundo aspecto que le reconocemos, el aspecto de hombre de presa del absolutismo fernandino contra los americanos y contra las ideas liberales, borra ú obscurece su aspecto de héroe popular, de patriota denonado? No. Sólo un momento, cuando la segunda invasión francesa, pudo ser más dinástico ó fernandino que español. En rigor de justicia, si el general Morillo, en la guerra contra la primera invasión francesa fué patriota y defendió la soberanía de su pueblo, en las guerras de América, también lo fué y defendió la integridad del imperio español. Pero si Morillo amaba á su patria y luchaba por la integridad del imperio, nosotros también amábamos la nuestra y luchábamos por su emancipación y soberanía.

Por lo demás, los héroes todos que combatieron en España contra los franceses de la Revolución, combatieron contra las ideas liberales que estos franceses representaban, y á favor del Absolutismo, de la Tradición, del Pasado, cuyos conspicuos símbolos eran un Carlos IV y un Fernando VII. Por eso, hombres tan eminentes como el abate Marchena, como Moratín, como Goya, fueron afrancesados.

Sólo que el sentimiento de la nacionalidad, en los pueblos dignos de vida, es más fuerte que todo. Los españoles tuvieron razón en preferir la tiranía doméstica á la libertad que traían ó pudieran traer los extranjeros. En este sentido hasta se alcurnian y resplandecen aquellas palabras malhadadas del populacho de Madrid: *¡Vivan las caenas!*

IV

Las *Memorias* del capitán Sevilla nos pintan al soldado de Galicia bregando con las dificultades, en el empeño de pacificar la Costa-Firme. Mucho hizo Morillo, mucho

hicieron los españoles en la guerra de América; pero aunque más prodigios obraran, ¿cómo dominar un continente separado por la naturaleza del pequeño país que lo administraba en nombre del derecho de conquista, cuando en ese continente cundió la idea de que el derecho de conquista era una falsedad opresora, un absurdo jurídico, una quimera sangrienta? Lo difícil fué obtener que la idea arraigase en aquellos cerebros entenebrecidos por la ignorancia y alumbrase en aquellas sombras espesadas por el fanatismo y la abyección. Cuando la idea llegó al cerebro de unos pocos la revolución estaba iniciada; cuando esa idea se convirtió en sentimiento de multitudes, la revolución estaba hecha. Lo demás, no sería sino episódico.

Y es en estos episodios, en este empeño de poner diques al mar y puertas al viento que se nos presenta el capitán Sevilla en sus *Memorias*, y que presenta al "Pacificador", como se tituló al caudillo gallego.

La historia ha sido dura con Morillo cuando considera sus métodos de "pacificación". Pero no es de aquí formular ni repetir cargos.

Concluyo más bien esta Introducción con la visión física del capitán que va á llenar con su valor y con su actividad la *Memorias* de Sevilla.

He aquí un retrato á la pluma:

«Contaba Morillo al llegar á Santa Fe treinta y ocho años. Era de estatura mediana y fuerte. Su porte militar era correcto y su fisonomía, de subido color moreno, tenía expresión dura. Sus ojos eran negros, de mirada penetrante, y estaban cubiertos por tupidas cejas del mismo color. Usaba el pelo cortado al rape: lo llevó largo y encrespado cuando fué título de España; y por delante de sus orejas corría una media patilla, al uso de la época. Su nariz era poco levantada; la boca mediana y la barba prominente. Usaba bigote negro, separado completamente de la patilla: lo afeitó más tarde. Su aspecto general no era desagradable ni inspiraba simpatías. Su voz era

bronca y sus modales poco distinguidos.» (MORILLO EN BOGOTÁ, por *Pedro María Ibáñez*, en la *Revista Moderna*, de Bogotá, Octubre de 1915.)

No difiere mucho el antecedente retrato del que hizo á Morillo, en París, el gran pintor Horacio Vernet.

Tal era, pues, Pablo Morillo, el Pacificador, uno de los más conspicuos adversarios que opuso España á Simón Bolívar, el Libertador.

Hoy, aquellos dos hombres de presa que se combatieron reciamente, se abrazan en una plaza pública de Caracas, en un abrazo de bronce en que el Arte perpetúa el que un día se dieron ambos héroes en obscuro villorrio de los Andes. Ese abrazo de la escultura simboliza para la posteridad la reconciliación de dos Pueblos.

R. BLANCO-FOMBONA

Madrid, 1916.

A GUISA DE PRÓLOGO

Entregamos estos datos al juicio de la posteridad.

Son las memorias íntimas del capitán de Infantería del Ejército español D. Rafael Sevilla, y contienen la historia detallada de la famosa expedición del general Morillo y sus campañas en Venezuela y Colombia desde 1815 á 1821.

Si descartamos las exageraciones naturales de la filiación realista de su autor, no cabe duda de que cuanto esas Memorias dicen es rigurosamente exacto.

El capitán Sevilla, que falleció de coronel en Puerto Rico, en 1856, nos refiere en dichas Memorias, escritas sin pretensiones literarias y en estilo incorrrecto á veces, pero llano, comprensible, familiar, sencillo siempre, multitud de interesantes episodios de aquella epopeya sangrienta, ignorados de la mayoría de las gentes, sobre la guerra de independencia de Venezuela y Colombia.

De todos esos episodios fué él actor ó testigo ocular.

Puede asegurarse que se trata de un nuevo capítulo de la historia de esta tierra, pues si bien procede de autor realista encarnizado, como hemos dicho ya, es digno de ser conocido de la presente generación por estar escrito

con toda la imparcialidad que es dable exigir á un capitán del Ejército español de aquellos tiempos y á las órdenes del general Morillo.

Por eso, y por haber bajado á la tumba los testigos de aquellos dramas sangrientos, y por ser, á mayor abundamiento, tan grande como inapreciable el valor histórico de estas Memorias, puede decirse inéditas, es que no vacilamos en darlas á la estampa, pues ellas ofrecen gallarda muestra de la pujanza de aquella generación viril, indomable, que en uno ú otro bando combatía con heroísmo espartano en las selvas y riscos de Venezuela y Colombia, marchando serena al sacrificio, á la muerte, con la sonrisa en los labios ó el coraje dibujado en el semblante, en defensa de sus ideales respectivos.

¡Qué hombres y qué tiempos!..., puede decirse, repitiendo solemne frase de insigne estadista hispanoamericano; y muy en lo cierto está también el Sr. Pérez Moris al decir en el prólogo de estas Memorias, publicadas en Puerto Rico en 1877, que es lástima no encontrar hoy ningún anciano venerable que nos refiera detalladamente las hazañas, las miserias y las aventuras de una generación que se fué sin tener tiempo para escribir lo mucho que ejecutó.

Seguir en su odisea al capitán Sevilla; odisea de sucesos y horrores, de marchas y contramarchas penosas, de incendios horrendos, de sitios terribles, de abordajes y siniestros marítimos, de combates encarnizados, de angustias y sufrimientos, de ensañamientos inconcebibles en unos y otros combatientes, sería tarea inacabable. Escribimos estos cuatro renglones al trote, sencillamente á guisa de introducción, sin ditirambos ni pretensiones.

El lector lo seguirá con agrado á ratos, con interés cre-

ciente siempre, en el largo camino que el autor ha recorrido por los inmensos territorios de Venezuela y Colombia, y se encontará, como observa el escritor antes citado, las más peregrinas escenas y los detalles históricos más preciosos, conmovedores todos y desconocidos casi en absoluto de la actual generación venezolana.

J. R. Díaz Valdepares

CAPÍTULO PRIMERO

LA EXPEDICIÓN DE MORILLO

Por conducto de una tía mía, esposa del marqués de Sales, gestionaba yo la vuelta al ejército. Á poco recibí una carta, en que se me decía que S. M. accedería á mi solicitud, nombrándome teniente del regimiento de Murcia, que estaba en Jaén; pero que al mismo tiempo se me presentaba ocasión de poder ascender más, si quería formar parte del cuerpo de ejército que, al mando del general Morillo, se estaba preparando para darse á la vela en dirección al Río de la Plata.

Casualmente el general Morillo formaba parte de las tertulias nocturnas que tenía en Madrid mi tía, habiéndola ofrecido proteger á cualquier pariente de ella que le acompañase en la expedición.

En el siguiente correo me participó la citada señora que iría de segundo comandante general de la escuadra mi tío D. Pascual Enrile; que le contestase si me decidía ó no á pasar á América bajo tan buenos auspicios.

Formóse un consejo de familia, del cual salió la resolución de que fuese yo á buscar mayores horizontes en el Nuevo Mundo. Allí la patria necesitaba de sus servidores; en España no era posible ascender en muchos años.

Así lo dijimos á mi tía, y á vuelta de correo recibí una carta del general Morillo, en que me participaba que era ya teniente efectivo de la cuarta compañía del regimiento

de la Unión; y me ordenaba que me presentase al señor Mendivil, mi nuevo coronel, para quien me incluía un oficio.

Añadía que mi real despacho estaba en su poder y que me lo entregaría tan pronto nos viésemos. Mi regimiento estaba en Jerez y se aproximaba á Cádiz para su embarque.

En efecto, llegó á Santa María, y me presenté al coronel, que me recibió con mucho agrado; con él venía de teniente coronel el antiguo capitán de Burgos señor Urraiztieta. El 29 nos pasó revista de inspección el mismo general Morillo, quien me trató con mucha deferencia.

Dióseme por asistente un viejo, llamado el tío Pedro, de quien más adelante tendré lugar de hablar.

Desde mediados de Diciembre hasta el 17 de Febrero de 1815, estuvo la tropa acuartelada y vigilada para evitar deserciones. Todos los días se anunciaba la salida para el siguiente.

Por fin, nos íbamos á dar á la vela; el navío capitana hizo la señal; pero ya en movimiento los buques de la primera división, empezó á bajar el barómetro y á presentarse señales de próxima tormenta en el horizonte. Los barcos que habían salido volvieron al puerto.

Á las tres de la tarde se declaró un furioso temporal que echó á pique un falucho á nuestros ojos, y después uno de nuestros botes de pasaje, perdiéndose muy pocas vidas. El huracán duró ocho horas, dejando estropeados á muchos de los buques de la expedición.

Con febril celeridad se procedió á repararlos, quedando listos el 16 de Febrero, fecha memorable en que dí el último abrazo á mi familia.

Á las ocho de la mañana del 17, un espectáculo conmovedor, análogo al de Trafalgar, se presenciaba desde las murallas de Cádiz.

Diez y ocho buques de guerra y cuarenta y dos transportes levaban anclas, obedeciendo á la señal del navío *San Pedro*, poniéndose en marcha en dirección al placer de Rota, que está á tres leguas de la ciudad.

Millares de pañuelos se agitaban desde las azoteas despidiendo á muchos seres queridos, á quienes, con ligeras excepciones, no habían de tornar á ver. Á las diez de la noche salimos del placer, y á la una perdíamos de vista al faro de San Sebastián.

Componían esta formidable expedición los buques de guerra siguientes: navío *San Pedro*, fragatas *Efigenia* y *Diana*, corbeta *Diamante*, goleta *Patriota*, barca *Gaditana*, y doce cañoneras desarmadas; y los buques transportes que á continuación se expresan: *La Primera, San Ildefonso, El Guatemala, Daoíz, Velarde, Ensayo, Eugenia, Júpiter, Cortes de España, Numantina, La Vicenta, Salvadora, La Palma, Socorro, San Francisco de Paula, Providencia, Héroe de Navarra, San Pedro y San Pablo, La Joaquina, Nueva Empresa, La Empecinada, San Ignacio de Loyola, Los buenos hermanos, La Preciosa, San Fernando, La Apodaca, La Elena, La Venturosa, La Coro, La Pastora, La Gertrudis, La Arapiles, El Águila, La Parentela, La Unión, La Piedad, La Carlota, San José, Segunda Carlota, La Belona, San Enrique, San Andrés* y *La Alianza.*

Los regimientos organizados que iban á bordo, además de la artillería é ingenieros zapadores, era los siguientes: *Dragones de la Unión, Húsares de Fernando VII, León, Barbastro, Victoria, Castilla y Legión.*

Mi hermano Manuel venía también en la expedición: José María estaba en Méjico, haciendo la guerra á los insurrectos, y Frasquito en Lima, á bordo del navío *Asia.*

Cuando ya no veíamos más que mar y cielo, presentaba aquella escuadra un aspecto imponente.

Desde el descubrimiento de América, ninguna tan numerosa había cruzado el Atlántico.

Sin novedad navegamos hasta el día 25, en que al asomar la aurora, dió la señal el navío de estar al pairo.

En seguida se puso en facha y echó al agua un bote con dos oficiales de á bordo, que empezaron á recorrer todos los buques, trayéndonos la infausta noticia de que

no íbamos al Río de la Plata, como se había dicho, sino á Costa-Firme.

Así lo preceptuaban los pliegos reservados de Su Majestad que se acababan de abrir en aquella altura.

General consternación causó esta nueva. Todos sabíamos que en Buenos Aires y Montevideo los rebeldes estaban divididos, que uno de sus bandos esperaba las tropas del Rey, para pasarse á ellos y auxiliarlas, y que en la Costa-Firme, la guerra se hacía sin cuartel y con salvaje ferocidad.

El general Morillo, comprendiendo el mal efecto que había de causar este cambio de itinerario, nos mandó una proclama entusiasta, recordando los laureles que habíamos obtenido en la campaña contra el francés, y manifestándonos que debíamos alegrarnos de ir á un país más cercano al nuestro.

Á las tres de la tarde volvióse á poner en facha el navío capitana, dando la señal de que todos los buques uno á uno pasasen por su popa, encima de cuyo alcázar estaban los generales con sus ayudantes de campo. Según iba efectuándose esta operación, gritaba Morillo:

—¡Viva el Rey! ¡Viva España!

—¡¡¡Vivaaa!!! contestaban los pobres soldados agitando sus gorras en el aire.

Este acto solemne volvió la alegría y el entusiasmo á los expedicionarios.

Al siguiente día 26 nos sorprendió un gran temporal que dispersó á todos los buques del convoy. Al amanecer del 27, ya calmada la tempestad, nos encontramos debajo del pico de Teide.

Yo no divisaba más que tres fragatas, y éstas con señales de avería: á las diez de la mañana descubrimos muy lejos el navío que había rendido el trinquete: se estaba componiendo con ayuda de la marinería de todos los demás buques; á las cuatro de la tarde habían acudido allí todos los barcos, excepto dos, la fragata *Elena* y el bergantín *Guatemala*.

Seguimos fastidiados con calmas chichas, que á veces duraban tres días.

El día 2 de Marzo me tocó ir á recibir la orden general del ejército, de lo que me alegré por ver al tío Pascual. Conseguimos mi capitán y yo que el general nos diera cuatro piezas de tela para hacer pantalones á la compañía, regresando muy contentos, aunque un tanto recelosos al vernos en la inmensidad del mar en un bote tan pequeño. El día 19 del mismo mes tuvimos una gran fiesta á bordo, con motivo de ser los días del armador del buque y del capitán de la compañía.

El 23 volví de nuevo á tomar la orden al navío, el cual hizo la señal después de las cuatro de la tarde.

La mar estaba picada: mi fragata, *La Providencia,* se acercó lo más posible: me metí en el bote con el capitán del buque, Aguirre, y tres marineros; Pereira, capitán de mi compañía, nos acompañó.

Tan pronto como nos separamos de la fragata, empezó el bote á hacer agua: la achicaba Aguirre y gobernaba el timón Pereira: al ponerse el sol llegamos al costado del navío que se sumergía, ya de un lado, ya del otro, con los tremendos balances que daba: á mí me parecía que se nos venía encima aquella mole. En esto, un oficial nos gritó con la bocina.

—No atraquen ustedes, que perecen: pasen por la popa.

Lo efectuamos con mucho trabajo, recogiendo una botella cerrada y lacrada, con un papel dentro, que nos botaron á favor de un largo cordel, haciéndonos señal de que nos marchásemos en el acto.

Al virar hacia la fragata, notamos que ésta se había alejado mucho, lo que nos acabó de contristar.

La noche se iba haciendo lóbrega.

Del buque no era posible que nos vieran.

Las irritadas y abultadas olas, tan pronto nos hacían subir hasta las nubes como descender hasta el abismo, desde donde no veíamos más que un pedazo de encapotado cielo.

Horroroso era estar en aquel pequeñísimo bote en medio del Atlántico, y el horror se aumentó cuando observamos que el navío, único bajel que creíamos susceptible de socorrernos, se alejaba viento en popa, dando unos tumbos que parecía próximo á volcarse.

Otros buques, cuyas negras siluetas veíamos un momento proyectarse en el horizonte, cuando nuestra embarcación se encaramaba en la altísima espalda de una ola, también seguían impasibles su silenciosa carrera.

Entretanto, el agua que penetraba en el bote iba en aumento.

Aguirre, con la agilidad del marino que lucha por la vida, echaba baldes afuera con la rapidez de una máquina.

—Sevilla—gritó—, ayúdame á botar el agua ó somos perdidos.

—Pero si no tengo con qué—respondí conturbado.

—Con mi sombrero—dijo con una voz imperativa que revelaba impaciencia y fatiga á la vez.

Tomé, pues, su sombrero de cuero y empecé á trabajar con toda la prisa que podía, procurando al mismo tiempo alargar una pierna y encoger otra, guardando un difícil equilibrio para no caer en los tremendos vaivenes del esquife.

Pereira iba impertérrito en el timón, mandando de vez en cuando á los marineros que remasen aprisa.

Pasamos media hora de mortal angustia.

Gruesas gotas de sudor se desprendían de mi frente sobre el agua que nos inundaba y que nunca conseguíamos agotar.

El capitán de la fragata estaba rendido; pero no cesaba de echar agua al mar.

De pronto, se incorporó y tendió sus penetrantes ojos, acostumbrados á ver á grandes distancias, por el negro horizonte, en tanto que un golpe de mar nos llenó casi el bote de agua.

Yo me puse en pie también mirándole, pues creí que

ya no había esperanza y que era inútil trabajar más.

—Bogad pronto, pronto, pronto—gritó—, y nosotros botemos agua.

La fragata está próxima.

Entonces redoblamos nuestros esfuerzos en una especie de fiebre.

Ni un par de bombas habrían sacado más agua que el barril del capitán Aguirre y su sombrero, que yo manejaba. Por su parte, los marineros remaban con tanta rapidez y fuerza, que el bote volaba ya por encima de las montañas de agua, ya por los precipicios. El capitán de ejército, Pereira, no despegaba los labios; pero gobernaba el timón con increíble presteza.

—Gritad, bárbaros—dijo Aguirre á los marineros, cuando vimos el buque cerca, pero navegando á la ventura sin distinguirnos;—gritad vosotros, que tenéis asaz fuertes los pulmones.

—¡Socorro, socorro, que nos ahogamos!—vociferaron varias veces los infelices.

El buque orzó hacia nosotros.

—Loado sea Dios—exclamó Aguirre, sin cesar de botar agua;—nos han oído.

Dos minutos después oímos la voz del segundo de á bordo:

—¡No atraquen, que se pierden!

—Ya lo sé—contestó Aguirre.

Inmediatamente, más de cien extremos de cuerdas cayeron cerca de nosotros.

La tropa y marinería nos adoraban, y cada cual tiraba algo para que nos asiésemos.

Los marineros del bote ataron uno de aquellos aparejos á la argolla de proa.

—Mire cada uno por sí—mandó el capitán—, y sálvese el que pueda.

Entonces, cada cual se agarró de lo que pudo.

Yo en un balance pude asirme de la cadena de la mesa de guarnición, y subí, como un gato, á bordo.

Los demás no sé cómo ganaron el buque, pero todos se salvaron... ¿Todos? He dicho mal.

Pereira, con aquel valor temerario que le era peculiar, había querido ser el último en salir del bote y, ya solo, había empuñado uno de los calabrotes arrojados; pero el bote, falto de quien le achicara el agua, se sumergió tan pronto como lo abandonamos nosotros, quedando colgado y haciéndose mil pedazos contra el costado de la fragata.

Pereira recibió un golpe terrible.

—Vengan faroles á estribor—gritó Aguirre,—y aprovechemos el próximo balance.

Vino el balance, y entonces, á la luz artificial, vimos á Pereira que no había soltado el cabo; no sabía nadar, y traía botas, levita militar y espada.

—Está privado del sentido. No tiréis del cabo—exclamó el capitán del buque,—que se desprende. ¡Dios mío! ¡Quién lo salvará!

—Yo—gritó una voz.

Y en el mismo instante vimos una especie de fantasma que se lanzó al mar.

—Nadie más se tire—gritó el capitán;—las víctimas son ya dos.

En aquel momento una ola colosal llenó el buque de agua, barriendo los fragmentos del bote, pasada la cual, vimos á un marinero asomar la cabeza por detrás de la líquida montaña.

Braceaba con un brazo, y con el otro hacía esfuerzos para sacar un bulto á la superficie.

Le lanzamos infinidad de cuerdas. El náufrago se agarró de una con la única mano que traía libre, y haciendo luego un esfuerzo supremo sacó á flor de agua la parte superior del lívido cuerpo de Pereira.

—Tirad del cabo sin miedo—gritó,—que yo no me estrello ni suelto al capitán.

Más de cien robustos brazos empezaron á tirar. Una ola le impulsó contra el buque; pero él, parando el golpe

con sus pies, empezó á dejarse suspender, trayendo en el brazo izquierdo á Pereira, como una madre á su niño. Al llegar á la obra muerta, el salvador y el salvado fueron cogidos y recibidos en triunfo.

Pereira no daba señales de vida.

—Soltadle—dijo el capitán,—y que un hombre de fuerza le suspenda por los pies.

Un forzudo marinero trató de hacer aquella operación, pero no le ayudaba su pequeña estatura.

—Á ver, yo lo haré—exclamó el que lo había recogido del mar;—y aquel hombre, que era un gigante de atlética musculatura, lo levantó en el aire como un pollo.

El agua salió á borbotones de la boca del náufrago. Hecha esta operación, se le llevó á su cama, donde en breve exhaló un prolongado suspiro.

En seguida, frenéticos de contento, fuimos abrazando uno á uno al que lo había salvado.

Era éste un marinero ruso, de talla colosal y fuerzas hercúleas, de ancho pecho y de muñecas tan anchas y nervudas, que á su lado habrían parecido de dama las mías.

Cuando nosotros le estábamos haciendo estas cariñosas demostraciones, sin darle tiempo á que se fuera á quitar la blusa y el pantalón, empapados, salió del camarote de Pereira el capitán Aguirre.

—Señores—nos dijo con voz solemne,—el capitán Pereira ha vuelto en sí y ha recobrado el sentido. La acción heroica de este valiente extranjero que nos acompaña es digna de loa y de recompensa. Pero antes que darle á él las gracias debemos dárselas fervorosas á la Santísima Virgen, que nos ha salvado á todos, y muy particularmente á Pereira, por un milagro visible de su Hijo Divino. Padre capellán—añadió dirigiéndose al del buque,—necesitamos orar; diríjanos usted, y de rodillas todo el mundo.

Inmediatamente nos hincamos sobre cubierta. El sacerdote empezó á rezar el rosario, y nosotros á seguirlo.

Era cosa digna de ver aquellos hombres atezados orar con tanto fervor. Por mi parte, puedo decir que jamás con tanta devoción recé.

Terminado aquel acto, tan sencillo como imponente, nos retiramos á nuestros camarotes.

Al siguiente día, Pereira estaba bastante mejor; sólo le molestaban algunas contusiones que había recibido y el consiguiente estropeo.

Nosotros hicimos una gran comida en celebración del fausto suceso, poniendo al marinero ruso de presidente de la mesa.

El capitán le dispensó de todo servicio por ocho días, y Pereira le mandó dar la mitad del dinero que llevaba.

El día 2 de Abril vimos tierra, la isla de Tobago, según decían, que el día 3, ya entrados en el mar Caribe, dejamos á popa.

Al anochecer divisóse un pequeño buque, que resultó ser una balandra inglesa. Forzó la vela el navío y la alcanzó al momento, mandándole que fuese á su costado para que no diese aviso de nuestra presencia á ninguna tierra próxima.

Pero la madrugada del 4 tuvo la torpeza de atravesarse por la proa de aquél, siendo en el acto pasada por ojo, no salvándose de sus tripulantes más que uno, que se agarró de los obenques del bauprés.

En la misma mañana descubrimos una goleta que trató de huir, pero le dió caza la *Efigenia;* y viendo que se negaba á detenerse, le tiró un cañonazo que le llevó un palo y una parte de la obra muerta. En este estado siguió al convoy.

El día 5 presentóse á nuestra vista la alta cordillera de montañas de Costa-Firme, derivación de Los Andes.

Á las cinco de la tarde fondeó toda la escuadra en Puerto-Santo, arbolando la bandera inglesa. Ya estábamos en el Nuevo Mundo.

Tendiendo una vista por la playa, sólo una casita distinguíamos á lo lejos.

Una falúa que mandó á tierra el navío regresó á las doce de la noche trayéndonos la noticia de que estaba en Carúpano el brigadier Morales, comandante de una columna española, compuesta de leales venezolanos, que marchaba á apoderarse de la costa de Güiria.

También recibimos allí la mala nueva de haber muerto en la acción de Urica el heroico brigadier Boves, comandante general de las tropas reales.

Á las siete de la mañana siguiente levamos anclas y seguimos navegando á sotavento á la vista de la costa; al pasar por delante de Carúpano, pequeño pueblo que parecía una taza de oro desde el mar, vimos dos cerros circunvecinos cubiertos de gente; arbolaron en el fuerte el pabellón español, tiraron algunos cañonazos en señal de salva, y vino á bordo una balandra con el brigadier Morales y otros jefes y oficiales, para ponerse á las órdenes del general Morillo.

De la entrevista que celebraron salió el proyecto de ir á tomar la isla de Margarita, situada á unas siete leguas de distancia.

El brigadier Morales pidió permiso para embarcar un batallón de negros zambos, que era el terror del enemigo, lo que le fué concedido. Pasamos la noche al frente de aquel poblado.

Ya en movimiento para Margarita, encontramos dos fragatas de guerra exactamente iguales á las nuestras, también con bandera inglesa.

Se las reconoció, y resultaron ser, en efecto, de la real marina británica, que durante la noche se habrían metido entre nuestros buques para olfatear lo que pasaba. Nuestro general mandó por medio de la bocina al comandante de una que fuese á bordo del navío.

Lo verificó éste, y Morillo le dijo imperativamente que si en el término de tres horas no abandonaban el convoy, se vería en el sensible caso de echar á pique las fragatas extranjeras. Á las dos de la tarde se alejaban con rumbo á las Barbadas.

Durante la noche notamos continuos relámpagos que rasgaban á cada instante la atmósfera, lo que no dejó de alarmarnos; pero el Sr. Arteaga nos tranquilizó diciendo que el fenómeno era natural en aquella altura.

Algunos indios desnudos nos acompañaban en sus piraguas, quienes se ponían muy contentos cuando les tirábamos galletas y botellas de ron.

CAPÍTULO II

LA ISLA DE MARGARITA

Á las seis de la mañana estábamos frente al fuerte y pueblo de Pampatar, principal puerto de la isla de Margarita.

Toda ella estaba dominada por los insurgentes, al mando del feroz Arismendi y de Bermúdez.

El fuerte izó la bandera española; pero el general Morillo no quiso que ninguno de sus buques se pusiese á tiro de cañón; sólo consintió en que la fragata *Diana* diese una bordada sobre el pueblo, manteniendo mientras tanto el resto de la escuadra en facha.

Tan pronto como la fragata estuvo cerca, se la hizo fuego desde el fuerte. Lo más extraño era que éste no sólo seguía ostentando el pabellón español, sino que usaba el mismo plan de señales que habíamos nosotros adoptado.

La *Diana* lanzó una andanada sobre el fuerte. Inmediatamente vimos multitud de gente que salía corriendo del pueblo.

En la playa distinguimos varado el casco de un buque grande, en el cual reconoció Aguirre, á favor de su anteojo, los restos de nuestro bergantín *Guatemala*, el que se había separado de nosotros con el temporal cerca de Canarias (1).

(1) La *Diana* se nos había incorporado después.

Sin duda lo habían engañado, como se había tratado de hacer con nosotros, y los de su tripulación y tropa quizás habían sido degollados. Entonces nos explicamos cómo el enemigo había aprendido nuestras señales.

Fondeamos á sotavento fuera del alcance de los proyectiles del fuerte.

Amaneció el día 8: la playa estaba cubierta de infantería y caballería, fuerzas que fueron dispersadas por el fuego de metralla y granada, que sobre ellas lanzaron nuestras cañoneras.

El día 9 se puso á tiro de fusil de tierra la fragata *Efigenia*, y desde su costado hasta la playa se formó con todas las cañoneras encadenadas una especie de puente, para facilitar el desembarco.

Quiso impedirlo el enemigo, que se presentó, numeroso y tenaz; pero tuvo que ceder un tanto ante la continua lluvia de metralla que sobre él descargaba la fragata. Obedeciendo la orden del general en jefe, empezaron á trasladarse á la *Efigenia* las compañías de cazadores de todos los cuerpos, el batallón del general y veinticinco hombres con un subalterno de cada buque, para formar la reserva. Tocóme ir á mí con el piquete de mi buque, habiendo pasado toda la noche apiñados en la fragata; al ser de día desembarcamos bajo un vivísimo fuego que se nos hacía desde un bosque vecino.

Ya en tierra, formamos tres columnas: la mía, compuesta del batallón citado, la de los cazadores y la tercera de los piquetes de reserva. Anduvimos con el arma á discreción hasta el pueblo que encontramos abandonado, y á paso de carga subimos al cerro en que estaba situado el fuerte.

Algunos artilleros que habían quedado en él, nos dispararon unos cuantos metrallazos, echando á correr en seguida. Ya en nuestro poder el fuerte, los de la reserva nos retiramos á nuestros buques respectivos.

Habían cesado los fuegos del bosque.

Un oficial insurgente se presentó al comandante Reina,

manifestándole en nombre de los rebeldes que todos estaban dispuestos á rendirse á discreción, siempre que les fuesen perdonados sus pasados yerros.

Dióse parte de esta proposición al general Morillo, quien al momento concedió el indulto, á condición de que no hubiese sido muerto ninguno de los tripulantes del *Guatemala*, y que le fuesen todos entregados sanos y salvos. Así lo hicieron los rebeldes; nuestros extraviados compañeros volvieron á abrazar á sus amigos.

El día 11, ya instalado Morillo en la ciudad de la Asunción, capital de la isla, sita á unas dos leguas de la playa, se le presentó el sanguinario Arismendi.

El hipócrita, lo primero que hizo fué caer de rodillas delante del general, derramando lágrimas de arrepentimiento, según él, de cocodrilo, según el veterano y valiente brigadier Morales.

—Señor—le dijo entre sollozos—soy un hijo pródigo, que vuelve temblando á tocar á la puerta del hogar paterno. Yo he sido un malvado, lo confieso; pero prometo á V. E. que si me concede la vida que le imploro, la dedicaré entera en lo adelante al servicio de España, mi amada madre patria, con la cual he sido hasta ahora tan ingrato como adicto y fiel le he de ser en lo que me resta de existencia. Perdón, mi general, perdón.

—Levántese usted—contestó Morillo—, que el Rey tiene el corazón más generoso que sus enemigos.

En los ojos del brigadier Morales, que estaba presente, brilló un relámpago de ira mal comprimido por los deberes que impone la disciplina.

—Mi general—dijo apuntando con el índice al famoso cabecilla, que permanecía arrodillado—; mi general, no haga usted semejante cosa. Ese hombre que tiene usted á sus plantas no está arrepentido; le está engañando á usted miserablemente. Ese hombre que ve usted arrastrándose como un reptil, no es hombre, es un tigre feroz, salido de las selvas ó del infierno. Esas lágrimas que vierte son de cocodrilo; sus protestas son ardides y sus

promesas mentiras. Con esa misma lengua con que ahora pide perdón ha mandado el miserable quemar vivos á quinientos pacíficos comerciantes españoles, vecinos que eran de Caracas y La Guaira: los que consiguieron escapar de la hoguera fueron asesinados á lanzazos, yendo este *general...* de salteadores á la cabeza de los verdugos, cuyos brazos no hacían más que ejecutar su bárbaro mandato.

Aquellas víctimas, padres de familia, los más, no tenían otro delito que haber nacido en la Península: no habían tomado parte alguna en la guerra, y fueron sacados á la fuerza de sus tiendas, arrebatados detrás de los mostradores, robados por este infame, y luego muertos de la manera salvaje que he dicho: en nombre de sus manes, mi general, yo pido que se haga justicia; que se castigue ejemplarmente como marcan las leyes, no al insurgente, sino al reo de delitos comunes que han estremecido de horror á los mismos insurrectos decentes.

—No importa—contestó el general;—con todo eso, le perdono; así quedará más obligado, y comprenderá cuán sincero y grande tiene que ser su arrepentimiento para que iguale á mi generosidad. Arismendi, levántese, consuélese y sea leal en lo adelante con esa nación hidalga, á quien le debe una segunda vida.

El cabecilla se levantó y salió echando una mirada de odio reconcentrado sobre el brigadier.

—Mi general—le dijo Morales á Morillo,—desde ahora le predigo que fracasará usted en su expedición. Al decretar usted el indulto de Arismendi y demás cabecillas que alberga esta isla, ha decretado usted la muerte de millares de peninsulares y de venezolanos leales que por ellos han de ser asesinados. En Margarita estaba concentrado todo el veneno que le quedaba á la insurrección; todo el resto del país está casi pacificado, y si se hubiera entrado á sangre y á fuego este nido de piratas, arrasando con esta isla maldita, refugio de todas las hienas rebel-

des, no se propagaría de nuevo la insurrección. Bermúdez se ha fugado con 300 hombres. Arismendi no tardará seis meses en reorganizar sus fuerzas; y esta misma isla que hoy podría haberse sometido realmente en dos días, costará luego á España arroyos de sangre dominarla de verdad. La política bondadosa y suave está buena para los tiempos de paz; en los de guerra se traduce siempre por debilidad y da aliento á los indecisos. Mi general, se pierden estos dominios para España y usted pierde su fama de sabio político y valiente militar si sigue usted ese sistema que acaba de inaugurar en la Margarita.

—Señor brigadier, no le he pedido á usted consejos —contestó algo irritado Morillo.

—Es verdad, mi general, y en lo adelante me abstendré de dárselos. Me queda, en cambio, la satisfacción de haber cumplido con un deber de conciencia; y tal vez la historia, al consignar en sus páginas el fracaso de la grande expedición de Morillo, consagre una línea á explicar que hubo un español íntegro, conocedor del país y de sus habitantes, que desde el principio señaló lealmente á su general los peligros á que una mal entendida lenidad le exponía: se dirá que V. E. fué vilmente engañado, pero no que lo fueron los veteranos del ejército de Venezuela. El tiempo, mi general, el tiempo y la historia dirán cuál de los dos se equivoca (1).

---

(1) El tiempo y la historia, en efecto, dieron la razón al brigadier Morales. Torriente dice así en su *Revolución Hispano-Americana*, tomo II, pág. 164. Las ideas del general Morales eran terribles, por cierto; y aunque estamos muy distantes de complacernos con las escenas sangrientas, tal vez hubiera sido más útil á la misma humanidad que se hubieran llevado á efecto sin alteración. La amputación de un brazo muchas veces salva á todo el cuerpo de la muerte. Si aquella isla hubiera quedado destruída por los cimientos, parece lo más probable que había expirado para siempre el genio del mal. Si este punto hubiera quedado inhabitado y desierto, no se habría visto desplegar en él al año siguiente tanta ferocidad y barbarie contra los valientes europeos que hubieron de pasar á apaciguarla, hallando por pago de

Desde aquel día quedó profundamente resentido el brigadier Morales con el general.

Tan pronto como entre los rebeldes fué público que Arismendi había tenido la audacia de pedir el indulto y que lo había logrado, se fueron presentando todos los pájaros de cuenta, que eran muchos, obteniendo igual gracia.

Solamente á un sevillano que había sido comandante de caballería en el ejército de S. M., y que se había pasado al enemigo, no perdonó el general Morillo, habiéndolo mandado con un par de grillos al navío, para formarle causa, pues había sido muy sanguinario con sus mismos compatriotas.

El día 15 fuí á tierra, acompañado de un sargento y varios soldados, con el objeto de comprar algunas piezas de lienzo para la compañía, por encargo del capitán Pereira.

Eran las cuatro de la tarde. Entonces todo me llamaba la atención, y lo primero en que la fijé al entrar en el pueblo fué en una negra que estaba entre una especie de grandes y espinosos cardos; primera mujer que vi en América y cuya figura me quedó desagradablemente impresa en la memoria.

Estaba desnuda; sólo tenía un taparrabos de trapos asquerosos en torno de la cintura; tenía en brazos un chiquillo sucio del mismo color, montado sobre el cuadril, con una piernecita atrás y la otra adelante, y sujeto por uno de los brazos de la madre: el pelo erizado de aquella mujer, sus miembros demacrados y su desaseo me hicieron volver la cara de puro asco. Parecía la estampa de la herejía.

---

sus generosos sentimientos una muerte cruel, acompañada de todas las angustias y padecimientos que la hacían más horrible. Si aquella madriguera de la maldad y de la perfidia hubiera desaparecido de sobre la superficie de las aguas, no habríamos visto tantas veces salir de ella las furias revolucionarias á asolar las inmensas regiones del Continente.—*N. del A.*

En el pueblo no encontramos gente, ni tiendas, ni casa con puertas, ni nada: todas habían sido quemadas. Unos oficiales que encontramos debajo de un árbol se echaron á reir á carcajadas cuando supieron la comisión que nos había dado el capitán. Volvimos á bordo tristes y cabizbajos.

CAPÍTULO III

UNA DESGRACIA

El 18, al mediodía, dió el navío orden para darnos á la vela. Á nosotros se nos mandó ir á la isla de Coche para hacer agua, si la necesitábamos, y lo mismo á los demás buques que careciesen de ella.

El general Morillo y demás oficiales salieron el 20 para Cumaná en la *Efigenia*, dejando en la Margarita dos compañías de Barbastro y unos cuantos dragones de guarnición.

La mayor parte de los buques se dirigieron á la isla de Coche.

Mi fragata, por no necesitar agua, se rezagó, llegando el 21 por la mañana y anclando á unas cuatro millas de tierra.

El navío *San Pedro* venía detrás, para ir recogiendo á todos los buques, y fondeó muy cerca de nosotros, delante de dicha isla de Coche, teniendo á la proa dos ó tres lanchas cañoneras.

Á las cuatro de la tarde notamos mucha confusión á bordo del *San Pedro* y que nos hablaba con bocinas. En el tope de proa oímos señal de motín y que muchos individuos se tiraban al agua y se trasladaban á nado á las cañoneras: algunos se descolgaban, para que los auxiliasen, por el cable de proa, lográndolo unos y pereciendo otros.

Inmediatamente echamos una lancha al mar, en la que nos metimos dos oficiales y un piquete de soldados armados de fusiles para ir al navío á sofocar la rebelión.

Pero cuando ya nos alejábamos, asomóse Pereira por la popa y nos dijo que nos volviésemos, pues lo que había á bordo del *San Pedro* no era motín, sino fuego.

Efectivamente, al subir á nuestro buque ya se divisaba muy bien el humo salir del navío, y distinguíamos á sus infelices tripulantes que angustiosamente nos pedían socorro.

Desde arriba se tiraban muchos á los botes, que estaban llenos de soldados, quienes, con ese egoísmo que produce el temor á la muerte, recibían con la punta de las bayonetas y de las lanzas á los que saltaban. Entonces echamos al agua todos nuestros botes, que dieron dos viajes, salvando unos 70 jefes y oficiales y de 300 á 400 individuos de tropa y marinería.

Entre los que trajimos, vino el mayor de la escuadra, Santibáñez, en camisa; el mayor de mi regimiento y el edecán del general Villavicencio; todos venían en mangas de camisa, y los mejor librados, con lo encapillado.

En la *Providencia* ya no cabíamos sino en pie y apretados como sardinas. El resto de la escuadra, aunque distante, notó también este desgraciado accidente y mandó sus botes á todo remo; pero los más no llegaron á tiempo, y otros se detuvieron ante los cañones, que se disparaban solos, lanzando sus balas y mortífera metralla, por lo que á unos y otros nos fué imposible terminar el salvamento.

Á bordo mismo estábamos en inminente peligro, con cuyo motivo tomó el mando de la fragata su propietario y experto marino el bizarro Arteaga.

Colocado junto á la caña del timón, gritó con voz de mando imponente, á la que era imposible resistir:

—¡Silencio! ¡Dos marineros con hachas al pie de los cables! ¡Desplegar velas!

Una comisión de personas visibles le fué á suplicar que

mandase á cortar los cables para que se alejase de allí la fragata.

—Mi deber es permanecer aquí—dijo,—y ninguna consideración es capaz de separarme del camino del deber.

Rechazada perentoriamente la petición, enviaron al capellán Cabañas, que le rogó por el amor á Dios y al prójimo no expusiese tantas vidas.

—Padre—le respondió—tengo botes en la mar que esperan un momento en que la artillería los deje aproximarse al navío para recoger á los desgraciados que van á morir achicharrados: mientras haya esperanza de salvarlos no me muevo de aquí: yo soy el primero en exponer mi vida, y nadie tiene derecho á regatear la suya. Váyase usted á rezar por los que han muerto y por los que morirán dentro de pocos minutos.

Más de media hora permanecimos allí sufriendo el fuego que nos hacía el navío.

Después observamos que las llamas habían ya subido al palo de mesana y que devoraban sus jarcias.

Entonces, y sólo entonces, oímos la tonante voz de Arteaga gritar:

—¡Piquen cuerdas! ¡Derriben á popa!

Así se ejecutó por los muchos brazos inteligentes que teníamos á bordo.

La fragata empezó á navegar á toda vela; pero no habían pasado más que diez y ocho minutos, cuando ya á cierta distancia del buque incendiado, vimos sobre el navío como un relámpago inmenso, indescriptible, después una colosal masa negra y roja que se elevó como el cráter de un volcán á las nubes, luego un ruido espantoso, prolongado, inaudito.

La mar tembló, las aguas se arremolinaron en forma de las olas concéntricas.

Una especie de nube cual globo gigantesco que rasgó los aires, pareció amenazar al cielo y aplastar la tierra. Alrededor del punto en que había estado el navío no se veía agua, sino negro humo.

—Señores—exclamó Arteaga, cuando hubo cesado el ruido de la explosión.—Dios ayude á los que han muerto: roguemos por sus almas y demos gracias á la Providencia por nuestra salvación, casi milagrosa... Ahora, pidamos á Dios que nos libre de la nube.

—¿Qué es la nube?—preguntó un capitán.

—La nube que se nos viene encima son cañones, fusiles, balas, palos, cadáveres y mil otros cuerpos pesados que nos aplastarán si caen sobre nosotros.

Y era así: según se iba abriendo la nube caían en ella cuerpos negros que se sumergían con grande estrépito en el agua: nuestra fragata tuvo la suerte de que ninguno de aquellos fragmentos cayese á su bordo, pero sí muy cerca: del navío no se veía más que el bauprés fuera del agua.

Pasamos la noche dando vueltas, sin poder fondear, por haber perdido las anclas y no tener más que una en el fondo de la bodega. Al amanecer se reunió con nosotros el convoy que había estado haciendo aguada.

Una vez reunidos, se hizo el transbordo de la gente que teníamos en la *Providencia,* distribuyéndola entre todos los demás buques. Como la mitad de los salvados estaban desnudos, les abrimos nuestros baules para que se remediaran de lo indispensable.

El buen Arteaga sacó dos enormes cofres llenos de ropa de paño de mucho costo: toda la repartió sin quedarse con una prenda.

Al mediodía supimos que habían perdido la vida en el navío dos oficiales y treinta y seis soldados y marineros, entre ellos el músico mayor de mi regimiento, un platillero y un gastador, habiéndose encontrado á uno de los oficiales, llamado Santa María, hecho un carbón sobre el agua.

Comparativamente, mucho mayores fueron las pérdidas materiales que sufrimos con la quema del navío. Además del buque, que era excelente, fueron á parar al fondo del mar 600.000 pesos del Ejército y 500.000 de la Marina

en efectivo, un magnífico tren de artillería de campaña y de plaza, 8.000 fusiles é igual número de monturas, espadas y pistolas; 8.000 vestuarios completos de paño, infinidad de útiles de ingenieros, 4.000 quintales de pólvora, un sinnúmero de bombas, granadas y balas, y todos los equipajes de los jefes y oficiales y otros artículos de valor que sería cansado relacionar.

El día 23 llegamos á Cumaná, donde desembarcó el regimiento de Barbastro y parte de los dragones de la Unión.

El 27 tuve el gusto de pasar á ver á mi hermano Manuel, que había sido nombrado capitán de aquel puerto: juntos fuimos á saludar al tío Pascual.

El mismo día me entró un malestar general: me dolían todos los huesos; sentía en mi cabeza una especie de mareo, y á las pocas horas experimenté una fiebre intensa.

Mi tío y hermano se alarmaron, porque creyeron que tenía el vómito.

Pero la patrona, señora anciana y entendida, les manifestó que yo tenía una enfermedad muy conocida en el país con el nombre de bicho, la cual consumía en breves días al paciente, si á tiempo no se la curaba por los medios, bastante brutales, que ella indicó.

Á ellos me sometí, y al siguiente día me encontraba mucho mejor; estaba débil y estropeado, pero con unas ganas de comer extraordinarias.

El 29 me despedí de mi hermano y regresé á bordo, en donde mis compañeros se asombraron de verme tan pálido y extenuado en un día de enfermedad.

Enterados del mal y de la receta, de la que los limones formaban la base, se proveyeron de gran cantidad de ellos por si les atacaba el bicho.

Nos dimos á la vela el 3 de Mayo para La Guaira, que está á 45 leguas, habiendo llegado toda la escuadra el 6, por la noche, sin novedad.

Desembarcamos el 8, entre las fuertes olas que suelen batir siempre aquel puerto, no sin haber manifestado

antes nuestro agradecimiento al maestre don José Arteaga y al capitán Aguirre, de quienes nos despedimos conmovidos.

Una señora muy patriota que había en La Guaira, la de Erasos, nos alojó á todos los oficiales, recibiéndonos con alegría y obsequiándonos con una espléndida cena.

El día 8, á las cuatro de la mañana, emprendimos nuestra marcha para Caracas. Á cada oficial se le dió una mula; pero estas cabalgaduras las cedimos á los soldados enfermos. El camino hasta Caracas es de cinco leguas: la mitad se anda subiendo, y la otra mitad bajando.

En la cumbre hay un frío manantial, donde apagamos nuestra sed; luego supimos que aquella agua hacía daño.

Todos íbamos de riguroso uniforme, menos muchos soldados que, habiendo perdido su ropa en el navío, llevaban pañuelos en la cabeza, en vez de sombreros.

Con el objeto de lucir mis pies andaluces, yo me había puesto unas botas que me oprimían mucho; al llegar, apenas si podía andar. Pero esta incomodidad la olvidé al entrar en la bella ciudad de Caracas.

Sus calles, azoteas y balcones, estaban atestados de gente que nos vitoreaba y aclamaba con vivas á España, al Rey y al Ejército. Gallardas jóvenes, lujosamente vestidas, nos daban *hurras*, saludándonos con sus pañuelos, como si fuésemos Mesías.

Aquella recepción nos colmó de entusiasmo. Por mi parte, no sentí mis botas hasta que, ya concluído el acto, me retiraba á mi alojamiento.

Entonces, tuve necesidad de apoyarme en mi viejo asistente, el tío Pedro, para ganar la casa á que se me había destinado. Afortunadamente era ya de noche, y los ojos de fuego de las caraqueñas no escrutaban mis movimientos.

Me hospedé junto al puente de San Pablo, en casa de un isleño, honrado comerciante, llamado don José Rodríguez.

El día 9 no pensaba levantarme, tanto era el estropeo;

pero un temblor de tierra se encargó de echarme fuera de la cama.

Entonces, ya me fué preciso ir en cuerpo de jefes y oficiales á saludar al general Cajigal, al Arzobispo y á otras autoridades.

El 10 llegó el brillante regimiento de Victoria, obteniendo igual acogida que nosotros, y el 11, dos escuadrones de Fernando VII desmontados.

El resto de la expedición había seguido, al mando del brigadier Pereira, á Panamá, para de allí dirigirse á Lima. El batallón de cazadores del general, había sido enviado á Puerto Rico, en relevo del fijo de aquella isla, destinado á Costa-Firme.

Pocos días después entró en Caracas el general Morillo, por entre las extensas filas que formaba la tropa, haciéndole los honores de ordenanza, y seguido de un lucido acompañamiento; venía á pie y con el entrecejo contraído y caído el labio, signos evidentes de que estaba de malísimo humor.

Inmediatamente mandó montar los húsares en los primeros caballos que se encontrasen, y que todas las tardes hiciésemos ejercicios y simulacros.

CAPITULO IV

MIS PRIMEROS SERVICIOS EN VENEZUELA

El día 12 recibió parte el general de que se habían desertado dos soldados de mi compañía.

—Que los busquen y traigan los oficiales de esa compañía—dijo—y si no dan con ellos, yo sabré exigirles la responsabilidad en que han incurrido.

Así que supimos esta orden, entre el capitán, el sargento primero y yo, logramos coger uno en una hacienda que estaba á un cuarto de legua de la ciudad. Se participó este hallazgo al general, creyendo nosotros que esto bastaría para demostrarle nuestra diligencia, y se le hizo saber que el otro soldado no había subido á Caracas, por lo que creíamos habría conseguido fugarse en La Guaira.

—Pues que vaya un subalterno á buscarlo acto continuo—mandó S. E.

Yo fuí el designado para esta comisión.

La noche del 13 en que iba á partir con un piquete, me llamó el general. Estaba con él mi tío Pascual:

—La comisión de usted es difícil—dijo—; sé que el desertor fué marinero: ya se habrá metido en algún buque.

—No importa—interpuso mi tío—; yo daré una orden para que, con el auxilio de todos los capitanes de buques, se registren cuantas embarcaciones estén en el puerto.

—Pues venga usted mañana temprano por su pasaporte—añadió Morillo, dirigiéndose á mí.

Hasta las ocho de la mañana siguiente no pude ponerme en camino, por haberse dormido el general, que debía autorizar el pasaporte.

Llegué á La Guaira tarde, indispuesto á causa del agua que había bebido en la cumbre. Mandé á los soldados dejasen los morriones y las casacas á la entrada de la población y que me siguiesen á distancia de dos en dos, para no ahuyentar la caza.

Es verdad que no tenía yo esperanzas de dar con el desertor; pero quería hacer todas las diligencias posibles, á fin de vitar la vergüenza de presentarme sin él al general.

Recorrí varias tabernas y bodegones de La Guaira, llenos en su mayor parte de marineros y borrachos: á la quinta en que me metí, tuve la dicha de ver á mi hombre con un vaso en la mano.

Al momento me clavó la vista, me reconoció, tiró el vaso y trató de huir saltando á la parte adentro del mostrador; mas en el mismo instante le descargué un planazo en el hombro, á tiempo que dos de mis números le ponían sus bayonetas al pecho.

Se entregó sin resistencia, y lo llevé al gobernador, quien, después de darme el recibo, lo mandó á las bóvedas. Alojéme en casa del rico comerciante don José Lescamendi, quien me suministró un remedio para curarme, encontrándome restablecido al día siguiente, en que regresé á Caracas con el preso bien seguro. Al presentarme con él al general, exclamó éste:

—Sevilla trae al desertor; ¡qué fortuna!

Y dirigiéndose á él, dió un fuerte puñetazo en la mesa:

—Pícaro—le dijo—¿por qué te has desertado? Te fusilo (1).

A los tres días salieron los generales para Santa Marta, vía de Valencia y Puerto Cabello, llevándose varias fuerzas, con objeto de poner sitio á Cartagena, que estaba por los insurgentes.

(1) No pudo ser fusilado, porque no se le había leído la ordenanza; pero fue á presidio.

El coronel Calzada debía recorrer los llanos con su división de soldados del país, batir á las partidas rebeldes que habían vuelto á presentarse por allí, atravesar los valles de Cúcuta é internarse luego en el reino de Nueva Granada, para cooperar á la rendición de la fortísima plaza objetivo de todas las operaciones.

Yo me quedé en Caracas. Tocóme allí la defensa de un soldado del regimiento de Diego Gorbilla. Era desertor convicto y confeso, y por más que me devané los sesos buscando circunstancias atenuantes, no pude evitar que el consejo le condenase á la última pena.

Hablábame el infeliz de su madre y de sus hermanas, que tenían en él todas sus esperanzas, y me partía el corazón verle morir en la flor de su edad. En esto se recibió la noticia de que el Rey había ascendido á Morillo á teniente general.

Le escribí un memorial, pidiéndole la vida de mi defendido, en albricias de su ascenso y por estar próximos los días del monarca, que tan justamente acababa de premiar sus servicios. Dí la mitad de mi paga á un llanero del país que andaba más que un caballo, y le dije:

—Estamos á 28; el 31, á las seis de la mañana, será fusilado mi defendido si usted no viene antes con la respuesta. Le confío su vida. Si es perdonado y el indulto no llega á tiempo, sobre la conciencia de usted caerá su sangre.

—Vendré antes—contestó—; hay 44 leguas de ida y vuelta. Tengo tiempo de sobra para andarlas, y las andaré.

En efecto, cumplió su palabra el buen peón. La noche antes de la ejecución se presentó en mi cuarto con un pliego lacrado para el capitán general Moxó. Se lo llevé inmediatamente. Así que lo hubo leído, me dijo:

—El general en jefe ha indultado al reo que está en capilla. Dígaselo usted al coronel y que extienda las órdenes que procedan.

Volé á casa de aquel jefe, quien me dió la orden para

que me entregasen el soldado. Corrí al cuartel, y me presenté en la capilla á la sazón en que un sacerdote trataba de prodigar al desgraciado los únicos consuelos que le quedaban: los de la religión.

Me habían dicho que una nueva noticia suele matar ó enloquecer, y, por lo tanto, traté de dársela por grados. Estaba pálido como un muerto. Al verme, corrió hacia mí.

—Padrino—me dijo—, el buen padre trata de convencerme de que gano mucho con morir resignado y humilde como Jesucristo. Yo, por mí, casi me resignaría... pero ¿y mi madre?

Y rompió á llorar como un niño.

—También Jesucristo tenía madre—exclamó el sacerdote.

Yo no podía contenerme, y le tendí los brazos.

—Gracias, mi teniente, por haberse despedido de mí, y se puso á sollozar sobre mi hombro...—Usted escribirá á mi madre, pues yo escribo mal y no tengo la cabeza para ello. Dígale que no muero por asesino, ni por ladrón—añadió con frase interrumpida.

—Pero ¿á qué afligirte así? ¿No te he dicho que escribí al general.

—El general es inflexible; no perdona.

—Tengo la seguridad de que te perdonará.

—Señor oficial—dijo el presbítero—, no le haga usted concebir esperanzas de vida mundana á quien no le quedan más que breves horas de existencia material; luego, será mayor su desesperación.

—Padre, cuando yo digo que tengo la certeza...

—El mensajero no llegará á tiempo—dijo el reo.

—Ha llegado ya—dije, sin poder prepararle más—, y te indulta en nombre de Su Majestad.

El soldado se desprendió de mí y se llevó las manos á las sienes.

—Repita, repita eso, mi teniente, que temo estar soñando.

—Que no serás fusilado; ven conmigo, que ya no necesitas estar aquí.

Entonces se lanzó á mí y me dió un prolongado abrazo, articulando como á borbotones frases de profunda gratitud. Al pasar con él, echándole el brazo por la espalda como si fuera un hermano, los sargentos, cabos y soldados que estaban al paso, me salieron al encuentro, rodeándome; me saludaron y me dieron las gracias enternecidos.

Algunos lloraban de alegría como mi defendido: yo mismo no podía contener las lágrimas. Aquel día fué para mí uno de los más felices de mi vida.

Al día siguiente me obsequió la familia de un señor llamado Martínez, cuya esposa, ya anciana, era de Cádiz, con una gran comida, á la que asistieron todos mis amigos. A la cabeza de aquella mesa hicimos sentar al soldado perdonado, quien estaba confuso con tal honra.

Todos los presentes se esmeraban á porfía en instarle, para que comiera y se alegrase, considerándole como un resucitado. Mas era tal el respeto que le imponían las personas que allí estaban, y tan fuertes las emociones que pasara, que apenas probó los platos que le fueron puestos delante.

En breve adquirí relaciones de amistad con las principales familias de Caracas, descollando entre las muchas que me prodigaban su aprecio, la del abogado don Juan Vicente Arévalo, persona fina y atenta, lo mismo que su señora y demás de la casa (1).

El 25 de Junio recibí el encargo de dirigir el espléndido banquete que la oficialidad dió al Capitán general, al Arzobispo y demás autoridades de la ciudad. Por la tarde hubo toros y por la noche el baile más lucido que he presenciado en América.

El 30 del mismo mes pasé de guarnición á La Guaira.

---

(1) Aquel distinguido matrimonio falleció en 1820, no habiendo obrevivido una semana la esposa al esposo.

s

Dióme allí el comandante de la plaza, don Benigno Bobadilla, el encargo de recoger todos los piquetes de la expedición que habían quedado rezagados, lo que ejecuté embarcando unos ochenta hombres.

En Julio aparecieron en las esquinas é introducidos por debajo de las puertas unos pasquines en los que se decía que nos cortarían la cabeza al mayor de la plaza, González, y á mí, y que eso tendría lugar cuando menos lo esperásemos.

Tomamos la precaución de dormir en el cuartel. El 27 á las diez de la noche sentimos tropel de gente por la falda del monte inmediato.

Mi avanzada dió el quién vive. La respuesta fueron dos tiros y una desvergüenza.

Mi tropa disparó sus armas y corrió hacia donde sentimos á los enemigos, yendo yo á su cabeza. Pero nada encontramos.

El 13 de Agosto recibí traslado de un oficio del Capitán general en que hacía saber al gobernador que tenía noticia de una conspiración que se urdía en La Guaira, para la cual contaban sus autores con una compañía del regimiento de la Corona.

Convencidos de que lo más seguro era desarmarla, hice cargar las armas á la mía, y con el mayor sigilo nos fuimos al Colorado, donde estaba acuertelada aquélla, entramos al paso largo, nos apoderamos de los armeros, y cuando los pocos soldados que había despiertos intentaron coger sus fusiles, los hice amarrar, é igualmente al oficial, que no quería callarse ni someterse á aquella medida, sin orden del gobernador.

Al poco rato llegó éste, me dió las gracias por mi actividad, mandó el oficial á las bóvedas y soltó á los soldados, por haber sido muy buenos servidores del rey. En seguida me llamó á aparte:

—Estamos mal todavía—me dijo—; más allá de Macuto, como á unas tres leguas de aquí, se ha presentado una partida de insurgentes compuesta de los negros fugados

de una hacienda, la cual anda robando, quemando y maltratando á los vecinos.

—¿Quiere usted dejarme ir á batirla?—le pregunté:

—Sí; pero es preciso que me deje usted veinticinco soldados de los suyos y lleve otros tantos de la Corona.

—Corriente.

A las doce de la noche, provisto de buenos guías, me puse en marcha, y haciendo muchos rodeos, llegué al amanecer. Sorprendí la casa denunciada, en la que había hombres, armas y municiones. Los que estaban fuera se dieron á correr por los montes vecinos, haciéndonos fuego. Los perseguí hasta perderlos de vista, cogiéndoles dos negros heridos y casi todos sus fusiles y escopetas, que tiraron para huir con mayor facilidad. Cayeron once prisioneros en mi poder, tres heridos y ocho sanos, sin más novedad por mi parte que un soldado herido en el muslo.

Dejé allí un sargento y dos cabos con doce hombres y regresé á La Guaira con dos caballos cargados de armas y los heridos y prisioneros.

El 8 de Agosto iba yo de paseo, cuando oí unos mueras atronadores y vi gentes que corrían por las calles en medio de una conmoción popular terrible.

Lo primero que se me vino á la memoria fué la sublevación tantas veces anunciada. Indudablemente aquella tarde era la elegida para cortarme la cabeza.

Todo el tropel se dirigía á la casa del gobernador; corrí yo también hacia el mismo punto, pasando por delante del cuartel, donde encontré la tropa ya formada; nadie sabía lo que pasaba; todos opinaban que había estallado un pronunciamiento.

Tomé un sable de caballería que me dieron, pues yo no llevaba armas, y marché á escape con mi tropa al lugar del escándalo. En el momento en que me metí entre aquel tumulto, un hombre del pueblo, que parecía el cabecilla, gritaba:

—¡Matarlos, si no los dejan!

El gobernador, en mangas de camisa, disputaba acaloradamente con unos oficiales ingleses, quienes estaban rodeados de varios marineros y soldados de su nación, que desde un buque de guerra británico fondeado en la bahía habían venido al lugar del conflicto.

Un dragón español y otro soldado de la corona estaban amarrados, el uno sujeto por un cirujano y el otro por un marinero, ambos hijos de la culta Albión.

Sin entender bien lo que pasaba y guiándome sólo por los clamores del pueblo, caí á planazos sobre los extraneros, quienes viendo las bayonetas que venían atrás, soltaron á uno de los presos, en medio de los aplausos de las turbas, que pedían la muerte de los ingleses; éstos hacían esfuerzos por llevarse el otro á pura fuerza.

Mi tropa empezó á culatazos con ellos sin detenerse, hasta poner en libertad al que quedaba atado.

—Contenga usted este desorden—me dijo el gobernador.—Estos extranjeros, que venían á caballo, atropellaron á un ordenanza mío; éste les faltó de palabra; ellos le golpeaban á tiempo que pasaba el dragón, que la emprendió á garrotazos con los que maltrataban á su compañero; pero, al fin, en la lucha de dos contra ocho, vencieron ellos, amarrando á los dos soldados españoles, que querían llevarse á bordo. Vino luego, de un lado la marinería inglesa y de otro el pueblo, y de aquí la gresca que se ha armado.

Inmediatamente mandé cerrar las puertas del muelle para que no entraran más ingleses.

—¡Que los maten, que los maten!—gritaba el paisanaje.—Muchos de aquellos furiosos se apoderaron de algunos cañones, que se pusieron á cargar con objeto de echar á pique el buque de la marina real de Inglaterra. Me opuse á ello con firmeza; para hacerlos desistir tuve que amenazar con hacer pasar á bayonetazos á todo aquel que perturbara el orden.

A todo esto, los ingleses no querían irse sin que se les diera una satisfacción. Yo les dije que los soldados serían

castigados, y casi á la fuerza los conduje hasta sus botes escoltados por mi compañía, que los salvó de caer en manos del populacho.

Se embarcaron al fin, bastante enojados.

No fué poca fortuna haber evitado las desgracias personales que pudieron haber sobrevenido.

El 3 de Septiembre fuí relevado y volví á Caracas.

El 24 de Octubre, día de mi santo, volviendo á las once de la noche, que estaba obscura, por la esquina de la calle de San Juan, salió de entre los escombros de una casa derribada por el terremoto, un hombre con un machete, diciéndome:

—Godo, indecente, te voy á matar.

Dí un salto hacia atrás, desenvainando mi espada, y le acometí; pero él, conociendo sin duda que se había equivocado de persona, emprendió la fuga, no sin llevar tres planazos en las costillas y un pinchazo en un muslo.

—Pícaro—grité—, no te irás.

De la pulpería del frente y de casa de un jefe las puertas se abrieron y salieron varios vecinos con sables; pero no fué posible alcanzar al agresor, que se perdió en la obscuridad, dejando en mi poder su sombrero y la vaina del machete. Dí parte de este hecho, y se mandó por la plaza, que todos los oficiales llevásemos, además de la espada, una pistola.

Á los cuatro días prendió el alcalde á un zambo, por sospechoso, herido en una pierna, al parecer de estoque. Se me llamó á reconocerlo, y declaré que era de la misma estatura que el que me amenazara, pero que no podía asegurar fuese el mismo.

Con este indicio, y habiéndose reconocido mi arma y su herida, se dió por convicto, y confesó que se le había mandado á asesinar al teniente San Martín, fiscal de varias causas contra los revolucionarios, con el cual me había confundido, por ser de la misma estatura.

No supe la suerte que le cupo al zambo, á causa de mi próxima salida de aquella capital.

El 5 de Noviembre llegó un correo de España, con un cajón de correspondencia é instrucciones urgentes y reservadas para el general Morillo, dos grandes baules de uniformes, para reponer los que se habían perdido en *San Pedro*, y otra caja para mi tío Pascual.

Yo fuí elegido para conducir estos bultos á su destino. Me encargó el general Moxó que no dijese á nadie dónde iba, ni qué me llevaba.

El 8 me despedí de mi compañía y de mis numerosas amistades de Caracas, ¡ay!, para no volverlas á ver.

El 9 salí de la ciudad para La Guaira, acompañado de ocho hombres que debían volverse de allí.

Así que hubo leído Bobadilla el oficio reservado que le entregué en La Guaira, metió con mucho sigilo los bultos en su cuarto, que cerró con llave, y me encargó que no me dejase ver de conocido alguno de allí, para que no trascendiese mi misión al enemigo, que podía interceptarme el paso con sus corsarios.

Á la oración hizo llamar al patrón de la balandra *Telégrafo*, un verdadero lobo marino que se presentó á los diez minutos.

—Queda fletado su buque—le dijo el gobernador—para conducir á este señor oficial á Puerto Cabello, esta misma noche. Usted responderá con su vida, de que unos cajones que lleva no han de caer en manos de los corsarios. Provéase usted de piedras para amarrar á los indicados bultos, á fin de echarlos al agua, si desgraciadamente fuese acometido por algún buque enemigo.

—Está bien—contestó el patrón.—Saldremos mañana.

—No tal: han de salir ustedes ahora; de aquí van para el muelle sin perder un momento.

Así se hizo. Á las ocho salíamos de la rada, en medio de una lóbrega neblina, sin que nos hubiera visto nadie más que el capitán de puerto.

Á las tres de la tarde siguiente, fondeamos felizmente en Puerto Cabello. Me presenté acto continuo al gobernador, don Joaquín Mesmay.

Este señor, después de recorrer todos los buques que había en el puerto, embargó el bergantín *Neptuno*, barco muy velero, y armado con una colisa y dos carronadas; pero le faltaba el bauprés, que había perdido en una tormenta. El capitán se excusó con la falta del palo, y aún se alteró un tanto con las exigencias del gobernador, quien le mandó arrestado al Principal.

Mediaron luego empeños, y fué puesto en libertad con la condición de darse á la vela lo más pronto posible.

Aquella misma noche, se quitó el bauprés á otro buque y se le adaptó al *Neptuno*.

En seguida se embarcaron 45 soldados, rezagados del ejército que había ido á Cartagena, 30 presidiarios, los víveres y, por último, los bultos que yo conducía con tantas precauciones.

El 14, nos alejamos de aquellas costas, navegando sin novedad 147 leguas, hasta dar vista á la fiel ciudad de Santa Marta.

Ya estábamos á tres leguas del Morro, cuando por estribor se nos acercó un buque sospechoso. El capitán lo reconoció con su anteojo:

—Es la goleta *Popa*—exclamó.

—¿Y qué clase de buque es ése?

—El pirata más audaz, rápido y bien armado que cruza estos mares—me respondió.—Si nos coge en un momento de calma, nos echa á pique.

El buque corsario, navegando á toda vela hacia nosotros, disparó un cañonazo pidiéndonos el pabellón. El *Neptuno* afirmó la bandera española, contestando con bala rasa.

Forzó su marcha la *Popa* y lo mismo el veloz buque que nos conducía. El corsario nos siguió hasta la entrada del puerto, huyendo únicamente cuando el Morro empezó á hacer fuego sobre él.

Entonces viró la proa y se alejó con extraordinaria rapidez, perdiéndose al poco tiempo allá donde parecía unirse el cielo azul con el verdoso mar.

Ya en puerto, desembarqué, pasando acto continuo á la casa del gobernador don José Zequeira.

Lo primero que hizo fué convidarme á comer:

—De buena se han librado ustedes—me dijo al sentarse á la mesa—. El *Neptuno* es el primer buque que se ha escapado á la *Popa*, terror de estos mares.

Pasé el día 19 en aquella ciudad, la más leal á España que hemos tenido en el continente. El 20 volví á bordo, dejando en tierra á los presidiarios, por temor de que se sublevaran si en el resto del viaje teníamos que batirnos.

El 21 nos dimos de nuevo á la vela, siguiendo á la vista de la costa. El día 24 por la noche pasamos por el frente de la escuadra española que estaba bloqueando á Cartagena; pero á causa de la obscuridad no nos vieron los tripulantes de nuestros buques. El 25 ya habíamos rebasado el puerto de Cartagena y pasamos por delante de la escuadra de Barú, á cuarenta leguas al Oeste de Santa Marta.

En el momento en que nos divisaron los barcos de nuestra escuadra que allí estaban, salieron sobre nosotros varias cañoneras, y otros buques, tomándonos por corsarios. No nos valió izar la bandera española; así que estuvieron á tiro, nos lanzaron varios cañonazos con bala.

Para que no nos echaran á pique, resolvimos botar un bote al agua con cuatro hombres, que se dirigió á la barca *Gaditana*, que era la más próxima.

Entonces suspendieron el fuego y entramos con ellos en el puerto, pasando yo á bordo de la *Diana*, donde me presenté al Jefe, que lo era el señor Salas, capitán de navío.

Allí supe el mal estado en que se encontraban las tropas sitiadoras de Cartagena, al punto en que se hallaba el general y otros pormenores.

—Usted, ¿qué noticias nos trae?—me preguntó Salas.

—Malas—le contesté—; frente á La Guaira encontramos una balandra, procedente de Curaçao, con rumbo á Maracaibo, cuyo patrón nos dijo reservadamente que la isla de Margarita se había vuelto á sublevar, degollando

á toda la guarnición española que el señor Morillo había dejado allí.

—Pues oculte usted esa desgracia, que haría un efecto deplorable en el ánimo del soldado, y encargue que nadie de á bordo lo diga. Me voy convenciendo—añadió—de que solamente el experto y enérgico brigadier Morales posee el secreto de acabar con la insurrección, así como el coronel Verdugo hubiera concluído con la rebelión de los Países Bajos, si le hubieran dejado hacer. Es una triste fatalidad que no llegue á las altas regiones del gobierno ó no prevalezca la opinión de esos hombres entendidos y modestos que conocen el terreno palmo á palmo y que penetran con su mirada experta hasta los más recónditos pensamientos del enemigo.

Mandó el gobernador se me diera una piragua armada, á fin de que me llevase por los esteros, con la correspondencia, al sitio en que estaba el cuartel general.

Me embarqué en ella, y todo el día 26 con su noche estuvimos bogando río arriba, hasta que á las siete leguas nos encontramos con un destacamento de tropa de Morales, el cual nos proporcionó caballos para llevar la carga hasta Torrecillas, donde se encontraba Morillo.

Muy contento se puso S. E. con los pliegos de España, que ávidamente devoró.

Después él y demás oficiales generales se probaron sus uniformes como muchachas coquetas.

—Mi general—le dije yo aparte—la isla de Margarita se ha sublevado y sus habitantes han sorprendido y asesinado á toda la guarnición.

Morillo dió un brinco sobre la silla, como si le hubiera picado una víbora.

—¡Vive Dios!—exclamó—¡Qué dirá Morales!

—Nada, mi general, porque á él no le sorprenderá una noticia que tenía prevista.

—¡Usted también, señor oficial!... Luego, reportándose, agregó: Cállese usted y váyase á descansar, que bien lo necesita.

CAPÍTULO V

LA TOMA DE CARTAGENA

El día 28 me encargó el general de la compañía de Cazadores de mi regimiento, en tanto que yo permaneciese allí, pues no tenía más que un subteniente; el capitán y demás oficiales estaban enfermos en Ternera.

Al tomar posesión de aquella compañía, noté que tenía sólo de 55 á 60 plazas; todos los demás soldados estaban en el hospital. Lo mismo acontecía con los otros Cuerpos expedicionarios, la mitad de cuyo personal era víctima de atroces padecimientos físicos. El batallón que más gente tenía no pasaba de 400 á 500 plazas.

Comí varias veces con el general, mi tío y el general Montalvo, nombrado virrey de Santa Fe, que acababa de llegar de la Habana.

El día 29 ordenóme el general en jefe pasase á reforzar el punto llamado Cospique, inmediato á la bahía, en donde no había más que una compañía de los negros de Morales, pertenecientes al regimiento del Rey, que mandaba el capitán D. José Baussá. Allí nos mantuvimos observando los movimientos del enemigo, que estaba posesionado de un fuerte ó reducto situado á orillas del muelle, junto al arsenal. Estaban en poder de los nuestros los castillos de la boca del puerto, lo cual nos daba la ventaja de poder hacer fuego á las piraguas que cruzaban la bahía.

El día 2 de Diciembre llegó allí el general en jefe, se-

guido del general Enrile, comandante de ingenieros Irauli, los ayudantes, unos veinte húsares al mando del capitán Santander, y otros tantos artilleros, dirigidos por el oficial Ortega. Tratábase de situar allí el cuartel general, para proteger los buques, que harían lo posible por forzar el puerto, á fin de hacer más efectivos sus fuegos sobre la plaza. Pero un movimiento del enemigo hizo innecesaria la realización de este proyecto.

Á las siete de la mañana del día 4 notamos que unos 80 ó 90 insurgentes, sin duda para intentar hacerse de víveres, pues estaban muertos de hambre, salieron del reducto que teníamos delante, y se internaron en el mangle.

Estábamos sobre la azotea de una casa de Cospique tomando café con el general en jefe, cuando le avisaron de la avanzada, la operación del enemigo. Mi tío Enrile los reconoció con su anteojo y dijo que no pasarían de cien hombres.

—Pues vaya usted á batirlos, Sevilla, con su compañía—dijo Morillo.—Es preciso hacerlos replegar á todo trance. Que Santander y Ortega monten á caballo y estén listos con su gente para proteger la operación si fuere necesario su apoyo.

Sin detenerme un minuto, dejé mi taza sobre la mesa, hice un saludo y bajé corriendo. El bizarro subteniente García, alarmado con la nueva, ya tenía formada la compañía.

—Compañía—dije—: todo el cuartel general nos está mirando; hoy es un día de gloria para nosotros si sabemos portarnos con valor, ó día de baldón y ludibrio si no procedemos como dignos y esforzados adalides de la causa española.

—Aquí no hay uno que no esté dispuesto á dejarse hacer pedazos antes que retroceder delante de su general—dijo el sargento primero, que era un veterano trigueño, de grandes bigotes y curtido por el sol de las campañas que había hecho con Morales.

Entonces di las voces de mando y nos precipitamos como perros de presa por aquellos intransitables manglares.

El enemigo, desplegado en guerrilla, se mantenía firme haciéndonos un fuego nutrido y certero que dejó sin vida á un soldado é hirió á un sargento segundo.

—¡Calen bayoneta y á ellos!—dije sin detenerme á recoger los que habían caído.

Al ver los insurgentes que bajábamos á toda carrera con ánimo decidido de trabar la lucha cuerpo á cuerpo, salieron de la emboscada y principiaron á pronunciarse en retirada hacia el fuerte, yéndoles nosotros á los alcances y cruzando con ellos los fuegos.

Empero, no penetraron en el reducto de donde habían salido, sino que continuaban hacia la plaza.

Los soldados, ciegos de entusiasmo, trataron de hacer lo mismo.

—Alto—grité—; es un lazo: tratan de acercarnos al punto donde estarán escondidos batallones enteros para destrozarnos. Nadie rebase el fuerte. Vayan ocho hombres á reconocerlo al mando del primero.

Ya firmes, el hombre de los bigotazos llamó por sus nombres á ocho números de los más intrépidos y se acercó audazmente al fuerte, penetrando en él como Pedro por su casa.

—¡Bárbaros!—me dijo al oído el alférez—, se han metido en la boca del lobo; los van á hacer trizas.

Pero con sorpresa nuestra, vimos á los cinco minutos al primero asomarse por una tronera alta, haciéndonos señas de que nos acercásemos.

Corrimos al trote, entramos, y nos convencimos de que no quedaba un solo defensor útil en el fuerte; únicamente encontramos acostados en sus camas á una veintena de hombres, lívidos y demacrados, que estaban casi al expirar de necesidad.

Observado que hubo el general Morillo que nos habíamos apoderado de la casa fuerte, mandó á los húsares

á toda carrera, los cuales, pasando como un relámpago por delante de nosotros, alcanzaron á la guerrilla enemiga, que iba en retirada, y la acosaron y diezmaron hasta la primera línea, de donde retrocedieron los nuestros á reunirse con nosotros.

Un cuarto de hora después, se me presentó el ayudante Navas con 40 hombres de refuerzo, mandados por un oficial negro, del Rey, diciéndome de orden del general, que nos hiciésemos firmes allí y que á todo trance sostuviésemos la posición, cualquiera que fuese el número de los que nos atacasen.

Yo dispuse que se estableciesen varios escuchas medio enterrados en la arena y ocultos por el ramaje que había del lado de la ciudad sitiada.

El general se retiró á las líneas, y al obscurecer nos mandó porción de carne salada, galleta y queso de Flandes, lo que devoramos, pues nada habíamos comido en todo el día, no sin ofrecer algunos pedazos á aquellos de los enemigos enfermos que podían tragar, que eran pocos, y de éstos algunos murieron al probar el primer bocado.

El 5 de Diciembre, á las diez de la mañana, varios piquetes de nuestro ejército pasaron por delante de nosotros casi en desorden, tan apresurados iban, en dirección á la plaza.

Por los detalles que recogí después, y que apunté cuidadosamente en mi cartera, puedo referir lo que entonces pasó, que fué en verdad el suceso más extraño que haya podido ocurrir en una plaza de guerra tan fuerte como la de Cartagena de Indias, la primera sin duda de todas las del Nuevo Mundo.

La orden de acercarse aquellas escasas fuerzas con objeto de hacer un reconocimiento, se había dado de repente para que no trascendiese la noticia á la plaza.

Por eso varios de los soldados que vimos cruzar iban vestidos como de cuartel, llevando algunos los fusiles desarmados por estarlos limpiando cuando se les mandó salir, y los más sin haber cargado los suyos.

El teniente de húsares D. Andrés Jesús, que estaba de avanzada, observó que la puerta de la primera línea estaba abierta.

Entonces mandó un húsar á avisar á las demás avanzadas lo que sucedía, á fin de que, sin perder tiempo, se acercasen por el mismo camino á la plaza, y le ordenó que llegara hasta el cuartel general á darle parte verbal á Morillo de esta novedad.

En seguida púsose en marcha al trote con el resto de los húsares, y tuvo la temeridad de entrar por la puerta, en la que no encontró á nadie que le opusiese resistencia.

Al llegar á la segunda línea advirtió que corrían los sitiados á la muralla y se apercibían á defenderla, empezando por cerrar las grandes y oxidadas puertas con estrépito.

El teniente, con imperturbable sangre fría á la vista de las mechas encendidas y preparadas para aplicarlas á los cañones, y los millares de fusiles que le apuntaban, á la vez que una voz de mando se le daba el *alto*, mandó tocar al corneta la señal de parlamento.

—Valerosos ciudadanos—gritó entonces el teniente Jesús, aplicándose las dos manos á la boca á guisa de bocina—; valerosos ciudadanos, no os opongáis á mi entrada; abridme las puertas con toda confianza, que vengo de paz á tratar asuntos tan convenientes á la ilustre República de Colombia, como al gobierno del Rey mi señor.

Inexplicable parece lo que sucedió; pero es un hecho que le abrieron las puertas.

El oficial penetró en la plaza repartiendo cuchilladas á diestro y siniestro sobre los que intentaban cerrarlas.

Apenas hubo lucha, porque á los pocos minutos se presentó allí nuestra caballería y detrás la infantería.

Los rebeldes estaban sin jefes: el titulado general en jefe, Bermúdez, el mismo que había huído de la Margarita, se había fugado por la noche de Cartagena, llevando consigo todos los cabecillas principales (excepto al general Castillo), alguna tropa escogida y un rico botín.

Nunca se pudo averiguar cómo logró que las tres goletas en que hizo esta operación consiguiesen pasar á través de nuestra escuadra sin ser vistas. Con esta evasión, que efectuó sin que lo supieran sus partidarios hasta que se vieron solos sin general que los mandara y sin nadie que los proveyera de víveres, de que tenían extrema necesidad, se comprende que se hubiese apoderado de ellos el desaliento y la confusión.

Sólo así, hambrientos y comprometidos, fué posible que hubiesen dejado entrar al teniente Jesús en una plaza inexpugnable en que mil hombres pueden hacer frente á cien mil durante muchos meses.

Hacía pocos días que fueran arrastrados por la ciudad y fusilados bárbaramente todos los prisioneros españoles que los insurgentes tenían en Cartagena. Todos creíamos que el castigo correspondería al crimen y á la obstinación de los rebeldes. Pero nunca como en el momento de penetrar nuestro ejército en aquella ciudad contumaz, se vió más de bulto la magnanimidad española.

Morillo había mandado sus oficiales de Estado Mayor á prevenir á todos los jefes de cuerpo que no se hiciese daño, ni se maltratase á vecino alguno que no opusiese resistencia; únicamente debían de exigir la entrega de las armas bajo pena de muerte.

No era menester esta amenaza para hacérselas entregar á los insurrectos de Cartagena, pues no podían con ellas; no eran hombres, sino esqueletos: hombres y mujeres, vivos retratos de la muerte, se agarraban á las paredes para andar sin caerse; tal era el hambre horrible que habían sufrido.

Veintidós días hacía que no comían otra cosa que cueros remojados en tanques de tenería. Mujeres que habían sido ricas y hermosas, hombres que pertenecían á lo más granado de aquel antes opulento centro mercantil de ambos mundos, todos aquellos, sin distinción de sexos, ni de clases, que podían moverse, se precipitaban, empujándose y atropellándose, sobre nuestros soldados, no para

combatirlos, sino para registrarles las mochilas en busca de un mendrugo de pan ó de algunas galletas.

Ante aquel espectáculo aterrador todos nuestros compatriotas se olvidaron de que aquéllos eran los asesinos de sus compañeros, y no sólo les dieron cuantos artículos de comer llevaban sobre sí, los que devoraban con ansiedad aquellos desgraciados, cayendo muchos de ellos muertos así que habían tragado unas cuantas galletas, sino que se improvisó rancho para todos y sopas para los que no podían venir á buscarlas. Indescriptible es el estado en que encontramos á la rica Cartagena de Indias. El mal olor era insoportable; como que había muchas casas llenas de cadáveres en putrefacción.

Aquella noche la pasamos en la plaza. El grueso de nuestro ejército no entró hasta el siguiente día, 6 de Diciembre. El reducto que yo había ocupado quedó con un sargento y 16 soldados.

Las armas que había nos fueron entregadas sin dificultad. Pero los cañones, en número de más de 1.000, habían sido clavados y la pólvora derramada en los pozos y cisternas.

Yo me alojé con mi compañía en la casa de los Toledos, abandonada, donde se había puesto preso al general insurgente Castillo, émulo de Bolívar.

Yo me fuí con mi asistente, el tío Pedro, á la casa inmediata, cuyos patrones se comieron cuantos víveres llevaba aquél en el morral.

Lo primero que dispuso el general Morillo, una vez en la plaza, fué que por la tropa y los pocos paisanos que pudiesen trabajar se abriese una gran zanja y se enterrasen en ella aquellos montones de cadáveres que infestaban la población.

Muchas carretadas llenas de ellos se sacaron de las casas, depositándolos en la fosa común. Pero por grande que fué el zanjón que se hizo, no pudo contenerlos á todos, y hubo que llevar muchos en piraguas, con piedras atadas al cuello, para arrojarlos al mar.

El cirujano mayor mandó poner una vasija en cada casa de donde se habían sacado muertos con varios ingredientes de fumigación para desinfectar aquellas habitaciones antes espléndidas y entonces tan asquerosas. La ciudad se cubrió con el humo que salía de aquellos sahumerios.

El día 7 entró el resto de la tropa, que había estado guarneciendo los pueblos inmediatos.

La artillería se desclavó con mucha facilidad, cargando los cañones y dejando un reguero de pólvora hasta la boca, por la que se les daba fuego con un estopín, y al tener lugar la explosión, saltaba el clavo y quedaba útil la pieza.

Por una correspondencia sorprendida sabía el general Morillo que de un día á otro se esperaba allí una gran remesa de provisiones de Jamaica y otros puntos, que los simpatizadores habían de traer á los insurgentes en buques veleros capaces de burlar el bloqueo.

Dió, pues, orden á la escuadra, de acuerdo con Enrile, de que se conservase en su puesto, como si continuara el sitio, y que si se presentaba algún buque fingiesen los nuestros que le daban caza, dejándole escapar hacia el puerto. Igualmente dispuso que se siguiese enarbolando en los castillos la bandera colombiana.

Este ardid produjo su efecto. Al tercer día penetraron en el puerto 13 buques con 11.000 barriles de harina y una inmensidad de otros bastimentos, los que fueron confiscados por el general Enrile.

Si, pues, hubiésemos tardado tres días en tomar la plaza, no se hubiera tomado nunca. No hay ejército que haga rendir á Cartagena sino por hambre.

Cuando hubo transcurrido el tiempo necesario para suponer que ya las goletas rebeldes fugadas habrían hecho pública por todas las colonias la ocupación de Cartagena, penetró la escuadra en el puerto y se izó el pabellón nacional en los edificios públicos.

No tardó mucho en saberse allí que unos cruceros nuestros habían apresado dos de las goletas que se ha-

bían escapado. Recuperamos, pues, gran parte de las riquezas robadas, entre ellas la valiosísima custodia que regalara Santa Fe á Cartagena; pero no pudo ser habida la goleta que conducía á Bermúdez y sus cómplices.

Grandes sacrificios costó á España la toma de Cartagena. Desde que salió la expedición de Puerto Cabello, hasta el memorable 5 de Diciembre, hubo en el ejército 1.825 bajas de peninsulares y 1.300 de soldados del país; total, 3.125 hombres, entre muertos de enfermedad, de bala, heridas y desertores. La mayor parte de las defunciones fueron causadas por las picadas de los mosquitos zancudos de las ciénagas, las cuales producían unas llagas gangrenosas en las piernas, que causaban la muerte si no se hacía muy pronto la amputación de dichas extremidades. También abundaron mucho entre los sitiadores las disenterías escorbúticas.

CAPITULO VI

EN MARCHA

Propúsome el general, estando comiendo el 15 de Diciembre, me quedase en el ejército que iba á operar en el nuevo reino de Granada, ó bien que regresase á Caracas, si lo prefería.

Naturalmente opté por acompañar al ejército, que se aprestaba á emprender una campaña ruda y difícil. En virtud de esta determinación, fuí nombrado ayudante del cuartel maestre general.

A principios de Febrero supimos las victorias que habían alcanzado algunas columnas nuestras que maniobraban en el reino de Santa Fe, habiendo cogido un batallón prisionero, formando en Jamaica, de mulatos y negros, con sus dos jefes, hijos del teniente de rey de Puerto Rico.

También supo Morillo que el coronel Calzada, después de haber atravesado triunfante los llanos de Venezuela, esperaba se atacase por la parte de Cartagena, para poner en grande aprieto á los insurgentes.

El día 16 de Febrero de 1816, púsose en marcha el ejército, y con él yo, montado en un magnífico caballo que me había regalado el tío Pascual, y conduciendo mi equipaje en una mula que me había dado el general en jefe.

Atravesamos los pueblos de Turbaco, Mahatés, San

Cayetano, San Juan, el Carmen, Oveja, Monoa, Buenavista y Macagile. Al llegar á este punto el 27, sentimos tiros á orillas del Magdalena en la parte donde se une con el Cauca.

Corrimos hacia allá varios ayudantes con algunos húsares y encontramos al capitán Anizgue, sus asistentes, el alcalde del pueblo y unos cuantos paisanos que se tiroteaban con unos 40 ó 50 rebeldes que se habían apostado en la banda opuesta para estorbar el paso al cuartel general.

Temiendo que se apoderasen de las canoas, los nuestros no se habían atrevido á intentar el paso. Pero nosotros, á pesar de lo ancho y profundo del río en su confluencia con el otro, nos embarcamos, llevando los caballos del diestro, sin hacer caso de las balas.

Al llegar, abrimos el fuego unos mientras otros montaban.

Los insurgentes emprendieron la fuga, no sin recibir algunas cuchilladas de los húsares, que alcanzaron á varios.

El día 28, marchando hacia Talaigua, entre seis y siete de la mañana, el coronel Santa Cruz, un cabo, cuatro húsares y yo, que íbamos delante, observamos que de una quebrada, á mano derecha, salía humo.

Nos dirigimos y dicho punto, y, ocultos por el ramaje, percibimos á cinco insurgentes: tres descuartizaban un cabrito, y dos dormían como lirones. Avanzamos sobre ellos, cogiendo á estos últimos y á uno de los despiertos, que hizo resistencia aputándonos con su fusil, por lo que fué muerto por el cabo.

Volvimos á reunirnos con nuestro grupo, llevando con nosotros á los dos prisioneros.

El día 29 llegamos á la ciudad de Mompox, poética población que está situada en una isla que forman los dos brazos del río Magdalena. Todos aquellos contornos estaban infestados de insurrectos.

La división no podía continuar más sin limpiar el terreno, por lo que resolvió el general en jefe fijar allí su re-

sidencia durante unos cuantos días, para distribuir convenientemente sus columnas, á fin de dejar los caminos que estaban interceptados, abiertos hasta Ocaña, como así se verificó, gracias á la buena dirección de los generales, á la pericia de los jefes y al valor de los soldados.

Había en Mompox una espléndida y grandiosa casa, mejor dicho, un palacio, morada de la marquesa de Santa María, donde fué alojado el general Morillo con su cuartel general y la oficialidad toda.

La marquesa era una de esas mujeres varoniles que llaman la atención por su garbo y hermosura.

Joven todavía, pues lo mismo podría tener treinta que cuarenta años, había quedado viuda y dueña de una fortuna inmensa.

No pocos oficiales, cuando venían de sus oficinas ó de tirar balazos á los cocodrilos del río, á sentarse á la mesa, con la desenvoltura propia de su oficio, solían clavar sus ojos exploradores en los negros y rasgados de aquella millonaria, que podía sacar á uno de trabajos. Pero ella se mostraba altiva é inabordable. Al general en jefe lo trataba como una reina á uno de sus súbditos.

Con nosotros iba un cadete del regimiento de Granada, joven tímido, pero muy buen mozo. La opulenta viuda le echaba á veces unas miradillas disimuladas, que todo el mundo notó, menos el interesado, que era tal vez el único á quien nunca se le había pasado por la imaginación dirigirla una galantería.

El 17 de Marzo, al despedirse el general de aquella dama, pues partíamos á la mañana siguiente, la hizo mil ofrecimientos y le manifestó de una manera expresiva su gratitud, por la generosa hospitalidad que le habíamos merecido.

—Eso no vale nada, general—le contestó ella—; pero ya que usted se muestra tan galante, voy á aceptar sus servicios pidiéndole á usted un favor.

—¡Cómo! ¿Seré yo tan feliz, marquesa, que pueda servirla de algo?

—Sí, señor; y mi súplica le va á parecer á usted extraña. Para no sufrir un desaire, que me sería bochornoso y sensible, después de formulada mi petición, necesito que usted me prometa acceder á ella de antemano.

—Está concedida, señora; tiene usted mi palabra.

—Pues dé usted la licencia absoluta al cadete N.

Morillo quedó desconcertado:

—Pues qué, marquesa—le preguntó, después de una pausa—¿lo necesita usted para mayordomo?

—Lo necesito para marido—dijo con la mayor frescura la gallarda mujer.

—Señora marquesa—interpuso el comandante de húsares, don Manuel Villavicencio—, le suplico no se burle de ese pobre muchacho; es mi amigo, y me está recomendado por su padre.

—No me burlo, caballero; y la prueba es que le invito á usted á que sea nuestro padrino de casamiento esta misma noche.

—¡Pues no parecía bobo el mozo que con tal sigilo hizo tan envidiable conquista!—exclamó Morillo, medio vuelto de su asombro.

—Está usted equivocado, general—rectificó la dama.—Ni me ha escrito, ni me ha dicho una palabra. Pero hace días que á mí me ha entrado el capricho de casarme con él, y todo lo he preparado en secreto, para despedirles á ustedes con la agradable sorpresa de una boda.

—¿Y si él no consintiese?—preguntó Villavicencio.

—No se me había ocurrido todavía que ningún hombre pudiera hacerme la injuria de rechazar una mano que á muchos, en mejor posición que ése, he negado. Pero llámele usted, y saldremos de dudas.

Villavicencio salió, y á los cinco minutos volvió con el cadete. Éste, que sin duda había sido informado de todo por su protector, estaba colorado como una amapola. Él, parecía la niña, y ella el hombre.

—Joven—le dijo la marquesa—, le he elegido á usted para esposo mío.

El general está pronto á darle á usted la licencia absoluta y Villavicencio á servirnos de padrino esta misma noche. ¿Le conviene á usted el negocio? Sí ó no: no me gusta gastar el tiempo en amoríos. Ya pasó esa época para mí.

—Señora—balbuceó el favorecido—se me figura que estoy soñando. Tanta felicidad para mí me parece imposible.

—General, estamos arreglados. Extienda usted la licencia é invite usted á todo el mundo á la boda, sin omitir á los soldados, para los que haré poner mesa aparte.

En efecto, aquella noche tuvieron lugar sus nupcias. La marquesa tiró la casa por la ventana. Entre otros magníficos regalos que hizo, dió 200 caballos de sus haciendas del valle de Opar al comandante Villavicencio para la remonta de sus húsares.

El 18, por la mañana, continuamos nuestra marcha, habiendo tardado siete días en llegar á Ocaña, pintoresca villa situada á cinco leguas de Barraquilla.

Pululaban por sus alrededores varias partidas de rebeldes, que el brigadier Morales destruyó en pocos días con sus valientes compañías del batallón del Rey, compuestas de aquellos zambos temibles, que habían inmortalizado á Boves.

Dicho Sr. Morales había cogido prisioneros á los dos hermanos Caraballo, el uno, cerca de Mompox, que falleció en el camino, de disentería, y el otro, llamado Fernando, que había sido gobernador de Ocaña y el alma de las citadas partidas insurgentes, fué juzgado y pasado por las armas en la misma villa.

Allí supimos la memorable batalla de Cachirí, ganada por la columna de cazadores expedicionarios, al mando de D. Matías Escuté, por el batallón de Numancia, de que era comandante D. José Tolrá, y por algunas otras tropas.

Mandó esta acción, como jefe superior, el coronel Calzada. No sé si el cálculo ó la casualidad hizo que se re-

unieran todas aquellas fuerzas en el punto en que tan brillante victoria alcanzaron.

El caso fué que poco antes del combate se habían encontrado allí marchando el primero hacia nosotros y el otro, en sentido inverso, como que venía de Venezuela para Cartagena. El enemigo tenía sobre cinco mil hombres bajo la dirección del general Rovira, los cuales se hicieron fuertes á favor de varios parapetos en un cerro inaccesible, que tenía más de una legua de pendiente, y estaba, además, protegido por el río Cachirí.

La segunda compañía de Numancia, primera que penetró en la trinchera exterior, fué pasada á cuchillo; pero Calzada, poniéndose delante de las demás, que vacilaron un tanto:

—Muchachos—gritó—, á vengar la muerte de nuestros compañeros; y aquella reducida división se precipitó como un rayo dentro de los parapetos, y cara á cara, hierro á hierro, hicieron huir al enemigo, que fué destrozado en su fuga por nuestra escasa caballería, quedando las márgenes del río, la altura y la cuesta cubiertas de cadáveres.

Casi al mismo tiempo el brigadier la Torre se apoderaba de la provincia de Tunja, y corriéndose hacia el Socorro, había tomado el mando de la división que se acababa de cubrir de gloria en Cachirí, y que acorralaba al enemigo hacia el Puerto Real.

Como el general Morillo se ocupaba en esperar el resultado de las operaciones que había hecho emprender sobre el Chocó, le fué forzoso detenerse en Ocaña más tiempo del conveniente.

Á fines de Abril resolvió dividir en dos partes el Cuartel general, para poder atravesar mejor aquellas extensas soledades, que se extienden entre Ocaña y Santa Fe, por cuyos accidentados senderos no habían pasado hasta entonces más que las fieras y algún llanero audaz.

En efecto, el 30 me puse en marcha, formando parte del primer grupo, que se componía de unos 80 hombres,

entre infantería, caballería y asistentes. Íbamos á las órdenes del teniente coronel de ingenieros Gayuso, los ayudantes Avilés, Caparrós, Rufino y yo; también nos acompañaba el asesor general del ejército.

El último pueblo que habíamos de ver en muchos días era el de la Cruz, á siete leguas de Ocaña; pero, privados de guías, nos extraviamos, y aunque habíamos salido á las seis de la mañana, no pudimos llegar hasta las dos de la madrugada siguiente, y eso por la casualidad de haber oído el ladrido de un perro en medio de los bosques en que vagábamos.

Ya en la Cruz, lo primero que hicimos antes de saciar nuestro apetito, que era mucho, fué apoderarnos á la fuerza de un paisano que nos guiase por el vasto desierto en que íbamos á internarnos.

Tres horas no más descansamos. Á las cinco ya estábamos en camino, y á las seis de la tarde llegábamos á un punto por donde corría un arroyo. Los páramos que se presentaban á nuestra vista eran imponentes. Ni árboles, ni yerba para los caballos nos ofrecía aquel suelo calcinado.

Afortunadamente, llevábamos maíz para los caballos y comestibles para nosotros. La lluvia caía á torrentes; para ampararnos de ella, plantamos nuestras tiendas; comimos de fiambre, pues no era posible encender fuego, y dormimos apretados como sardinas. Á las cuatro de la mañana nuestro guía empezó á llamarnos á voces.

—¿Qué pasa?—preguntó el jefe.

—Que si no se ponen ustedes inmediatamente en camino, no llegarán al único sitio en que hay agua con que beber y cocinar. Cada jornada tiene su punto de descanso, que no se puede cambiar sin exponerse á pasar mucha sed.

Puesta en movimiento nuestra caravana, cruzamos sierras interminables, caminos resbalosos, zanjas profundas que había abierto el agua; y en todo esto no veíamos vegetación ni señal alguna de vida: sólo el silencio y la

nada reinaban en aquel desierto incomensurable, que parecía un mar petrificado. El 2 acampamos en un punto llamado Paico.

Allí, como en los días siguientes, clavamos nuestras tiendas en una eminencia; los asistentes construyeron un bohío, gracias á un bosquecillo que había, oasis muy raro en aquellos páramos; después encendieron candela para hacernos un mal rancho.

Por la mañana, al proyectarse el sol sobre nuestras tiendas, extendíase la sombra de nuestras ambulantes habitaciones, dándoles el aspecto pintoresco de una caravana árabe. El 5 no conseguimos llegar al punto determinado por el guía, y pernoctamos en un sitio llamado Ramírez, donde no había más agua que la que podíamos recoger con cucharas en las pisadas de caballo, de la cual bebimos é hicimos unas sopas de galleta.

Pero á una legua de allí tuvimos el placer de encontrar una casita vieja abandonada, de barro y madera, que nos pareció un palacio de hadas en aquellas alturas. Los caballos estaban desfallecidos, nosotros muertos de fatiga; era preciso descansar, y resolvimos quedarnos allí unos días.

Pero el día 9, á eso de las diez, oímos una gritería salvaje, que habría parecido de fieras á no ser por algunos tiros que la acompañaban, y cuyos proyectiles chocaban contra el edificio que nos servía de albergue.

Descuidados como estábamos en nuestras ocupaciones de campamento, y viéndonos sorprendidos, nos lanzamos en confusión á las armas, cogiendo cada oficial un fusil y otros tantos soldados un sable, y hasta hubo quien, no hallando á mano otra cosa, se armó con el hacha de cortar la leña.

Abrimos las ventanas para hacer fuego, y vimos que el enemigo, en número de más de cien hombres, trataba de apoderarse de nosotros, como ya lo había hecho de dos soldados que habían quedado distantes, á quienes habían degollado en el acto.

Rompimos un fuego nutrido, que los contuvo en su avance, pero no retrocedieron.

—Entregaos—nos gritaban—, ó sois muertos.

Les contastamos redoblando el fuego, pero ellos eran más en número que nosotros y tenían cartuchos; á nosotros se nos estaban agotando los nuestros. Según iba aflojando nuestro fuego, iban los insurrectos acercándose y tratando de rodearnos.

La resistencia no podía durar, pero entregarnos equivalía al suicidio.

¿Qué hacer? Deliberamos un momento los jefes y oficiales. Todos convinimos en que no nos quedaba otro recurso, faltos de municiones como estábamos, que emprender la retirada, abandonando caballos y equipajes y llevando cada uno encima los víveres que pudiera.

De pronto los rebeldes detuvieron un poco el fuego; después nos hicieron una descarga cerrada y volvieron la espalda, empezando á trepar más que de prisa por la cuesta de que habían bajado.

¿Cómo se había verificado aquel milagro?

Pronto nos lo explicamos; nos llegaba un refuerzo de treinta á cuarenta zapadores y unos quince artilleros, á las órdenes del comandante general de ingenieros Irauli y del mayor Arce, quienes, habiendo oído los tiros desde medio día, apresuraron el paso.

Excusado es manifestar que recibimos con los brazos abiertos á nuestros libertadores. Se conoce que aquella partida era bisoña, cuando no nos causó más que la muerte de dos hombres, tres caballos y una mula, pudiendo, á lo menos, habernos dejado á pie.

Aquella misma noche habían dormido y pasado el día en el camino dos cargas de dinero en oro por haberse muerto las bestias que las traían é ir las demás cargadas de lo mismo y de otras cosas aún más necesarias que el metálico.

La columna que nos auxilió no había podido recoger aquellos caudales por la prisa con que venía y la escasez

de caballerías; pero retrocedió el comisario Martínez con una escolta á recoger los fondos y no pudo regresar hasta las seis de la mañana del día 10. No teniendo modo de llevar dicho dinero, se repartieron dos pagas adelantadas á la tropa, para devolverlas si el general en jefe así lo disponía, y el resto se distribuyó entre los jefes y oficiales, bajo la misma condición.

Á las ocho de la mañana continuamos nuestra marcha, sin poder adelantar más que cuatro leguas; dormimos al pie del gran páramo de Cachirí, en un sitio llamado el Carbón, donde construímos á toda prisa un rancho para guarecernos del insoportable frío que hacía. La helada ventisca que soplaba impidió á nuestros ateridos asistentes hacer la comida.

El 11 empezamos á trepar el gran páramo, en medio de una densa neblina que impedía que se viera un hombre á diez pasos de distancia. Á uno y otro lado del sendero que seguíamos había unos precipicios espantosos.

Por ellos lanzábamos á cada momento los caballos muertos que, en número de unos 60, encontramos interceptándonos el paso. Una mula de un hojalatero que se había unido con nosotros para instalarse en Santa Fe, se despeñó con todos los chismes que llevaba, haciendo mucho ruido, con harto sentimiento de aquel infeliz, que con el animal perdió cuanto poseía.

Á las tres de la tarde descendíamos ya de aquellas altísimas cordilleras, cuyas cumbres, desde lejos, parecen tocar al cielo. Entonces se presentó en lontananza ante nosotros el río de Cachirí.

Hora y media después estábamos en el sitio famoso en que había tenido lugar la batalla. Dos casitas, en que nos alojamos, estaban acribilladas á balazos.

El hedor que exhalaban los insepultos cadáveres que yacían en derredor era insoportable. El 12 por la mañana empezamos á trepar la empinada cuesta en que estaban los parapetos. La margen del río, la extensa pendiente y el llano, todo aquel terreno escabroso, que tardamos casi

todo el día en atravesar, estaba cubierto de muertos en putrefacción, de caballos en el mismo estado y de prendas de un ejército destrozado.

Las aves de rapiña cerníanse ominosas sobre aquel cementerio al descubierto. ¡Oh, cuántas madres, cuántas esposas tendrían arrojados como perros en aquel campo á los pedazos de su amor! ¡Felices los pueblos que no han sido visitados por esa calamidad que se llama guerra! ¡Desgraciados aquéllos en donde esta furia impera!

El 13 ya un ambiente más puro, más balsámico, vino á reanimar nuestros pechos.

Era que llegábamos al extremo de la montaña, gigantesca derivación de los Andes. Á nuestra vista, desde aquella empinada altura, extendíase una comarca llana y fértil, tierra de promisión que hacía catorce días que, peregrinos en aquel áspero desierto, buscábamos con afán.

Pasamos la noche en el miserable pueblo de Cacota de la Matanza, donde encontramos ya algunos comestibles y habitantes. El 14 de Mayo emprendimos la bajada, que tenía seis leguas, y pernoctamos en una hacienda abandonada llamada "Corral de las piedras".

Á la mañana siguiente tuvimos que atravesar el Torrente del Corregidor en *taravitas*. Las taravitas son unas canastas de cuero, á guisa de baules, del tamaño de un baño, pendientes de unos ganchos de madera que se deslizan de una banda á otra, sobre unos cables paralelos, también de cuero, que están fijos en los dos lados de los ríos, invadeables por lo profundos é impetuosos y por la altura de los barrancos.

Esto explicado, el pasajero se mete en aquella especie de cuna: un hombre le da un fuerte empujón y la taravita corre con espantable velocidad hasta el centro del río, parando en el punto en que se forma el seno de los cables y quedando á una altura de la superficie del río no menor de 50 varas. Entonces, si el pasajero echa una mirada al abismo en que mugen las aguas como fieras que aullan por tragarse su víctima, corre grave riesgo de su-

frir un desvanecimiento de cabeza y caer: lo mejor es mirar siempre hacia arriba.

Una vez en el medio, otro hombre que está en el barranco opuesto, tira de una cuerda y se verifica la ascensión con tanta lentitud como rápido fué el descenso.

Llegado á la otra banda, queda el transeunte en salvamento. Por este medio, más propio para monos que para seres humanos, tuvimos que pasar el río dos á dos, y luego los equipajes y bagaje. Los caballos fueron pasados á nado.

Para esta operación escogimos nadadores consumados, que se tiraban al río á caballo, en pelo, y que venían á salir una milla más abajo, no sin perder algunos animales. Tanto nos detuvo este paso penoso, que sólo cuatro leguas pudimos hacer en la jornada del 15.

Pernoctamos en Bucaramanga, donde se nos auxilió con algunos bagajes. El 16 entramos en el magnífico valle del mismo nombre, el cual ofrecía al fatigado viajero del desierto un espectáculo poético y conmovedor. En efecto, el contraste era demasiado brusco para que hasta el más rudo soldado, el más insensible á las bellas escenas de la naturaleza, no sintiese la poesía que aquella feracísima comarca respiraba.

El valle era tan vasto que no se le veían otros límites que el cielo azul que se posaba en el horizonte. Hermosas casitas blancas, cuyas chimeneas despedían un humo diáfano y ligero, que se perdía en el espacio como el incienso de cien familias felices que se elevara al Empíreo, verdes campiñas cultivadas en lontananza, infinidad de ganados pastando, varios labriegos siguiendo el tardo caminar de los bueyes, multitud de personas de ambos sexos pintorescamente vestidas mirándonos desde las cumbres de sus colinas ó desde las puertas ó balcones de sus casas, no sin recelo, de que fuésemos á perturbar sus tranquilos hogares; árboles gigantescos ostentándose en todo su lujo primaveral; éste era el cuadro grandioso que contemplábamos.

La tea abrasadora de la guerra civil, con su cortejo de asesinatos, desolaciones, violaciones y saqueos, no había posado su destructora planta en el valle, dichoso hasta entonces, de Bucaramanga.

El jefe que nos mandaba, después de haber recorrido con la vista aquel bellísimo panorama, nos reunió en un grupo, y como si hubiésemos penetrado en un templo, nos dijo:

—Aunque no es menester hacer esta clase de recomendaciones á honrados soldados españoles, no estará de más que os advierta que no he de consentir que nadie dirija una palabra atrevida á una mujer, que nadie se acerque á ninguna de estas felices familias sin mi permiso, que nadie toque ni una fruta, ni un ave casera. Quiero que en ningún tiempo pueda decirse, por culpa mía, que el ejército español haya ultrajado ni vejado, ni expropiado á un solo americano que viva en paz, dedicado á sus tareas cotidianas. Si algún día desaparece este oasis á impulsos de la revolución, como han desaparecido otros muchos, caiga sobre la conciencia de los ingratos que han perturbado estos países privilegiados toda la responsabilidad; no sobre la nuestra, que tenemos la misión de devolver la paz á las infortunadas comarcas que, por la ambición de algunos de sus hijos, han perdido.

Era realmente inútil esta hidalga advertencia. Aquel valle nos recordaba á todos nuestra niñez tranquila y nos inspiraba respeto la misma felicidad de sus moradores.

Dormimos aquella noche en el bonito pueblo de Pie de Cuesta, donde nos alojaron muy bien sus habitantes, restaurando nuestras fuerzas con una excelente cena, llegando el lujo con que se nos trató hasta el extremo de proporcionarnos una cama á cada uno, comodidad que no habíamos disfrutado desde nuestra salida de Ocaña.

El 18 anduvimos cinco leguas, habiéndonos reunido en la hacienda la Laja con el general en jefe, que llegó allí ya de noche.

Proseguimos todo el cuartel general, pernoctando el 19

en San Gil; el 20, en la ciudad del Socorro; el 21, en Guadalupe, y el 22, en San Benito.

Aquí, á las once de la noche, sentimos ruido de tropa, por lo que oficiales y asistentes nos presentamos al general, que estaba durmiendo.

Aquella alarma la había causado la llegada de don José Filminalla, gobernador del Socorro, que venía con una columnita volante de tropas del país. Inmediatamente se presentó á don Pablo Morillo:

—Mi general—le dijo—: el pueblo de Vélez se ha sublevado por no pagar la contribución. El escribano ha armado una partida, que capitanea. Le aconsejo á V. E. no pase de aquí, hasta que se le incorporen más fuerzas.

Morillo, que estaba de malísimo humor por la interrupción de su sueño, contestó restregándose los ojos:

—Para batir paisanos, me sobra con la fuerza que tengo. Pase usted allá con sus 40 hombres, que yo mandaré un gobernador que los arregle. Teniente coronel don Manuel Carmona—añadió, dirigiéndose á éste—, le nombro á usted gobernador de Vélez, con la condición de que ha de pasar usted á cuchillo á todo el que se resista á reconocer la autoridad del Rey. Llévese usted á Sevilla por ayudante interino, y á un sargento con doce artilleros: ¡á caballo, pues, y vivo! Mañana, á las siete, seguiré yo mi viaje. Conque retírense ustedes, que me voy á dormir.

Pocas horas después emprendimos la marcha. Teníamos que andar siete leguas para llegar á Vélez.

En el camino nos advirtió un labrador que el escribano, no habiendo conseguido sublevar la villa, había atacado con su partida la hacienda del alcalde, dándole á éste de palos.

Á esta finca nos dirigimos; pero así que nos vieron, echaron á correr los rebeldes en dirección á Vélez. No eran más que 17.

Al entrar nosotros en el pueblo, precedidos del alcalde, todos los habitantes se fugaron atropelladamente al campo: las campanas tocaban á rebato. Los faccio-

sos se habían refugiado en la iglesia, y tuvieron la audacia de hacernos fuego desde el campanario, causándonos dos heridos. No siendo posible subir á la torre, por estar las puertas cerradas, mandó Cardona que circunvaláramos el edificio y que no quemásemos más pólvora.

—Ellos se entregarán ó morirán de hambre—dijo—; ó en todo caso, pondremos fuego á la iglesia.

Viendo los vecinos que no eran ellos, sino los rebeldes, nuestro objetivo, se fueron presentando en nuestra ayuda, armados los más de estacas. Carmona los recibió muy bien, y les confió la guardia de las bocacalles, para impedir que el escribano tomase de noche las de Villadiego. En efecto, él y los de su partida salieron juntos, y precipitadamente, lanzándose por una calle que conducía á una cuesta y luego á una quebrada. Los perseguimos nosotros y los atajó el paisanaje; sólo cinco lograron fugarse. El escribano murió de un bayonetazo, otro de un tiro, y á un tercero le tumbó Fulminalla el brazo con el sable. Los demás, heridos levemente y apaleados por el pueblo, fueron conducidos codo con codo á la cárcel. Así concluyó aquel motín.

El resto de las gentes que se había huído, tornó en seguida á sus hogares.

Yo me retiré con mi sargento y artilleros á reincorporarme en Boaté con el general en jefe, con quien me reuní el 25.

Dos días hacía que el general recibía allí grandes demostraciones de afecto y adhesión por parte de los ayuntamientos y vecinos, que le obsequiaban á porfía.

El día 26 anduvimos siete leguas, hasta el hermoso pueblo de Zipaguira, donde dieron á S. E. un gran baile, en el cual, á cada momento, las damas mandaban parar la música para recitar versos en honor de Morillo y de su ejército expedicionario.

No se ocultaba á aquel jefe, pues no faltó quien se lo advirtiera, que muchas de aquellas ninfas habían hecho

lo mismo con los generales rebeldes. Así es que el general en jefe se escamó un tanto, y más cuando supo que en Santa Fe de Bogotá, donde tanto ludibrio y escarnio se había hecho con otros generales españoles que tenían motivo para ser más estimados que él, se intentaba recibirle con una ovación sin precedente en los fastos de la historia de aquel virreinato.

—¿Por qué á mí me demostrarán tantas simpatías como odio manifestaron contra Amar y otros de mi jerarquía? —preguntó á un jefe viejo en el país, muy admirador de Morales.

—Es muy sencillo, mi general—le contestó—; aquéllos no tenían á su disposición tantas bayonetas como usted.

—Pues esta vez se van á dar un chasco—replicó Morillo—. Rechazaré todas esas hipócritas manifestaciones hijas del miedo y de la servil adulación.

—Hará usted muy bien, mi general. No hace veinte días que entré yo á viva fuerza en esa ciudad infiel con la división que mandaba el brigadier La Torre. En ninguna parte se nos ha combatido con mayor encono, ni con saña más pertinaz. Mandaba, como usted sabe, á los rebeldes el general francés Servier. Pues bien, mi general, tuvimos que ganar calle por calle, casa por casa, á punta de lanza. No había casa ni tienda desde donde no se nos hiciera fuego. Húsares hubo que tuvieron que hacer saltar sus caballos por encima de los mostradores para acallar los fuegos que de los establecimientos salían. Ni un solo bogotano se puso á nuestro lado, ni una dama siquiera de las pocas que vimos dejó de darnos prueba de su rencor. Si ahora le adulan á usted, mienten villanamente.

Al siguiente día emprendimos nuestra marcha para Santa Fe.

El general dispuso que el ejército le siguiese como á una legua de distancia; se puso un levitón que le cubría todo el cuerpo y parte de la cabeza: un ancho sombrero de paja sin insignia alguna le acababa casi de

ocultar el rostro: montó en un caballo común, y acompañado del general Enrile, su mayordomo y un ordenanza de caballería, se puso en marcha para la capital del reino neogranadino, que estaba cerca. Yo seguía en la vanguardia del ejército.

Antes de andar una legua, se encontró ya con una brillante cabalgata de señoras, lujosamente ataviadas, y caballeros, en fin, con familias principales á caballo y en coches.

Una buena música acompañaba á dicha numerosa y lucida comitiva.

Al ver á aquellos cuatro hombres, las amazonas y sus acompañantes, hicieron parar la música y los detuvieron. Una de las señoras, que venía delante en un magnífico caballo blanco, fué la primera que tomó la palabra, obligando á hacer graciosas cabriolas á su corcel de pura raza andaluza:

—Caballero—dijo con voz dulce y armoniosa, fijando en Morillo sus grandes ojos negros—salud al victorioso ejército pacificador de Tierra-Firme. Esta comisión de señoras y señoritas de la nobleza bogotana, que tengo el honor de presidir, así como la de caballeros que nos sigue, queremos saludar y felicitar al invicto general Morillo. ¿Nos podrán ustedes decir dónde hallaremos á S. E.?

El aludido recorrió con la vista aquella brillante pléyade de hermosas mujeres, gallardamente montadas sobre ricos palafrenes, y después de una breve pausa contestó:

—Gracias, señoras y caballeros, por las frases lisonjeras que, por boca tan linda, acabáis de prodigar al valeroso ejército de que formamos parte. Pero el general en jefe... viene atrás.

Y haciéndoles una cortés pero fría señal de despedida con la mano, continuó su camino.

—¿Dónde está el general Morillo?—le preguntaban sucesivamente los jinetes que iba encontrando al paso.

—Atrás viene—contestaba S. E. invariablemente.

Á la entrada de la ciudad y en la calle que había de recorrer para llegar á su habitación, encontró multitud de arcos triunfales y carros con comparsas, y banderas españolas, y flores, cortinas de damasco en todos los edificios, y señales del mayor entusiasmo y acendrado españolismo.

El general permaneció impasible ante tan ruidosas manifestaciones. Morales le hubiera dado un abrazo si hubiese ido con él.

—¿Cuál es la casa destinada á Morillo? —preguntó á un grupo, y habiendo obtenido las señas que solicitaba, se dirigió á ella y se encerró sin saludar á nadie.

Pronto llegaron á nosotros las cabalgatas:

—¿Dónde está el general Morillo?—exclamaban.

—Va delante. Ya debe estar en la ciudad—contestó un coronel, quitándose la gorra, correspondiendo al saludo de las amazonas.

—Si será aquel hombre del levitón...—dijo una rubia. Y retrocedieron por donde habían venido.

Pronto penetramos en aquella ciudad, que parecía un ascua de oro.

En breve circuló el rumor de que el general estaba en su casa y que había desairado el recibimiento que se le tenía preparado.

Muchos objetaban que no podía ser, puesto que él había admitido análogos obsequios en otras poblaciones cercanas.

Para salir de dudas, se formó una comisión que fuese á ver si realmente era Morillo el hombre del levitón.

El general la recibió muy cortésmente vestido de gran uniforme:

—Señores—les dijo—, no extrañen ustedes mi proceder. Un general español no puede asociarse á la alegría, fingida ó verdadera, de una capital, en cuyas calles temía yo que resbalase mi caballo en la sangre fresca aún, de los soldados de S. M., que en ellas hace pocos días caye-

ron á impulsos del plomo traidor de los insurgentes parapetados en vuestras casas.

Aquella respuesta, que pronto se hizo pública, aguó por entonces la fiesta.

Á los dos días, el general se trasladó al palacio de los virreyes.

CAPITULO VII

SUCESOS DE SANTA FE

Instaladas las oficinas en el palacio, los oficiales de Estado Mayor general trabajábamos desde las siete de la mañana á las once de la noche, sin otro descanso que una hora de paseo, de seis á siete de la tarde, y el tiempo estrictamente necesario para el almuerzo y la comida.

Lo primero que hicimos fué poner en limpio los datos topográficos que habíamos adquirido en las 300 leguas de camino que acabábamos de recorrer. Por orden de Enrile, cada oficial había tenido durante la marcha el cuidado de anotar con lápiz todos los accidentes del terreno, subiéndonos á las eminencias y á los campanarios, donde los había, para hacer el croquis de los caminos, alturas, ríos, y cuanto pudiera convenir á las operaciones militares.

El 30 de Mayo, día del Rey, el Ayuntamiento de Santa Fe, daba un espléndido banquete al general Morillo y á su Estado Mayor. Este jefe había convocado á toda la gente principal, para que prestase juramento de fidelidad á S. M. La ceremonia, que tuvo lugar en el palacio, fué imponente.

Una vez terminada, se presentaron al general más de cincuenta damas y señoritas, las más llorando, pidiendo perdón, con motivo de ser los días del monarca, las unas para sus esposos, otras para sus hijos y no pocas para

sus hermanos; todos los cuales, por infidentes, se hallaban presos en los calabozos de la cárcel y de la inquisición.

Aquellos hombres para quienes se pedía piedad, pertenecían á las más distinguidas familias; pero habían sido los jefes y funcionarios de la rebelión.

Las lágrimas, los sollozos y las súplicas de aquellas damas eran capaces de ablandar una roca. Madres había que, echadas á los pies de Morillo, le pedían en nombre de la suya, piedad para sus hijos, y se negaban á levantarse sin obtenerla; esposas jóvenes que partían el alma al hablar de sus pequeñuelos sin padre; hijas que ofrecían constituirse en prisioneras por sus padres. En fin, aquel espectáculo se imagina mejor que se describe.

Morillo hacía visibles esfuerzos para no conmoverse; pero permanecía silencioso, y sólo un "levántese usted, señora", articulaba de vez en cuando, tendiendo su mano enguantada á las que se tiraban á sus plantas. Durante un rato las dejó hablar á todas. Por fin, dijo con voz mal segura:

—Señoras, mi Rey, que, como caballero español, tiene sentimientos generosos y humanitarios, me invistió con su soberana facultad, la más bella que tiene un monarca, la de perdonar. Me encargó que perdonase siempre que lo permitiese la salud de la patria. Así es que, al pisar por primera vez tierra americana en la isla de Margarita, perdoné á cuantos me hicieron súplica análoga á la que ahora me hacéis. ¿Sabéis el pago que me dieron aquellos ingratos, que con lágrimas invocaron la clemencia de Su Majestad? Pues así que volví la espalda, tornaron á levantar el pendón rebelde, y, más sanguinarios que nunca, pasaron á cuchillo á los oficiales y soldados que allí dejé. Los que tan alevosamente han sido asesinados, cada uno por cien sicarios, también tenían madres, esposas é hijas, que hoy maldecirán mil veces al general imprevisor que tuvo la candidez de creer en las protestas fementidas de aquellos miserables. Si en vez de perdón hubiera yo fusilado

á veinte cabecillas, no pesarían sobre mi conciencia los remordimientos que hoy me acosan. ¿Quién me asegura á mí que si yo pongo en libertad á vuestros deudos no perezcan á sus manos los leales de Santa Fe? Señoras, yo siento mucho el dolor que veo pintado en vuestros rostros... pero... no puedo perdonar cuando no lo permite la salud de la patria.

—Mi general...

—No, no puedo. Mi resolución para con los jefes es irrevocable.

—Pues al menos—dijo una enlutada—dígnese vuecencia mandar que los infelices que están en los calabozos sin aire y sin luz pasen á otro local menos malo. Dé V. E., señor, esta prueba, de que los días del Rey de España no pasan sin derramar un rayo de alegría, aun en los lóbregos calabozos de los prisioneros.

—Ya eso es diferente. Accedo á ello, y tan pronto como ustedes se retiren, daré las órdenes para que sean trasladados á otra parte.

Acto continuo salieron aquellas damas. Cumplió puntualmente el general Morillo su palabra. Media hora después aquellos cabecillas fueron alojados en las excelentes habitaciones de San Bartolomé, quedando una compañía encargada de su custodia (1).

Después de concluído el convite, salimos á las seis de la tarde á paseo con el general, que iba seguido de un numerosísimo acompañamiento.

Al pasar por junto el convento que está al fin de la calle Real, cuyo edificio estaba lleno de oficiales enemigos y tropa prisionera, empezaron éstos á gritar, sobresaliendo la voz de uno que decía:

—Perdón, señor general, que no somos culpables, sino

(1) De los citados presos fueron fusilados seis por sentencia del consejo de guerra, entre ellos, un tal Carbonell, que había obligado al virrey á que entregase el mando, y el llamado general Rovira, que había dirigido á los insurgentes en la batalla de Cachirí. Los demás fueron desterrados á varios puntos.

seducidos: perdón por el Rey, y en lo sucesivo seremos fieles servidores de S. M.

—¡Infelices!—exclamó entre dientes Morillo.—Son los hijos del pueblo, explotados por aquellos ambiciosos que no he querido indultar, á pesar de tantas súplicas. No tiene culpa el brazo que hiere, sino la cabeza que manda.

Los ruegos de los prisioneros plebeyos, sacando sus brazos por las rejas continuaban. El general se detuvo y con voz de trueno les preguntó:

—¿Me juráis ser fieles al gobierno de S. M., como decís?

—Sí, sí, sí—contestaron centenares de voces.

—Pues bien, á vosotros os perdono en nombre del Rey.

En el acto nos mandó que les fuésemos á abrir las puertas de la prisión.

Aquellos desgraciados, frenéticos de alegría, nos abrazaban como locos.

Todos corrieron á echarse á los pies del general. La mayor parte era gente rústica, indios y negros, que ni se daban cuenta por qué se habían batido contra España: no sabían con qué palabras manifestar su gratitud al caudillo español.

Los que íbamos en la comitiva no esperábamos que el general, que se resistió á las conmovedoras súplicas de las señoras de la aristocracia, hubiera sido tan blando con los menos favorecidos por la fortuna. Aquella acción fué altamente política, pues causó muy buen efecto en las masas.

El 2 de Junio me comisionó S. E. para inventariar todo lo que había en la casa llamada de botánica. Era un verdadero museo de historia natural del país. Cuadrúpedos, aves, reptiles é insectos raros, objetos preciosos del reino mineral, colecciones de maderas; muestras de cristal de roca, de oro y platino; la macana y la hamaca del último cacique de Bogotá; la riquísima custodia que había regalado la ciudad de Cartagena, la terrible águila viva que

habían traído de Popayán, como símbolo de la libertad, la cual al ser cogida había devorado á un hombre, y otra infinidad de curiosidades, era lo que tenía yo que encajonar, clasificar é inventariar.

Imposible me habría sido cumplir sólo aquella comisión. Afortunadamente, entre los prisioneros aristócratas estaba el doctor Mutis, sabio naturalista, que había sido jefe de policía bajo el gobierno rebelde.

Este señor, trabajando diariamente desde las ocho de la mañana á las cuatro de la tarde, con centinelas de vista, siendo yo simplemente su ayudante, en menos de treinta días ordenó y envasó lo principal de aquel museo en ciento cuatro cajones de á vara en cuadro. Lástima grande que un hombre de tanta ciencia y bellas cualidades se hubiese metido en las revueltas políticas. Yo trabajé también cuanto pude (1).

Después continué en la oficina mi trabajo de quince horas diarias, sin más tiempo libre que las tardes de los domingos, en que paseaba á caballo, uso muy establecido en aquel país por los individuos de ambos sexos.

Estando un día, como de costumbre, almorzando con el general, recibió éste un parte del sargento de guardia del hospital en que le participaba, que eran las once del día y que aún los frailes, que estaban al tanto del establecimiento, no habían curado á los enfermos, por estar paseando.

—Vaya usted en un caballo mío—me dijo el señor Morillo—al convento-hospital de extramuros, y encierre usted á todos los frailes, para que no se paseen y cuiden mejor de los enfermos.

Cumplí esta orden tan extraña, á pesar de las observaciones fundadas que me hicieron los pobres religiosos,

(1) Llevó esta colección á la Península el general Enrile, y la presentó al rey el ayudante D. Antonio Wanales, compañero del señor Sevilla, en recompensa de lo cual fué ascendido á teniente coronel, por los servicios especiales que habían prestado el Dr. Mutis y el protagonista de estas *Memorias*.

pues los enfermos estaban curados, si bien muy disgustados con ellos; á cada uno lo encerré en su celda, volviendo en seguida á decirle al general que estaba servido.

—¡Cómo! ¿Ha encerrado usted á los frailes?

—Sí, señor; V. E. me lo ha mandado, y yo he hecho mi deber; aquí están las llaves.

El general se echó á reir á carcajadas:

—Es verdad que se lo mandé—prosiguió riendo—; mas no para que lo hiciese usted al pie de la letra. Vamos, vuelva usted con el Vicario general, para que se les ponga en libertad, recomendándoles más actividad en sus caritativas tareas (1).

El 18 por la mañana se presentó al general el capitán Ronquillo, fiscal del Consejo de Guerra permanente:

—Mi general—le dijo—, de algunas declaraciones se colige que en el convento de las monjas están escondidos los efectos, alhajas y dinero de los insurgentes Rublas, dueños de grandes almacenes y de inmensos caudales, y actualmente prófugos. Sentenciados en rebeldía, tienen sus bienes confiscados y convendría hacer pesquisas, pues no es posible se lo hayan podido llevar todo.

—Sevilla—dijo el Sr. Morillo—, vaya usted á buscar al alcalde, y acompáñele usted á averiguar si es cierto que exista este depósito en el convento.

La comisión no era nada agradable, pues siempre me han inspirado mucho respeto esos asilos de las vírgenes del Señor, que renuncian á todo lo terrenal por lo eterno.

Obedecí, sin embargo, como era mi deber, y juntos el alcalde y yo, llegamos al monasterio y tocamos á la puerta del locutorio:

—Alabado sea Dios.

—¿Qué se ofrece?—preguntó una voz femenina.

—Necesitamos hablar con la madre abadesa de cosas muy graves y reservadas.

Reinó un silencio de algunos minutos.

(1) Refiero este incidente, porque después y en todas partes siempre que el general me veía, solía preguntar: ¿Y los frailes de Santa Fe?

—Digan lo que gusten—articuló otra voz—; soy la abadesa.

—Señora—le dije—, de orden del general en jefe, sírvase usted abrir la puerta. Traemos un encargo para usted sumamente delicado.

—Con mucho gusto.

Abrióse la puerta del locutorio y entramos. La abadesa y dos hermanas nos recibieron con la mayor finura.

—Madre superiora, S. E. sabe que en este convento han dejado los Rublas...

—Ya sé—me interrumpió—; dos cajones que contienen sombreros, si no me engaño.

—¿Y no hay aquí otra cosa?—preguntó el alcalde.

—Sí, señor; hay en la comunidad una parienta de los Rublas.

—Madre abadesa—añadí yo—, no son personas, sino cosas, las que se han denunciado. Si usted sabe de algo más dígalo, por Dios, para ponerlo en conocimiento de S. E.; pues sería muy triste que sus palabras de usted no fuesen creídas y que el general mandase registrar el convento por los jueces eclesiásticos.

Ante esa insinuación, por los ojos humildes de la abadesa cruzó como un relámpago y los fijó en mí de una manera extraña:

—Caballero—dijo irguiéndose con dignidad—, una religiosa que al hacer sus votos ha jurado no decir mentira, no miente nunca.

—Señora, he sido un torpe; le pido á usted mil perdones.

—Tanto yo, como el resto de la comunidad—continuó—, hemos dado, creo, bastantes pruebas de adhesión á nuestro monarca, para que nadie, sin calumniarnos, pueda tenernos por encubridoras de esa revolución inicua que á nadie, si triunfara, haría más daño que á la religión. Pero aún voy á dar una prueba más de la fidelidad inalterable de esta comunidad, que tantos años ha llevado de vida tranquila á la sombra del pabellón español.

—Si ustedes quieren saber dónde están los efectos de los Rublas, infórmense de una vieja llamada Inés, antigua criada de la casa. Ella debe saber dónde se oculta lo que ustedes buscan.

—Pero, ¿dónde vive?

—El señor alcalde sabrá. En cuanto á mí, he olvidado ya las calles de la capital.

Nos despedimos muy cortésmente de aquellas santas mujeres y nos dirigimos á la casita de la vieja, á quien conocía la autoridad local.

En efecto, la encontramos. Yo noté que se inmutó al vernos penetrar en su reducido hogar.

La sometí á un minucioso interrogatorio, pero la viejecita negó obstinadamente. Ya cansado, me fuí al patio un momento en tanto que el alcalde continuaba la indagatoria.

Al pasar por una alcoba obscura en que había una cama bastante sucia, se me ocurrió registrar debajo, y, con gran sorpresa mía, encontré un baulito de tafilete encarnado, con tachuelas doradas, que desdecía de la pobreza de la habitación.

Allí lo dejé y volví á la sala, donde continuaba renuente la vieja.

—Dígame usted—le pregunté—, ¿dónde ha escondido usted varios objetos que se le han dado á guardar, entre ellos un cofre punzó con tachuelas doradas?

La vieja criada de los Rublas se puso á temblar como una azogada.

—No oculte usted nada, pues el general lo sabe todo.

—Es cierto—balbuceó.—Mis amos me han dado á guardar un baúl pequeño; no sé lo que tiene dentro.

—Démelo usted.

Me lo entregó, y acto continuo se lo llevé al señor Morillo, dándole cuenta de las pesquisas que habíamos practicado.

El baúl se descerrajó delante de dos escribanos.

Estaba lleno de prendas de oro y plata labrada en las

colonias. Los plateros tasaron su valor intrínseco en siete mil pesos.

El general me mandó con el alcalde, los escribanos y cuatro soldados á casa de la vieja, para que la amenazara hasta descubrir toda la verdad. No pude sacarla más que un neceser, que contenía papeles y un puñado de plata macuquina (1).

Á fuerza de conminarla con la cárcel, aquella mujer me dijo que un albañil y un carpintero que designó habían escondido todo lo que sus amos habían dejado en Bogotá, que ella no tenía nada más, ni quería comprometerse por nadie.

Busqué á aquellos dos artesanos. El carpintero había fallecido pocos días antes. El albañil se encontró al siguiente día por la mañana, después de haberlo procurado la policía durante veinticuatro horas por toda la población.

El hombre negó rotundamente la cita que le había hecho la vieja. Después de mil amenazas, dijo que sabía la casa donde estaba el escondite, pero que ignoraba en qué sitio.

Comprendiendo yo con sus rodeos, contradicciones y subterfugios que trataba de entretenernos, lo hice amarrar y le mandé nos acompañase á la casa en cuestión. Llegamos al frente de ella.

—Esa es—dijo—; nada más tengo que declarar; déjenme ustedes ir á mis quehaceres.

No querían abrir; pero á la amenaza que hizo el alcalde de echar la puerta abajo, giró ésta sobre sus goznes y se presentó en el umbral una señora muy bien parecida, con un niño en los brazos y dos criadas.

—Es la corteja de uno de los Rublas—me dijo un escribano por lo bajo.

—El general sabe que en esta casa están los bienes de los Rublas—dije—; no lo oculte usted: está plenamente

(1) Con el primero se quedó el general, y las monedas las mandó distribuir entre los soldados.

probado, y una negativa le perjudicaría á usted mucho.

—Pues si tanta seguridad tienen ustedes de lo que dicen, aquí está la casa, regístrenla para que se convenzan de que son inexactos los informes del general. Hace mucho tiempo que los señores Rublas se llevaron cuanto había depositado aquí—contestó la joven madre con la mayor serenidad.

Procedimos á un regitro tan largo como inútil. No había nada. Pero noté que el albañil se sonreía con socarronería, al ver el chasco que nos habíamos llevado.

Entonces recordé que la vieja había afirmado de un modo categórico que aquel hombre poseía la clave del secreto que nos parecía indescifrable. Era un zambo muy astuto y malicioso.

—Soldados—dije—: ese hombre lo sabe todo. Sacúdanle el polvo con los porta-fusiles hasta que cante.

Apenas había llevado tres ó cuatro correazos, cuando exclamó:

—No me peguen: en el corral está todo.

—Suspendan la operación, mandé.

Los soldados pararon.

—Ven á designarnos el punto—añadí.

El albañil nos precedió: anduvo unas cien varas, reconoció el terreno, cubierto todo de yerba, y dando una fuerte pisada:

—Caven aquí—dijo.

Al notar yo que en aquel sitio no había trazas de existir escondrijo alguno, creí que el hombre seguía burlándose de nosotros y que sólo deseaba hacernos abrir un hoyo para ponernos en ridículo, y me indigné:

—Nos engañas, pícaro—grité—: y te voy á mandar fusilar para enterrarte en el hoyo que aconsejas abrir, á fin de que no nos entretengas más ni te diviertas á expensas nuestras.

—Si le engaño á usted, fusíleme y entiérreme ahí mismo; pero si no le engaño, suélteme en seguida, que tengo mucho que hacer.

—Acepto el trato. Vaya un número á buscar dos azadas para cavar.

Entonces me acerqué con el alcalde al fondo de la casa, en cuyo colgadizo observé que la mujer que tan serena estaba unas horas antes, y que no había dejado de seguir todos nuestros movimientos, temblaba y estaba pálida y como una enferma sometida á la máquina eléctricia.

—¿Qué le ha dado á usted, señora? Parece que se pone usted mala.

—Caballeros, sálvenme ustedes; estoy perdida. Yo conozco que he hecho mal con ocultarles la verdad.

—Es decir, que el albañil no nos ha engañado.

—No, por mi desgracia.

—Pues tranquilícese usted, que el general no es vengativo y mucho menos con las mujeres. La prueba de que es así, la tiene usted en que no traemos orden de prender á nadie.

—Si me llevasen presa, ¿qué sería de mi hijo?

—Nadie se meterá con usted, señora; usted no podía denunciar al padre de su niño.

—Gracias, gracias. Usted me vuelve el alma al cuerpo.

Hasta la una de la madrugada no vino el soldado con las azadas. A esa hora empezó á practicarse la excavación á la luz de un farol. Ya el hoyo tenía más de vara y media de profundidad y nada se encontraba. Mis dudas renacieron. ¿Se habrían entendido el ama de la casa y el albañil, para que la burla fuese más completa?

—Me parece que estamos abriendo tu sepultura—dije á este último.

—Yo estoy seguro de que me voy á dormir la mañana á mi casa—contestó impasible.

En efecto, como á las dos varas se encontró un fuerte escotillón de madera forrado de plomo, que con mucho trabajo y á fuerza de palancas, se consiguió alcanzar. Entonces, con gran sorpresa nuestra, vimos una escalera de madera, que conducía á una vasta bóveda subterránea.

Bajamos. Las paredes y el techo eran de madera. Era

un almacén de monturas para hombres y mujeres, de cajas de géneros, espadas, sables, multitud de piezas de indiana, muselina y demás géneros de consumo en el país, todo seco y en muy buen estado.

Mientras el alcalde y los escribanos hacían el inventario de todo, me fuí corriendo á dar parte del hallazgo al general. S. E. se deshizo en elogios de mi celo y sagaci dad, y me mandó á descansar, comisionando á un sargento para que se hiciera cargo de la tropa y de conducir los efectos al almacén de secuestros.

A la casa de moneda se llevó además un baúl de plata labrada que se había encontrado después de mi ausencia.

CAPITULO VIII

EXPEDICIÓN ARRIESGADA

El 23 de Junio tuvo aviso el general en jefe de que sobre la montaña Quindio, entre las inmediaciones de Popayán, se encontraba una partida como de doscientos hombres, capitaneada por un tal Masa, á la cual se iban reuniendo todas las partidas derrotadas por el general La Torre.

Estos insurgentes hacían correrías por aquellos campos y poblados, exigiendo raciones y dinero y destruyendo cuanto á su paso encontraban. Bajo su protección vivían varios cabecillas con sus familias.

Para exterminar aquellos malhechores que traían aterrada una extensa comarca, dispuso el Sr. Morillo fuese una columna compuesta de cien soldados venezolanos escogidos de Numancia, á las órdenes del teniente coronel don Julián Waller, bizarro é ilustrado jefe alemán al servicio de España, llevando consigo al intrépido teniente don José Vázquez, asturiano, al alférez limeño Rodríguez y á mí como segundo de la fuerza.

Bien provistos de municiones y de dinero, salimos el 25 hacia Villeta, que está á siete leguas de Santa Fe y precisamente en rumbo casi opuesto al punto de nuestro destino.

El objeto de esto era evitar que el enemigo recibiera aviso de sus cómplices de la ciudad sobre nuestros mo-

vimientos, pues se había observado por larga experiencia, que en esta clase de guerra el perfecto espionaje que establecen los rebeldes, los pone á cubierto de toda sorpresa; y es preciso engañar á los mismos espías y guardar absoluta reserva si no han de malograrse todas las fatigas del ejército.

El 27 cruzamos en barca el caudaloso río Magdalena. Pernoctamos el 28 en el pueblo de Mariquita, donde estaba de comandante militar el capitán puertorriqueño don Vicente Becerra, que nos recibió con júbilo, lo mismo que el Ayuntamiento, que nos obsequió mucho. Nadie nos esperaba allí, pero todos aquellos leales se alegraron al ver que íbamos á limpiar sus contornos de gentes que sólo de violencias y depredaciones vivían.

En el oficio que para Becerra llevábamos, le mandaba el general pusiese á nuestra disposición cincuenta hombres que tenía de Granada y cien paisanos adictos y prácticos en el terreno. Así se hizo, armando á los últimos con lanzas y machetes. Proveyósenos además de galleta, tocino, queso y aguardiente para veinte días, cuyos víveres habían de ser llevados por bueyes, por no permitir el terreno pantanoso el paso de caballerías.

Ya con todo esto y contando la columna de 250 hombres, partimos de nuevo el 30 la vuelta de Ambalema. Sin llegar á este pueblo mandamos á él nuestras mulas, continuando los oficiales montados en bueyes. Tres días tardamos en atravesar el inaccesible monte de Quindio por desiertos, despeñaderos, picos elevadísimos y bosques centenarios, que servían de antemural á Popayán.

La séptima noche la pasamos en el abandonado pueblo de Carta, desde donde oíamos rugir los tigres y jaguares, ruido amenazador que ya se nos iba haciendo familiar, pues lo habíamos oído varias veces en las precedentes noches.

Á la madrugada siguiente cogió la avanzada dos indios, que resultaron ser portadores de oficios para el general Morillo. Aquellas comunicaciones venían de Lima,

Quito y Pasto. El de este último punto era del brigadier Sama, que se aproximaba á Popayán con dos regimientos, uno de zambos y otro de pastusos y limeños, á darse la mano con nosotros.

Aquellos fieles indios, con treinta y cinco días de viaje, venían muertos de hambre y de cansancio. Se explicaban difícilmente en castellano; sin embargo, pudimos comprender que habían padecido mucho, vagando como fieras, de bosque en bosque, siempre huyendo de ser cogidos por los rebeldes.

Los pliegos los traían cosidos á una manta, con que envolvía uno de ellos la cabeza. Les dimos bien de comer, los proveímos de galleta y queso para el camino, les entregamos el parte diario de nuestra marcha para que se le dieran á Morillo en Santa Fe, y los despachamos muy contentos.

El 8 de Julio pasamos una escrupulosa revista de armas; hicimos ensebar de nuevo los fusiles, afilamos los sables, preparándolo todo para batirnos. El término de nuestro viaje estaba á seis leguas, en la hacienda y caserío del Pilar.

A las nueve de la mañana emprendimos todos á pie nuestro movimiento de avance, sedientos de gloria y de dar una dura lección á los enemigos, que nos habían obligado á tan penosa marcha.

El camino estaba cortado por enormes peñascos y por profundos barrancos. Una densa neblina nos rodeaba. La marcha era lenta. Treinta hombres á mis órdenes formaban la vanguardia.

Dos prácticos nos guiaban. Con la neblina no se veía un hombre á cuatro varas de distancia. La noche se aproximaba.

La fatiga nos tenía rendidos. Temiendo yo haberme separado mucho del grueso de la columna, mandé hacer alto al lado de un manantial, cuyo gran chorro, cayendo de lo alto, formaba una cascada. Entre el susurrar del agua creí percibir rumor de voces humanas. Mandé, acto

continuo, desplegar en guerrilla y cercar la colina de donde afluía el caño.

—¿Quién vive?—preguntó la voz penetrante de un hombre.

—¡A ellos!—grité.

Nos lanzamos como el rayo sobre el punto donde salió la voz. Sonó un tiro. La bala silbó cerca de mi oído.

Cinco hombres con fusiles alcanzamos, á los que pasamos á cuchillo sin compasión, á fin de que no pudiesen revelar nuestra presencia allí.

Como logré cerrar á los demás el paso por la parte de la hacienda, huyeron en dirección al núcleo de nuestras fuerzas, con las cuales dieron, habiendo caído prisioneros, y uno de ellos herido de sable por el mismo Waller.

Yo esperé allí, con mucha atención al frente, á que se me reuniese el resto de la columna, á fin de ponerme á cubierto de un golpe de mano y de recibir nuevas instrucciones.

Bastante tardó en llegar, pues el teniente coronel se había detenido interrogando á los presos sobre la situación y fuerza del enemigo.

—No hay que temer—dijo Waller juntando á todos los oficiales cuando me alcanzó—. Los insurgentes han mandado doscientos hombres sobre Popayán, y solamente tendremos que habérnosla con unos setenta ú ochenta combatientes atrincherados. Dos prisioneros que traigo amarrados se han comprometido á dejarse fusilar si nos engañan ó hacen alguna demostración sospechosa. He dado orden á los campesinos que los conducen para que inmediatamente los despachen si notan que intentan hacernos caer en el lazo. Hay que encargar precaución y silencio, pues sólo media milla nos falta para llegar donde están los rebeldes. Únase la guerrilla á la columna, la cual se dividirá en dos grupos principales: el primero, al mando de usted, teniente Vázquez; su misión es bloquear la casa por el flanco derecho, guareciéndose del fuego contra las paredes ó donde le sea posible, y no permi-

tiendo que ni las ratas se escapen vivas del edificio. Usted, Rodríguez, marchará á la cabeza de la segunda fracción, á envolver la casa por la izquierda y por el fondo. Yo me reservo cincuenta granaderos de Numancia para dar el asalto por el frente. Sevilla, como ayudante de la columna, me acompañará, para reemplazarme si caigo muerto ó herido. Hasta llegar al frente del edificio iremos todos reunidos, con sólo cuatro buenos exploradores delante. Con que á sus puestos y que todos marchen listos para el movimiento, que se efectuará tan pronto cuando yo levante así tres veces el sable.

Empezaba á envolvernos la densa obscuridad de la noche. Á poco llegamos á una quebrada profunda. Al lado opuesto trepamos de uno en fondo por una vereda estrecha y pedregosa que serpenteaba por entre rocas y árboles enormes.

Era un verdadero laberinto, conocido sólo por los muy prácticos en aquella localidad.

Á medida que íbamos saliendo de aquel abismo disminuía un tanto la lóbrega obscuridad que nos rodeaba y los objetos se presentaban gradualmente con más claridad.

—Se acerca el momento supremo—dijo Waller en voz baja á los prisioneros—en que ustedes han de serme fieles ó marchar á la eternidad. Respóndanme con claridad á estas preguntas concretas: ¿Está fortificada la casa? ¿Tiene puertas? ¿Es de piedra el edificio? ¿Tiene altos? ¿Hay comestibles?

—Señor—contestó el más entendido—, nos hemos propuesto salvar la vida y por Dios le juro que no le engañamos. La casa principal es de mampostería y tiene un piso alto; no tiene puertas ni ventanas exteriores, porque fué incendiada hace un año, y está casi en ruinas y abiertos los espacios que ellas ocuparon; sólo en el interior existen algunas puertas. Las tres ó cuatro casitas que la rodean son chozas de madera y paja sin importancia estratégica. Por la noche, y cuando hay alarma, suelen tapiarse.

las puertas del edificio principal con barriles llenos de tierra y haces de leña; no falta que comer: hay porción de bueyes, maíz y arroz. Si alguna de estas señas resulta falsa, fusílenos usted en seguida; si son exactas, esperamos la libertad por única recompensa.

—Convenido.

Era completamente de noche. El cielo estaba de luto: ni un astro bienhechor lanzaba un reflejo sobre nuestro camino. Habíamos, por fin, llegado á la cumbre, después de haber vencido las ásperas laderas de la montaña, y nos encontrábamos sobre una planicie cubierta de musgo, al parecer bastante extensa. Á poco divisamos dos luces.

—¿De dónde son esas luces?—preguntó Waller á los prisioneros.

—De la casa principal.

Habíamos avanzado cincuenta pasos más cuando oímos un estentóreo "¡Quién vive!" dado á nuestros cuatro exploradores.

—¡América libre!—contestaron ellos con voz firme, haciendo alto y permaneciendo allí hasta que nosotros, que apretamos el paso, llegamos. Los de la avanzada insurgente habían huído hacia la casa.

—¡Adelante y agacharse!—murmuró Waller.

Todos pasamos esta voz de uno en otro, encargando preparasen armas, y continuamos á la carrera, casi á gatas, hasta llegar á tiro de pistola de la casa.

—¿Quién vive?—gritaron varias voces de todas las ventanas.

—No tengan cuidado, muchachos—contestó Waller, con su subido acento alemán—; somos tropas que venimos á protegeros.

Pero como el hecho de presentarnos en tropel y á paso de carga no daba lugar á dudas, el jefe enemigo, considerándose sin duda perdido, gritó con voz de trueno:

—¡Fuego, hijos míos, que son enemigos!

Waller agitó rápidamente tres veces el sable en el aire; pero antes de que pudiera ser obedecida esta señal, reci-

bimos una descarga, afortunadamente mal apuntada, pues sólo nos mataron á un hombre, hirieron á otro, y una bala llevó al teniente coronel parte del pelo de la cabeza, rozándole apenas el cráneo, sin que se le cayera el morrión, que quedó atravesado. Inmediatamente contestamos á la descarga, abriéndose en seguida la fuerza en dos alas, como estaba convenido.

Waller y yo, á la cabeza de nuestros 50 valientes granaderos venezolanos, nos introdujimos temerariamente por la puerta principal, que no había sido tapiada, huyendo los pocos que la custodiaban.

Una vez en el patio de aquel grande edificio, quedamos rodeados de una obscuridad espantosa y de un silencio aterrador, sin saber adónde dirigirnos.

Así pasamos algunos minutos, sin otro ruido que el producido por nuestra respiración. Por fin, los enemigos se encargaron de alumbrarnos con sus fusiles, haciéndonos fuego desde la galería superior. Aquello fué su perdición, pues sus fogonazos nos enseñaron el blanco, y lo mismo los que estaban en las ventanas á nuestros compañeros de afuera.

Por cada tiro que nos disparaban, les enviábamos nosotros cinco. Yo recibí una fuerte pedrada en la espalda, que por poco me hace caer. El dolor me hizo pasear de un lado para otro, lleno de ira, aunque medio derrengado.

Habían transcurrido como tres cuartos de hora, cuando observamos que el enemigo paró el fuego. Waller correspondió á esta tácita tregua, mandando tocar *alto el fuego* al corneta.

Volvió á reinar la obscuridad, pero no el silencio; pues bajo aquellas grandes bóvedas que hacían eco, se oían resonar tristemente los lamentos de los heridos, el agonizar de los moribundos, los gritos de las mujeres y las imprecaciones é insultos de los hombres.

Tal era la obscuridad, que, por equivocación, nuestros mismos soldados mataron á dos compañeros é hirieron á otros dos de mucha gravedad.

Crítica era nuestra situación; ciegos materialmente, como estábamos en medio de aquel extenso patio, rodeado de galerías, desde las cuales, á ser otros más audaces nuestros enemigos, á pedradas habrían podido acabar con nosotros; dudábamos ya del éxito de nuestra empresa.

Por fin, nuestro jefe quiso salir de aquella incertidumbre:

—Si ustedes no se rinden—gritó—serán pasados á cuchillo; y al efecto, empiezo por poner fuego al edificio. Á ver, soldados, buscad paja y acumuladla aquí. Acaben las llamas, en esta casa de fieras, la tarea que dejaron empezada el año pasado, y purifiquen de traidores esta comarca.

Inmediatamente se empezó á reunir leña y cuantos combustibles pudimos encontrar á tientas, en tanto que otros sacaban fuego con sus yesqueros. Nuestro objeto, en realidad, era alumbrarnos. Entretanto nos recatamos algo en las galerías de los disparos que pudiera hacernos el enemigo. En esta ocupación estábamos, cuando al extremo del corredor vimos brillar una luz, y detrás del que la traía, un grupo de personas que se acercaban. Eran dos frailes y varias mujeres.

—¿Quién es el jefe?—preguntó un capuchino de luenga barba.

—Servidor—contestó secamente Waller.

—Señor: venimos á implorar humildemente perdón para toda la tropa y paisanos que aquí se encierran.

—Caballero—añadió una dama llorosa, con sus cabellos sueltos en desorden, que le llegaban casi al suelo—, somos madres, somos esposas, somos hermanas de los jefes que aquí se encuentran. Venimos á pedir á usted cuartel, á pedirle la vida de nuestros padres, esposos, hijos y hermanos.

—Padres y señoras—contestó Waller—, concedo la vida á todos los soldados y paisanos que se hallen en esta casa, siempre que en el acto depongan las armas; en cuanto á los jefes, profundamente lo siento, pero no puedo asegurar que los deje á vida el general en jefe, único lla-

mado á decidir de su destino, probablemente los mandará juzgar en consejo de guerra, y se hará lo que este tribunal acuerde. Lo que haré, interpretando vuestros ruegos, es recomendar á S. E. toda la lenidad posible con los vencidos.

Uno de los frailes volvió la espalda para ir á anunciar á los de arriba la contestación del jefe. Al notar su movimiento, ocurrióseme seguirle para averiguar por dónde había bajado.

Así lo hice sin consultar á nadie. Varios soldados me siguieron. El fraile abrió una puerta, y la luz que llevaba nos puso á la vista una estrecha escalera de caracol.

Tan pronto como hubo entrado, trató el religioso de cerrar la puerta; pero yo la empujé con fuerza y emprendí la subida, seguido de media docena de soldados.

—¡Desgraciado! Va usted á perder la vida, y echarlo todo á perder—me dijo el fraile.

—Siga usted á cumplir su misión y no se ocupe de lo demás—le contesté.

Á todo esto ya los soldados del patio habían logrado encender una hoguera que iluminaba todo el edificio.

Atravesé una galería, y al tocar el fraile á la puerta del fondo, que estaba cerrada, oímos un estruendo horrible de tiros, cuchilladas y voces. Sin saber la causa de este nuevo conflicto y no habiéndose abierto la puerta á nuestros golpes, nos dimos á correr por aquellos extensos corredores, sin saber adónde dirigirnos.

Waller, que creyó que nos estaban asesinando, subió inmediatamente con el resto de la tropa, calada la bayoneta y dispuesto á hacer fuego.

—¿Qué hay? ¿Qué es esto?—exclamó el jefe al vernos ilesos y tan alarmados como él.

—No lo sé—respondí.

—Los demonios del infierno parece que andan sueltos en esta casa—articuló el fraile, que estaba pálido y convulso.

He aquí lo que había sucedido.

Uno de los prácticos que llevaba el oficial Rodríguez, conocedor de la casa, por haber residido mucho tiempo en ella, había logrado escalar una de las ventanas que estaba en ruinas.

Tan pronto como se hubo asomado á ella, los que estaban dentro le dieron un fuerte trancazo en la cabeza. El práctico cayó con el cráneo aplastado. Á la vista del cadáver de aquel infeliz, llenáronse de ira Rodríguez y sus soldados, no oyéndose entre ellos más que el grito de «á vengarle, á vengarle».

Acto continuo empezaron el escalamiento, bajo el fuego del enemigo, disparando á medida que iban subiendo: los que caían eran pronto reemplazados por otros. La lucha, aunque desigual, fué terrible. Los de adentro disparaban á quemarropa; los de afuera penetraban por las ventanas y por la azotea, matando á bayonetazos á cuantos encontraban.

Tan encarnizada fué la escaramuza, que en ella sucumbieron cinco jefes insurgentes, entre ellos Mazan y Miravalles. El mismo Maza, comandante principal de la partida, cayó gravemente herido. La matanza entre la tropa insurgente fué horrorosa.

Al fin cesó la resistencia y con ella el combate.

Entonces abrieron la puerta, presentándose ante nosotros un cuadro sangriento y lastimoso que renuncio á describir.

El oficial limeño que había dirigido la operación, se paseaba impasible con la espada desnuda, entre cadáveres y heridos.

—¡Señor Rodríguez!—llamó Waller.

El oficial, roconociendo á su jefe, saludó y se cuadró respetuosamente.

—Ha hecho usted una temeridad; se ha excedido usted de las órdenes que le he dado, siendo causa de todas estas innecesarias desgracias. Le dí á usted la misión de cercar la casa y de impedir que se escapase el enemigo; pero no la de dar el asalto.

—Mi teniente coronel—contestó—ante el cadáver de un compañero leal no se razona, se obra, y yo en aquel momento olvidé todo, menos que soy americano adicto al rey. ¿Cree usted que estos insensatos se rinden con parlamentos é intrigas, echando delante á las mujeres y á los frailes para que los protejan con su debilidad? Permítame le diga se equivoca si cree sincera su sumisión. Los que pueden aún combatirnos no se han rendido, están encerrados en esas habitaciones, con la mano en los gatillos para matarnos á mansalva, si pueden.

—Pues si es así—dijo Waller en alta voz—, sepan que no doy cuartel á nadie, si disparan un solo tiro más, y no se rinden á discreción. Á registrar, pues, todos los departamentos de esta casa, y herid sin compasión á todo el que resista.

Tocamos á varias puertas: ninguna se abrió.

—Echémoslas abajo—mandó el jefe.

Así lo hicimos. Nadie opuso resistencia activa. Registradas todas las habitaciones, encontramos 65 hombres, la mayor parte armados; 49 mujeres y 19 niños de ambos sexos; en cuanto á material, hallamos varios cajones de cartuchos, porción de baules con equipajes, sillas de montar, armas y otros efectos.

Los hombres fueron encerrados en una habitación y las mujeres en otra, con centinelas de vista. Hicimos un buen rancho con las mismas provisiones del enemigo y pasamos el resto de la noche entregados al descanso.

El siguiente día 9 dimos sepultura á los muertos, é hicimos los preparativos de marcha. Los bueyes eran nuestras únicas acémilas posibles, y mucho lo que teníamos que llevar.

Entre los diversos baules de equipajes, que nadie reclamaba como suyos, y artículos de guerra, encontramos dos cofres grandes muy pesados, que debía ser de dinero.

Waller no consintió que se descerrajasen hasta que no lo dispusiera el general, á quien enviamos dos paisanos con el parte de lo ocurrido.

El 10, á mediodía, nos pusimos en camino para Ambalema. El convoy que llevábamos, no sólo era molesto, sino que inspiraba cierto sentimiento de tristeza. Aquellos prisioneros de ambos sexos y de todas edades, marchando, como nosotros, á pie, con excepción de los heridos, que iban encima de los bueyes, formaban un cortejo que á nosotros mismos nos hacía maldecir la guerra, ese monstruo que tantas víctimas causa. Rodríguez, con la mayor parte de la tropa, era el encargado de estos prisioneros.

Vázquez se había quedado con 25 hombres, poniendo fuego á la casa y á los ranchos, y preparando unas minas para volar el techo, cosa de inutilizar aquella guarida de enemigos. Aquella misma tarde oímos, ya bien distante, la explosión de las cajas de pólvora que debieron arruinar del todo aquel gran edificio que tanto dinero habría costado á sus antiguos dueños fabricar, y en cuyos vastos salones debió haber vivido una familia rica y feliz.

Á la tarde siguiente nos alcanzó Vázquez. Sólo en parte había logrado su objeto. La casa era demasiado sólida; sin embargo, quedaba por entonces inhabitable.

Terribles son las exigencias de la guerra. Á veces el soldado necesita tener el corazón de hierro para cumplir su deber. Como aquel terreno áspero, interceptado por barrancos y ríos y árboles y espinas, y rodeado de abismos, no daba paso á más cuadrúpedos que al paciente buey, aquellas pobres mujeres, muchas de las cuales se habían criado entre el regalo y las comodidades que ofrece una gran fortuna, marchaban con sus delicados pies ensangrentados por aquel *via crucis*, en tanto que unas dejaban á su marido, hermano, hijo ó padre enterrado en la hacienda, y otras llevaban á los suyos heridos sobre los bueyes. Sus lágrimas, ¿á quién no habían de traer tristemente á la memoria á su propia madre, su hermana ó su esposa?

Pero los deberes de la lealtad, los preceptos de la ordenanza son inexorables. Ellas no podían quedar solas

en aquel desierto; dejar con ellas los prisioneros habría sido una traición.

Cuatro días tardamos en llegar á Ambalema. Los heridos se habían agravado con la marcha. Maza, el jefe superior de la partida, falleció el mismo día de nuestra llegada, á las once de la noche.

No pudiendo continuar las mujeres y niños, por tener los pies lastimados, ni adaptarnos nosotros á su lento paso, dispuso Waller que descansasen allí y que á pequeñas marchas los condujesen poco á poco á los paisanos del pueblo.

Allí nos entregaron nuestras mulas muy bien cuidadas, pero fué necesario traerlas del diestro por no permitir otra cosa el terreno.

Otros cuatro días tardamos en llegar á Mariquita, donde nos recibieron Becerra y el vecindario en triunfo el día 17. Allí dejamos toda la gente del pueblo que nos había acompañado.

La rebelión en Costa-Firme no había penetrado en el corazón del pueblo; sólo aquéllos que habían estado en contacto con los jefes separatistas, se habían prestado á tomar las armas contra España.

La prueba de esto es que ni un solo soldado peninsular nos había acompañado en esta expedición.

Llegamos á la Honda el 18, y allí encontramos orden del general en jefe para que embarcásemos los prisioneros por el río Magdalena, con destino á Cartagena, y que únicamente los jefes y los equipajes debíamos llevar con nosotros á Santa Fe.

En esta ciudad entramos el 21 en medio de una ovación. El general se deshizo en elogios de nuestro comportamiento; á la tropa manifestó su satisfacción mandando dar cuatro pesos de extraordinario á cada soldado.

Los jefes prisioneros que traíamos, entre ellos un abogado, fueron encerrados en San Bartolomé.

Al almacén de secuestros se condujeron los efectos. Al hacer el inventario de ellos ante escribano, se vió que

uno de los cofres estaba casi lleno de plata y oro; pero el otro de los que tanto pesaban nos dió un chasco que excitó la hilaridad de toda la respetable comisión que entendía en estas operaciones.

Ya pesados y valorados los metales preciosos del primero, tenía el contador los pesos preparados y los escribanos la pluma en ristre para hacer constar con la mayor solemnidad los que contenía el segundo cofre, cuando al abrirlo se encontró que estaba atestado de ollas y cacerolas de hierro estivados con mugrientos trapos de cocina. Todos se echaron á reir á carcajadas.

El Gobierno devolvió los equipajes á los dueños que se encontraron; el resto quedó á favor del Estado.

CAPÍTULO IX

EL SALTO DEL TEQUENDAMA

CACHIRÍ

El rey había hecho á D. Pablo Morillo la merced de conde de Cartagena, y á mi tío, D. Pascual Enrile, la de caballero de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Este último debía regresar á la Península, á bordo de la fragata *Diana*, que estaba en Cartagena.

Los generales estaban contentos, y el 22 se resolvieron á hacer una pequeña expedición de recreo, para ver el famoso *Salto del Tequendama*, que está á seis leguas de Santa Fe.

Era una bella tarde tropical cuando salimos todos con este objeto. Pernoctamos en una hacienda llamada Canoa, que está á cuatro leguas de la ciudad. Desde allí se oía perfectamente el confuso susurrar del torrente que estaba dos leguas distante.

Aquella misma noche, después de la cena, me llamó aparte el general.

Sevilla—me dijo—, le tengo reservada á usted y al teniente coronel Carmona una comisión importante. Dentro de cuatro ó cinco días saldrá usted para los valles de Cúcuta, con el objeto de organizar un nuevo batallón de leales del país, que se llamará de cazadores de Cachirí, en memoria de la gloriosa batalla de este nombre. Servi-

rá de núcleo alguna gente del regimiento de Numancia y del batallón fijo de Puerto Rico. Calzada tiene muchos reclutas en los valles. Los oficiales D. Gregorio Valiente y D. José Chacón irán á reunirse con ustedes. Ya he dado orden á Carmona para que entregue el gobierno de Vélez y se junte con usted en el camino. Procure usted disciplinar y enseñar bien la táctica al nuevo batallón, y no quedará usted disgustado. Le doy á usted este encargo de confianza porque le conozco y le aprecio.

—Muchas gracias, mi general.

Al poco rato me llamó mi tío Pascual para decirme con gran misterio que el general estaba decidido á premiar mis servicios con el empleo de capitán.

—"S. E.—añadió Enrile—está muy satisfecho con el ejército conquistador de Cartagena y Santa Fe, y el rey le da amplias facultades para distribuir grados entre los oficiales y jefes que los merezcan. Ahora no queda al amigo Morillo más que pacificar á Venezuela para concluir su misión."

En efecto, la insurrección estaba muerta por entonces en todo el territorio que había recorrido el nuevo conde.

Al fin, yo iba á ser capitán á los veintidós años. Era mi sueño dorado, y aquella noche, mecido por los lejanos murmullos del Tequendama, dormí soñando un porvenir lleno de flores. ¡Es tan soñadora y tan crédula la juventud!

El 23 por la madrugada, el general, que se preciaba de admirador de todas las curiosidades científicas, particularmente de las referentes á historia natural y topografía, encargó á Waller, á Campuzano y á mí, que levantásemos un croquis lo más exacto posible del Salto y de sus alrededores. Á las cuatro de la mañana nos pusimos en marcha.

Á medida que avanzábamos aumentaba gradualmente el ruido de la catarata. La neblina no nos permitía verla, pero debíamos estar cerca, pues ya no podíamos hablarnos sino al oído y gritando, como si fuéramos sordos,

El ruido aumentó tanto, que parecía un cañonazo continuo. El práctico hizo seña de que nos apeáramos, lo que hicimos, y nos guió á pie por medio de una zanja muy profunda, abierta en la piedra viva, con objeto de que los virreyes pudiesen pasar por ella á una especie de balcón practicado en la montaña opuesta, como á medio tiro de fusil del gran Salto de Tequendama.

Al subir nosotros á aquel punto de observación, sentimos en primer lugar dilatarse agradablemente los pulmones respirando aquel ambiente purísimo, refrescado con las aguas que lo baten, y embalsamado con las flores de aquella comarca, cuyo clima es en la altura como el de España, y como el de Puerto Rico el valle donde cae el torrente. La impresión que se sufre al respirar aquel aire salutífero es tanto más grata cuanto que en la zanja casi subterránea que antes de llegar se atraviesa, la atmósfera es sofocante y pesada.

Hablarse en el balcón es imposible. Allí todos son sordo-mudos, y como ellos hay que entenderse. Ya no es como un cañón el ruido de la cascada, sino como de un trueno sin fin. Cierto que no es desagradable como el producido de la pólvora ó por el rayo; es más suave, más intenso, más imponente, más misterioso. Aparte de este ruido atronador, nada perturba la calma absoluta de aquel paisaje sublime.

Hasta las diez no se disipó el velo que se interponía entre nosotros y la catarata. Al alzarse aquella especie de telón de teatro, vimos un espectáculo grandioso. Las aguas descendían de una altura colosal á un precipicio espantoso formando como una gigantesca escalera de tres peldaños.

Después de un rato de contemplación, Waller y yo empezamos á trabajar en el encargo del general, en tanto que éste permanecía meditabundo ante aquella maravilla de la Naturaleza. Mientras yo sacaba la perspectiva de la cascada, Waller se colocaba en una altura para sacar un croquis á vista de pájaro.

En nuestros cálculos encontramos que las aguas caen en 213 pies de elevación, que en su ancho al desembocar miden seis brazas, que hacia el medio, tropezando con el segundo escalón de piedra, se abren hasta tener un ancho de 18 á 20 brazas; la poza donde cae estrepitosamente el torrente tiene unas doscientas varas de circunferencia.

No pudimos sondear la profundidad de aquel depósito, porque para bajar á él era preciso descender por una montaña de piedra muy pendiente; pero los prácticos afirmaban que tenía 25 brazas. Á partir de la poza, el río corre tranquilo, pero invadeable.

Ya terminados nuestros borradores, y cuando el sol radiante se ostentaba en mitad de su carrera, los criados sacaron de las alforjas los comestibles que traíamos para el almuerzo.

Debajo de unos pinos que brindaban grata sombra, un poco más atrás del balcón, siempre á la vista de la catarata, sobre un tupido césped verde como la esmeralda y fino como la seda, los generales Morillo y Enrile, no sólo se sentaron, sino que se acostaron, imitándolos nosotros, y con voraz apetito comimos los suculentos fiambres, que de antemano se habían preparado en Santa Fe.

Desde allí, entre los árboles de la Zona Templada, veíamos en el profundo valle que se extendía abajo, las palmeras y demás árboles de la Zona Tórrida.

Hasta que el sol iba tocando á su ocaso no nos separamos de aquellos contornos, en que parece oirse la voz imponente de Dios.

Durante aquellas horas deliciosas permanecimos mudos, bien que es verdad que impone tanto el ruido del torrente, que nadie experimenta deseos de hablar; la vista y el oído absorben las funciones de los demás sentidos.

Nos retiramos al obscurecer, y á las once de la noche entrábamos en la capital del reino neogranadino.

El 24 de Julio me despedí de todos, particularmente de mi tío, que partía para España. Le entregué doce onzas para mi padre, á fin de que me mandase á hacer en

Cádiz tres marcos lujosos, para igual número de magníficos santos pintados en Quito, que también mandé á mi casa por el ayudante Van-Halen.

En la madruguda del 25 salí para mi nuevo destino, en compañía de los oficiales Valiente y Chacón.

Diez y nueve jornadas seguidas anduvimos pernoctando sucesivamente en los siguientes puntos: Ozaquin, Zipaguira, Boaté, Chiquiriquirá, Puente Real, San Benito, Guadalupe, el Socorro, San Gil, Sute, Pie de Cuesta, Bucaramanga (aquí se nos unió el coronel Carmona), Corral de Piedras, Cacota de la Matanza, el Arizal (al pie del páramo), la Caldera, Pamplona, Bochalema y el Rosario de Cúcuta, adonde llegamos el 12 de Agosto.

En toda esta larga marcha no tuvimos más novedad que un frío insufrible en el páramo, donde se heló de tal modo el oficial Valiente, que hubo que abrazarle y darle porrazos para provocar la circulación de la sangre. Lo más notable que encontramos fueron cuatro osos muy extraños, que huyeron perezosamente al acercarnos á ellos.

En el pueblo del Rosario encontramos á Calzada. Nos tenía preparados unos seiscientos reclutas, que parecían una manada de carneros; pasaban lista sentados en el suelo. Carmona en seguida empezó su tarea, eligiendo para la primera compañía, que debía ser la de preferencia, á los soldados viejos que habían servido con Morales y Calzada, los de mayor estatura, los europeos del fijo de Puerto Rico y de los restos del regimiento de Granada que había pasado á dicha isla, distribuyendo los sargentos en las compañías, creando cabos y formando un taller para hacer vestuarios, zapatos, morriones, mochilas y cartucheras.

Yo fuí el comisionado para organizar y dirigir este taller y para instruir á los sargentos y cabos. Nunca estuve más ocupado que entonces; á fuerza de oficiar á los alcaldes conseguí lienzos, suelas, cueros, materias primas indispensables.

En menos de un mes ya estaba el batallón equipado y organizado. Así se levantaban batallones en América. Una remesa que recibimos después de Santa Fe de botones de plata, fundidos allí mismo con el número del batallón, cornetas del mismo metal, menos costoso en aquel país que el bronce, espadas, cinturones, etc., acabó de completar un almacén bien provisto.

Varios oficiales se presentaron á llenar el cuadro del nuevo cuerpo, entre ellos Becerra, que traía una porción de reclutas. Hasta establecimos nuestro hospital, pues la disentería y las úlceras empezaban á presentarse con alguna frecuencia. Ya teníamos 1.200 plazas sobre las armas cuando recibimos comunicaciones del general Morillo, nombrando á Carmona primer comandante, y á mí capitán de la primera compañía de preferencia.

Apenas el batallón de Cachirí sabía marchar, cargar y hacer fuego, cuando se le hizo salir para los llanos de Barinas, dejándome á mí el general Calzada de comandante interino militar de aquellos valles: mi principal misión era reunir los rezagados, transportar los efectos del almacén y estar al cuido de unos cuantos cabecillas revolucionarios, presos, que allí quedaban.

El país estaba infestado de insurgentes, y yo no tenía más que enfermos que oponerles, y muchos de ellos se iban desertando á medida que se ponían buenos.

Una noche, una partida rebelde penetró en el pueblo, llevándose seis mulas y unas cuantas reses, que estaban á cargo del factor de provisiones.

Cuando yo acudí con mis dos asistentes y algunos soldados ya habían tomado las de Villadiego. Pudieron habernos degollado si hubieran tenido más resolución.

Para evitar un golpe de mano armé al paisanaje, y puse aquella fuerza á las órdenes del alcalde.

El batallón se había situado en la villa de San Cristóbal, sita en una eminencia estratégica: era la llave de los llanos de la provincia de Barinas y de otros muchos pueblos.

Á dicho punto me dirigí el 27 de Octubre, en cumplimiento de órdenes recibidas, llevando conmigo un preso de consideración que los insurgentes trataron de arrebatarme en el camino; pero con mis veinte soldados y un cabo logré rechazarlos.

Llegué á San Cristóbal el 28: medio batallón nada más estaba allí, al mando del ayudante mayor Becerra; el otro medio había salido con Carmona á los llanos.

Entregué mi preso, y me dió Becerra el nombramiento de comandante político y militar interino del distrito, firmado por Calzada, recomendándome mucho el hospital, la armería y los almacenes. Al siguiente día marchó el ayudante con el resto de la fuerza, dejándome sólo 25 hombres escogidos entre los de mi compañía.

Allí estuve hasta el 16 de Noviembre, haciendo conducir los efectos, víveres y municiones, activando la composición del armamento y todo lo necesario para entrar en campaña.

El 17 de Noviembre emprendí marcha con mi tropa y el resto de la retaguardia, para el pueblo de Joseíto. Allí me robaron las pistolas de mi silla de montar. Encerré á todos los paisanos en quienes recaía sospecha, hasta que me las devolvieron.

El 18 acampé en la ranchería de Campofrío, país desierto y rodeado de bosques impenetrables. Al despertar por la mañana sentí un cuerpo extraño en la frazada de mi hamaca: era una culebra de coral que estaba enroscada en ella y que había dormido conmigo.

Dí un brinco; saltó también el reptil ponzoñoso al suelo: un soldado tuvo el tino de darle muerte. Por milagro me salvé de su mortal mordedura. Pernocté el 19 en el sitio de Enite, después de haber atravesado cinco leguas de terrenos pantanosos y cubiertos de árboles colosales.

No me dejó dormir el rugido de los tigres, los cuales, por más candeladas que encendí, me comieron dos mulas. El 20 llegué á Telco. Aquí encontré todo el batallón y

además las compañías de granaderos y cazadores de Numancia.

Cuatro compañías á las órdenes del capitán D. Pedro Delgado, vadeamos el río en demanda de Barinas, donde esperábamos adquirir noticias de la situación del enemigo y de las fuerzas nuestras que debían venir á darse la mano con nosotros desde Venezuela.

Cuarenta y ocho horas anduvimos por sendas desconocidas y sin más descanso que el necesario para comer pan y queso. Llegamos al pueblo de Pedraza, que estaba quemado y abandonado, donde permanecimos cuatro horas, emprendiendo en seguida otras trece de continua marcha, hasta que al fin el 24 de Noviembre entramos en Barinas, capital de los Llanos.

Allí estaba el brigadier Correa con tropas recién llegadas de Caracas.

A las once de aquella misma noche llegó un propio con oficios de Calzada y Carmona. En ambos se mandaba que sin perder minuto regresase yo á marchas forzadas con mi compañía al puente de Telco.

Desandar aquellos largos é infernales caminos, sin reponernos de las fatigas del viaje, era penoso; pero en el ejército no se permite discutir: se obedece y nada más. Me proveí de galleta, queso y tocino, y á la una de la misma noche retrocedía yo con mi compañía, padeciendo en aquella precipitada marcha lo que no es decible. El 28 á las nueve de la noche me presentaba yo con mis soldados llenos de lodo y sudor al comandante Carmona en Telco.

—Aquí estoy—le dije—; permítame que me siente y que se dé algún descanso á mi compañía, pues nos morimos de cansancio, y caí en un sillón.

—Les doy á ustedes esta noche y parte del día de mañana para que se reponga la tropa un tanto de sus fatigas—me contestó.—Se le ha llamado á usted porque sabemos que en el Llano nos espera el enemigo á las dos ó tres jornadas y ¡qué se diría si al recibir el batallón de

Cachirí su bautismo de sangre no entrase en acción su primer compañía de preferencia!

—Gracias, mi comandante, por ese honor.

Volví á dar esta noticia á mi compañía.

Al día siguiente á las doce emprendimos la marcha con el medio batallón, pues ya he dicho que la otra mitad estaba en Barinas.

CAPITULO X

CACHIRÍ EN CAMPAÑA

El día 30 de Diciembre salimos de Brujas con gran reserva, llevando una guerrilla á vanguardia. Pernoctamos en San Ignacio, donde mi compañía se obstinó en matar á un espía que había preso y herido en el bosque; pero yo se lo impedí.

Llegamos el 31 á Bizcocho, desde donde partimos á media noche, alumbrados por una espléndida luna, cuya luz, introduciéndose por entre los intersticios de la arboleda que nos cubría, comunicaba una salvaje poesía á aquellas vastas soledades. El 10 de Diciembre llegamos al estribo de la montaña de San Camilo.

Eran las siete de la mañana. El sol matutino iluminaba ante nosotros un paisaje nunca por mis ojos contemplado.

En una extensión tan dilatada, que sólo el horizonte visible le servía de término, veíase un mar de yerba, en el cual la brisa dibujaba perfectamente las movibles ondas. Diríase que era un Océano cubierto de esmeraldas.

Aquellas inmensidades inspiraban el sentimiento de lo sublime: la existencia del hombre en nada se revelaba allí. Parecía la tierra desierta acabada de salir de las manos de Dios, cuando la humanidad no había sido todavía creada.

Para aumentar más la ilusión de que era un mar lo que teníamos delante, de trecho en trecho divisábanse algunas lejanas velas de buque; eran las palmeras; los pequeños

bosquecillos ú oasis que se columbraban, semejaban islotes, en medio del azulado horizonte.

Por medio de este desierto que se extiende inmenso hacia el Sur, marchamos varios días de sol á sol. Los peces de aquel mar eran vacas y toros montaraces, caballos y venados que huían en grandes manadas, abriéndose paso por entre las yerbas que las cubría. El piso era abrasador y ceniciento como la lava molida de un volcán.

Dormíamos en los bosquecillos, que encontrábamos llenos de tigres y culebras mortíferas, y una peste tal de garrapatas de todos tamaños, que no nos permitían conciliar el sueño. En breve estuvieron nuestros cuerpos cubiertos de una especie de sarna, que nos picaba de un modo insufrible.

A veces teníamos que desnudarnos para arrancarnos aquellos inmundos insectos. Y no podíamos pasar las noches sino en los bosquecillos que nos habían parecido oasis y que eran infiernos, pero sólo en ellos hallábamos agua y leña, artículos indispensables en un campamento.

En medio de todos estos inconvenientes, desde que entramos en los Llanos ya pudimos comer carne fresca, pues cazábamos todo el ganado que queríamos. Yo fuí el primero que maté un toro de un balazo, la primera noche de esta vida nómada.

Para libertarnos de los tigres nos cercábamos de hogueras todas las noches; para no ser víctimas de una sorpresa del enemigo, más práctico que nosotros en aquellos lugares, destacábamos cien hombres de caballería del país, de los que habían militado con Calzada y Morales y algunos veteranos del invicto Boves, al mando de los cuales iba siempre el capitán Palomo, un negro valiente y osado, hombre leal, que tenía vista de lince, mano de hierro y corazón de león.

Aquellos cien hombres nos los habían mandado de Pamplona como la égida que nos había de proteger en los Llanos. No había entre ellos ninguno que no hubiera muerto á un adversario en campo abierto.

El capitán Palomo contaba por centenares á los insurgentes que había despachado: con razón se le tenía por el terror de los Llanos. Su escuadrón se llamaba de carabineros de Calzada.

El 2 pasó la noche la mitad de la tropa formada, y la otra mitad con el fusil abrazado al pecho.

Empezamos nuestra marcha el 3; pero á las diez de la mañana vimos replegarse sobre nosotros á nuestros cien exploradores, á brida tendida, perseguidos por triple número de enemigos, lanza en ristre.

Palomo, que nunca empeñaba acción en que pudieran derrotarle, nos advirtió que formáramos en batalla, y abriendo él sus fuerzas en dos mitades, nos rebasaron por los flancos. Inmediatamente que cruzaron los nuestros echamos varios insurgentes á tierra en la primera descarga, y continuando un fuego nutrido y certero, los hicimos detenerse y vacilar; pero en esto llega el zambo rebelde Donato Pérez con 500 caballos más de refuerzo, que lanzaron sobre nosotros, sin hacer caso de nuestro fuego.

—Formen el cuadro—gritó Carmona—; doblen fondo las segundas cuartas; media vuelta á la izquierda.

El movimiento se verificó con la rapidez del rayo. De este modo quedamos en actitud de hacer fuego por vanguardia y retaguardia y de resistir algún tanto el primer ímpetu; pero no había habido tiempo para meter nuestra escasa caballería en el centro, por lo que la dimos por perdida.

—¡Matad, soldados, porque si no morís!

Esta fué toda la arenga del jefe.

Los insurgentes acometieron como fieras, pero nuestro fuego á boca de jarro los diezmó. Varios, ciegos de coraje, lograron meterse dentro del cuadro por los claros que había entre mitad y mitad; pero allí pagaron con la vida su temerario arrojo. Los que escapaban de la infantería los pasaban á cuchillo los cien caballos de Palomo, que se habían colocado al amparo de la retaguardia.

Los bravos del zambo Pérez retrocedieron derrotados. Nosotros formamos en columna cerrada y empezamos á marchar lentamente. En breve nos dieron una segunda carga, tan infructuosa como la primera; sólo algunos asistentes y equipajes que venían rezagados pudieron quitarnos, por lo que nuestra caballería retrocedió á escoltar los bagajes. En esta disposición llegamos á Hato Rubioso, donde pernoctamos con redoblada vigilancia.

Antes de amanecer el día 4 salimos en columna en dirección á Guadalupe. El enemigo nos molestaba bastante con su tiroteo por ambos flancos. Adelantamos muy poco, habiendo tenido que hacer noche en una sabana en que, sin agua y sin leña, estábamos desesperados, pues la sed, la fatiga y el hambre nos mataban. Como á las tres de la mañana continuamos nuestro movimiento de avance.

Eran las once del día cuando descubrimos el pueblo de Guadalito, al pie del río Arauca, cuyas aguas tanto ansiábamos beber. Desgraciadamente, interpuesta entre nosotros y el río estaba una columna enemiga de 800 hombres, la mitad de ellos á la vista, junto al pueblo, la otra mitad, escondidos en el bosque de la derecha.

El capitán Palomo reconoció en ellos la partida del coronel Concha, un hijo de mis patrones de la villa del Rosario de Cúcuta. Á ella pertenecían los caballos que nos habían atacado el día anterior.

—Ha llegado—dijo Carmona—el día de prueba para la parte principal del batallón de Cachirí, para las compañías de Numancia y para los bravos de Calzada. No defraudemos las esperanzas del general en jefe. Atención á mis voces de mando y nadie piense ahora en las privaciones sufridas, sino en vencer á todo trance.

En seguida mandó desplegar en guerrilla á dos compañías, una de Numancia y la mía. Á la del bizarro coronel Chamorro tocó marchar á batir el bosque. Don Lorenzo Morillo, sobrino del general, se adelantó solo á reconocer la emboscada. Pero no sólo le recibieron á tiros, sino

que, por muy aprisa que anduvo en retirarse, le pegaron con el palo de una lanza.

Este incidente sirvió á Chamorro de señal de que había gente escondida en el monte. Rompióse el fuego de una y otra parte. Acto continuo se lanzaron bruscamente sobre nosotros grandes pelotones de infantería y caballería, haciéndonos replegar á los que formábamos las guerrillas.

El combate se empezó con encarnizamiento, entre un enemigo que aumentaba en número por minutos y nuestras dos compañías.

Resistimos con firmeza las primeras acometidas, pero la lucha era demasiado desigual. Así lo debió comprender Carmona, que nos envió la segunda compañía de refuerzo, con cuyo auxilio ya pudimos avanzar haciendo mortífero fuego al mismo tiempo que nos procurábamos parapetar detrás de los troncos y malezas; pero el enemigo no retrocedía y fué preciso hacer alto, agachándonos y no presentando el cuerpo sino para disparar.

La suerte del combate se hacía cada vez más dudosa, por cuanto los insurgentes conservaban sus mejores fuerzas de respeto para entrar en acción en el momento decisivo y á nuestro comandante apenas le quedaba más gente de que disponer. De pronto el enemigo se desplegó en batalla sobre nuestros flancos.

Ya nos creíamos envueltos cuando oímos gritos de *viva el rey* y un gran tiroteo en el bosque. Era Chamorro que había entrado en fuego, cogiendo al enemigo casi de sorpresa. Aquel movimiento nos salvó.

Gran parte de los que teníamos delante corrieron en socorro de sus compañeros del bosque. Carmona temió que coparan la compañía de Chamorro y me envió recado de que acudiese yo á apoyarla con la mía, y que la de Numancia que estaba conmigo retrocediese á unirse con la columna principal. Obedecí esta orden con toda la rapidez posible.

Chamorro estaba en un claro del bosque, cercado de

enemigos; pero lo mismo él que sus soldados peleaban como leones. Tan ciegos estaban los enemigos que no me vieron hasta que dí encima de ellos, pasando á muchos á bayonetazos. Al fin me reuní con los valientes de Chamorro:

—Con dos compañías como éstas—exclamó éste al verme—, ya podemos batirnos con todos los insurrectos de Venezuela.

Entonces rechazamos al enemigo y avanzamos á escape sobre él, pasando á cuchillo á cuantos encontrábamos por delante. Viendo el jefe rebelde que los suyos flaqueaban, envió sobre nosotros toda su caballería, al mismo tiempo que Carmona, con el grueso de la columna, se dirigía á paso largo sobre el pueblo. Entonces los fugitivos tornaron á darnos una carga impetuosa. Nuestra situación se hacía sumamente crítica. La columna principal pasó cerca, pero sin hacer caso del fuego insurgente, y sin prestarnos ningún auxilio, si bien hacía disparos sin detenerse, siendo general el combate. Varios de los soldados míos y de Chamorro yacían en tierra, muertos unos y heridos otros.

—¿Qué hacemos?—le pregunté á mi compañero, más antiguo que yo en el empleo.

—Marchar, matando y muriendo, á paso de carga en la misma dirección que lleva el núcleo de la columna—contestó.

En el acto de emprender este movimiento por demás difícil, notamos una especie de remolino en los que nos cercaban.

Era el negro Palomo, que con sus cien terribles jinetes había llegado en nuestro socorro, y que se abría paso hendiendo cráneos con su machete formidable, á la vez que sus soldados, imitándole y mezclándose con sus enemigos, sembraban también la muerte entre ellos.

Pero como eran pocos los nuestros y muchos los contrarios, más de la mitad de aquellos valientes pagaron con su vida su arrojo. Luchando cuerpo á cuerpo, caballería

é infantería, entramos en el pueblo revueltos españoles é insurgentes.

Una vez unidos á la columna, trabóse más sangriento que nunca el combate, logrando nosotros al fin quedar dueños de Guadalito, no sin hacer una verdadera carnicería, pues dimos muerte á todo el que no buscó su salvación en la fuga. De caballería se fueron muchos; pero de la infantería enemiga muy pocos quedaron vivos. Sembrados quedaron de cadáveres el pueblo y sus inmediaciones. Tantos eran los muertos, que los quemamos por la noche en una grande hoguera, por ser tarea larga el enterrarlos.

Nuestros soldados se habían batido como héroes: la victoria había premiado nuestros trabajos.

Ya era bastante tarde cuando conseguimos saciar nuestra sed y nuestra hambre.

Carmona resolvió permanecer allí hasta recibir órdenes.

CAPITULO XI

Á ORILLAS DEL APURE

Una vez descansados los soldados, me ordenó el señor Carmona que marchase yo, con mi compañía, á un punto llamado Guaca, nueve leguas de Guadalito. Púseme en marcha el día 8, pernocté en Cupar y el 9 llegué á mi destino, después de haber atravesado el río Apure en canoas.

Guaca era una ranchería, en donde no habitaban más que ocho llaneros. Situé mi cuerpo de guardia en la choza que estaba más próxima al río, colocando dos avanzadas en los sitios más peligrosos.

Á los pocos vecinos que allí quedaban les dije que me dieran cuantas noticias supiesen sobre movimientos del enemigo, pues si me sorprendían los insurgentes me serían ellos responsables con la vida; impúseles la obligación de proveerme diariamente con una res, cosa fácil para ellos, pues á lazos ó á tiros podían coger cuantas querían.

El 10 empecé á desmontar los alrededores de mi bohío, formando con los troncos una trinchera que me pusiese á cubierto de un golpe de mano, y un ranchón para la tropa, y ya el 14, trabajando todos, oficiales y soldados, se había transformado mi choza en una casa-fuerte.

Sin noticias de ninguna parte, á partir de aquel día nos entretuvimos en cazar y pescar. Las aves y los peces eran allí abundantísimos. Por la tarde hacíamos ejercicios mili-

tares y al anochecer disparábamos sobre los enormes caimanes de que estaba infestado el río.

Una vez matamos uno de estos monstruos, cuyas escamas ó conchas rechazan las balas; le levantamos la mandíbula superior: en su boca, abierta, cabía un hombre de pie.

Algunos dientes le arrancaron los soldados, para yesqueros; pero el repugnante olor á almizcle que exhalaba el anfibio nos hizo dejarle muy pronto.

Hasta el 13 de Enero de 1817, en que se presentaron allí un húsar y un llanero con un pliego del general en jefe para Barinas, no supimos nada del resto del mundo.

Nuestra división estaba en el mismo punto; pero las tropas de Santa Fe habían ya bajado á los llanos, por Poré, y se esperaba, en breve, un encuentro con el enemigo.

Hice escoltar á los dos mensajeros, con un piquete, hasta Guayacán.

El 16, por la noche, se me presentó un vecino, pálido y desencajado:

—Mi capitán—díjome—, por la sabana de donde vengo de coger reses, cerca de Cupar, pasó una partida de 60 á 80 rebeldes de caballería. Yo cumplo con avisárselo y con perder la vida, yo y mis convecinos, al lado de usted, si es menester.

—Gracias por el aviso; mande usted á un vecino de confianza á ver si vienen en esta dirección, y no tenga cuidado, que mi compañía basta para rechazarlos, si se acercan.

Hice redoblar la vigilancia y poner toda mi gente sobre las armas.

Á las pocas horas supe que los insurgentes habían marchado sobre Telco. Con un llanero mandé un pliego á Guadalito, enterando á mi jefe de esta novedad.

Á las seis de la tarde del 17 oímos tiros de la parte del río. Pronto distinguí, con el anteojo, hasta siete canoas que hacían fuego por la popa.

Los morriones blancos que traían sus tripulantes me indicaron que eran soldados españoles perseguidos.

Mandé, acto continuo, al teniente Vives con treinta hombres para que los protegiese, marchando por la orilla.

Cuando los de á bordo vieron aquel inesperado socorro, empezaron á gritar llenos de alegría:

—¡Viva el rey! ¡Ya somos con los nuestros!

Obscurecía. Vives rompió el fuego sobre los insurgentes de á caballo, que avanzaban por ambas riberas.

El cielo se había encapotado. Fuertes rachas de viento y gruesas gotas de agua indicaban la aproximación de una tormenta. Ya las aguas del río se irritaban como las del Océano, ya la lluvia y el viento arreciaban cuando llegaron las canoas al lado de mi rancho. Inmediatamente saltó á tierra el oficial Arroyo, hijo de Puerto Rico, dos sargentos y cincuenta y seis soldados, todos convalecientes, que se habían quedado en los hospitales de Cúcuta y San Cristóbal. Traían los restos del almacén, y armería y algunas municiones, galletas y arroz.

—¿Qué les pasa á ustedes?—pregunté.

—Que desde que amaneció—contestó Arroyo—venimos acosados por la caballería enemiga. Á fuerza de remar sin descanso y amparándonos algo de los recodos del río hemos logrado llegar hasta aquí, ya sin aliento para proseguir más. Sin el auxilio de ustedes nos habrían cogido prisioneros.

El enemigo se había retirado y Vives había mandado alto el fuego.

Por mi parte dispuse que hubiese mucha vigilancia en las avanzadas y que el resto de la tropa pasara la noche formada dentro del barracón.

El agua caía á torrentes y el viento silbaba con estrépito, produciendo una música fúnebre y salvaje al chocar con los árboles gigantescos que nos rodeaban.

Á las siete y media de la noche me avisaron que una partida de caballería había vadeado el río.

—Es que lo repasarán para marcharse—dije.

Pero en el mismo instante oímos un tiro, después dos y por fin un fuego graneado que partía de la avanzada que me había enviado el aviso. En seguida, por entre el confuso murmurar del viento y la lluvia, percibimos gritos y gran tropel de caballos.

Compañeros—exclamé—, el enemigo ha rebasado la avanzada y viene sobre nosotros. Salgamos á defender la trinchera y con ella los derechos del rey y nuestras propias vidas.

Todos nos precipitamos afuera. Los insurgentes se habían lanzado como un alud sobre nosotros; pero habían tropezado con la estacada que previsoramente habíamos levantado allí.

Al salir vimos una masa negra de hombres furiosos que parecían demonios evocados por la tempestad.

—¡Fuego!—grité.

Una descarga cerrada, seguida de fuego graneado, brilló siniestramente en medio de la lóbrega orilla del Apure.

Nos contestaron con algunos disparos de carabina y con soeces insultos, y retrocedieron. Pero á los dos minutos nos cargaron por otro lado; los ahuyentábamos, mas volvían otra y otra vez.

Así continuamos durante dos horas. Nuestros cartuchos se iban agotando, y muchos fusiles, los cuales se les había mojado el cebo, se negaban á disparar.

Ya no nos iba quedando más recursos que las bayonetas, y éstas no servían, porque las lanzas rebeldes eran más largas. Miré mi reloj á la luz de una pajuela; eran las diez de la noche.

El trueno rugía espantosamente y á cortos intervalos, como si en el cielo hubiese otra batalla entre titanes; los relámpagos rasgaban el espacio, cual si cien gigantes tratasen de romper el firmamento con cimitarras de fuego.

Por fin los insurgentes, no advirtiendo sin duda que se nos agotaban las municiones é inutilizaban los fusiles, se

retiraron como á las once, convencidos de que no podían salvar nuestros parapetos.

Sin duda en aquel trance nos protegió la Providencia. Nosotros, hechos una sopa, permanecimos todo el resto de la noche en nuestros puestos.

Por la madrugada cesó el temporal. La consoladora, aunque tenue claridad del alba, nos hizo notar que no había enemigos en todo el terreno qne habíamos desmontado.

Entonces repartí un trago de aguardiente entre la tropa y los pocos paisanos de aquella ranchería, que se habían batido como héroes. Uno de estos últimos había sido herido de lanza en el pecho, y un sargento recién llegado había recibido un balazo, que le causó la muerte á los pocos días.

Abrimos las cajas que trajera Arroyo y nos proveímos de cartuchos.

Ya de día, reconocimos el campo y encontramos un enemigo herido de bala en la rodilla; dos de más gravedad, que fallecieron el mismo día; dos muertos, entre ellos un alférez, y cinco caballos, también muertos. Después hallamos dos caballos vivos ensillados, que se habían enredado en el monte.

Se nos unió la avanzada que había sido atacada al principio, y que había pasado toda la noche escondida en el bosque, por no haber tenido tiempo de replegarse al cuartel en medio de la precipitada carga que se les diera.

Aquel día, que era el 18 de Enero, fué para mi victorioso destacamento día de júbilo y de fiesta. A todos obsequié con un suculento rancho de arroz y carne, acompañado de galleta y ron, lo que era un lujo inusitado en aquellas alturas.

Innecesario parece consignar que dí parte de todo lo acontecido á Guadalito, manifestando que la tropa y sus enseres, juntamente con los convalecientes de Arroyo, estaban en salvo.

El 21 vimos que por la ribera opuesta del río se acer-

caba tropa de Caballería. Creí que fuesen nemigos y puse á toda mi gente en situación de combate. Pero al ponerse á tiro, un soldado se adelantó solo, agitando un pañuelo blanco.

Los fusiles de los míos, que ya estaban apuntados, se alzaron por orden mía. El uniforme del militar era español; pero los rebeldes solían disfrazarse con él cuando meditaban un golpe de mano.

—¿Quién vive?—grité.

—España—contestó—; venimos á relevarlos á ustedes. Aquí traigo pliegos para usted del general Calzada.

Entonces mandé que le fuesen á buscar con una canoa. Pero él se precipitó al río con la lanza en la boca y lo cruzó á nado, trayendo su caballo del diestro.

Al tocar tierra, tornó á montar y llegó al ranchón. No traía nada seco más que el morrión. Arrimó la lanza á la trinchera, apeóse, trepó y, descubriéndose, sacó un oficio del morrión y lo puso en mis manos.

Decíame el general que diese las gracias en su nombre á toda la tropa y á los paisanos, por su bizarra conducta; que al día siguiente de recibir aquella comunicación me pusiese en marcha con toda mi gente en dirección á San Vicente, donde nos incorporaríamos con la división; que si podía hacer este movimiento por el río sería más breve y cómoda la marcha, y que entregase el edificio al teniente Nieto, de Caballería, que con 40 lanzas llaneras, se quedaría allí para observar al enemigo y recoger ganado.

Mi jefe, el Sr. Carmona, me incluía una esquelita por sí, no conociendo yo la firma de Calzada, no fuese á creer que era un lazo.

Púseme á considerar el mejor medio de efectuar el viaje. Indudablemente la vía fluvial era la mejor; pero no tenía bastantes canoas para toda la tropa.

De este apuro me sacaron aquellos fieles vecinos, manifestándome que en el monte había dos canoas escondidas y otra vieja, que podía servir, y que en el tránsito podría yo recoger las más que necesitase.

En esta preparación pasamos aquel día y el siguiente. Pero al amanecer el 23 me hallé presa de una terrible calentura.

Las lluvias y los calores de aquellas playas malsanas me habían producido un tabardillo.

Todos me aconsejaban que no emprendiese la marcha en aquella situación; mas yo siempre he profesado la doctrina de que el soldado, mientras tenga vida, debe obedecer las órdenes de sus superiores, por penosas que sean de cumplir, y me obstiné en hacer lo que se me había mandado.

Mandé que en una canoa me hiciesen un lecho de hojas secas, formando un techo de paja y que todos los soldados se embarcasen en el resto de aquellas embarcaciones, lo que hicieron apretándose como sardinas.

Entre canoas y piraguas habíamos reunido doce. Me trasladaron á mi pequeña canoa, en que sólo iban mis dos asistentes, un patrón y dos remeros. Dí mis instrucciones al teniente más antiguo, para que tomase el mando en caso de que yo me privase ó falleciese, y recomendé á los demás oficiales procuraran seguir de cerca mi embarcación.

Tan pronto como empezamos á navegar, perdí el conocimiento. Á las dos de la tarde del día siguiente 24, todavía no había vuelto en mí, por lo que mis compañeros, creyéndome muerto, determinaron llevarme á tierra, como así lo hicieron, acostándome debajo de un árbol donde iban á cocer el rancho.

Mis asistentes, sobre todo el tío Pedro, que me conocía desde niño, estaban muy angustiados viéndome así en medio de aquel desierto. Su mayor desconsuelo era que no había médico, ni quien supiera aplicarme una medicina.

La Providencia vino entonces en mi socorro. Uno de los indios que venían bogando en otra canoa, conmovido del mudo dolor de mis fieles servidores y de mis compañeros, penetró en el bosque, y al poco tiempo se apare-

ció con una fruta llamada *cubarro;* la puso á hervir con agua en una cazuela, y habiendo resultado un cocimiento de color lechoso, con un ácido parecido al del tamarindo, me lo hizo tragar maquinalmente.

En seguida rompí á sudar copiosamente; me abrigaron y á las dos horas abrí los ojos y recobré el sentido. Tanta fué la mejoría que sentí, que pude volver á bordo por mis pies, apoyado sobre el tío Pedro.

Seguimos navegando toda la tarde, habiendo ya recorrido trece leguas desde el punto de partida. Pero el sereno de la noche, y la humedad de aquella atmósfera impregnada de vapores acuosos, me hicieron mucho mal, y á las ocho, conociendo mi gente que me moría si no se me sacaba de allí, al pasar por el sitio nombrado la Concepción me cogieron entre cuatro con el agua á la cintura; allí donde los caimanes y los peces *caribes* y *rayas* son fieras que devoran al hombre, y me trasladaron á una casita que había en la ribera. Yo no había vuelto á perder el sentido; pero la fiebre me devoraba y dificultábaseme la respiración.

Encontramos en la casita adonde me habían conducido mis cuatro hombres, á un matrimonio blanco, cuya señora tenía unos modales finos y bondadosos, lo que era en verdad bien extraño hallar en aquel desierto.

Aquella mujer, que era por su educación una verdadera dama, me recibió con mucha benevolencia, poniéndome en seguida en una limpia cama.

Ella y su marido, que también parecía mejor un caballero que un rústico llanero, se pusieron en movimiento, lo mismo que si el enfermo fuera un hijo suyo. Aplicáronme baños de pies, unturas, ventosas, y hasta ayudas, y me repitieron el remedio del indio. Pasé una noche más tranquila.

El resto del convoy había continuado viaje. Al amanecer, encontrándome allí solo con mis asistentes y el patrón rodeado de personas extrañas, resolví reembarcarme acto continuo, á pesar de los consejos de la señora, que temía

una recaída si no permanecía allí un par de días lo menos.

—Imposible, señora—le dije—; estoy solo: mi tropa ha continuado su camino, y este país está lleno de enemigos.

—Tiene usted razón—me contestó—; si no tiene usted gente que le defienda, corre tanto peligro de perecer aquí á mano airada, como en el río por la enfermedad.

Le dí las gracias á ésta y su esposo en los mejores términos que pude y me despedí de ellos ofreciéndoles mi eterna gratitud, volviendo á ser conducido al pobre lecho de mi canoa.

—¿Sabe usted quién es la familia que tan bien le ha asistido, y á la cual tan fervientemente acaba usted de ofrecer sus servicios?—me preguntó el patrón.

—¿Cómo he de saberlo si no los conozco más que por su caritativo proceder?

—Pues ese señor que le ha prodigado tantas atenciones, es compadre, amigo íntimo y oficial del general Páez, el segundo jefe de la insurrección venezolana. Su señora es hermana del general colombiano N. (he olvidado el nombre), y, en política, ese matrimonio es uno de los más adictos á la causa de la independencia.

—Pues, si es así—contesté estupefacto—, su acción es todavía más noble de lo que yo había creído. Quienes así saben amar á sus enemigos, imitan á Jesucristo en toda la extensión de la palabra evangélica, y al saber esa noticia mi deuda se centuplica. Ojalá que yo logre poder pagar tan heroico acto de humanidad á esas dos dignas personas, que así saben desentenderse de las pasiones políticas cuando se trata de salvar á un semejante.

Mis remeros procuraron impulsar con vigor la débil barquilla.

Al mediodía desembarcamos en la playa, donde me hicieron unas sopas, que comí, á pesar de estar bastante enfermo, las cuales me reanimaron un tanto de mi extrema debilidad.

Volvimos á la canoa. Á las cuatro de la tarde, doblando un recodo, vimos dos tigres, á unos veinte pasos de distancia, bebiendo al pie de un barranco coronado de espesos bosques.

Eran macho y hembra, y temiendo nos embistiesen nos esperamos algún tanto. La última dió un salto colosal y se internó en el monte; pero al intentar lo mismo el macho, como era muy pesado, la tierra del barranco se le venía encima; entonces se acercó al agua y se sentó, mirándonos, como si fuera un perro colosal.

Mandé á un asistente le tirara y que los indios se preparasen á recibirle con las lanzas, si nos acometía nadando; pero el fusil tenía el cebo húmedo y no dió fuego. La fiera, que era del tamaño de un asno grande y cuyas muñecas eran del grueso de la pierna de un hombre, permaneció impasible hasta que, cansada de estar en aquella posición, siguió río abajo hasta que encontró salida fácil para meterse en el bosque.

Yo pude haberle tirado con una magnífica escopeta que llevaba á mi lado; pero en aquel momento ni siquiera me acordé que la tenía.

Á las siete de la noche alcanzamos el grueso del convoy. Hicieron el rancho en la playa del Granadillo; yo me quedé en la canoa. No pudiendo resistir el enjambre de mosquitos zancudos, que nos devoraban, continuamos el viaje á las tres de la madrugada, llegando á las cinco de la tarde á la playa de Santa Marta, que estaba plagada de tigres y culebras. La fiebre no me había invadido en las últimas veinticuatro horas.

Proseguimos al amanecer. Así que salió el sol, se eclipsaba con las inmensas bandadas de patos que volaban delante de nosotros. Tiré sin apuntar y maté varios.

El 27, por la tarde, llegamos á la ranchería de San Vicente, donde me recibió mi jefe Carmona, dándome un apretado abrazo. Allí estaban mi batallón y el de Numancia.

El convoy siguió á Nutrias, y nosotros, á las tres de la

mañana, empezamos á andar con los dos cuerpos y alguna caballería del país, yo montado en un buen caballo, hasta el 29, en que llegamos al Mantecal. Aquí estaba el brigadier Latorre con los húsares, una columna de cazadores y algunos artilleros montados.

CAPÍTULO XII

MARCHA POR TIERRA Y AGUA.—COMBATE

Hecho Latorre cargo de la división, emprendimos la marcha el día 10 de Febrero, después de cuarenta horas de descanso. Pernoctamos en Hato-frío.

Al rayar el alba supimos que íbamos á combatir con la terrible caballería del general Páez. Dióse orden á los soldados de que cortasen varias balas en postas, para aprovechar mejor los tiros contra los caballos enemigos. Proseguimos muy temprano, encontrándonos á las siete de la mañana en el sitio de las Mucuritas, que es una extensísima sabana en que la yerba seca nos daba al pecho. Apenas habíamos formado cuando vimos á lo lejos un bosque de lanzas que se nos venía encima á galope tendido. Era Páez con cuatro mil caballos montados por los mejores y más osados jinetes del mundo.

Nos atacaron por escuadrones; doblamos de cuatro en fondo; los recibimos con fuego nutrido, logrando rechazar su primera acometida. Al retirarse los siguió el brigadier Latorre con algunos húsares y caballería del país para observarlos, disponiendo de antemano que formásemos el cuadro.

En efecto, á los pocos momentos regresó el brigadier con los suyos á brida suelta, perseguido y envuelto entre los escuadrones de Páez; Latorre, siempre corriendo, hacíanos señas con el sombrero para que nos preparásemos.

Páez, con sus insignias y ancho sombrero de paja, venía al frente de sus cuatro mil lanceros, cuyo ímpetu parecía irresistible. Por mi parte, lo confieso, al ver sobre nosotros aquel desencadenado torrente, creí que era llegada mi última hora.

Apenas podíamos hacer fuego sin herir á los nuestros cuando lo rompimos destructor. Nadie flaqueó en aquel momento terrible. Cada uno de nuestros reclutas y veteranos comprendía que le iba la vida en la contienda, y todos menudeaban sus disparos con una serenidad imponente.

Las postas hicieron su efecto en aquellas masas: no eran balas, eran granizadas de plomo las que nosotros arrojábamos sobre los insurgentes. Así es que los abrasamos, los destrozamos materialmente, sembrando entre ellos la muerte y la mutilación. En aquel remolino sucumbieron varios húsares nuestros que no habían podido separarse del enemigo. Los rebeldes retrocedieron.

Varias veces repitieron sus cargas, pero sin conseguir otra cosa que aumentar el número de cadáveres que teníamos al frente. Nos rodeaban, nos acometían á la vez por los cuatro frentes; pero no lograron destruir nuestra formación. Entonces se alejaron fuera del alcance de nuestros fusiles. Muchos de ellos echaron pie á tierra, formando un vasto círculo en derredor.

En seguida vimos alzarse humo de todas partes. Estábamos perdidos. Habían dado fuego á la yerba seca, y ahora teníamos que pelear, no ya con los hombres, sino con las llamas.

Todos palidecimos á la vista del voraz incendio, que se alzaba rugiente y amenazador. El pasto ardía como yesca. Maniobrar era imposible allí, pues al cambiar de formación nos hubieran hecho pedazos. El viento fuerte que soplaba atizaba la inmensa hoguera, que avanzaba de todas partes con rapidez vertiginosa.

Detrás de las cenizas que iba dejando el fuego marchaban lentamente los insurgentes para ayudar á completar

la obra de aquel elemento pasando á cuchillo á todo el que escapase de las llamas. Ya el viento arrojaba ardientes chispas sobre nosotros; ya aquella atmósfera, que parecía salir del infierno, dificultaba nuestra respiración; ya llegaban á nuestros oídos las siniestras carcajadas de nuestros enemigos, satisfechos de su diabólica victoria.

En aquella situación, sin movernos de nuestros puestos, todos volvíamos la vista á nuestro general, que, á caballo en medio del cuadro, escudriñaba con su mirada el horizonte, á ver si encontraba un camino de salvación.

—¡Nos dejará morir asados sin movernos!—murmuraban los soldados, ya medio asfixiados.

Por fin D. Miguel de Latorre, con voz entera y varonil, que nos consoló algún tanto en medio de aquella angustia, mandó que avanzásemos, sin descomponer el cuadro, sobre la retaguardia, donde había creído ver un terreno limpio y pantanoso. Por aquel lado, como por todos, estaban avanzando las llamas.

Emprendimos, no obstante, el movimiento saltando por encima de ellas, no sin que hiciesen explosión varias cartucheras, quemando á no pocos soldados. El Sr. Latorre no se había equivocado: allí había un espacio incombustible. Rebasamos la línea de fuego, no sin pagar oneroso tributo á la muerte.

Cuando el enemigo vió que nos habíamos escapado del lazo traidor que nos había tendido, aquella masa de fieras dejó escapar un prolongado aullido de cólera y se lanzó sobre nosotros con tanta ferocidad como lo hubieran hecho los tigres del desierto. Ya no hacían caso de nuestros fuegos; algunos restos de sus mutilados escuadrones arrebataban nuestras murallas de carne humana y se metían dentro del cuadro, llevando los jinetes escondida la cabeza á lo largo del cuello de sus caballos y sus lanzas tendidas.

Pero nuestros soldados se unían cerrando los claros, y cuantos penetraron, otros tantos fueron degollados sin piedad.

La lucha duró hasta las dos de la tarde del para nosotros memorable 2 de Febrero. A esta hora, deshechos, impotentes, emprendieron la retirada con su general Páez á la cabeza. Nosotros los perseguimos un buen trecho, causándoles algunas bajas nuestra escasa caballería.

Acampamos en el mismo sitio de la acción, donde hicimos el rancho. Á media noche partimos, y el 3 nos reunimos con el general en jefe, quien mandó á reconocer el campo de batalla. El enemigo se había situado en la isla de Achaguas.

Pernoctamos en el pueblo de Chozas, donde trató Páez de sorprendernos entrando por las calles con gran golpe de caballería; pero á los disparos que hicimos desde las casas, huyó á galope sin detenerse un punto.

Allí situó Morillo su cuartel general, distribuyendo sus tropas como juzgó más conveniente. Á mí me tocó regresar á Nutrias con 200 caballos, mi batallón y el de Numancia, en cuyo pueblo después de una marcha de cincuenta leguas, nos encontramos con el brigadier Correa, quien mandó mi batallón á Barinas, adonde llegamos el 13.

Ocho días después de permanecer allí, recibimos orden de volver á Nutrias, desde cuyo pueblo marchó Cachirí á San Fernando, quedando yo hecho cargo de los almacenes, enfermos y rezagados. Híceme amigo de un capitán llamado Argüelles, un calavera que me hizo salir de mis casillas, pasando las noches en bailecitos y otras reuniones y los días durmiendo.

Pronto tuve á mi disposición 37 piraguas y canoas y 259 convalecientes, para conducirlos á San Fernando por el río. Cuando ya me preparaba á emprender tan difícil viaje, se me presentaron multitud de mujeres y niños que venían huyendo de Apurito, donde los insurgentes habían degollado á muchos y amenazaban sitiarme á mí.

Planté un esmeril ó trabuco en la popa de mi piragua, hice que la mitad de la gente permaneciese formada y suspendí el viaje.

Ya muy entrada la noche, notamos llegada de caballe-

ría al otro lado del Apure, vadeable por allí, la cual contestó al quién vive «América libre.»

Precipitáronse al río los rebeldes, les hicimos fuego, avanzaron, salvaron el obstáculo y se alejaron hacia Barquisimeto, sin hacerme más que un herido, que perdió una quijada. Al amanecer encontramos un insurgente herido y tres caballos muertos.

Ya libres de este peligro, nos embarcamos el 5 de Marzo con todo el convoy, llegando á Puerto-Escondido, donde mandé á tierra la gente para que hiciera su rancho. Pusieron en pabellón los fusiles mientras duraba aquella operación. Yo me quedé á bordo. Ya estaban concluyendo de cenar á las nueve, cuando oyeron en la oscuridad un tropel como de un ejército de veinte mil hombres que viniera sobre ellos á la carrera.

—¿Quién vive?—gritó el centinela, y viendo que nadie respondía y que aquella avalancha se le venía encima, disparó su arma aterrado y corrió á ampararse de los demás.

Éstos, poseídos de ese pánico vertiginoso que, al verse sorprendida por un ejército formidable, experimenta toda corta fuerza, se lanzaron á las canoas, abandonando los fusiles en la playa.

Yo estaba en mi embarcación comiéndome un pedazo de tasajo cocido y una galleta, cuando oí aquel ruido y vi á la luz de la hoguera, que los soldados se lanzaban al agua dejando las armas al lado del fuego. Tiré los dos manjares de mi cena, les grité que no abandonasen los fusiles, empuñé mi escopeta, mandé bogar hacia tierra y salté dispuesto á morir antes que autorizar con mi inacción aquella vergonzosa fuga.

Como el ejemplo es la orden que mejor se cumple, todos me siguieron, unos con remos á guisa de fusiles, otros pocos con los suyos. De pronto vimos muchísimos animales parecidos á cerdos que, á todo correr y pasando por el lado de la hoguera, se tiraron al río.

—¿Qué es esto?—pregunté á un indio.

—Son *Chiquires*—me contestó—, corren mucho y son muy buenos de comer. Ahora los verá usted salir por la otra banda del río.

En efecto; á los dos ó tres minutos de permanecer debajo del agua salieron por la playa opuesta, emprendiendo de nuevo su furiosa carrera.

Los soldados que habían tenido miedo quedaron corridos y empezaron á reirse unos á expensas de otros.

Continuamos nuestra navegación á las cuatro de la mañana; doce horas después nos hallábamos al frente del pueblo de Apurito. Allí el río es muy ancho, pero no navegable, sino junto al poblado. La tarde era hermosa. En una verde eminencia que hay entre las casas y el bosque, vimos multitud de gente, sobre todo del bello sexo, con paraguas y trajes pintorescos como de fiesta.

Con cierta vanidad natural en un joven con mando, no teniendo bandera, puse en el palo de mi magnífica piragua, tripulada por veintidós cazadores y algunos remeros, un ceñidor de seda carmesí á manera de gallardete, para que aquellas ninfas supiesen que mi embarcación era la capitana y yo el almirante de aquella escuadra liliputiense.

Ya íbamos pasando por delante del pueblo, cuando distinguimos por entre la maleza varios sombreros de hombres y no pocas bocas de fusiles, que esperaban únicamente que nos pusiéramos en frente para echarnos una rociada de plomo.

Yo iba delante con mi piragua. Acto continuo mandé disparar el esmeril de proa. Nos contestaron con una descarga, y unos 25 ó 30 insurgentes se lanzaron á la playa como en actitud de abordar la capitana, cuyo gallardete había quedado hecho trizas.

Las mujeres y chiquillos aplaudían á los rebeldes y se mofaban de nosotros desde el cerro, y la brisa nos traía sus risotadas, creyéndonos sin duda ya caídos en la emboscada.

Todos los tiros se dirigían á mi piragua, sin embargo

de que ya las otras embarcaciones habían entrado en fuego.

Al ver la burla de la multitud, de todas las canoas salió un grito general: *¡Á tierra! ¡Á tierra!*

—Á tierra—grité yo—; pero sólo 90 soldados; los demás queden en las canoas para defenderlas.

En dos minutos ya estábamos desplegados en guerrilla, yo á la cabeza, y les perseguimos hacia el pueblo, donde se refugiaron. Las mujeres corrieron tanto, que dejaron sus paraguas y sombreros sobre el terreno, con bastante risa de nuestros compañeros de á bordo.

Ya en el pueblo, reforzaron á los fugitivos unos 60 hombres de flecha que nos molestaban más que los otros, que nos hacían un fuego vivísimo desde las esquinas y casas.

Cuando estábamos más engolfados en nuestra pelea y nos preparábamos para dar el asalto, me mandó el sargento Villa recado de que en el bosque había caballería. Entonces mandé alto el fuego y emprender la retirada. Esto envalentonó al enemigo, que nos persiguió de lejos. Yo prohibí hacer fuego hasta no estar embarcados. Así se hizo, siguiéndonos ellos por la orilla hasta que oscureció. Tuve algunos heridos de flecha. Á mí me atravesó una mi sombrero de tres picos.

Dormimos en una ensenada que está dos leguas más abajo, á la izquierda. La gente estaba tan fatigada, que prefirió cenar con galleta, á hacer el rancho, y yo estaba tan molesto con los mosquitos, que pasé la noche en vela pescando á cordel.

A las siete de la mañana, estando los oficiales pasando revista de armas, y repartiendo cartuchos, y yo paseando en la playa, vinieron varios asistentes azorados á decirme que se descubría un barco río abajo en la misma dirección que llevábamos nosotros, lo que me puso en cuidado.

En efecto, á los pocos minutos descubrí con mi anteojo una cañonera con mucha gente, y un cañoncito en la proa.

Nos consideramos perdidos. Reuní toda mi gente, y le arengué, aconsejándola valor y fortaleza.

—Es preciso—concluí diciendo—que vendamos caras nuestras vidas. ¡Qué dirían aquellas mujerzuelas del pueblo inmediato si supieran que habíamos sucumbido como cobardes! Juradme que ninguno se entregará vivo.

—Lo juramos, lo juramos, mi capitán—gritaron todos aquellos pocos españoles, los más naturales de América, abandonados en aquel desierto.

—Muy bien; ahora juntad y varad todas las embarcaciones, de manera que puedan servirnos de parapeto. Defenderemos el puesto hasta no poder más, y los que quedemos vivos, nos abriremos paso por tierra, hasta llegar á San Fernando. Maldito sea el que vivo se entregue.

Mi orden fué rápidamente ejecutada, y en todos los semblantes noté patriótico entusiasmo.

El buque se iba acercando; cuando estuvo á tiro, disparó un cañonazo y afirmó la bandera española.

Entonces comprendí, lleno de gozo, que el barco era nacional y que estaba en las mismas dudas que nosotros. Al ver aquella bandera, la tropa prorrumpió en gritos de alegría, corriendo sin armas á su encuentro.

Inmediatamente echó un bote, en el que se trasladó á tierra el capitán.

Yo no le conocía, pero al ver su uniforme de oficial español, le eché los brazos.

Los soldados cogieron en hombros á los cuatro marineros que le acompañaban, llevándolos como en procesión:

—¿Quién es usted?—pregunté al nuevo amigo, cuya piel, curtida por el sol de los trópicos, parecía de bronce, y cuyas patillas descomunales le daban aspecto de lobo marino.

—Soy Uribe, comandante de esta flechera, que trae un cañón de á cuatro, dos pedreros y treinta indios, bizarrísimos marineros del Orinoco. Vengo en busca de ustedes de orden del general en jefe, á quien dijeron que ha-

bían apresado y muerto á todos ustedes. Ya que les encuentro sanos y salvos, permitirá usted que obsequie á estos muchachos con un piscolabis. Á ver—dijo á sus marineros—, traed los frascos. Estos indios—añadió—después que se hubieron dirigido al bote, no tienen otro defecto que no hablar el catalán.

—Ya conozco que es usted catalán.

—También me parece á mí que usted es andaluz. Á beber, á la salud de nuestras respectivas provincias, y acercándose á los indios, que ya venían, repartió é hizo repartir tragos hasta que casi nos pusimos chispos.

Por mi parte, mandé obsequiar á todos con doble galleta y ron, para celebrar tan feliz encuentro. Á las ocho de la mañana, echadas al agua nuestras canoas, nos pusimos en marcha.

La corriente del río era impetuosa, y avanzamos con tal rapidez, que á las tres de la tarde estábamos en la Hevilla, catorce leguas de Apurito.

Había allí una pobre choza de indios desnudos, cuatro varones y tres hembras.

Nos dijeron, en mal castellano, que por una partida que había estado allí la noche anterior, sabían que habían ocupado un convoy de españoles, que venía de Nutrias.

Nada les contestamos, sin embargo de que veíamos la mentira atroz que decían, puesto que nosotros éramos los del convoy; temíamos fuesen espías, y no nos equivocamos, pues, ya reembarcados, notamos que tres de aquellos indios corrieron por entre la maleza en el mismo sentido que nuestras canoas.

Pronto entramos en un punto en que el río se estrechaba entre dos altísimos barrancos. Á las siete de la noche sentimos ruido en las dos orillas.

El capitán Uribe me aconsejó preparase la gente, pues sin duda nos esperaba una emboscada. Este oficial se puso á retaguardia; yo, en el centro, y delante, una sección de canoas.

Bogábamos frenéticamente á ver si lográbamos pasar pronto aquella angostura, pero era muy larga.

Á la media hora, el enemigo rompió un nutrido fuego de fusilería de ambas bandas.

Contestamos con el cañón, los pedreros, el esmeril y los fusiles, dirigiendo la puntería adonde veíamos los fogonazos.

Los insurgentes daban unos aullidos espantosos. Nuestras embarcaciones volaban á fuerza de remos, pero á nosotros nos parecía que no se movían.

Perforada á balazos la canoa que iba en cabeza, se atravesó á causa del miedo que cobraron sus tripulantes, y no sé si porque la inutilizaron los proyectiles ó porque se atemorizaron aquéllos, el caso fué que zozobró, salvándose únicamente los dos remeros; los demás, en número de siete, se ahogaron.

Hasta las diez de la noche no cesaron de hacernos fuego por ambas orillas.

Ya el río se ensanchaba, y á las doce llegamos á la boca del Guariapo. Allí pernoctamos sin más novedad.

Continuamos á las tres de la madrugada del día siguiente, 8 de Marzo, sin detenernos hasta las cuatro de la tarde, en que desembarcamos en una islita que está en medio del río, para tomar algún alimento. Ya estábamos como á dos leguas de San Fernando, donde debíamos reunirnos con el ejército que mandaba en persona el general Morillo.

Allí nos vestimos, luego seguimos bogando. Á las seis nos presentamos ante la ciudad en donde oímos tocar generala, y notamos mucho movimiento de tropas. Nos habían tomado por enemigos.

El capitán Uribe izó su pabellón, echó un bote al agua y entonces nos reconocieron los de tierra. Poco después que Uribe, que había pasado á hablar con el general, salté yo á tierra. El señor Morillo, con su comitiva, en la que venía mi comandante, me esperaba ansioso. Su excelencia me estrechó la mano con efusión y todos empeza-

ron á abrazarme, pues me habían creído muerto. Mandóme el general le contara cuanto me había sucedido, y después de enterado, alabó mucho mis disposiciones y actividad, añadiendo con ese aire de protección que tan bien sienta á los grandes:

—Tendré presente los buenos servicios y el brillante comportamiento de usted. No se aloje usted en la ciudad, que hace falta en otra parte: haga usted que su gente se trasborde en el acto á esos buques grandes que van á partir con una expedición para socorrer á Guayana. Á bordo encontrará usted al brigadier Latorre, jefe del convoy.

Ejecuté esta orden lo más pronto que pude, distribuyendo mis soldados en los varios buques, é incorporándose cada cual á su respectiva compañía. Volví á dar parte al general que estaba servido, y que me dijera á quién entregaba yo unas causas que traía incoadas desde los valles de Cúcuta; y me mandó que las diese á su ayudante el Sr. Navas. Me despedí de S. E., pues ya los buques habían empezado á andar. Mi asistente el tío Pedro sacó de mi baúl, ya en el bote, los procesos, que entregué precipitadamente á dicho ayudante y me alejé: habiendo alcanzado la lancha en que iba el Sr. Carmona, le pregunté en qué buque me embarcaba, y me contestó que en el suyo, que era la cañonera *Carmen*. De paso me presenté al Sr. Latorre, que me felicitó cordialmente por mi feliz llegada. Á bordo de la *Carmen* encontré á Becerra, que me abrazó y festejó hasta más no poder.

El 9 llegamos á la boca del Apure. El 10 me trasladé al *San Antonio*, donde estaba la mayor parte de mi compañía. Pernoctamos en el Jobal. El 11 dormimos en la playa de Orichuna: allí un caimán cogió á un soldado que se estaba bañando con otros; y aunque se agarró á la lancha y sus compañeros procuraron espantar á la fiera con los remos, siempre le llevó un muslo entero, de resultas de lo cual falleció al cabo de una hora, en medio de insoportables tormentos.

Aquella navegación á fuerza de remo, aparte de los bellos paisajes que presentan las orillas del Apure, de los pájaros de bellísimos colores que saltan de uno á otro de aquellos árboles centenarios, fué tan lenta, tan penosa y tan larga, que no me detendré en describirla, por no hacer monótomo ni relato.

Baste decir que al entrar el 16 en la llamada boca del Infierno, donde hay un islote altísimo en medio del río, que lo divide en dos brazos, la corriente era tan rápida, que el brigadier recomenzó que ninguna embarcación se atravesase, pues se iría á pique en el acto. No se veía agua, sino espuma como la nieve. La noche nos envolvió con su negro manto, cuando íbamos volando por la angostura izquierda, rodeados de elevados barrancos, á cuyo pie hervían cien remolinos. Llenos de terror ante aquel espectáculo sublime de la Naturaleza, temiendo zozobrar á cada minuto, desembocamos á las ocho de la noche en el río Orinoco: sus olas y su inmensa extensión, nos asombraron. Á su lado el Rhin, que yo había visto en el destierro, es un arroyo. En medio de la oscuridad no veíamos más que cielo y agua; sólo una hora después percibimos una luz, hacia la cual nos dirigimos; era una ranchería con honores de pueblo, llamada Cabruta de Orinoco. Allí dormimos.

Por la mañana quedé aún más admirado ante aquel caudaloso río de 300 leguas de largo, en que pueden navegar todas las escuadras del mundo. De una ribera á otra apenas se distingue un hombre á caballo.

Continuamos nuestro viaje el 17 y los días siguientes sin novedad, que digna de contar sea, hasta el 27, en que entramos en la ciudad de Guayana ó Angostura.

Dásele este último nombre, porque allí es lo más estrecho, á la vez que lo más profundo del Orinoco. Un cañón de cuatro puede llegar de una á otra banda. Fuimos recibidos con entusiasmo por la escasa guarnición y urbanos (voluntarios) que allí había.

El muelle estaba lleno de buques de travesía que no se

atrevían á emprender viaje por estar bloqueadas por los rebeldes las bocas del Orinoco.

La ciudad es preciosa desde el río, pues está edificada sobre varias cuestecillas que permiten ver casi á vista de pájaro las calles de la población desde los buques.

CAPITULO XIII

EL SITIO DE GUAYANA

Día de inmenso júbilo fué para Guayana el de nuestra llegada; sus fieles habitantes nos tomaron por libertadores y todo se volvió gritos patrióticos y manifestaciones de alegría.

Las dos compañías de Barbastro que la guarnecían y los paisanos armados, á las órdenes del teniente coronel Ceruti, creían que con el refuerzo de 1.500 hombres que les llevábamos, cesaban para siempre sus trabajos y sus miserias, y no sabían cómo manifestarnos el gozo de que estaban poseídos.

Había meses que estaban sitiados por unos 800 insurgentes, que mandaba Piar, sin poder alejarse un tiro de fusil de las malas estacadas que á guisa de murallas tenían, y los víveres escaseaban mucho: con los que á ellos les quedaban y los que nosotros traíamos, escasamente habría para alimentarnos cuatro días.

Lo primero que acordaron los jefes, después que nos alojaron muy bien—á mí en casa de D. José Seijo—, fué hacer una salida, con el doble fin de procurarnos comestibles y de levantar el sitio.

El día 3 de Abril, á las dos de la madrugada, formamos toda la tropa y emprendimos nuestro movimiento ofensivo. Apenas llegamos á las avanzadas enemigas, cuando empezaron á hacernos fuego.

En breve vino sobre nosotros gran golpe de Caballe-

ría, que conseguimos rechazar. Nosotros no teníamos más Caballería que una docena de húsares mal montados. A las ocho llegamos al sitio denominado Mesa, donde tenían su campamento principal y nos esperaban, apercibidos, para el combate.

Formamos dos columnas y dos guerrillas para flanquearlos. A mí me tocó ir con la izquierda. El terreno era quebrado y abrupto; pero atacamos con tal denuedo, que en breve conseguimos envolverlos. Tan pronto como ellos oyeron nuestras cornetas por retaguardia, apelaron á la fuga.

Dejaron en nuestro poder 100 hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, 50 mujeres y chiquillos que tenían en el bosque inmediato y 200 reses que hallamos en un corral.

Dos días permanecimos en el lugar de la acción; mas viendo que no volvían, regresamos el 5 á Guayana, á cuyas autoridades habíamos ya remitido el fruto de nuestra conquista. Mucho se regalaron, lo mismo el ejército que el pueblo, con carne fresca; desgraciadamente, tan poco ganado no debía durar mucho.

El día 14 de Abril se celebró junta de jefes, presidida por el brigadier Latorre, en la que, reconociéndose por todos que pereceríamos de hambre si no se procuraba qué comer, y esto no podría encontrarse más que en las Misiones, punto ocupado por el enemigo, y llamados varios vecinos prácticos en aquel terreno, que declararon que las fuerzas rebeldes allí estacionadas no pasarían de 800 á 1.000 hombres, se acordó que el brigadier Latorre se trasladase con el mayor número posible de gente á la fortaleza de Guayana por el río, y luego por tierra hasta el punto designado.

Yo caí aquel día con una fuerte calentura y no me fué posible formar parte de aquella expedición; pero supe después lo que pasó, y, por lo tanto, voy á referirlo.

Salió, pues, el brigadier, á las pocas horas, llevando consigo el batallón de Cachirí, una columna de cazadores

europeos, las dos compañías de Barbastro y cincuenta húsares, que pudieron montarse en pésimos rocinantes; la columna se formaba de un total de 1.800 hombres. La ciudad quedaba confiada á los urbanos.

No hay cosa peor en la guerra que el desprecio al enemigo. Como nuestro triunfo del 3 había sido fácil, juzgábase el buen éxito de la nueva operación tanto más seguro, cuanto que era voz general que el enemigo apenas podría presentar igual número de soldados, mal armados y sin valor. Pero cara pagamos esta confianza. No hizo el brigadier Latorre más que llegar á la misión de San Félix, cuando se encontró enfrente de 2.300 infantes de fusil y de flecha y 700 jinetes montados en magníficos caballos, mandados por Bolívar en persona. Dirigía la caballería el feroz zambo Piar, que ardía en deseos de vengar su derrota de la Mesa.

Latorre mandó desplegar en batalla. Pero Piar, antes que pudiese tener lugar este movimiento, se lanzó primero sobre los europeos, arremolinados y sin orden; los pasó á cuchillo, sin más resistencia que la individual que algunos opusieron, y luego se cebó en los soldados de Cachirí, que en vano había tratado su jefe de hacerles formar el cuadro.

Abrumados por el número y desconcertados por la sorpresa, los nuestros se pronunciaron en fuga, siguiéndolos la caballería enemiga, que mató sin piedad á cuantos alcanzar pudo.

Aquello fué un verdadero exterminio. Á nadie se dió cuartel. Solamente á favor de la espesura de un bosque y de la noche, que vino á cubrir, piadosa, aquel cuadro de horror, lograron escapar con vida el brigadier Latorre, el comandante Carmona, cuya mula, pasada de un balazo, le llevó hasta el monte, ocho ó diez oficiales y unos 250 individuos de mi batallón, entre ellos 70 de mi compañía, llaneros y soldados viejos, que salvaron á su general: tan pocos sobrevivieron á aquel terrible desastre.

El brigadier pasó, con sus escasos acompañantes, una

noche terrible en el bosque, esperando á cada momento ser descubierto y pasado á cuchillo por el enemigo.

Debió él, y los restos miserables de su división, la salvación al comandante de Marina Lizarra, que, desde las Fortalezas (donde se habían refugiado algunos fugitivos), mandó varias cañoneras y piraguas á recorrer las riberas del río, para que recogieran los pocos dispersos de aquella infortunada expedición.

Pronto se supo en la plaza este desgraciado acontecimiento, pues engreídos los insurgentes con aquella tan completa como inesperada victoria, á las cuarenta y ocho horas de ocurrido el desastre, se presentaron con fuerzas imponentes á sitiar la ciudad, colocándose, con la osadía del vencedor, á tiro de fusil de nuestras débiles trincheras, y presentando, vestido de uniforme, el cadáver ensangrentado del teniente coronel de Barbastro, Sr. Ceruti, gritaban:

—Aquí tenéis á vuestro gobernador.

Todo el mundo se juzgó perdido.

Á mí nada de estas desgracias me habían dicho.

Desahuciado por los médicos, presa de una fiebre continua, que me hacía delirar la mayor parte del día, no me quedaban otros consuelos que los de la religión.

El padre Serafín, capuchino venerable, me había confesado y administrado los últimos sacramentos en los ratos lúcidos que yo tenía. El buen religioso apenas se separaba de mi cabecera.

Las brutales dosis de quinina que me habían hecho tomar no sirvieron sino para aumentar mis padecimientos y debilidad.

Por fin, los médicos me dijeron que era inútil atormentarme más con medicinas, pues me moría sin remedio. Y me abandonaron.

Tres días permanecí envuelto en las sábanas, sin tomar nada más que una taza de caldo por medio de un biberón. Pero mi patrón, el Sr. Seijo, hombre de buenos sentimientos, viendo que la ciencia había dicho sobre mí su

última palabra, trájome á una señora anciana, madre de unos comerciantes allí establecidos, doña María Grillé, señora que tenía fama de curar, con remedios caseros, toda clase de enfermedades.

Vióme, me preguntó con la mayor minuciosidad los primeros síntomas de mi mal y sobre todas las medicinas que me habían dado. Cuando se hubo enterado díjome con una seguridad doctoral que me habían errado la cura; que si no hubiera tomado nada no me hallaría en tan extremada gravedad.

—Es decir, señora, que usted opina también que me muero.

—No, señor; usted se salva, porque me han llamado hoy; mañana habría sido tarde.

Empezó doña María por darme á cada hora, alternando, una copa de cañafístula y otra de naranjada hervida con gotas de espíritu de nitro, y cada cuatro horas una taza de caldo. Al siguiente día ya se me habían cortado las calenturas, y con la asistencia esmerada que aquella mujer extraordinaria me prodigó, estaba ya el 23 convaleciente y fuera de peligro, pero con tercianas y tan flaco y débil, que para andar necesitaba apoyarme en mi asistente.

Había días que yo todas las noches oía un tiroteo continuo en la plaza, sin que nadie me quisiera decir lo que sucedía. El citado 23 se me enteró de todas aquellas calamidades. El enemigo había sido reforzado con una división que de Barcelona había traído el general Bermúdez, escapado de la casa fuerte.

Por nuestra parte, el gobernador Fischeral, había hecho tomar las armas á todo hombre útil de la población: comerciantes, marineros, artesanos, esclavos, todos se habían convertido en soldados y se batían heroicamente, manejando cañones y fusiles con admirable arrojo y decisión.

Como se verá por el sucinto relato que haré de este sitio, en mi concepto el más heroicamente defendido de

toda la Costa-Firme, los guayaneses son dignos de que por España se les levante un monumento tan grandioso como grande ha sido la fidelidad de aquellos obscuros héroes, que sacrificaron todo: sus intereses, sus familias y hasta su vida, en el altar de la patria española. ¡Oh! ¡Cuántos Guzmanes, cuántos Daoizes y Velardes, humildes hijos del pueblo, he conocido yo en Guayanas! ¡Cuántos hombres nacidos en aquel suelo, y pertenecientes, lo mismo á la raza de los conquistadores que á la de los conquistados, que á la de los negros oriundos de África y de los mestizos, se han hecho allí acreedores á dejar sus nombres esculpidos en las páginas de la Historia en mármoles y bronces!

Entre tropa y oficiales no llegaban á cuatrocientos los que allí nos reunimos después de la catástrofe de las Misiones. El hambre era nuestro peor enemigo. En la defensa de Guayana no nos alentaba otra esperanza que el problemático socorro que pudiera enviarnos el general Morillo.

El 2 de Mayo supimos que el enemigo había pasado caballería á la parte acá del llano, frente á la ciudad, al parecer con el intento de que no pudiésemos ser socorridos por aquel lado.

Hicieron fuego contra los que estábamos en la marina, de lo que nos burlábamos, pues estando el río de por medio, no era posible nos llegasen sus proyectiles, á no ser que nos tirasen con cañón. Sin embargo, una bala atravesó el brazo de un paisano que estaba recibiendo raciones en la provisión. Esto nos convenció de que podían hacernos daño desde allí; acto continuo, una cañonera nuestra se acercó á ellos y los hizo retirar á metrallazos.

El día 4 nos dijeron los tripulantes de una piragua, procedente de San Fernando, que los insurgentes habían tomado á Nutrias y que estaban formando allí una escuadrilla de piraguas y flecheras para venirnos á cortar la comunicación con la parte de arriba, como nos la tenían ya cortada con el mar, por las bocas del Orinoco. De

este modo imposibilitaban todo auxilio que el general intentase enviarnos.

En esta embarcación nos llegaron algunos víveres y soldados rezagados, entre ellos mi asistente Maldonado, llanero que me había sido siempre muy fiel; su honradez la había yo experimentado muchas veces pero lo más extraño fué que, no pudiendo traer mi caballo, lo vendió, entregándome á su llegada religiosamente el importe; y sin embargo, este hombre se pasó al día siguiente al enemigo.

El 17 recibimos aviso, por un buque que venía de las Fortalezas, de que el enemigo estaba poniendo una batería en una punta, á cuatro leguas de Guayana, para interrumpir nuestra comunicación con aquéllas é impedir que ninguno de nuestros buques intentase ganar el mar.

Al mismo tiempo tuvimos noticias ciertas de que dicha escuadrilla se había apostado en Orocopiche, á dos leguas de la ciudad.

Nos cerraban todas las salidas; el hambre empezaba á molestarnos y era preciso mantener abierta la parte baja del Orinoco, como nuestra última esperanza de salvación, aunque al llegar á la embocadura tuviésemos que romper el bloqueo de los rebeldes.

Así, pues, se dispuso que saliera una expedición de todas las fuerzas marítimas disponibles y 200 hombres de la plaza, á fin de estorbar á todo trance la construcción de aquella ominosa batería.

Yo, aunque padeciendo de tercianas, fuí mandando 100 soldados de varios cuerpos, y el capitán Ronquillo los otros 100, siendo jefe de todas las fuerzas el comandante D. Francisco Echevarría. Nos embarcamos el 18 á las doce de la noche. Bogamos con el mayor silencio hasta la punta la Vuelta, donde llegamos al amanecer, hora de sueño, la más á propósito para sorprender un campamento.

—Señores—dijo Echevarría, después que hubo reunido en un grupo á todos aquellos barquichuelos—, pre-

párense para saltar á tierra con las armas en la mano. Á nadie se da cuartel. ¡Silencio!

Y habiendo doblado la punta, desembarcamos precipitadamente y nos arrojamos sobre el sitio en que iban á situar los cañones.

Había allí varios grupos de insurgentes durmiendo con el mayor descuido: los pasamos á cuchillo, la marinería y nosotros, casi sin combatir; pero de un bosque próximo empezó á caer sobre nosotros una lluvia de balas.

—Quédese usted—dijo Echevarría—con algunos números clavando las piezas, que yo voy con el resto de la fuerza á batir á los que nos molestan.

É inmediatamente corrió hacia el monte.

Los cañones no estaban todavía montados: eran dos, el uno de á 12 y el otro de á 4: los inutilicé completamente, destruyendo las cureñas, rompiéndole un muñón al de 12, llenándolo de arena, é introduciendo los dos, á fuerza de marronazos, unos clavos mucho más gruesos que el oído: me propuse llevarme el más chico, pero cuando lo íbamos arrastrando á bordo, el enemigo se rehizo, se nutrió con más fuerzas y los nuestros se pronunciaron en retirada.

Entonces me trasladé á una cañonera y desde allí los hice retroceder con algunos tiros de metralla. Eran las siete cuando nos embarcamos victoriosos. Á las cuatro entramos en la ciudad cargados de botín, donde fuimos recibidos con frenética alegría. Á mí me devoraban las tercianas.

Echevarría, con un arrojo digno de alabanza, había sorprendido á un batallón de 500 rebeldes, mandados por Bolívar, quien huyó azorado con todo su Estado Mayor á guarecerse del bosque, dejando en poder de los nuestros más de cien fusiles, muchas cargas de casabe y tasajo, su equipaje y su hermosa mula con sus arreos. Yo compré su magnífico freno á un soldado (1).

---

(1) Los sargentos regalaron á su regreso la silla al comandante y las pistolas al brigadier Latorre, pistolas que devolvió éste á su dueño en la entrevista que tuvieron cuando el armisticio de Santana.

Á mediados de Mayo el hambre se había hecho general, absoluta, insufrible. La última galleta que se comió en la plaza, la había comprado el brigadier Latorre en dos onzas de oro. Eso sí, teníamos mucho dinero: á ningún oficial le faltaban 50 ó 100 onzas.

Además estaban al corriente nuestras pagas y bien provistas las cajas de los cuerpos; como que habían muerto la mayor parte de los individuos para quienes estaban detenidas aquellas sumas. Entonces me convencí yo prácticamente de lo inútil que es el numerario cuando no hay qué comprar con ello.

Un huevo que diariamente compraba mi asistente para un atol, le costaba un peso; y una libra de almendras con cáscaras para hacer horchatas, seis; y aun para conseguir estos artículos á tal precio, el pobre tío Pedro tenía diariamente que enredarse á pescozones con los pulperos, pues no se los querían vender.

Nuestras necesidades fueron creciendo de una manera indecible. El bloqueo era ya completo por todas partes, y á medida que pasaban los días aumentaba el hambre de un modo espantoso. Si nos entregábamos, nos mataban sin remedio, y si nos sosteníamos en la plaza, era preciso comernos unos á otros.

En tal suprema angustia, el brigadier mandó reunir en el almacén militar todas las pocas provisiones que había en poder de los particulares, y á partir del 25, desde el general hasta el último soldado, desde el acaudalado comerciante hasta el más infeliz particular, todos fuimos reducidos á una ración igual.

Empezó por distribuirse un pedazo de tasajo y cuatro onzas de pan por persona mayor; concluídos estos artículos á los cinco días, vivimos otros ocho con fideos, garbanzos y vino; agotado esto, se nos distribuyó un puñado de maíz en grano y algún pescado, cuando lo había; pero los peces se ahuyentaron de aquella parte del río, en que tan perseguidos eran, y el maíz se acabó.

Matóse, pues, el caballo del brigadier, y al otro día, el

del contador Tomaseti; después los demás, los mulos y burros que había; todo esto no duró más que dos días. Latorre habíase reservado para sí la asadura salada de su magnífico corcel.

Concluído el ganado caballar, nos repartieron unas raciones de cacao y azúcar primero, y de cacao solo después, y dos dedos de ron. No quedó en la plaza perro, ni gato, ni rata que no nos comiéramos.

Los cueros que había en los almacenes y en los tinglados los guisábamos como mondongo, y aunque salía una composición como cola, nos la tragábamos con ansia. Agotado ya todo, echamos mano de los cueros de pelo y de los que servían de forro á algunos baúles.

Esta clase de alimento ponía á los hombres hinchados: se enfermaban además de disentería y de extenuación, y la mortandad que se declaró fué horrorosa. Yo he visto centinelas gritar *alerta está* y caer muertos en el acto.

Los insurgentes, rechazados cada vez que nos asaltaban, se entretenían en pasear piaras de ganado á nuestra vista, para atraernos como el pez hambriento al anzuelo.

—Venid, mentecatos, venid á nosotros—nos gritaban— y saciaréis vuestro voraz apetito; entregáos y se os perdonará la vida y se os regalará.

—Jamás, jamás—respondían los fieles guayaneses, la mayor parte negros y mulatos—; mil vidas perderemos antes que ser traidores á S. M.

Y aquellos héroes sublimes, cadavéricos, flojos de cuerpo, pero fuertes de espíritu, disparaban sus armas contra todo caballo enemigo que se acercaba á la plaza, lo mataban, por lo general, sin hacer caso del jinete, y en seguida, armados de cuchillos, machetes y fusiles, se precipitaban como lobos al campamento enemigo y traían el cuadrúpedo hecho mil pedazos, no sin dejar, en cambio, algunos cadáveres entre las garras del enemigo. Ni un solo ejemplo hubo en que no entrase en nuestros parapetos el caballo que había caído.

Hasta nos comimos cuantas matas y raíces de plátanos

y de otras plantas había en la población. Yo mismo vi muchas veces á señoras principales macilentas, pero valerosas y leales á España, recoger en las calles, acompañadas de sus escuálidos y hermosos niños, las yerbas que brotaban por entre las piedras, para cocerlas y comérselas.

El 30 de Mayo, por la tarde, observamos que del otro lado del río había un grupo de hombres á caballo que nos hacían señas con pañuelos blancos y que gritaban *viva el rey*.

Toda la ciudad se alborotó de alegría, creyendo que Morillo nos socorría, y hasta el enemigo se amedrentó, puesto que, tomándolos por la avanzada de su ejército, no los atacó.

Pasaron á recogerlos las cañoneras, encontrando que era el valeroso padre Máximo, capellán de las tropas de Morales, americano leal que venía sirviendo desde 1810. Este arrojado sacerdote había tenido la audacia de atravesar los llanos con una escolta de 14 hombres para traernos noticias del general en jefe. Llevamos en triunfo al capellán y á sus compañeros, sin olvidar los caballos (que nos comimos en tres días). Todos nos agrupamos en torno de él y del brigadier, que lo había ido á recibir al muelle.

—¿Qué hace el general, que no nos socorre?

—Está á siete jornadas de aquí; para acá se dirigía con un brillante ejército, mas los acontecimientos de la isla de Margarita le han obligado á detenerse; vendrá, sin embargo, y vendrá pronto—dijo el padre cura.

Entonces todos nos volvimos locos de contento; hicimos un saludo general y echamos las campanas á vuelo. Tanto fué el miedo que recobró Bolívar, que, según después supimos, mandó abrir un camino á orillas del río Negro para escapar al Brasil, caso de venir Morillo. Alentado con esta esperanza el brigadier, mandó al capitán Escola y al padre Máximo, que, provistos de fondos y de documentos, fuesen á las colonias extranjeras á

comprar víveres, que introducirían en buques ingleses ó americanos.

Se les entregaron grandes cantidades con este objeto; de la caja sola de mi batallón se les dieron 19.000 pesos en onzas de oro, y el 7 de Junio partieron en una canoa tripulada por indios fieles (1).

Tal era el aprieto en que nos tenían los sitiadores, que la noche la pasaban las señoras y niños á bordo de los buques; en ellos habíamos también depositado las cajas de los cuerpos, temiendo nos las arrebataran. Todas las noches teníamos que rechazar sus asaltos de los parapetos, y nos hacían un fuego nutrido su escuadrilla de arriba y la caballería, que estaba á la otra banda del río.

No nos dejaban dormir un momento; nos era forzoso hacerlo de día, en que la mitad de nuestra fuerza velaba mientras el resto descansaba un rato. Ninguno de nosotros se entregaba al sueño sino vestido y con sus armas al alcance de la mano, para morir matando ó suicidarse en el último trance, que todo era preferible á perder la vida á lanza ó machete.

El peligro de una sorpresa era tanto mayor, cuanto que éramos muy pocos oficiales y situados á grandes distancias unos de otros. El brigadier tenía á sus inmediatas órdenes la compañía de Barinas y los restos de las de Barbastro, que actuaban como reservas, acudiendo á los puntos más amenazados.

Á mí me habían dado el mando de la tropa y marinería de los buques que guarnecían la batería de la Alameda, de que era comandante don Francisco Sales Echevarría, sita en la marina y tan próxima á los barcos, que podíamos ir á ellos atravesando solamente un tablón.

Siendo yo capitán cajero, tenía en la *Guadalupe* la caja con 20.000 pesos en oro y 6.000 en plata, al cuida-

(1) Según noticias que tuve años después, consiguieron burlar el bloqueo; pero ni compraron los víveres, ni los vimos más. Ignoro el motivo y si rindieron cuenta al gobierno español de aquellos caudales que se les confiaron.

do de mi viejo asistente, el tío Pedro. En la cámara de dicha goleta pasaba yo mis tercianas, asistido por la hija de mi patrón, Seijo, dueño de aquel buque.

El 29 de Junio, al anochecer, vimos pasar muchos enemigos de infantería, que se ocultaban en un platanal destruído, que estaba enfrente de nuestra batería y fuera del alcance de nuestros fuegos.

Dicha batería era la llave de la ciudad y del puerto: tomada que fuera, no sólo perdíamos la población, sino los buques también.

El genio previsor de Echevarría caló las intenciones de los insurgentes.

Tomó toda clase de precauciones y avisó al brigadier que aquella noche sería atacado con fuerzas muy superiores á las que podríamos oponer. Este mandó redoblar la vigilancia y á las cañoneras que se preparasen á auxiliarnos con sus fuegos de flanco.

Eran las diez de la noche. La pálida luna acababa de salir y lanzaba sobre nosotros sus apacibles resplandores, que comunicaban un brillo de plata á las profundas aguas del Orinoco. Á aquella hora sentimos un tiroteo por la parte opuesta de la ciudad.

—No hagamos caso—dijo Echevarría—; quieren llamarnos la atención por aquel lado para que desamparemos la batería.

Mediaron cinco minutos de un silencio interrumpido sólo por lejanas descargas. Entonces una voz chillona, pero de timbre imperativo y como acostumbrada al mando, se oyó cerca de nosotros, de la parte exterior de la trinchera, gritar:

—¡Avancen! ¡Avancen! ¡Avancen!

Y una granizada de balas como de quinientos fusiles silbó por encima de nuestras cabezas. En seguida un tropel de gente se lanzó sobre nuestras baterías.

Contestamos con un volcán de metralla y de fusilería. Pero ellos, ciegos de coraje, no cejaron; muchos se tiraron al foso: uno de ellos penetró por la tronera de un

cañón y allí le dió muerte con un espeque el hijo de mi patrón, don José Seijo.

Cargábamos los cañones con dobles botes de metralla y lo mismo hacían los de los buques. Sin embargo, la fuerza brutal del número nos abrumaba, y por más que matábamos, más venían.

En este grande apuro llegó el brigadier Latorre con su reserva, los cuales, apoyados sobre los barriles de fajina y la batería, abrieron un fuego vivísimo, admirablemente secundado por los buques. Los lastimeros quejidos de las enemigos que caían destrozados nos dieron á entender que nuestras armas habían hecho mucho efecto en los sitiadores, quienes, barridos literalmente por el plomo y la metralla, retrocedieron al fin, dejando tras sí un sinnúmero de hombres horriblemente mutilados, la mayor parte vivos.

Nuestra gente de color hizo una salida, acabando de matar á todos los que padecían. Indescriptible es el valor que aquellos valientes, extenuados de hambre, desplegaron en la defensa de la batería el grito mágico de *¡viva el rey!*

Nos sostuvimos, sufriendo miseria indecible y combates diarios hasta el 15 de Julio.

En aquella fecha nos moríamos materialmente de hambre, lo mismo los hombres que las mujeres y los niños. No éramos más que unos esqueletos ambulantes.

Justo es consignar que el brigadier Latorre, el mismo que luego había de ser durante catorce años capitán general de Puerto Rico, había pasado tanta escasez como el último de sus soldados, como la más infeliz mujer de aquella ciudad, tan infortunada como heroica y fiel.

El brigadier, en cuyo rostro enflaquecido se notaban las privaciones y cuidados de aquellos meses de triste memoria, reunió junta de jefes y oficiales y á ella convocó también á los principales de aquel vecindario, todos soldados de profesión ó por necesidad, todos valientes y dignos de mejor suerte:

—Señores—dijo el brigadier—, en circunstancias como ésta conviene oir el consejo de todos los leales defensores de Guayana. Con hombres como vosotros, si tuviéramos qué comer, sostendríamos esta ciudad por España durante diez años, contra todo el poder de los rebeldes del continente. Pero contra un hambre de cuatro meses no hay héroes: ni Alejandro, ni César, ni Cortés, ni Napoleón, han conseguido luchar contra este enemigo interior, impalpable, que llevamos clavado en las entrañas como un cáncer mortal, que cada día se agrava más y nos va diezmando uno á uno. Señores, Guayana ha hecho todo cuanto cabe dentro del poder humano, por mantener en sus torres el pabellón español, á cuya sombra nació y fué feliz. No hay posibilidad de prolongar más una lucha con hombres que caen muertos de extenuación al lado de nuestros cañones. El problema que hay que resolver ahora es abandonar la plaza sin caer en las garras del enemigo. Ilustrad esta cuestión, que después que os oiga, yo resolveré, á fin de guardar el secreto, lo que crea más conveniente.

—Mi brigadier—dijo Echevarría—, mi opinión es que nosotros los militares nos lancemos á los llanos, abriéndonos paso por entre las filas insurgentes. El río está bloqueado: no hay que pensar en él.

Entonces se levantó un venerable anciano, de barba blanca y reluciente calva, cuyo nombre siento no recordar. Era uno de los más ricos capitalistas de Guayana, padre de numerosa familia, y nacido en aquella ciudad. Parecía más viejo á causa del hambre:

—Señor brigadier—dijo con voz conmovida—, de seis hijos varones casados que tenía han muerto dos, uno de hambre y el otro de bala: los otros cuatro están con el fusil en la mano desde el principio del sitio, defendiendo los derechos del rey; tengo cuatro hijas, dos casadas y dos solteras cogiendo yerbas por las calles para mantenerse; ellas, que se criaron en el regalo y en la opulencia; ellas, que tienen un padre rico de oro, pero sin un men-

drugo de pan que ofrecerles á ellas ni á mis 30 nietecillos, pedazos de mi corazón. En caso análogo al mío se hallan todos los padres de familia de Guayana, pobres y ricos, blancos, indios y negros, que la miseria á todos nos niveló. Ahora bien; ¿consentiría usía abandonar así como propone el señor, á estas familias beneméritas, que todo lo han sacrificado á la gran nación, bajo cuya bandera nacimos y queremos morir? ¿Se premiará de este modo la lealtad de la invicta Guayana, que sin guarnición europea, deshecho su ejército en San Félix, ha resistido tanto tiempo á las mejores tropas insurgentes de Costa-Firme, mandadas en persona por Bolívar? Señor brigadier, ya el cementerio se ha tragado la mitad de los habitantes de Guayana: los que quedan son pocos; si es forzoso abandonar nuestros hogares y caminar errantes en los llanos ó por otra parte, lo haremos gustosos; pero es preciso que vayamos todos juntos: hombres, mujeres y niños, sin distinción entre militares y paisanos. Si esto no es posible, hagamos una grande hoguera, como en Sagunto, y muramos en ella todos; que toda muerte es preferible á la ignominiosa que nos den los perturbadores de nuestra felicidad. Pregunte usía á los demás vecinos y verá cómo piensan como yo.

El brigadier se conmovió visiblemente ante los poderosos argumentos de aquel leal. Otros hablaron y la reunión se disolvió. El brigadier había ya resuelto en su fuero interno la retirada de todos á las fortalezas de la antigua Guayana, donde esperaba encontrar recursos suficientes para subsistir hasta que llegara Morillo ó los víveres de las colonias.

Á todo esto, el enemigo había abierto un camino cubierto, á tiro de pistola de la batería de San Fernando ó puerta de tierra, donde había colocado dos cañoncitos y 85 tiradores escogidos, que ponían la bala donde el ojo. Ninguno de los nuestros asomaba la cabeza por allí que no cayese muerto en el acto de un balazo: al brigadier Latorre le atravesaron dos balas la hamaca. Los cañones

causaban entre los nuestros un estrago horrible. El brigadier ideó un plan muy ingenioso para castigar á aquellos osados insurgentes. Reunió á los que custodiaban aquel puesto, y les dijo que dieran un paso al frente todos los que se hallasen con valor para hacer una salida y degollar á aquellos osados enemigos. Todos se prestaron á ello. El Sr. Latorre escogió á 40 negros como la pez, varios de ellos esclavos, y los mandó desnudarse, dejando sólo la fornitura adherida al pellejo. Así lo hicieron los 40 fieles etíopes:

—La noche es obscura—les dijo—; vosotros sois del mismo color que la noche; id en silencio, que no os verán y yo haré que tampoco os oigan, y matad, matad sin piedad, y traedme esos cañones y esos fusiles traidores que tanto daño nos hacen.

—Allá vamos, mi general—contestó uno, y se pusieron en movimiento.

—Corriente—y luego, dirigiéndose á cuatro músicos que había hecho venir, añadió—: ahora tocadme cualquier cosa.

La orquesta, que se componía de dos violines, un clarinete y un bombo, empezó á tocar ruidosamente una jota aragonesa.

Nosotros, que nada de este plan sabíamos, al oir tan alegre música, creímos que el brigadier se había vuelto loco ó que había ideado aquel medio de entretener el hambre.

Entretanto, los 40 valientes negros se arrastraban hacia la avanzada insurgente como sombras. No fueron vistos ni sentidos hasta que, con sus bayonetas, empezaron á atravesar los pechos de los enemigos. No fué lucha, fué una matanza horrible lo que allí tuvo lugar. Ni uno solo de los escogidos tiradores de Bolívar quedó con vida: todos fueron pasados á cuchillo. Veinte minutos después estaban los 40 héroes en el campo, trayendo consigo los dos cañones asesinos y los cien fusiles que tantas víctimas habían hecho.

Latorre premió á aquellos arrojados descendientes ó hijos de África, con la cinta del pabellón nacional, dotada con treinta reales de pensión al mes. Á los esclavos entregaron sus amos las cartas de libertad por su valor y fidelidad á la causa española, y fueron incorporados á mi batallón.

El 16 por la noche empezaron á embarcar las familias de Guayana, con sus equipajes más necesarios. Clavamos cuidadosamente las piezas que íbamos á abandonar y pusimos á bordo todas las municiones que nos quedaban. Aquella operación fué sumamente lenta y difícil. Á las siete de la mañana del 17 ya no quedaba en la ciudad sino alguna negra rezagada que no quería dejar su casa. Los muelles estaban llenos de muebles, ropas, objetos de tocador, sombreros y muchos otros artículos que no habían cabido en los buques.

El enemigo había notado nuestra retirada; se lanzó á la plaza y desde allí, avanzando hacia la bahía, rompió sobre nosotros nutrido fuego de fusilería. Nuestros disparos de metralla lo contuvieron algún tanto.

Al arrancar nuestros buques, vimos á los insurgentes echarse como aves de rapiña sobre las mercancías y demás efectos que habíamos abandonado. Nuestros proyectiles hicieron morder el polvo á varios.

La fecha del 17 de Julio, en que cesó de tremolar en Guayana la bandera de Castilla, no se ha borrado nunca de la memoria.

CAPÍTULO XIV

LA RETIRADA

Tocóme embarcar en la goleta *Dolores*, en la que iban varios personajes de Guayana, entre otros, el anciano obispo de la diócesis. En el catre de mi comandante, que estaba en el camarote del prelado, pasé yo aquel día mi fiebre. En medio de ella sentía un deseo inmenso de saciar el hambre que me devoraba. Ya era por la tarde y navegábamos sin ser molestados, cuando me llamó la atención la grande y lujosa almohada de su ilustrísima, quien se estaba paseando sobre cubierta con el señor Carmona.

Registré aquella especie de cogín, y ¡feliz hallazgo! debajo de ella encontré un barrilito de galletas pequeñas. Cogí como una docena, y, escondido en la sábana, las devoré al mismo tiempo que la calentura me devoraba á mí. Al siguiente día, ya bueno, repetí la operación, y como el apetito era mayor, dejé temblando el barrilito de las episcopales galletitas.

El tercer día, á la vista ya de los castillos de la antigua Guayana, que distan cuarenta leguas de la nueva, traté de hacer mi tercera comida; pero el señor obispo, que había sin duda echado de ver el hurto, había escondido el barril no sé dónde; yo, por más que lo busqué, no pude dar con él. Había hecho bien el prelado; aquella mezquina pro-

visión era seguramente la única esperanza que tenía de no morir de inanición.

En la noche del 20 al 21 desembarcamos en las llamadas fortalezas, las cuales no merecen este nombre, pues se componen de dos fuertes situados á tiro de fusil uno de otro, el primero cerca del río y el otro más distante; entre los dos estaba el pueblecito antigua Guayana, cercado de una palizada. En uno de aquellos castillejos puede estar con comodidad una guarnición de cincuenta hombres. Como llevábamos tanta gente, fué preciso alojar en el poblado el ejército de mujeres y niños que nos seguía. Para dos días encontramos maíz que comer; mas, pasado este tiempo, nos vimos en la misma necesidad que en la ciudad de la Angostura.

Los enemigos nos tenían ya tan cercados como en Guayana. Por tierra no había que pensar en hacer salidas, pues Bolívar había trasladado todas sus fuerzas á aquel punto. Por el río estábamos peor; no sólo la escuadrilla que mandaba el cabecilla Cabeza de Gato, se había situado á la parte de arriba del Orinoco y á tiro, sino que por abajo había llegado la que dirigía el terrible corsario Brión, que había venido de la Margarita. Componíase de dos bergantines armados, tres goletas y muchísimas flecheras, tripuladas cada una hasta por cien hombres. Estábamos materialmente encerrados en un círculo de hierro.

El hambre nos devoraba: nada, absolutamente nada teníamos que tomar sino agua. La muerte empezó á cebarse en aquel pueblo infeliz que nos seguía.

Una noche estaba yo en mi hamaca acabando de pasar la calentura. El bravo teniente coronel Carmona estaba á mi lado triste y macilento, sentado en un baúl:

—Le envidio á usted la fiebre—me dijo—porque la fiebre sirve de alimento, y yo me muero de hambre.

—No tenga usted pena, mi comandante—exclamó su asistente entrando—: aquí tiene usted comida. Y Navarro—éste era el apellido de aquel buen servidor—colocó

encima del baúl una palangana, con un guisado humeante que exhalaba un olor como de conejo ó perdices.

El desfallecido jefe se abalanzó sobre aquel exquisito plato y empezó á comer como un náufrago. Yo me tiré de mi hamaca y me dí á engullir, no obstante la fiebre, tajadas sin pronunciar una palabra. Durante unos minutos no hicimos sino mascar y tragar como desesperados. Al fin Carmona, ya un tanto aplacado su voraz apetito, pero sin cesar de comer, dijo al asistente, que nos contemplaba con satisfacción y lástima á la vez:

—Gracias, Navarro; en toda tu vida hiciste un plato tan rico. ¿Qué carne es esta que parece liebre?

—¿Es un *baquirito* que cogí en el monte—contestó.

Yo me volví á llenar el plato de carne y salsa: mi jefe hizo lo mismo. Tres veces practicamos esta operación: no comimos, sino que devoramos. Afortunadamente la palangana contenía mucho, y después de satisfechos nosotros, los asistentes se llevaron las sobras y aplacaron también su hambre. Aquella noche fué para nosotros de inmensa satisfacción y alegría.

Al siguiente día por la tarde ya deseábamos volver á comer.

Carmona llamó á Navarro:

—Supongo—le dijo—que habrás cogido otro baquirito; si no, no dejes de hacer lo posible por internarte en el monte, á ver si lo coges.

—¿Qué baquirito, ni que niño muerto, señor?

—¿Pues no dices que así se llamaba el sabroso animal con que nos regalastes ayer? Vamos, dime lo que era.

—¡Ay, mi comandante! Era un perro tan flaco y sarnoso, que nadie, por este motivo, lo quiso comer: viendo que usted y el capitán se iban á morir de hambre, lo matamos el tío Pedro y yo, y lo arreglamos lo mejor que pudimos.

—Bien hecho—dijo—Carmona; haced lo posible por hallar otro y lo comeremos con gusto.

—Ya hemos procurado hacerlo; pero no hay ni una rata en el pueblo.

—Pues hay que convencer al brigadier de que es preciso nos vayamos de aquí, aunque nos maten: prefiero morir á balazos ó al filo del machete, que de hambre.

El infortunado brigadier no perdía el tiempo. Con resignación y serenidad admirables había empleado aquellos días aciagos en armar algunos buques con piezas de artillería de las que tenían los castillos, como se había hecho en la ciudad abandonada.

Doce cañones hizo colocar en la corbeta mercante *Merced,* cuatro en el bergantín *Casanova*, dos y una colisa en la polacra *Carmen,* dos en la goleta *Guadalupe,* igual número en la *Guayanesa* y lo mismo en cada una de nuestras cañoneras: cada piragua se proveyó de una pieza chica.

El Sr. Latorre, sin embargo, no quería abandonar aquel sitio sino cuando ya no pudiésemos sostener la vida. Él creía imposible que Morillo ó nuestros mensajeros de las colonias nos socorriesen. Entretanto la gente se nos moría por docenas.

Los insurgentes habían cobrado tal osadía, fiados en nuestra miseria, que ya se ponían debajo de nuestros fuegos de cañón sin hacer caso de la metralla, que no dejaba de causarles bajas. Veíamos al mismo Bolívar montado en su mula en medio de sus edecanes, recorrer el campo á tiro de fusil de nosotros. Mientras se embarcaba la pólvora y demás efectos, de almacén en la *Carmen,* los enemigos se acercaron al fuerte en que yo estaba, injuriándonos con palabras y ademanes groseros:

—Ya Morillo—gritó uno—no viene á socorreros; se ha ido á la Margarita, y allí le han destrozado; un día de éstos os vamos á atacar por agua y por tierra, para escupiros á la cara y degollaros en seguida.

Les contestamos á balazos y se alejaron.

El día 10 de Agosto recibimos orden reservada para que todo el mundo se embarcase, con la emigración de las dos Guayanas. Así se hizo, empezando por aquellas desgraciadas familias que nos seguían. Si en aquella situa-

ción uno pudiera sentir, presa de tantos tormentos, el infortunio ajeno, lágrimas de compasión habrían regado nuestros rostros al ver aquellos ancianos consumidos por el hambre, aquellas señoritas enflaquecidas, que bamboleaban al andar, aquellas madres cadavéricas, aquellos niños con la vista apagada y todos con los ojos hundidos, los pómulos salientes y el paso inseguro. No hay en el mundo calamidad ni peste igual al hambre.

El embarque había empezado á la oración. Á las siete, cuando todavía no estaba á bordo la mitad de la gente, sintióse romper la palizada y una gritería espantosa y muchos tiros en el pueblo. El enemigo había penetrado en él. Los que estaban á la orilla del río, creyendo que los iban á fusilar por la espalda, se lanzaron al agua. Nuestras avanzadas resistían y contestaban el fuego insurgente á los dos castillos, que aún no habían sido evacuados, ni clavados sus cañones, como suponían ellos, pusieron en juego sus baterías. Pero era obscura la noche y nos hubiéramos matado unos á otros, si el brigadier, con aquella sangre fría y arrojo que nunca le abandonaban, no hubíera mandado con la corneta parar el fuego de cañón, en tanto que él daba una carga al enemigo, que le hizo retroceder con grandes pérdidas. Una vez que los echó fuera del pueblo, recogió en los buques á todos los paisanos, nuestros compañeros de martirio, y ordenó á los castillos barrer á metrallazos á todo grupo que se dirigiese hacia el río ó se internase en el poblado. No se atrevieron los rebeldes á oponerse al embarque, una vez que se desengañaron de que nuestra artillería estaba útil y las piezas bien servidas. Á las diez de la noche fué llamado á bordo mi jefe el señor Carmona; regresó á las doce con la orden de que nos afeitásemos los bigotes y nos vistiésemos de paisanos, y que á las dos tirásemos varios cañonazos en distintas direcciones de la línea enemiga, clavásemos en seguida las piezas y nos embarcásemos. En la penúltima operación estábamos, cuando llegó un ayudante á decirnos le siguiésemos sin pérdida de tiempo. En

esta precipitación tuve que abandonar mis baules, montura, papeles y libros de la oficina; pero los cañones quedaron inútiles.

Bajamos silenciosamente. En los buques no se podía maniobrar entre tantas mujeres y chiquillos como allí había. Latorre todavía estaba en tierra con una guerrilla de Barbastro, protegiendo la retirada. Amanecía ya cuando el brigradier saltó con sus soldados en los botes. El enemigo penetró en el pueblo, y desde los cerros que conducen á los castillos rompió sobre nosotros un fuego de fusilería horroroso. Levamos anclas á las seis de la mañana. Yo iba en la polacra, detrás de la corbeta, y á nuestra popa el resto del convoy.

Á las diez nos gritaron desde la capitana por medio de la bocina:

—Hagan zafarrancho de combate; pongan en la bodega á los niños y mujeres.

Á la una nos encontramos con toda la escuadra de Brión, que se nos venía encima; su línea de batalla cogía todo el ancho del río. Pero cuando nos juzgamos enteramente perdidos, fué al divisar, además de esto, un ejército en tierra que con una formidable batería nos esperaba en la ribera para acabarnos.

En momentos supremos como éste, la audacia sola es la que suele ser puerto de salvación. Como nuestros buques eran en número de 18 y estaban literalmente cubiertos de gente, Latorre, después de conferenciar con Lizarra, comprendió que podía sacar partido de esta circunstancia, y gritó con la bocina de modo que amigos y enemigos le pudiesen oir:

—Fuego, y al abordaje, muchachos, que son pocos y cobardes. Ahoran van á pagarnos todas las que nos deben.

Nuestros cañones empezaron á tronar, y empavesando los barcos con todas las velas y favorecidos por la corriente, nos lanzamos á romper la línea.

Ante esta actitud resuelta, la escuadrilla de Brión se

acoderó bajo la protección de la batería terrestre, dejándonos el paso libre.

Pero ésta y los enemigos rompieron sobre nosotros un fuego de cañón terrible.

Entonces el bravo comandante principal de Marina, Lizarra, mandó que los barcos de combate nos pusiésemos proa para el enemigo, mientras los demás, con el núcleo de la emigración, se deslizaban por las popas, y que no hiciésemos fuego ínterin no lo hiciese la corbeta.

La metralla nos destrozaba las arboladuras, velámenes y obras muertas, y nos diezmaba.

Á la polacra una bala le cortó la driza, echando al suelo nuestro pabellón, pero acto continuo afirmamos otro. Otra bala de 18, del bergantín *Bello Indio*, desmontó las seis piezas de estribor de la Capitana, haciendo astillas las cureñas, matando doce hombres, pasándole á Lizarra por entre los muslos y llevándole la carne de uno de ellos.

Una vez puestas en franquía las embarcaciones menores, viramos y continuamos viaje.

Vista esta maniobra, los buques enemigos nos persiguieron á tiro de cañón; á la oración nos cogieron la bombarda *Mercante de Málaga*, que se había casi varado, y tres ó cuatro embarcaciones más.

Envueltos en el manto de la noche, se dispersaron todos nuestros buques, tomando cada cual el camino que se le presentó en aquel laberinto de caños ó brazos en que se divide el Orinoco cerca del Atlántico.

La obscuridad se aumentaba con las sombras que proyectaban los altos barrancos laterales cubiertos de árboles gigantescos.

Afortunadamente, llevábamos buenos prácticos; sólo nos afligían dos cosas: el hambre y el temor al enemigo.

Mi polacra seguía sola á la corbeta; los demás habían desaparecido de nuestra vista.

De pronto fuimos acometidos á la boga sorda. Esta vez la pelea era al abordaje.

Envueltos por multitud de flecheras, cuyos tripulantes nos embestían como tigres, empleamos cuantas granadas de mano teníamos prevenidas, hicimos un fuego desesperado con cañones, fusiles, escopetas y pistolas, como quien defiende su propia vida, é hicimos uso de nuestras lanzas, machetes y puñales, y así, flacos de cuerpo, pero fuertes de espíritu, aquellos héroes de Guayana rechazaron á sus implacables agresores; éstos dieron el segundo asalto; también esta vez fueron acribillados y ahuyentados; intentaron vencernos por tercera vez, y fué tal el escarmiento que recibieron, que á las doce dejaron de seguirnos.

Á la una perdimos de vista á la corbeta y no la divisamos en toda la noche.

Á las ocho de la mañana, al doblar un caño, encontramos al bergantín *Casanova;* los que iban á su bordo no habían visto buque alguno en toda la noche.

Seguimos navegando todo aquel día con su noche río abajo, sin más novedad que algunos que expiraban de hambre.

El día 4 desembarcamos en *Cañogrande,* anclando en el fondeadero de Pagallos, que está á veinticuatro leguas de las fortalezas de Guayana.

Allí encontramos á nuestras goletas *Guadalupe* y *Rapelo.* Celebramos junta de capitanes, para decidir si proseguiríamos viaje ó si habríamos de esperar á la capitana. En la incertidumbre de si había pasado ó quedaba atrás, estuvimos allí todo el día con grande exposición de nuestras vidas, y visto que no llegaba, nos hicimos á la vela, á la oración en dirección á las bocas.

El 5, al amanecer, avistamos la corbeta por otro caño que venía á desembocar al nuestro, seguida de dos buques más que se le habían unido.

Allí nos dimos la enhorabuena por haber escapado con vida la noche funesta del 2.

El brigadier dió á todos las gracias por la bizarría que habían desplegado en aquel porfiado combate.

Aquellos bosques seculares de lujosa vegetación, aquellos agrestes campos de Orinoco, matizados de flores y pájaros de vivísimos colores, no tenían poesía para nosotros; nos moríamos de hambre, y todo lo que veíamos nos parecía un cementerio.

Once muertos, entre mujeres, niños y hombres, tiramos aquel día al agua.

Recorrimos doce leguas, y al oscurecer fondeamos cerca de la Boca grande del grandioso río.

Los tripulantes de una de nuestras cañoneras dispersas, que retrocedió de la mar, nos dijeron haber visto dos bergantines y una goleta de los insurgentes que venían á nuestro encuentro. En la esperanza de escapar á favor de la noche, levamos ancla á las once.

El 6 atravesamos la barra del Orinoco, que tiene muy poco calado.

—Las sondas, las sondas, y cuidado—gritaba el segundo de Lizarra—, que podemos varar, y el barco que vare aquí es perdido, y sus tripulantes serán asesinados por los insurgentes.

Las mujeres y los niños rezaban; nosotros trabajábamos con el alma en un hilo. Conseguimos salvar aquel obstáculo, que pudo haber hecho estéril nuestros sufrimientos y nuestro valor.

Al salir al mar encontramos varada la barca mercante de nuestro convoy, en que iba el obispo y todos los enfermos y heridos que recogiéramos en los hospitales.

Todos habían sido pasados á cuchillo.

La cubierta de aquel buque infeliz estaba sembrada de cadáveres y tinta en sangre; muchos enfermos yacían asesinados en sus camarotes. Se conoce que había habido lucha, y lucha sangrienta, con los corsarios que había visto la cañonera antes indicada.

No encontramos el cadáver del prelado (1).

---

(1) Meses después supe que, antes de ser atacado el buque, había muerto de hambre este desgraciado señor obispo. Dios le había libra-

Ya en mar franca, navegamos con viento favorable todo aquel día, cruzando por delante de la isla de la Trinidad.

El día 8 descubrimos corsarios por la popa, que nos venían dando caza. Forzamos la vela: ellos ganaban visible ventaja sobre nosotros, por ser más ligeros.

Por fortuna, vino la noche á interponer entre los perseguidos y los perseguidores un velo negro, á la vez que por la proa se destacaba una especie de nubarrón: era la isla inglesa de Granada, en cuyo puerto fondeamos á las nueve de las noche.

Habíamos navegado las 89 leguas que hay desde aquel punto al Orinoco.

La noche la pasamos sin dormir, esperando que con el día nos diera Dios algo que comer.

Lentas pasaron las nueve horas que estuvimos esperando que nos diesen entrada.

Al fin amaneció el día 9 de Agosto, y vimos acercarse á nosotros los botes de sanidad.

Estábamos en salvo: la Providencia se había compadecido de nosotros.

---

do así de presenciar el drama espantoso que había de tener lugar á bordo.

CAPÍTULO XV

UNA COMIDA.—REGRESO.

El jefe de sanidad, seguido de tres ó cuatro individuos, subió á mi buque.

Tirados sobre la cubierta, estaban revueltos hombres, mujeres y niños sin poderse levantar: sus pies, hinchados de comer cueros, sus ojos hundidos y sin brillo, los huesos de sus esqueletos dibujándose descarnados y horribles por encima de la piel amarillenta, sus dedos afilados y esa especie de idiotismo que trae consigo la extenuación, hicieron retroceder aterrado al médico inglés. Se colocó de nuevo sobre el descanso de la escala, se tapó las narices, hizo un gesto de repugnancia y un ademán como para irse.

El teniente coronel Carmona, aquel jefe denodado de Cachirí, que tan fuerte se ha visto en los combates, tenía todavía algo de su energía, y, apoyado sobre un palo, acompañado del capitán del buque y de mí, que á duras penas podía tenerme, se aproximó á los ingleses.

Nadie á bordo sabía el inglés, y el doctor estropeaba malamente el español.

—Ustedes son infestados—dijo—: projibido desembarc.

—Nosotros — contestó Carmona, con voz débil—no tenemos nada sino hambre. Tráiganos qué comer, por

Dios. Pagaremos lo que quieran por cualquier alimento que se nos dé.

Varios de nuestros compañeros rodearon á los ingleses haciéndoles señas de que se morirían de necesidad:

—Yo quiero mandar á ustedes vituallas—respondió el doctor, y habló á uno de sus acompañantes en inglés, que se dirigió á tierra y aquél prosiguió su visita á los demás buques.

Á los quince minutos llegaron dos pequeños botes llenos de pan, huevos, pescado frito, mantequilla y naranjas de China. Cuando los hombres que estos codiciados artículos traían, subieron con ellos á bordo, se formó un tumulto espantoso. Todos los que podían moverse se echaron sobre la presa y empezaron á andar á bofetadas y á palos, el uno porque le arrebataba al otro su parte; aquél porque otro se había apoderado de mucho más de lo que podía consumir; este otro porque no tenía dinero conque comprar pan; el de más allá porque no le había tocado cosa alguna y los vendedores porque no se les pagaba y querían irse con toda la carga de uno de los botes.

Parecían condenados que hubiesen salido de la tumba para desgarrarse entre sí. Carmona y yo conseguimos aplacar este desorden, comprando por nuestra cuenta el contenido de los botes y repartiéndolo con la posible equidad entre todos, mujeres, niños y hombres, sin distinción de sexo ni de edades. Entonces todos se entregaron á devorar con furia. Aquella escena era digna del pincel de un buen pintor.

El jefe y yo comimos pan con mantequilla hasta no poder más. Había tantos meses que no lo probábamos, que nos parecía un manjar exquisito. Ya nos habíamos reanimado un tanto con esta comida, la más sabrosa que por mi parte hice en mi vida, cuando divisamos los corsarios que venían sobre nosotros; se detuvieron á menos de tiro de cañón.

El brigadier Latorre pasó una carta oficial al goberna-

dor de la colonia, suplicándole le dijese si podía considerarse allí libre para defenderse de los corsarios ó si le garantizaba de que éstos no habían de acometer sus buques. Al mismo tiempo rogaba á aquella autoridad que dispusiese se trasladasen parte de los pasajeros á los pontones ó á otro punto, pues estaban muy oprimidos, muy mal de salud por la extenuación, y que temía, si seguían tan apretados, el desarrollo de alguna enfermedad contagiosa.

Contestó el gobernador trasladándole una comunicación que acababa de enviar al jefe de los corsarios, en que le decía que los emigrantes súbditos de S. M. C. estaban bajo la protección del pabellón inglés; que se retiraran acto continuo (los buques rebeldes), pues si hacían alguna demostración contra los españoles, serían echados á pique en el acto. Este pliego lo llevó á los colombianos una fragata de guerra inglesa de cuarenta y cuatro cañones.

Los insurgentes se hicieron á la vela en el acto, perdiéndose de vista por la tarde. Para repartir los pasajeros envió el gobernador á disposición de Latorre varios barcos mercantes; pero como sus dueños pedían cuatro onzas diarias por su alquiler, sin alimentos, ni otra cosa que la cubierta y las cajas de los cuerpos estaban vacías, no pudo efectuarse el trasbordo.

Todo aquel día lo pasamos mirando aquella hermosa bahía en forma de herradura llena de buques, y la ciudad, que está al pie de su cerro, en cuya cima se ve el castillo que la protege. En un cerro más lejano y alto, se divisa otro castillo pintoresco, cercado de verdor. Dos fuertes más había también, pero estaban en ruinas: eran los que España había erigido allí cuando era suya aquella isla. En medio de la cuesta que conduce al castillo más apartado, estaba una elegante casa rodeada de jardines que nos dijeron ser la del gobernador. La ciudad que está cerca del mar, es bonita pero pobre y situada en terreno accidentado.

Allí no hay más que pescado y salazones; la carne fresca se trae de Costa-Firme.

El día siguiente, 10, pasamos Carmona y yo á la *Merced*, á ver al brigadier y á Lizarra, que estaba herido y que, según opinión facultativa, viviría, pero quedaría inútil.

—Acaba el gobernador británico—nos dijo Latorre—de conceder permiso para desembarcar; pero á los paisanos se les exige media portuguesa por cada licencia. Prepárense ustedes para pasar esta tarde á las cuatro conmigo á comer con dicha autoridad: ha tenido la galantería de invitarme, autorizándome para hacerme acompañar de los oficiales que guste. Ustedes son de los escogidos; vístanse, pues, de riguroso uniforme y vuelvan á las tres.

Á la hora indicada, nos metimos en un bote los siguientes, acompañando al brigadier: Alvaredes Tomasseti, Costa, Carmona, Díaz, Aguayo, Mur y yo. Cuatro caballos ensillados nos esperaban en el muelle, los que en dos turnos, nos llevaron á la morada del gobernador.

Era éste un general de división que había hecho la campaña de la Península, y que hablaba correctamente el castellano. Con él estaban todas las demás autoridades de la isla.

Recibiónos el veterano inglés con extremada finura y cordialidad, y después que les fuimos presentados por Latorre, nos presentó él á todos los de su comitiva, y acto continuo nos trasladó á un suntuoso comedor, en donde brillaba, en una larga mesa, cubierta con un mantel blanco como la nieve, una lujosa vajilla de plata. Una vez sentados, se nos sirvió una suculenta y aseadísima comida á la inglesa.

Á pesar del decoro con que procuramos mantenernos, nosotros, que habíamos estado tantos meses sin hacer una comida regular, consumimos cada uno como tres; y eso que no había carne fresca.

Á la mitad del banquete cada inglés tomó una copa y brindó por el español que tenía á su lado, y como esto se repitió infinidad de veces y los vinos eran de los mejores

de España, vaciamos muchísimas botellas: siguieron luego los brindis generales y en este ejercicio, grato para estómagos desfallecidos, estuvimos hasta las ocho de la noche. Á esta hora ya estábamos todos ebrios, y nosotros más que los ingleses.

El gobernador nos despidió con su acostumbrada cortesanía, sin ofrecernos esta vez caballos para volver, sin duda porque comprendió que en aquel estado nos caeríamos.

Bajamos, pues, dando traspiés por la colina acompañados de unos lacayos que nos alumbraban con faroles, no sin dejar en el tránsito varios de nosotros cuanto habíamos comido y bebido.

Los ocho íbamos enlazados del brazo: al que se caía lo arrastrábamos. En este estado llegamos á una mala fonda, la mejor de Granada, y allí, en unos colchones que nos tendieron en el suelo, caímos como troncos.

Ya muy alto el sol del día 11, se despertó Alvaredes, que era muy chistoso:

—¡Qué turca, señores, qué turca!—gritó.

Todos despertamos. Estábamos vestidos.

—Diantre—exclamó el brigadier restregándose los ojos—, ¡qué habrán dicho esos ingleses al vernos tan poco sobrios!

—No tenga usted cuidado, mi general, que ellos no quedaron mucho mejor parados que nosotros.

—No recuerdo si estaba alegre el gobernador.

—Pues no había de estarlo, si bebió como una cuba...

—Voy á conferenciar con él para buscar el medio de dar cuenta al general en jefe de nuestro paradero. Que vengan conmigo Costa y Mur.

—Pero antes tomemos un desayuno.

Almorzamos bien pobremente.

De resultas de aquella conferencia, pasó dos días después á la isla de Margarita, donde estaba Morillo, el teniente coronel Díaz Aguado, en una balandra inglesa con pliegos, en que se hacía la historia de nuestra tan

desgraciada como heroica campaña, y se le pedían órdenes.

Al pedir la cuenta en el fonducho donde estuvimos este par de días, le salieron al brigadier con cinco pesos diarios por barba; éramos ocho y le salía al generoso jefe que nos había invitado á permanecer allí por su cuenta, á 40 duros el día.

A parte de esto, nos cobraban un peso por una taza de te. Aquello era un robo, por lo que nos volvimos á la polacra hasta el 15, en que una señora costafirmeña, allí residente, conocida de Carmona, se ofreció á darnos de comer y camas por una módica cantidad.

Es verdad que teníamos un hambre canina y consumíamos mucho más de lo regular. La Naturaleza siempre exige compensaciones, y entonces era preciso recobrar la carne y sangre que habíamos perdido en el largo período de miseria que habíamos atravesado.

Mis tercianas me atacaban con regularidad matemática.

Ya estábamos fastidiados de correr por aquellas calles y de bañarnos en un riachuelo, turbio y amarillento, que había en las inmediaciones, cuando el 4 de Septiembre descubrimos en el horizonte dos buques de guerra que arbolaban la bandera española.

Al poco tiempo desembarcó Aguado en un bote. Morillo, que se disponía á abandonar la isla de Margarita, después de sufrir grandes pérdidas, que pudo evitar si en 1815 hubiera seguido los consejos de Morales, para trasladarse á Caracas, donde ya empezaba á presentarse audaz el enemigo, nos mandaba la goleta *Descubierta*, que mandaba D. Francisco Tope, y el bergantín *Periñón*, su comandante Gaboso, para que protegiesen nuestro regreso á la Tierra-Firme.

Después de desembarazada mi polacra de los paisanos que venían en ella, que se trasbordaron para diferentes islas y pueblos del continente, y de haber traído á bordo un caballo del brigadier, que le había costado en la Gra-

nada 700 pesos, nos dimos á la vela el 12 para el teatro de la guerra.

El 15 fondeamos, á las tres, en el puerto de Cumaná, después de una navegación feliz.

La plaza estaba muy acosada por el enemigo y había bastante escasez, sobre todo de forraje. Allí pasé unos días con antiguos amigos.

El 24 de Septiembre salimos de nuevo con tres buques: mi polacra, el *Casanova* y la *Descubierta*, en dirección á la Guayra, en donde tuve el gusto de abrazar á mi hermano Manuel, segundo comandante de la goleta *Baién*. Allí conocí al valiente general Canterac, que se alojaba en casa de D. Domingo Urneta, y que estaba de paso para Lima.

Latorre había pasado á Caracas á verse con Morillo. En breve recibimos orden de trasladarnos á Puerto Cabello los pocos que habíamos quedado de la campaña de Guayana.

El 28 llegamos á nuestro destino. Gobernaba la plaza D. José Pereira, el mismo que había venido conmigo de la Península, de capitán de mi compañía. Hízome cargo del gran Castillo de aquel puerto, el mejor de toda la Costa-Firme, que servía de almacén general de municiones para todo el ejército.

Está situado en una islita, á medio tiro de fusil de la ciudad. Aquel baluarte inexpugnable era nuestra última esperanza en caso de un desastre.

Al mes de estar en él, Pereira me dió licencia para que en la ciudad emplease cuantos medios conociese la ciencia, á ver si se me quitaban las tercianas. Todo inútil. La fiebre me hacía sus acostumbradas visitas con toda exactitud.

A mediados de Octubre recibió Pereira la orden de marchar á Valencia para hacerse cargo de las milicias. Empeñóse en que yo le acompañase en calidad de primer ayudante.

Pero Carmona, llamado á suceder á aquél, se opuso,

diciendo que yo, que había hecho la última campaña con él, le hacía falta. Alegaba Pereira que yo había sido su compañero de viaje y que debía seguirlo. Los dos sometieron el asunto á mi decisión; opté por Carmona, con con gran sentimiento de Pereira, que se fué muy incómodo conmigo.

Compré un caballo, en el que daba carreras cuando me atacaban las calenturas, en la esperanza de que así me abandonasen; pero nada conseguí. Por fin inventé un medio muy bueno de curarme las tercianas, y fué el siguiente: Á las dos de la tarde salí á pie de Puerto Cabello, en momentos en que la fiebre me devoraba, con propósito de llegar á Burlarata y regresar sin sentarme. Para hacer este viaje tuve que sacar fuerzas de flaquezas. Cuando me sentía muy cansado, me engañaba á mí mismo, fijando la vista en un punto ú objeto, con propósito de sentarme en llegando á él; pero después me fijaba en un sitio más lejano y continuaba.

Cuando entré en la ciudad me iba cayendo de fatiga. Me acosté; tomé una taza de te y en seguida me dió un calenturón terrible que me duró cuarenta y ocho horas. Remedio eficaz: desde entonces quedé curado de mi dolencia de once meses.

Volví al castillo de que era gobernador y allí trabajé mucho, tanto en los envíos de municiones á los lugares de la guerra como en la instrucción de mi compañía, cuyo personal se había reemplazado con nuevos reclutas.

Por orden de Carmona hice una salida á Apios, distante siete leguas de Puerto Cabello, en donde me rodeaba una cuadrilla de bandidos, que logré desbaratar, entrando triunfante en la ciudad con varios trofeos y prisioneros.

CAPITULO XVI

PRECAUCIONES.—NUEVA CAMPAÑA

El 10 de Marzo de 1818 recibimos en Puerto Cabello muy malas noticias de la guerra. Multitud de emigrados de toda la provincia de Caracas acudían aterrados á buscar un refugio en Puerto Cabello. Entre ellos, presentóse un comandante de Navarra herido, con muchos dispersos de todos los cuerpos y, entre otros, un soldado con un oficio del general, en que se prevenía á Carmona pusiese la plaza en estado de defensa.

Decían los fugitivos que Bolívar, con 9.000 infantes y 5.000 caballos, había caído sobre San Fernando y, no habiendo logrado tomar la plaza, había sorprendido en Calabozo á todo nuestro ejército, cuya suerte se ignoraba, si bien era de presumir que Morillo hubiese sido derrotado y cogido prisionero.

Desde entonces trabajamos noche y día para poner todas las baterías al pelo.

El 12 se presentaron 11 buques ante Puerto Cabello. Les hice algunos disparos y volvieron la proa sin izar bandera. Por la noche sentí un bote que bogaba con mucho silencio. Al enviarle una rociada, me gritaron sus tripulantes que eran pescadores que venían huyendo de los corsarios. Los dejé pasar, y luego supe que eran oficiales insurgentes, dirigidos por Mac Gregor, que desembarcaron por una costa cercana.

El 13 supimos de oficio que los enemigos sólo habían sorprendido en sus operaciones sobre Calabozo algunas compañías sueltas destacadas, las cuales habían perecido después de batirse hasta quemar su postrer cartucho. Morillo se había puesto á la cabeza de todo el ejército, y había conseguido, formando el cuadro y peleando desesperadamente, abrirse paso por medio de aquella nube de caballería, haciendo una retirada brillante, escarmentando al enemigo en Oriosa y en el Sombrero y procurando atraerlo al terreno quebrado, donde no tuviese la ventaja que le daban á Bolívar sus caballos.

El 14 volvió rostro y le atacó en Macaray, donde destrozó á la infantería rebelde, que se rehizo en Cagua. Sobre el ya atemorizado ejército colombiano marchó Morillo, reforzado con el batallón de Pereira, que acababa de llegar de Coro, y el 15 tuvo lugar la sangrienta batalla de la Puerta, en que alcanzaron inmarcesible victoria los nuestros, si bien perdieron la vida varios jefes y oficiales esforzados y bastantes soldados de nuestra parte, saliendo el mismo general en jefe herido de un lanzazo. El enemigo tuvo doble número de bajas que nosotros.

Morales se portó allí como quien era. Latorre persiguió á los rebeldes, derrotándolos en Ortiz y acabando de destruirlos en Cogedes.

En Puerto Cabello seguimos con redoblada vigilancia. Yo no salí del castillo en veinte días. Solamente nos tranquilizamos cuando supimos que nuestro ejército había deshecho al de Bolívar, teniendo que repasar el Apure con el resto de su caballería á la vez que los nuestros volvían á entrar triunfantes en Calabozo.

El 25 de Mayo recibió el Ayuntamiento de Puerto Cabello un magnífico retrato de Fernando VII. Con este motivo tuvo allí lugar una gran fiesta cívica el 30. Hubo gran función de iglesia; paseóse la efigie por las calles en un carro triunfal que yo construí y cuyos flecos, cordones, borlas y galones de oro y demás materiales costaron dos mil pesos. Acompañábale una guardia de corps, com-

puesta de oficiales. Las calles estaban alfombradas de flores, las casas cubiertas de cortinas y banderas españolas y las azoteas de toldos.

El repique de las campanas, las salvas de artillería, el bullicio, el contento, la solemnidad y el entusiasmo de aquel acto hacían el mismo efecto que si el monarca en persona estuviese en Puerto Cabello.

Ocho niñas de catorce á quince años, lindas como ángeles, llevaban las cintas del retrato. Seis corpulentos caballos, lujosamente enjaezados, tiraban del carro. Los vivas, las manifestaciones de aquel pueblo fueron tantas y tan vehementes, que no me creo capaz de describirlas.

Al recibir el Ayuntamiento el retrato hicieron tres descargas, y en seguida la plaza la suya de ordenanza.

El baile, que duró toda la noche, y el lujo desplegado en la cena, fueron superiores á toda ponderación. Parecía imposible que un pueblo tan monárquico pudiese ser regido por instituciones republicanas.

El 19 de Agosto se me dió la comisión de levantar un plano de los caminos, accidentes topográficos y recursos de las comarcas de toda la provincia, teatro futuro de la lucha. El mal más grave con que hemos luchado los militares en las guerras de América, es la carencia de planos exactos.

Los rebeldes llevaban siempre sobre nosotros la ventaja de conocer el terreno.

Si durante los trescientos años de paz que disfrutaron estas regiones se hubiesen formado buenas cartas militares de aquellos vastos territorios, la rebelión no hubiera triunfado nunca.

Sin instrumentos científicos, sin bastantes conocimientos, sin tiempo ni recursos, yo no podía hacer otra cosa que croquis á bulto, y así lo hice saliendo el 26 con seis soldados á reconocer los pueblos de Moren, Cancabo, Alpargatón, Urama, Cabria y sus jurisdicciones. Dejé encargado del castillo al capitán don Ramón Suárez Peñalver.

Excuso entrar en la cansada narración de los trabajos y fatigas que me costó cumplir con esta comisión, las marchas que hice, los auxilios que me prestaron los alcaldes y otros incidentes poco interesantes de esa larga excursión. Sólo diré que en las inmediaciones de Urama, allá en la cumbre, una enorme culebra alzada sobre su cola, atacó al alcalde, que iba en una mula, y á poco acaba con nosotros.

Abandonó su cabalgadura el alcalde: los soldados se abalanzaron sobre el reptil, para matarlo á culatazos; pero aquél les advirtió que no lo hicieran si no querían morir, y cortando una vara con ramas y todo de un palo especial, la atontó y luego la acabamos nosotros. Era gruesa como un muslo, larga de seis varas, y su dentadura como la de un perro. La mula mordida murió á las pocas horas.

Regresé el 4 de Septiembre á Puerto Cabello, cargado de borradores que, con singular paciencia y trabajando sin cesar, puse pronto en limpio. En ellos marqué las distancias, los ríos, lo arroyos, caminos, puntos fuertes y débiles, desembarcaderos, víveres y forrajes que podían suministrar las comarcas.

Cuando concluí este trabajo lo entregué al coronel don Gonzalo Aramendi, nuevo gobernador de aquella plaza, al cual le gustaron mucho mis croquis y me dió las gracias á nombre del general en jefe.

Empeñábase en que yo era facultativo, por más que modestamente le confesaba que yo no había hecho otros estudios especiales que los incompletos de guardia-marina, y me cobró tal afecto aquel jefe recién llegado de la Península, que cuando se mandó á Carmona salir á campaña con su batallón, ya reorganizado, quiso que yo me quedase allí de ayudante suyo; pero alegué que siendo capitán de una compañía de preferencia, no podía abandonar mi puesto de honor y de peligro, por un destino cómodo y decente, pero sin gloria.

Así es que el 26 salimos con nuestros 400 hombres de Cachirí, en dirección á Valencia, adonde llegamos el 28.

El general Morillo estaba en los valles de Aragua. El 30 proseguimos nuestra marcha á Guacara, donde entramos de gala en correcta formación, pues nos iba á pasar revista el general en jefe.

Hecho alto en la plaza, se presentó don Pablo Morillo, seguido de su Estado Mayor. Como los de mi compañía eran los más altos, y más aún los de la cabeza, hacía yo, por mi pequeña estatura, un contraste ridículo al lado de aquéllos. Así es que al pasar por delante de mí soltó el general una ruidosa carcajada, exclamando:

—¡Sevillita, capitán de granaderos!... ¿Quién le habrá engañado, poniéndole al lado de esos gigantes?

Las risotadas fueron repetidas por todo el séquito, lo que no dejó de cargarme bastante; mas no lo dí á entender, porque el general siempre me salía con los frailes de Santa Fe ó con otro chiste cualquiera.

Al presentarnos luego todos los oficiales á Morillo, me dirigió, á mí primero que á todos, la palabra deshaciéndose en elogios sobre mi comportamiento en Santa Fe y en el Apure. Á cada uno endilgó un párrafo, ya para alabarle, ya para censurarle; Morillo era gran fisonomista y jamás se le olvidaban las facciones ni el nombre de una persona. Al salir, un ayudante detuvo á Carmona, á Mendívil y á mí, para que nos quedásemos á almorzar.

En la mesa manifestóse S. S. muy satisfecho de nuestro pequeño batallón y ofreció darles nuevos reemplazos. Al despedirnos á las once, nos dijo:

—Señores, espero que os mostraréis tan sufridos y valientes en la campaña que vais á emprender como en la pasada, y que esta vez seréis más afortunados y mejor recompensados. La misión de Cachirí es muy importante y peligrosa. Yo juzgo á ese batallón como una de las más firmes columnas de mi ejército; que no defraude mis esperanzas. Estoy muy contento de vosotros. Adiós.

Salimos de allí agradecidos, entusiasmados y dispuestos á hacernos matar en la primera acción antes de quedar mal con un general en jefe que estaba tan pendiente

de los hechos de cada uno de sus subordinados. Nos reunimos con el batallón de San Joaquín, trasladándonos en seguida á Macaray, donde permanecimos quince días esperando órdenes.

Á mediados del mes las recibimos de reforzar la columna volante que operaba en los llanos de Barcelona; la mandaba el coronel don Eugenio Arana. Marchamos con harto sentimiento, pues volvimos á sumirnos, lejos del cuartel general, en desiertos donde no hay amparo más que el de Dios y el de las bayonetas.

En Cagua pernoctamos en casa de una isleña rica que había tenido la habilidad de hacerse querer y respetar por ambos contendientes, pues lo mismo recibía á Morillo, á Morales y á los demás jefes españoles, que á Bolívar, á Páez y á cuantos insurgentes querían participar de su espléndida hospitalidad.

En su casa dimos un baile para disipar la melancolía, y lo mismo hicimos en todos los demás pueblos del tránsito. Nos echábamos la cuenta de que, pues nos quedaban probablemente pocos días de vida, era preciso disfrutar de ellos. En la villa de Cura se nos unió el teniente coronel don Salvador Medina, nombrado segundo jefe del batallón, quien siguió el 21 con nosotros, quedando allí Carmona en expectación del cuartel general. A las diez de la mañana de este día descansamos en la Puerta bajo un árbol gigantesco acribillado á balazos y rodeado de esqueletos. Era el sitio en que había tenido lugar la batalla á que me he referido, y en la cual habían muerto 400 insurgentes y unos 200 leales.

Pernoctamos en los días sucesivos en San Juan de los Morros, San Sebastián de los Reyes, San Francisco de Cara, Camatagua, donde se nos unió un escuadrón de caballería del pais, Cura y Taguaique.

Este último pueblo estaba en poder de unos 60 ó 70 rebeldes, á quienes conseguimos poner en fuga después de un ligero tiroteo. Por la madrugada trataron de sorprendernos, pero estábamos sobre aviso, y los rechaza-

mos, haciéndoles nueve muertos. El 29 llegamos á San Rafael de Orituco, en donde nos quedamos estacionados cubriendo la avenida del llano de Calabozo, mientras el general Morales llevaba á cabo una de sus brillantes operaciones.

Nos alojamos, Mendívil y yo, en una casa frente á la iglesia. Había allí un sacristán que no cesaba de tocar las campanas, y el ruido que producían nos estorbaba mucho en nuestros trabajos al detall. Nos dió, pues, la humorada de apuntar al sacristán con los fusiles de los asistentes cada vez que empezaba á tocar.

El campanero se escondía detrás de un pretil; pero quedaba atisbando, y una vez que nos metíamos para adentro, volvía á repicar más ruidosamente que nunca. Tornábamos nosotros á hacerle la puntería y él á suspender su música. El cura, que era vecino nuestro, le gritó desde su ventana:

—¿Por qué no tocas seguido?

El sacristán le contestó señalándonos con el dedo desde su escondite y haciendo una pantomina como quien dispara una arma de fuego.

Nos fuimos á comer, y al poco rato se presentó el párroco sumamente molesto. Medina estaba con nosotros.

—Señores—dijo el cura—, es deber de todo cristiano solemnizar las festividades de los santos, y el que lo estorbe es un hereje.

Medina, que estaba en el secreto, se mordió los labios para no reirse, y le prometió corregir el abuso.

Pero aquella noche unos cuantos troneras, al salir del baile, subimos al campanario, quitamos los badajos y cuerdas á las campanas y los escondimos en casa del oficial Llamosas. Por la mañana hicimos una visita al cura, á quien encontramos bastante sulfurado:

—Padre cura—le dije—, ¿qué santo es hoy, que no hace usted tocar las campanas?

—Si ustedes no fueran ladrones de badajos—nos contestó—se hubiera repicado como siempre.

—Padre—le repliqué—, tiene usted razón. Usted tiene la obligación de celebrar el culto divino, nosotros la de hacer nuestros estados comparativos y demás documentos. Vamos á capitular. Lc devolveremos á usted sus cuerdas y badajos con tal que usted mande al sacristán acortar el tiempo de sus interminables repiques.

—Corriente—dijo el párroco—, restituyan lo hurtado y mandaré á mi incansable sacristán que no toque más que quince minutos en cada repique.

—Algo largo es, padre, pero convenimos en la capitulación.

Así se hizo y quedamos muy amigos.

Antes de partir celebramos una conferencia para hacerle una jugada de despedida al cura.

—¡Qué diablo!—exclamó uno—ya que nos tiene por ladrones, vamos á robarle algo que justifique su apreciación. Tiene en el corredor unas magníficas longanizas frescas. Se las cogemos y echamos la culpa al caballo de Medina, que ha aprendido á comer carne en los llanos.

Todos aceptamos esta idea como la más ocurrente y traviesa que pudiera imaginarse.

Tomamos, pues, los embutidos, los colocamos cuidadosamente en una maleta, para consumirlos en el viaje, amarramos cerca del sitio del delito el caballo y nos retiramos á descansar.

Por la mañana vino el padre cura á decirnos que él no deseaba causar perjuicio á nadie, pero que indudablemente nuestros asistentes le habían robado unas longanizas que había mandado poner á secar.

—Señor cura—le contestó Mendívil muy serio—, nuestros asistentes son incapaces de cometer un hurto, y menos tratándose de cosas que pertenecen á un sacerdote. Las longanizas de usted se las comió, no lo dude usted, el caballo del comandante.

El sacerdote que, aunque de un fondo excelente, tenía malas pulgas, se incomodó con esta salida:

—Caballeros—dijo—, sepan ustedes que yo no con-

siento burlas de nadie, y á no impedírmelo el traje...

—Asistente—interrumpió Mendívil—, trae un pedazo de carne de la cocina. Ahora verá usted, padre, que no nos burlamos de usted.

En efecto, el caballo se comió con visible buen apetito el trozo de fiambre que se le dió. Al ver esto el bueno de cura, quedó convencido y admirado:

—Dispensen ustedes—artículó como disculpándose—, yo nunca tal había visto; pero ya estoy persuadido de que ese animal es capaz de comerse, no digo yo una docena de longanizas, sino ciento que le dieran. Los tiempos lo están trastornando todo, hasta el estómago de los cuadrúpedos.

Concluído este chistoso incidente, nos preparamos para el viaje.

Al capitán Solórzano, que estaba enamorado de unas charreteras mías, se las regalé, y él, no sabiendo cómo mostrarme su agradecimiento, me dió un caballo viejo y flaco, pero muy grande:

—Este caballo—me dijo—que á usted le parecerá el rocinante de Don Quijote, tiene dos grandes propiedades: no cansarse nunca, aunque no hay quien le saque de su paso, y no comer.

—¡Que no come!

—Me explicaré: vive sobre el país; á coces quita el pienso á todos los de su clase, y donde no hay que robar, pace en quince minutos lo que ha de menester para dos días.

—Pues chico, es una grande adquisición para estos tiempos. ¡Ojalá lo hubiera yo tenido en Angostura! Le doy á usted expresivas gracias por tan valioso regalo.

Pusímonos en marcha el 23 de Noviembre, y fuimos haciendo noche, sucesivamente, en Altagracia, Morecure y Cañaveral.

Á partir de aquí nos internamos en montes vírgenes de terreno quebrado, en donde teníamos, á veces, que abrirnos paso, talando árboles; acampando el 25 en una altura

llamada las Raices, en que había un limpio rodeado de bosques.

Nos advirtieron los guías que hiciésemos hogueras en torno del campamento, pues estaban plagadas de tigres las inmediaciones.

Pronto nos probó la experiencia que no nos habían engañado: á las once de la noche, estando la tropa durmiendo al pie de sus pabellones de armas, oímos una voz penetrante, rápida y lastimera, articular esta frase: *¡Virgen Santísima, ampá...!* Y la voz quedó sofocada. Corrimos armados de fusiles y tizones encendidos, al sitio de donde había partido aquella exclamación aterradora. Sólo encontramos un rastro de sangre, el morrión, un zapato, la cartuchera con la correa rota, cartuchos regados y jirones de ropa enredados en las zarzas; en la tierra estaban marcadas las anchas huellas de la fiera. Un soldado había sido comido vivo. Nos horrorizamos, é instintivamente nos pusimos á rezar por su alma.

Volvimos al alborotado campamento, é inmediatamente averiguamos que la víctima era un bizarro soldado negro, hijo de Puerto Cabello, que había hecho varias campañas con Morales, y que era, además de valiente militar, un buen albañil.

Una necesidad natural le había llevado al lugar de su martirio.

Desde aquella hora ya nadie quiso dormir, ni era posible, pues no cesaba el rugir de aquellos feroces animales.

Proseguimos la marcha al amanecer, y después de siete leguas de camino infernal, hicimos alto junto á un miserable bohío, y la noche siguiente la pasamos entre unos árboles, de los que colgamos bien altas las hamacas, para librarnos en lo posible de culebras y garrapatas.

El 28 acampamos en los llanos de Guaripe, bajo un copiosísimo aguacero. Continuamos mojados el 29, dando resbalones; yo estaba desfallecido y muerto de sueño, como todos. Afortunadamente me reanimé algo con un

pedazo de longaniza del cura, y dormitando sobre mi clavileño, bien que un sol abrasador nos perforaba los sesos.

En el hato de Marrero, inmensa hacienda de crianza que encontramos en nuestro camino, se nos alojó á todos en vastos ranchones y se nos dió carne salada y casabe en abundancia, único alimento que se encuentra en los llanos.

El 2 de Diciembre llegamos á Clarines, en cuya plaza descansamos, continuando la marcha á las diez de la noche, que era lóbrega; el suelo estaba mojado; aquí caía un hombre, allá otro, de tal modo que, al ser de día, nos encontramos con cien hombres solos y éstos rendidos de fatiga: ocho rebeldes que nos hubieran entonces atacado, nos habrían vencido.

Á las nueve de la noche entramos en San Andrés de Onoto, donde nos incorporamos á la columna de Arana.

Los trescientos llaneros y un par de escuadrones que estaban allí, nos recibieron con inmensa alegría. Allí se nos dió, á Medina, Carmona y á mí, una casita techada de paja para vivir.

Además de aquellas fuerzas, Arana tenía unos ochocientos hombres más de avanzadas colocados á pocas leguas en sitios convenientes.

Nuestra misión era impedir que los rebeldes del Orinoco penetrasen en la provincia de Caracas, perseguirlos y vivir de las reses que se criaban en aquellas comarcas.

Escaseando ya la carne en aquel pueblo, formó el coronel Arana una fuerte columna y salimos el 17 de Diciembre en dirección á San Pablo, situado precisamente en sentido contrario al que debíamos seguir, á fin de engañar á los espías de que estábamos rodeados.

Continuamos en la madrugada siguiente hacia Barcelona; pero de pronto doblamos en demanda de la misión de San Miguel, pueblecito quemado y abandonado, en que entramos á las cuatro de la tarde, después de haber atravesado siete leguas de *pajonal*, sufriendo un calor horrible.

Una sola casa de mampostería había en el poblado en

que vivían dos frailes franciscanos con dos matrimonios indios, únicos habitantes de aquel lugar.

Los padres, muy contentos de nuestra llegada, nos regalaron naranjas, única cosa que poseían, y nos dieron noticias importantes sobre el paradero y fuerzas del enemigo.

Proseguimos con mucha precaución el 19, pernoctando en Caigua, en donde encontramos un alcalde indio, famoso por su inquebrantable adhesión á la causa española, como lo había demostrado en más de cien combates.

Tan pronto como nos vió preguntónos solícitamente por la salud del rey, tocó una especie de cuerno de caza y se presentaron los indios de su escolta; abrió un cuarto lleno de arcos y flechas y mandó á los suyos que se armasen, y á los pocos de su raza que venían con nosotros, que se repusiesen de armas y municiones.

Dicho alcalde tenía una red de espionaje fiel por aquellos contornos; al anochecer llegaron dos de sus indios medios desnudos, fatigados de tanto correr.

—Señor—dijo el más versado en la lengua castellana, dirigiéndose al coronel, después de pedida la venia de su jefe—, os traigo una gratísima noticia. El invencible cacique Maita, honra de nuestra nobleza indígena y el más esforzado y leal guerrero que ha nacido en estos valles; el cacique Maita, terror de los insurgentes, que estaba vigilando el cantón de Buere, viene caminando por sendas extraviadas y montes inaccesibles á reunirse con la columna fiel, porque ha recibido el aviso que le habéis mandado. Con su poderosa ayuda no es dudosa la victoria de los soldados del rey.

Ante este discurso, dicho con la entonación que emplearía un embajador de un poderoso monarca, á todos nos entró curiosidad de conocer al célebre cacique de quien con tanto respeto hablaban sus súbditos.

CAPÍTULO XVII

EL CACIQUE MAITA

Ya entraba la noche cuando oimos un tamboril que tocaba una especie de marcha extraña.

—Es el cacique—exclamó el alcalde, cuadrándose respetuosamente y tomando una actitud humilde.

Arana mandó formar para recibir á aquella tropa con todos los honores de ordenanza.

Empezaron á asomar primero el del tambor y después una serie de arrogantes mocetones marchando á la desfilada. Eran robustísimos, de nervuda musculatura y de un color cobrizo más oscuro que los demás indios; en el medio de ellos venía sentado en un sillón, llevado en hombros de cuatro nobles, el cacique Maita, que no se apeaba sino para entrar en batalla ó para comer ó reposar. A los lados venía una multitud de mujeres con el pelo tendido y desnudas, como los hombres, sin más que un taparrabos de cerda pendiente de la cintura; éstas traían chiquillos y algún menaje de casa. Detrás del cacique iban dos escuderos llevando sus armas. Aquel cuadro, raro por demás, trasladó nuestra imaginación á los tiempos de la conquista.

El cacique mandó hacer alto en un idioma desconocido. Á esta voz todos se sentaron y él se bajó de su sillón, dirigiéndose al coronel, á quien abrazó de igual á igual. Deshicimos nosotros la formación y pasamos los oficia-

les á saludar al jefe de la tribu. Á todos nos estrechó contra su pecho uno á uno, haciéndonos sentir la presión de sus músculos de acero. Era este un hombre como de treinta años, de mirada altiva é inteligente, con poca barba, pero con ciertos movimientos de autoridad, que imponían; se parecía bastante en el físico al general Latorre.

Traía unos doscientos cincuenta hombres de combate y porción de mujeres, muchachos y niños.

—Trae usted muy buena gente, señor cacique—le dijo Arana.—Lástima que no tengamos fusiles para armarlos. Las flechas no dan en el blanco como las balas.

—Al contrario, capitán—le contestó el jefe indio—; los fusiles son los que no dan en el blanco con la misma precisión que las flechas, y os lo voy á probar.

Dirigió en seguida la palabra en su lengua á sus súbditos, que estaban sentados. Todos ellos prepararon el arco. La escena estaba alumbrada por una hoguera. Entonces Maita lanzó, después de llamarnos la atención, una naranja á grande altura en el aire. Partieron una multitud de flechas y la naranja no cayó.

—¿Dónde está la naranja?—preguntó el coronel.

—Aquí están algunos pedazos—contestó el cacique, levantando del suelo dos ó tres fragmentos del tamaño de un real.—Ha sido destrozada por doscientas cincuenta flechas. Mis soldados no yerran el blanco, capitán. ¿Queréis hacer igual prueba con vuestros fusiles?

—No. Eso es admirable.

En efecto; todos nos quedamos haciendo cruces.

Arana invitó atentamente al cacique á comer con él. Toda la oficialidad asistió á aquella cena frugal de campaña. Diósele á Maita el sitio de preferencia. Se expresaba, cosa rara entre los suyos, con perfección en castellano. Habló del estado de la guerra é hizo observaciones que indicaban su profundo conocimiento del terreno en que íbamos á operar, y del enemigo que habíamos de combatir:

—Capitán —dijo—los blancos renegados han entrado en el pueblo de San Bernardino; traen mayor número de fuerzas que nosotros; pero las venceremos. Con ellos va un cacique traidor, antiguo aliado y amigo mío, á quien en vista de su deserción, he mandado un reto de muerte. Le he prometido por los manes de mis abuelos irle á buscar en medio de su campamento y pasarle por las armas en castigo de su villano proceder con el rey. Capitán Arana, á pesar de mis creencias cristianas, no he podido renunciar al sentimiento de la venganza, que es una especie de culto entre los hombres principales de mi raza. Os traigo un contingente pequeño, porque parte de mi gente la he dejado de observación en puntos estratégicos de importancia y la flor de los que seguían mi bandera, ha muerto ya en defensa de nuestro señor don Fernando VII; pero estos doscientos cincuenta guerreros indígenas son bravos en el combate y diestros en el manejo de la flecha y la macana. Si algo creéis que valen, hacedme el honor de permitirme ir con ellos á la vanguardia de la columna. Necesito que así sea, para que yo pueda castigar al cacique infiel.

—Concedo con gusto ese insigne honor al más valiente y leal de los caciques.

—Gracias, capitán; os doy palabra de que no habéis de arrepentiros de haber confiado el puesto de mayor peligro al cacique Maita.

Arana regaló un par de pistolas al cacique.

Terminada la cena, los oficiales jóvenes nos fuimos á ver las indias, que estaban preparando la cena.

Entre ellas las había muy bonitas.

Ninguna entendía una palabra de nuestro idioma, y á las señas que les hacíamos, contestaban con mucho recato y decencia, á pesar de estar en el mismo traje que Eva.

Por esto y porque teníamos especial recomendación de respetarlas, nos abstuvimos de propasarnos con ellas.

Emprendimos la marcha el 20, á las nueve de la mañana, atravesando bosques y llanuras de difícil acceso.

Los indios iban delante, á una gran distancia de nosotros, con unas precauciones y una cautela que no esperábamos de aquellos incultos hijos del desierto.

Imposible era que les sorprendiesen.

Tan pronto marchaban escondidos por las zanjas, árboles y maleza, como se arrastraban por el suelo como culebras cada vez que una huella humana ó un ruido les indicaba la posible proximidad del enemigo.

Á las dos de la tarde habíamos andado las cinco leguas que hay á San Bernardino, en cuyo pueblo habían estado los insurgentes el día anterior, en número de 1.500 entre infantería y caballería, habiendo robado y destruído todas las casas que no eran de sus correligionarios.

Éstos, siempre hipócritas y vividores, nos obsequiaron con tasajo para toda la tropa y nos hicieron toda clase de agasajos.

Proseguimos á las cuatro de la mañana del día siguiente, después de haber distribuído 60 cartuchos á cada soldado y de recomendar gran vigilancia, pues debíamos entrar en fuego de un momento á otro.

Marchamos de flanco hasta Curataquiche.

El 22 nos entretuvimos mucho cazando y beneficiando reses; anduvimos sólo cuatro leguas y acampamos al pie de la ranchería, en cuyos alrededores presentáronse varios caballos insurgentes, lanzándonos algunos tiros.

Sin duda habían sido avisados de nuestra presencia por los de San Bernardino. Establecimos fuertes avanzadas, y el resto de la tropa se entregó al descanso.

Al amanecer, cuando nos disponíamos á seguir viaje, sentimos un nutrido tiroteo. Era que unos cuantos de á caballo, que habían salido á buscar ganado por los alrededores, al regresar con unas reses, habían sido cargados y envueltos por el enemigo.

Arana se lanzó sobre su caballo, gritando: "Sígame todo el que pueda."

Cuantos caballos ensillados había los tomamos y nos precipitamos como furias sobre el enemigo.

Al llegar al sitio de la escaramuza, encontramos á Maita, combatiendo como un león; sus flecheros habían hecho morder el polvo á varios rebeldes.

Los arrollamos materialmente, rescatando á nuestros compañeros y á las reses que conducían, si bien nos mataron á un oficial de la Reina é hirieron á varios.

Dos días permanecimos allí, sufriendo pequeñas escaramuzas.

El 25 atravesamos varios bosques, á la entrada de los cuales tuvimos que abrirnos paso cargando á los enemigos, con no pocas pérdidas de una y otra parte.

El 26 anduvimos ocho leguas de sabana, siempre molestados por el enemigo.

Nos quedamos al lado de una lagunita, que bautizamos con el nombre de Iguana, porque habiendo encontrado allí un animal de esta especie, intentamos matarlo á palos, lanzazos y pedradas, lo que nos fué imposible, pues tiene un carapacho como de hierro y se defiende como un león.

—Una peseta te doy—dijo Medina á un indio flechero—si le das un flechazo en la cabeza.

Apenas articuló esta frase, que tradujo otro indio, cuando el soldado de Maita le metió la flecha por la boca á la iguana, dejándola muerta.

El 27 acampamos siete leguas al Este, entre la maleza.

Ya había salido el sol del 28 cuando nos pusimos en movimiento, entrando por la estrecha vereda de un monte desconocido de todos nuestros guías, excepto del cacique Maita, que, como siempre, iba delante de sus descubridores.

Después de seis leguas de un camino infernal, empezó á ensancharse la senda y á disminuir la arboleda.

Nuestros relojes señalaban las dos, cuando oímos un tiro y un grito en la vanguardia. Á los pocos minutos se presentó uno de los nobles de Maita, conduciendo amarrados á un indio y dos indias:

—Capitán—dijo el edecán del jefe indígena—: el gran

cacique Maita os envía á estos tres espías que acaba de recoger, para que los matéis si no os dicen la verdad. Eran dos los varones, pero á uno lo ha muerto mi señor con una de las pistolas que le habéis regalado, por haber hecho armas contra nosotros. El cacique os advierte que el enemigo está cerca, pues ha observado huellas recientes y presume sean muy numerosas las tropas insurgentes. Este traidor os dará más detalles, si no se niega á hablar como lo ha hecho delante de su aprehensor.

Arana interrogó al indio, pero este se negó á contestar; parecía sordo-mudo.

—Vengan cuatro números—exclamó el coronel—y apunten á ese hombre.

Inmediatamente cuatro bocas de fuego le tocaron á las sienes y al sitio del corazón.

—Un minuto de vida te queda para responder—dijo el jefe de la columna, por medio de un intérprete, y sacó su reloj.

Medió un corto silencio.

—Ha pasado medio minuto—repuso.—¿Dónde están los insurgentes? ¿Quién los manda? ¿Cuáles son?

El intérprete repitió las palabras, pero el prisionero permanecía silencioso:

—Soldados, arriba los gatillos, voy á dar la voz de fuego. Y echó una mirada siniestra sobre el reloj.

—No me matéis—exclamó al fin el indio—lo diré todo.

—Habla pronto y ten presente que si no dijeres la verdad, morirás de todos modos.

—El general Monagas, con toda su División acaba de llegar del Pan, y os espera en el llano que está al fin del bosque.

La noticia nos sorprendió á todos; no esperábamos tener que habérnoslas con tan fuerte caudillo. La lucha era desigual, y cada uno de nosotros en su fuero interno se juzgó perdido.

Arana mandó apresurar el paso, á fin de desplegar en batalla á la salida del monte. Ya en este punto, y mien-

tras hacíamos el movimiento oímos tiros á derecha é izquierda. Dejamos á las espaldas á los que trataban de llamarnos la atención y avanzamos en batalla por la sabana. Ya sobre los barrancos del río Unare, á la sazón seco, aunque con algunos charcos, tratamos de marchar de flanco, pero en el momento de cambiar de frente, vimos á los indios y caballos que llevábamos de vanguardia replegarse apresuradamente sobre nosotros; venían perseguidos y alanceados por más de seiscientos rebeldes de caballería, mandados en persona por Monagas. El ímpetu de perseguidos y perseguidores fué tal, que todos revueltos y en el mayor desorden, hombres y caballos caímos empujados en el zanjón del río.

Los insurrectos nos hicieron muchas bajas y nos habrían acabado si los caballos pudieran llegar á nosotros y si no quedara algo distante la infantería separatista. No había cuartel, y allí era preciso matar ó morir. Los caballos se habían situado á uno y otro lado de aquella especie de sepultura. Logramos formar en columna en aquel callejón. Para cubrir la retaguardia destacóse una compañía de la Reina y algunos indios, los que comenzaron á tirar balas y flechas sobre el enemigo: éste nos iba cazando según desfilábamos; por fortuna, nuestra caballería logró salir al llano y llamarles un tanto la atención.

Uniéronse los rebeldes para darnos una carga decisiva, pero el cacique Maita, con sus bravos, cubrió el aire de flechas y nosotros hicimos un fuego terrible al mismo tiempo que el denonado comandante de caballería Alejo Torralbo, les atacaba con un arrojo temerario. Conseguimos, pues, hacer volver grupas á los llaneros de Monagas y los perseguimos un gran trecho.

Cada vez que volvían caras formábamos el cuadro y los rechazábamos y entonces nuestra caballería hacía el resto. Los enemigos se retiraron hasta quedar bajo la protección de su infantería, la cual constaba de unos mil quinientos hombres, formados en batalla, que nos esperaban tranquilamente sobre un cerro distante.

Marchamos en columna cerrada sobre ellos, con la yerba á la cintura.

—¡Adelante, muchachos—gritó el coronel—; la vida está jugada; tratemos de ganar la partida!

Maita, que iba siempre delante, dijo algo á los suyos con entonación robusta y belicosa.

—¿Qué dice?—le pregunté á un indio.

—Que en el enemigo debe estar el cacique infiel y que levantará la tapa de los sesos al que se muestre cobarde en su captura.

De pronto la primera fila de mi compañía se desordenó; los soldados daban brincos espantosos y ayes lastimeros. Era que entre la yerba habían alzado sus cabezas venenosas multitud de culebras malpanares y les embestían con furia, mordiendo á varios de la segunda y tercera compañía. Catorce hombres cayeron al suelo dando alaridos que partían el corazón. El coronel, que había advertido este contratiempo, gritó:

—Cierren los claros alineando á la derecha, y nadie se detenga á auxiliar á los caídos. No importa que los reptiles hagan, al igual de los hombres-fieras, guerra de mala ley á esforzados españoles. ¡Muchachos, adelante y caiga el que caiga! ¡Viva el rey!

—¡Vivaaa!—contestamos todos.

Y proseguimos con la determinación de quienes están resueltos á morir con dignidad.

Eran las cinco cuando nos pusimos á tiro con el enemigo, y entonces empezamos á hacernos mutuamente un fuego horroroso.

Arana se multiplicaba en todas partes, arengándonos y animándonos con una elocuencia concisa puramente militar, pero que hería las fibras del corazón. Cuando vió que se prolongaba el fuego, y sabiendo por experiencia que nada acobarda tanto al soldado como la falta de municiones, en medio del combate, antes que llegara este caso, exclamó con voz penetrante é imperativa:

—No disparéis un tiro más; brío, audacia, valor y á la

bayoneta con ellos. En vencer nos va la honra, nos va la vida; á ellos, pues, y matad, matad sin misericordia.

Emprendíamos la carga á media carrera, cuando por el flanco izquierdo nos salió de improviso el batallón famoso llamado de *los bravos de Orinoco;* venía en columna cerrada y armado de fusiles y lanzas. Desplegamos tres compañías en batalla sobre el grueso de la columna en masa y los recibimos con nutridísimo fuego y muchas flechas; pero, aunque les hicimos bajas considerables, lejos de retroceder, llegaron hasta tiro de pistola.

Entonces los cargó Alejo con su caballería, dispersándolos y haciendo en ellos terrible destrozo. Nos replegamos de nuevo sobre la base, y sin hacer caso de los fuegos del enemigo, avanzamos sobre él á carrera tendida.

Ante el valor del que arrostra impertérrito la muerte, muy pocos permanecen serenos. Algunos insurgentes nos esperaron hasta cruzar sus bayonetas con las nuestras, pero los más abandonaron cobardemente la formación, se dieron á huir sin orden ni concierto, y el resto de ellos, diezmados por nosotros, les siguieron á los pocos segundos.

Entonces el cacique Maita, corriendo con los suyos como un perro de presa, hizo gran matanza en los fugitivos, no dejándolos él ni nuestra caballería hasta que la suya, ya derrotada, los vino á proteger. Los insurgentes, completamente batidos, se internaron en un bosquecito, como á media legua de distancia.

De este modo ganamos la brillante acción que se llamó de Chamariapa, que habíamos tenido por perdida al principio. No compramos sino á costa de mucha sangre este triunfo, pues entre muertos y heridos tuvimos 230.

Cuando ya habíamos recogido nuestros heridos, los de las culebras inclusive, se presentaron los indios y caballería con unas cuantas reses que habían cogido al enemigo.

Los indios curaron á los heridos de culebra, montándolos á caballo para evitar la humedad, chupándoles las

heridas y aplicándoles hojas de tabaco y guaco mascadas. Los quejidos de aquellos infelices no nos dejaron dormir. Dos fallecieron; los otros 12 se salvaron.

Yo había recibido una herida de flecha en un muslo, que me produjo bastante inflamación y molestia; pero sin ulteriores consecuencias.

El cacique Maita, después del degüello, había marchado con un piquete á recoger un pequeño destacamento que dejara á la salida del bosque, desde el cual se nos había hecho el primer fuego. Decíase que estaba inconsolable por no haber dado con el cacique de marras y que le buscaba por todas partes.

Al amanecer se nos presentó con su escolta. Delante de él, atado por los brazos y desnudo, venía otro indio de elevada estatura y arrogante presencia. En el costado tenía una ancha herida de flecha, por dondc le asomaba un pedazo de bofe.

Pero el ensangrentado prisionero marchaba con tan serena altivez, como si nada tuviese. Tan espantable herida y tanta impasibilidad nos heló la sangre. Maita venía á pie. Acto continuo se presentó á Arana, y quitándose su corona de vistosas plumas:

—Capitán—dijo presentándole el preso—, mis bravos han cogido al cacique rebelde Guaranno. La herida que le veis la recibió al intentar la fuga. Su delito es tanto mayor cuanto que desciende de alta estirpe, y él con sus padres, siempre distinguidos por el monarca del Oriente, juró fidelidad á S. M. La nobleza india, y yo en su nombre como su más genuino representante, exige ejemplar castigo en la persona de este miserable, que ha ayudado á echar á los indios fieles del Orinoco, y que se ha cebado cien veces en el asesinato de los leales blancos, negros y cobrizos. El y yo teníamos convenido matar, por traidor, al que cayera en manos del otro. La Providencia me lo ha puesto en las mías, y os pido licencia para juzgarle en Consejo de guerra, según las costumbres de la tribu, y ejecutarle tan pronto como sea condenado.

—Nada puedo negar á mi amigo el cacique Maita—dijo Arana—. Si es criminal, muera en buenhora; pero oyéndole, no martirizándole más y dándole los Santos Sacramentos, si los quiere recibir.

—Así se hará—contestó el implacable cacique Maita, y se lo llevó al lugar en que estaban los suyos muellemente tendidos en el suelo.

Yo y otros oficiales le seguimos.

Penetró entre sus soldados y empezó á arengarles en su lengua. Todos se levantaron en actitud belicosa, pero respetuosa, ante su superior, en cuyos ojos iracundos brillaban rayos de salvaje majestad. El discurso de Maita, un tanto largo y para nosotros ininteligible, era á cada rato interrumpido por gritos feroces y gestos de odio hacia el preso.

Este permanecía con la cabeza erguida y la mirada altanera; por sus labios vagaba una sonrisa despreciativa que irritaba aún más á sus enemigos. Maita dirigió después la palabra á Guaranno, pero éste no se dignó contestarle sino con un signo negativo. Nada entendíamos los oficiales que aquel terrible drama presenciábamos.

A una seña de Maita, salieron cuatro indios armados, hicieron poner al reo de rodillas y le dispararon cuatro flechas por la espalda, cuyas puntas le salieron formando una recta por el pecho; cayó de boca; estaba muerto. Los matadores le arrancaron sus flechas y las limpiaron en los pies del cadáver. Luego, volviéndose á nosotros Maita, nos dijo en castellano:

—El que á hierro mata á hierro muere. Él quitó la vida á muchos de mi raza y de la vuestra; ha pagado en la misma moneda.

CAPITULO XVIII

CONTINUACIÓN DE LA CAMPAÑA

Si yo fuera á describir nuestras penosas marchas por aquellos inmensos desiertos, nuestras zozobras, nuestras veladas al lado de hogueras que encendíamos, no para calentarnos, sino para ahuyentar á las fieras; si pintar intentara aquellos paisajes grandiosos de la Naturaleza iluminados, ya por el sol saliente, ya cayendo sus rayos á plomo sobre nuestras cabezas, haciendo levantar vapores sofocantes y malsanos, ó ya, cuando al llegar al ocaso, doraba la cima de árboles gigantescos nunca sometidos al hacha civilizadora; si narrar quisiera los trabajos, las privaciones y las miserias que sufrimos, no teniendo otro alimento que la carne asada á la intemperie, sin sal ni condimento alguno (y gracias á Dios cuando la podíamos conseguir así); si, en fin, trataran de reproducir los tristes episodios y los ominosos presentimientos objeto de nuestras conversaciones en los bosques y en los llanos, cuando á descansar nos reuníamos, teniendo la muerte siempre en perspectiva y la probabilidad de que nuestros cadáveres insepultos fuesen pasto de buitres y de chacales, mi relación se haría larga, monótona é indigesta. Abreviaré, pues, todo lo posible.

Marchamos cinco leguas el 30 de Diciembre, pernoctando en Anaco, y cuatro el 31, en que nos alojamos en el destruído pueblo de Aragua, en cuyos alrededores va-

gaba el terrible cabecilla negro Cabeza de Tigre, matando, robando y violando con tal ferocidad que hasta lo rechazaban los mismos insurgentes, bajo cuya bandera política se había acogido. Terror de aquellas comarcas, era preciso destruirle á todo trance.

Cuarenta hombres mandó Arana en persecución de aquel monstruo, al mando de un atlético y valiente sargento que, por sus fuerzas é intrepidez, se parecía á mi antiguo amigo Pérez. Consiguió sorprender la partida el denodado sargento. La lucha cuerpo á cuerpo fué terrible, pero ninguno de los nuestros logró derribar al feroz africano. Disparóle su fusil el sargento; contestóle el negro con un trabucazo: ninguno de ellos acertó. Trabóse la lucha al machete y, habiéndose roto el del sargento, asió en sus brazos á la fiera, y haciendo esfuerzos sobrehumanos, logró echarle al suelo. No tenía armas y pelearon á mordiscos y cabezadas, hasta que la casualidad hizo descubrir á nuestro héroe un cuchillo que tenía al cinto el negro. Se apoderó de él, le cosió á puñaladas, y en su furia no paró hasta cortarle la cabeza, que trajo al campamento en la punta de una lanza.

Era de ver aquel soldado con el rostro magullado, mutilados los labios á mordiscos, enseñándonos aquel trofeo de su victoria y participándonos que no había quedado uno vivo de la partida (1).

El 10 de Enero de 1819 llegamos al cantón del Guave; el 2, á la Laguna, donde recogimos mucho ganado; el 3, pernoctamos en nuestro cuartel de San Andrés de Onoto. Allí descansamos hasta el 17, en que emprendimos una marcha de 50 leguas hasta las orillas del Orinoco, para recoger reses, que ya nos hacían falta.

El 18 se nos unieron los indios de los cantones inmediatos, quienes nos trajeron la fatal noticia de haber desembarcado en las costas de Paria 1.500 á 2.000 aventure-

(1) El general en jefe concedió al sargento un ascenso y una pensión vitalicia por esta acción heroica.

ros ingleses y americanos, con el intento de batirnos y tomar á Barcelona.

El 20 y 21, nuestra caballería llanera consiguió recoger unas 800 reses, que se remitieron á Onoto.

Arana había recibido noticias ciertas de que nos iban á atacar 500 filibusteros. Así fué.

El 10 de Febrero, estando acampado en el sitio de Ipire, se presentó de golpe sobre nosotros la caballería enemiga, creyéndonos dormidos; pero como estaba dispuesto que sólo descansasen las medias compañías, en tanto que la otra mitad estaba sobre las armas, los agresores fueron recibidos con una lluvia de plomo y flechas que no esperaban, habiendo tenido que volver grupas en el acto, no sin dejar muchos muertos y heridos en nuestro poder.

Tornamos al campamento el 6. El 7 de Marzo, ya municionados y recobradas las fuerzas, salimos de nuevo, pernoctando sucesivamente en Araguatas y en varios puntos del desierto.

En el paso de la Iguana nos atacaron el 11 unos 50 de á caballo, sobre los cuales fué destacada mi compañía y la caballería de Torralbo.

Estuvimos tiroteándonos una media hora, hasta que, cansado de esta indecisión Torralbo los arremetió lanza en ristre, matando á unos doce y cogiendo á seis prisioneros, casi todos heridos, que mandó al coronel para que los examinase.

Entre ellos había un oficial joven con un lanzazo en la espalda, que le había dado nuestro terrible jefe de caballería, por cuya herida de dos pulgadas de profundidad y tres ó cuatro de ancho, respiraba como un fuelle. Este desgraciado, que era un muchacho fino, casi imberbe, me inspiró lástima. No había cuartel en aquella guerra de exterminio y me daba pena que lo fusilasen.

Cuando volví al campamento, fuí á ver á los prisioneros; allí estaban los heridos en el suelo, sin curar y sin que nadie les hiciese caso. Llovía, y se quejaban mucho, sobre todo el indicado oficial. Le pregunté cómo se lla-

maba y de dónde era, y me contestó que su nombre era José María Robles, y que había nacido de una distinguida familia en la villa de Maturín: era alférez de caballería de la división del Pan.

Corrí al médico del batallón suplicándole curase á aquel joven y á sus compañeros, para librarles del tétano, pues me dolía en el alma verlos en aquel abandono. Contestóme que lo haría con gusto, pero que no tenía otras medicinas que hilas, aceite y ron, y que le parecía inútil este trabajo, puesto que no pasarían muchos minutos sin que se diera la orden de fusilarlos, en represalia de lo que ellos hacían con los nuestros.

Le insté, sin embargo, á que viniera y me acompañó con una bolsa de hilas y una botella de ron. Yo mismo entibié este líquido en una *dita* ó *totuna*, en la fogata, y serví de practicante en la cura. La herida de Robles parecía mortal.

Al siguiente día fueron entregados los prisioneros á un sargento que con varios indios había recibido orden de conducirlos á ellos y á unas veinte reses á los cantones inmediatos. Ignoro el destino que les ha cabido.

Habiendo dormido el 12 en el campo de las Ollas, salimos al siguiente día á la gran sabana de Apamate, con el objeto de cazar ganado. El modo con que se efectuaba esta operación era el siguiente:

Desde los jefes al último oficial entregábamos nuestros caballos á los soldados más prácticos en la equitación y en el lazo, quienes, reunidos con la caballería, daban un gran rodeo distribuyéndose en un vasto círculo á la distancia de 100 á 500 pasos de uno á otro caballo: los monteros, ya situados convenientemente, daban la voz de avanzar, voz que corría de uno en otro jinete varias leguas en rededor; entonces todos marchaban de la circunferencia al centro, impidiendo que se escapasen las reses, las cuales, así espantadas de todos lados, venían á reunirse en un punto estrechamente cercado.

No se lograba esto sin pérdida de caballos, y á veces

de hombres, pues son muy bravos los toros monteses de Venezuela, pero era el único medio que tenía de subsistir el ejército español. El ganado se conducía á un cercado preparado previamente y las reses que intentaban fugarse eran cogidas á lazo por los llaneros.

La noticia de que los ingleses y demás advenedizos extranjeros intentaban internarse en Caracas y Barcelona, nos hizo regresar el 15 á nuestras posesiones estratégicas de San Andrés de Onoto.

Pernoctamos la noche de aquel día en medio de la sabana llamada Aguada del Carrizal, y el 16 entre unos barrancos sin nombre en la geografía.

Durante la marcha de estos dos días el enemigo había tiroteado nuestra vanguardia. Acampamos el 10, tras ocho leguas de pésimos caminos, al lado del bosque que llaman el Corosito.

Los oficiales habíamos amarrado las hamacas en los árboles del monte. En un claro que había dentro del mismo, como á 600 pasos de nosotros, se había situado la caballería que estaba al cuidado de 500 reses que habíamos encerrado en un corral construído con toda premura. Un oficial con veinte hombres vigilaba la avanzada que habíamos puesto para tener más seguro el ganado de una sorpresa.

Eran las dos de la noche cuando sentimos un fuego sostenido y un rumor como de un ejército que á la carrera viniese sobre nosotros. Todos dormíamos en las hamacas con sombrero, espada y los caballos ensillados al lado, aunque sin freno. Al mío por compasión le había soltado las cinchas el tío Pedro.

Al sentir aquel tropel infernal y aquellos disparos precipitados, nos tiramos despavoridos de las hamacas, pusimos los frenos y salimos á escape. Mi rocinante no llevaba más que un estribo; el otro lo había cogido la cincha contra la barriga. La confusión no podía ser mayor. Éste gritaba: "Otra sorpresa como la anterior." Aquél: "Ya los tenemos ahí." El de más allá: "Firmes, muchachos, y no

haya miedo." Al fin, nos pusimos en movimiento; pero de pronto cesó el fuego y reinó un silencio pavoroso. Al lado del corral percibimos una línea negra y otra blanca encima.

—Es la caballería enemiga que espera el día para atacarnos—dijo el coronel Arana, que marchaba al frente nuestro á caballo.—Nos detuvimos unos momentos.

—Á ver—repuso el comandante general, viendo que la masa enemiga no se movía—; síganme seis ú ocho hombres á reconocer la columna; tan pronto como nos vayan á cargar nos replegaremos y les haremos un fuego mortífero. Seguimos unos cuantos al jefe, atisbando y olfateando, como si fuésemos perros de caza. La masa no se movía. Ya muy cerca oímos hablar alto y reirse al comandante Torralbo.

—Buen susto nos han dado los malditos, pero no han roto el corral.

—Torralbo—le gritó Arana—, aproxímese usted.

En seguida presentóse el intrépido jefe de la caballería con la lanza en la mano, en calzoncillos y montado en pelo.

—Perdone usted, mi coronel, que me presente en este traje, pero no he tenido tiempo para vestirme.

—Pero ¿qué diablos ha pasado?

—No lo sé; mas se me figura que no ha sido caballería enemiga la que nos ha atacado, sino un rebaño de tigres hambrientos que habrán venido al olor de las reses.

—Por si acaso, formen como deben y vístanse los que están desnudos, que "soldado prevenido nunca fué vencido".

Los llaneros bien necesitaban esta última recomendación, pues los más estaban en el traje de Adán, aunque á ninguno le faltaba la lanza. Así que amaneció reconocimos los alrededores del corral, y en efecto, no solamente encontramos fuera las huellas de las fieras, sino que habían penetrado y llevádose muchas reses, dejando otras heridas y varios cueros sobre las malezas en dirección al bosque.

Continuamos el 18, sin más novedad, llegando el 19, á las tres de la madrugada, á nuestro cuartel de Onoto. El 20 salió un convoy con los enfermos, ganado y equipajes en retirada, hacia Barcelona, pero con orden de no pasar de Píritu, hasta no llegar nosotros.

Emprendimos el 22 nuestra marcha, parando en las chozas de San Pablo y San Francisco. En este punto hay un río de 40 varas de ancho y muy profundo, que es preciso pasar en balsa.

Al lado opuesto nos esperaba una partida de caballería enemiga, dispuesta á impedirnos el paso; empezó á hacernos un vivo fuego; nuestros compañeros del convoy disparaban sobre los insurgentes desde el pueblecito inmediato. Ya en la orilla, los rebeldes nos molestaban mucho y nos hacían bastantes bajas.

—Sevilla—me dijo el coronel—, pase usted con su compañía á nado, en la balsa ó como pueda, para proteger el paso de la columna.

Mi asistente se metió en la balsa, y notando que se hundía, mandé á mis granaderos que se desnudasen y llevasen los cartuchos en el morrión y el fusil y la ropa en la mano. Yo les dí el ejemplo quitándome la mía y tirándome el primero al agua. Todos me siguieron con admirable presteza.

Como nadaban casi de pie parecía que tocaban fondo al avanzar hacia la ribera enemiga en medio de las balas. Aquellos hombres, acostumbrados á luchar con la naturaleza, tenían unas fuerzas hercúleas; así es que todos salvaron el obstáculo sin que tuviésemos que lamentar desgracia alguna. No fuí yo tan afortunado, pues me enredé en un remolino que formaba un salto de agua y por más esfuerzos que hacía, no me era posible salir de él aunque con la punta de los dedos tocaba la arena.

Á todo esto las balas del enemigo silbaban á mi lado sin cesar.

Las fuerzas me abandonaban ya, cuando un gastador de mi compañía, llamado Aponte, vino en mi auxilio, y

agarrándome con su brazo de hierro, me arrastró adonde estaban mis compañeros, quienes sin tiempo para ponerse los pantalones, se estaban batiendo con el enemigo, al mismo tiempo que pasaba el resto de la tropa.

En el mismo precipicio en que estuve yo á punto de perder la vida, fué á dar un sargento llamado Lara, el cual, estando en la lucha que yo había sostenido con la corriente, recibió un balazo en la cabeza, que le hizo desaparecer, dejando en pos una mancha de sangre, que excitó la hilaridad de los que le habían muerto.

Después de un buen rato de estar recibiendo los cuidados del tío Pedro, conseguí recobrar las fuerzas, bien que me dolían todos los huesos, vestirme y montar á caballo.

El enemigo repasó otra vez el río, perseguido por nuestra caballería, que aún permanecía al otro lado.

En San Francisco me tendí en una hamaca, acalenturado y enfermo, sin apetito y sin poder dormir en toda la noche.

El 23 nos retiramos á Píritu, pequeño puerto de mar, situado á doce leguas de Barcelona. Allí preparamos trincheras y un fuerte de mampostería para resistir al enemigo.

Teníamos abundancia de maíz, pescado salado y tabaco; solamente el agua escaseaba mucho.

El 26 por la mañana, estando almorzando con el coronel Arana y con Medina, se presentó el cacique Maita.

—Capitán—le dijo—, en Onoto me ha nacido un hijo, que será, Dios mediante, tan leal al rey como su padre. Vengo á que me hagais el favor de sacármelo hoy de pila.

—Á mucha honra lo tengo—contestó el coronel—; pero en este momento acabo de entregar el mando, para partir acto continuo á Barcelona, á conferenciar con su gobernador, don Juan Saint-Just. Regresaré pronto. Si usted quiere demorar el acto, seré padrino del futuro príncipe de la tribu; si no, desde ahora nombro al capitán Sevilla, para que lo bautice en mi nombre.

—Opto por lo segundo, por que mis indios se han colgado ya todas las pobres alhajas que tienen; esperan con júbilo la función, y no quiero defraudar sus esperanzas.

—Pues estoy á la disposición de usted—le dije.

—Le avisaré dentro de un par de horas.

Partió Arana, en efecto, y yo me retiré á mi alojamiento, pensando cómo diantre saldría con decencia de aquel apuro. Ni había recursos en el pueblo, ni yo estaba muy bien de fondos. Además, no había tiempo para preparar un regalado *ad hoc* para el vástago del gran cacique Maita. Bien merecía el fiel y esforzado indígena una demostración espléndida por parte de un español.

Quizás sus antepasados habían sido señores de aquel vasto territorio; y, sin embargo, cosa incomprensible, él estaba á nuestro lado exponiendo su persona y las de sus hermanos al plomo insurgente, en tanto que los degenerados descendientes de los conquistadores, ¡hipócritas!, trataban de reivindicar los derechos de los indios y de vengar sus pretendidos agravios.

Desgraciadamente, yo no podía ser tan espléndido con el noble cacique como yo deseaba.

Mandé al tío Pedro que agujerease y les pusiera cintas á una porción de pesetas mejicanas que yo tenía. Así se hizo, y á la hora de ir á buscar á mi semi-ahijado, se las colgué del mejor modo posible.

—Perdone usted—le dije al padre—la pobreza del obsequio; no tengo aquí otra cosa mejor.

—Nada de eso necesitaba—respondió—; lo que yo quiero es que mi niño se llame Fernando, como el rey, y que, bautizado por un capitán español, pueda yo decirle mañana, si no sucumbo antes, cuando él me entienda, que debo á los españoles la santa fe del verdadero Dios, que trajeron á esta tierra, y que al prometer en el bautismo por vuestra boca que será siempre cristiano, yo he prometido que será leal mientras viva, al monarca á quienes servimos y á sus legítimos descendientes. Yo le maldeciría si no lo fuese.

Le estreché las manos con efusión. Eran las doce cuando, seguido de una multitud de indios muy adornados y pintados que daban unos gritos de entusiasmo estentóreos, nos trasladamos á la iglesia. El padre prior del convento y encargado de la parroquia, empezó la ceremonia con la mayor solemnidad; al preguntar cómo había de llamarse el infante, temiendo sin duda que se me olvidase, "Fernando como el rey"—exclamó Maita.—Concluído que fué el acto, el cacique me abrazó, y con tono de protección que no dejaba de tener algo de regio, me dijo:

—Contad, capitán, siempre conmigo: vos sois el verdadero compadre y no os arrepentiréis de haber emparentado con mi familia.

A partir de aquel día, el cacique vino todos los días á saludarme y me demostró un cordial afecto.

El 28 regresó el comandante general de Barcelona. Inmediatamente reunió á los jefes y capitanes, y les dijo:

—Señores, en Barcelona temen como nosotros, un ataque del enemigo, reforzado con los filibusteros ingleses. La ciudad se fortifica á toda prisa. He convenido con el gobernador enviarle doscientos hombres y con el núcleo de la columna situarnos en Clarines, llave de la provincia de Caracas. Pero para llegar á Clarines, no tenemos más camino que el de la capital, y para tomar éste, necesitamos retroceder á San Pablo; los insurgentes, que de seguro esperan este movimiento nuestro, estarán apostados esperándonos y nos arrollarán sin duda. Es, pues, indispensable frustrar sus esperanzas, abriendo una vereda por el monte firme, de cinco ó seis leguas. Al señor Sevilla encargó la ejecución de esta obra difícil.

De resultas de esta conferencia, al siguiente día el alcalde Llamosas, isleño muy activo, en cuya casa estábamos Arana, Medina y yo, nos dió toda clase de herramientas, gente y acémila para la expedición, y él mismo nos acompañó.

Cien soldados provistos de hachas y palas y varios vecinos é indios marchamos al monte, con objeto de abrir

un camino al Este, sin más guía que la brújula. El monte estaba lleno de esqueletos de animales y culebras.

Nada diré de los trabajos que pasamos en esta tarea lenta y difícil, ni las fatigas que nos costó subirnos á una sierra para descubrir la torre de la iglesia de Clarines, que por cierto no estaba al E., como habíamos creído, sino al N. E.

En el centro del bosque encontramos un claro alfombrado de yerba fina, que nos ahorró alguna labor: allí entre corpulentos árboles, encontramos dos esqueletos humanos y el de un tigre. Sin duda eran de cazadores que habían muerto defendiéndose de la fiera.

El cacique Maita se me presentó el 2 de Abril, con 200 de los suyos para ayudarnos en la tarea.

Durante las noches, que pasábamos en nuestras hamacas colgadas de los árboles, el cacique me instaba á que le refiriese cosas de España, y al describirle sus ciudades, sus palacios, sus grandes puertos, su movimiento industrial é intelectual, entusiasmábase el buen hijo del desierto.

—Yo tengo que ver eso—exclamaba—, yo no quiero morir sin saludar en persona al rey de tan gran pueblo, y sin hacerle conocer personalmente á un cacique fiel y buen español.

El día 8, cuando sólo me faltaban tres cuartos de legua para desembocar en Clarines, me llamó el comandante general.

Corrí á Píritu y allí me dió Arana orden de retirar la gente, pues la columna, con noticias de que la expedición enemiga salida de Guayana, marchaba sobre nosotros y Barcelona tenía que salir acto continuo á ocupar su antigua posición de San Andrés de Onoto. El alcalde quedaba encargado de terminar la obra.

El 9 salimos de Píritu, por San Francisco y Playon, habiendo llegado el 11 á nuestro antiguo alojamiento.

El 13 llamó Arana á Medina, Mendívil y á mí, y con mucha reserva, nos dijo:

—Tengo confidencias de que esta noche se tratará por el jefe G., y el capitán O. (isleños) y dos sargentos caraqueños, de sublevar la tropa, pasar á cuchillo á los leales y unirse al enemigo.

—Sus noticias—le dijo Medina—no pueden ser exactas: oficiales tan acreditados y soldados tan valientes como los nuestros, todos probados en los combates, no pueden cometer tan bárbara infamia.

—Pues síganme ustedes y oirán de los mismos labios que yo, esta grave revelación—dijo Arana.

Le seguimos á un cuartito que estaba en el patio de aquella casa, en el cual encontramos á un indio de la reina, amarrado y custodiado por el ayudante Gorosabel.

—Dinos lo que sabes—mandó Arana al preso.

—Una partida enemiga debe pasar por el cantón del Potrero — contestó—y meterse en Onoto, la cual, en combinación con la tropa, que está seducida por los dos sargentos que cité, matará á los jefes y oficiales fieles. Esto lo sé por la mujer de uno de los conjurados. Suélteme usía y acompáñeme cualquiera, que voy á buscar á la mujer citada.

Así se hizo, y nosotros en tanto nos preparábamos á vender caras las vidas, armando de fusiles á todos los que nos merecían confianza, oficiales y soldados y algunos comerciantes del pueblo, y preparando nuestros caballos para intentar en caso necesario la retirada sobre Barcelona.

Por fin, se presentó la mujer poseedora del secreto, quien confirmó lo dicho por el indio, añadiendo que se lo había oído decir á unos llaneros que durmieron en un cuarto inmediato al suyo.

Enteramos al resto de la oficialidad de lo que pasaba, y procedimos al arresto del jefe sospechoso y del capitán.

En los papeles que les encontramos nada había que confirmase la denunciada conspiración.

Se les mandó arrestados á Barcelona bajo pretexto de ir en comisión del servicio.

También arrestamos á los sargentos. Nada pudo sacarse en claro del interrogatorio que se les hizo.

Sin embargo vino á agravar las sospechas la circunstancia de que á la hora señalada por la mujer, se presentó una partida enemiga en el cantón del Potrero, guarnecido por el terrible comandante Torralbo, quien le batió con denuedo y decisión, según parte que recibió Arana el 14 á las once del día.

El coronel dispuso reforzar á Torralbo y que viniese á Onoto el cacique Maita con sus indios, que, con otras fuerzas, estaba en el cantón del Guere.

Después de un consejo de jefes y oficiales, en que figuró el cacique, resolvimos distribuir la tropa en los cantones, y regresar con una parte de ella al pueblo de Píritu.

Maita quedó guarneciendo á Onoto.

Así se verificó el 17, regresando el 28 al punto de partida.

El 4 de Mayo recibimos orden del general en jefe, que estaba en Calabozo, de que nos embarcásemos en Píritu, para reunirnos al cuartel general.

Grande fué el sentimiento que tuvimos al despedirnos de Maita y de otros fieles guardadores de la integridad española en aquellos contornos.

El 7 nos embarcamos al amanecer en el punto mencionado.

Una multitud de gente, la mayor parte mujeres blancas é indias, se quedó en la playa derramando lágrimas por los novios y amigos que perdían.

CAPITULO XIX

CUMANÁ

El 11 desembarcamos sin novedad en la ciudad que lleva por epígrafe este capítulo, atravesando alborozados el pintoresco arenal que hay entre la playa y la población.

Me alojé en casa de una familia del país, de apellido Otero.

Esta ciudad es pequeña, pero hermosa y abundante de bastimentos. Sus calles rectas, situadas al pie del cerro en que está el castillo, son anchas y espaciosas.

Un cristalino río divide la población en dos partes, brindando á la mayoría de aquellos habitantes magníficos baños en los patios mismos de sus casas. Así es que hay familia que se baña tres veces al día. Magníficas huertas ofrecen su eterno verdor á las orillas del río, desde cuyo puente principal se abarca un paisaje alegre y pintoresco á la vez. El pescado, tanto de mar como de río, es allí sabroso y abundantísimo.

La población se compone de blancos y de indios por mitad, siendo muy pocos los individuos de color que allí viven. Las mujeres son allí numerosas, blancas como el alabastro, de pelo y ojos de ébano y agraciadísimas por demás. Con razón las llaman las andaluzas de América. Los indios se han distinguido allí siempre por su constante fidelidad á la causa española.

La guarnición se componía del segundo batallón de Granada, con un personal de 400 hombres; dos compañías de Granaderos de Barbastro y Navarra, dos de veteranos de Cumaná, compuestas de artesanos del pueblo y nuestro batallón de Cachirí.

Unos 1.200 insurgentes, repartidos en las montañas vecinas, y con su cuartel principal en Cumanacoa, nos sitiaban. Mandábalos el coronel Montes. Á veces atacaban con osadía, llevándose algunos de nuestros oficiales y soldados, que fusilaban sin misericordia. Mandaba la plaza el brigadier D. Tomás Cires. Como carecíamos de murallas, nos pusimos á levantar trincheras. Cada cuerpo tenía designado el terreno que había de defender. Á mi batallón le tocó desde el castillo antiguo de Santa María hasta el hospital. Teníamos un ángulo de tres avenidas muy fácil de tomar, por lo que, con orden del gobernador, instalé en él un fuerte con su batería, cuya construcción dirigí yo.

El 5 hicimos una salida, pero avisados los enemigos por sus cómplices de la ciudad, se retiraron, y no encontramos á nadie en todo el día. Tomamos posición en el monte de Brito, y al anochecer observamos desfilar por el valle unos 80 ó 100 insurgentes al parecer con el mayor descuido. Medina me dió orden de salir á su encuentro y coparlos si podía.

Descendí, en efecto, con mi compañía, mandando á mis soldados que se agachasen para sorprenderlos, y lo hubiera conseguido á no haber tocado fuego el corneta sin habérselo mandado. Los rebeldes se dieron á la fuga, no habiendo conseguido sino matar á dos, malherir á uno y coger á nueve prisioneros. Al regresar mandó Medina arrestar al corneta, para ponerlo luego en un calabozo de Cumaná.

Continuamos el 7 nuestra marcha, simulando un ataque á Cumanacoa, para sorprender su hacienda del valle del Querital. La compañía del capitán Argüelles, que iba de vanguardia, no cogió más que cinco enemigos, pero se

apoderó de 15 ó 20 canoas cargadas de maíz, harina, vestuarios, fusiles, fornituras y cartuchos que tenían en el río que desemboca en el golfo de Cariaco y que procedían sin duda de la isla de Margarita. El 8 emprendimos la retirada hacia Cumaná, molestados por unos 30 de á caballo, y entramos en la ciudad sin otra ocurrencia que digna de contar sea.

Seguimos sitiados todo el resto de Junio y el mes de Julio, defendiendo nuestras trincheras y reductos, cuando nos atacaban de noche, y haciendo algunas salidas para ahuyentar á los que se acercaban al frente de la ciudad; pero no podíamos extender nuestros paseos más que hasta la batería de la boca del río y las huertas situadas en su orilla. El que se alejaba era irremisiblemente cogido por las partidas enemigas y fusilado en los bosques inmediatos.

A fines del mes quedé hecho cargo del batallón, como capitán más antiguo, por licencia que pidió Medina para pasar á Caracas. El 3 de Agosto presentáronse en el puerto la corbeta de guerra española *Descubierta* y la goleta *Morillo*, con la noticia de que varios buques colombianos se acercaban con tropas aventureras de varias naciones, con el objeto de desembarcar y apoderarse de un punto que les sirviera de base para estrechar el cerco.

Los buques que esta nueva trajeron dirigiéronse á Puerto Cabello, para traer nuestra escuadrilla, que se componía de dos corbetas, dos bergantines y tres goletas.

Se repartió nuestra guarnición, en la circunferencia de la plaza, dispuestos todos á defenderla hasta el último trance.

Nadie estaba parado; este grupo se dedicaba á construir trincheras, aquél parapetos de ladrillos y piedras, el otro á cavar fosos, y así los demás.

Una piragua que llegó el 5 de Agosto de Nueva Barcelona y de Píritu con pliegos del coronel Arana, participaba á nuestro gobernador que la expedición filibuste-

ra había desembarcado junto á Barcelona, cuya ciudad, no teniendo más que 50 hombres de guarnición al mando de D. Juan Saint-Just, fué abandonada, reuniéndose éste con la columna de Arana.

El 7 vino otro bote de Píritu. Por él nos hacía saber Arana que el día anterior Saint-Just había atacado dentro de la ciudad de Barcelona con una partida de llaneros de caballería á los invasores extranjeros, sorprendiéndoles, matándoles mucha gente y trayendo consigo varios prisioneros, entre ellos un oficial superior.

El día 10, á las siete de la mañana, señaló el vigía de Puente Araya un convoy por sotavento.

Subidos á las azoteas, descubrimos nueve buques entre bergantines y goletas, los más armados de guerra; cuando estuvieron más cerca divisamos perfectamente la bandera colombiana que arbolaban.

Venían atestados de hombres y rectamente acoderándose hacia un cerro se dirigían á nuestra rada.

Comprendimos que era la primera expedición que mandaba el enemigo de Barcelona para atacarnos.

Cargamos, pues, toda nuestra artillería con metralla, colocamos al pie de los cañones á nuestros artilleros con las mechas encendidas y mandamos acoderar nuestras fuerzas sutiles de mar al lado del puente de la boca.

Á las ocho fondeó la escuadra en Bordones, media legua de la ciudad.

Todo el día permanecimos mirándonos mutuamente sin que ellos echasen bote alguno al agua ni practicasen movimiento que indicara sus intenciones. Redoblamos nuestra vigilancia.

Á las cinco se presentó por el río el bizarro comandante de las fuerzas sutiles, D. José Guerrero, pidiendo al gobernador dos ó tres camisas embreadas ó brulotes para intentar con sus indios en la oscuridad de la noche acercarse con una piragua y prender fuego á la escuadra.

Á las siete todo estaba listo para esta expedición, pero en aquel instante sopló un fuerte viento que hacía impo-

sible llevar á cabo la empresa. Pasamos la noche sin novedad.

La escuadra amaneció en la misma posición que ocupaba la víspera.

Á las nueve se presentaron varias partidas insurgentes muy cerca de nuestras defensas diciendo á gritos que nos degollarían si no nos entregábamos.

Á las once de la mañana empezó en botes el desembarco de los filibusteros, quienes se fueron reuniendo en los cerros de Bordones.

Por sus movimientos tácticos comprendimos que eran tropas regulares en buen estado de instrucción.

Pusiéronse en marcha á las cuatro, dirigiéndose medio ocultos por el monte, por detrás del barrio de San Francisco y el castillo, á las sabanas y colinas de Cautaro.

Esta operación nos indicó que íbamos á ser atacados por la línea del Barbudo.

Á las seis de la tarde, los buques diéronse á la vela hacia el golfo de Cariaco, quedando cerca de los rebeldes para protegerlos y racionarles. Al pasar por el frente les disparamos varios cañonazos sin efecto.

En la ensenada de los Lizaros, ya de noche, desembarcaron más tropas, que formaron allí un campamento.

Estaba yo de jefe de día cuando me presentaron los escuchas de San Francisco, un inglés borracho que pertenecía á la expedición; llevado á presencia del gobernador, dijo por medio de un intérprete que era irlandés, y que de esta nación y de Escocia y Alemania, eran los 1.300 que acababan de llegar en los buques; que el jefe superior era el coronel Rifler, é inglesa la oficialidad; que su intento era tomar á Cumaná y prestar toda clase de servicios á la causa colombiana.

Á las once de la noche subí con mi ronda al castillo de Santa María, que domina toda la ciudad y sus inmediaciones; su comandante me dijo que desde las nueve se oía un rumor de mucha gente entre los cerros y barrancos que hay entre dicho fuerte y el de Agua Santa.

En efecto, aplicando el oído en aquella dirección, sentí hablar á multitud de personas en voz baja. Mandé que se le disparasen algunos cañonazos, lo que se efectuó sin que hiciesen ningún movimiento.

A la una sentimos tiroteo por la parte del puente; corrí allá y encontré que los enemigos se habían introducido hasta el barrio interior: desde la esquina de una calle hacían fuego á la batería del puente, al mismo tiempo que nos decían mil desvegüenzas en español, por lo que comprendimos no eran ingleses los que nos atacaban. Dispuse que se les tirasen varios metrallazos para hacerles despejar la calle, lo que conseguí en pocos minutos.

Torné al castillo á dar parte al gobernador, que estaba revistando y animando á nuestra escasa tropa de reserva, dispuesta á marchar sobre cualquier punto amenazado.

Reunidos en torno del veterano gobernador varios oficiales, éste mandó sacar á su asistente su botella de campaña.

—Muchachos—nos dijo—, á tomar un trago de anisado, que el día cuyos albores comienza, es el de nuestra ruina ó el de nuestra gloria.

La botella pasó de mano en mano y fué religiosamente besada por cada uno de nosotros.

—Mi comandante—le dije—,en nombre de mis compañeros, le prometo solemnemente que no ha de entrar el enemigo en la plaza sin pasar antes por encima de nuestros cadáveres.

El jefe movió la cabeza con una especie de desaliento.

—¿Cree usted que no cumpliremos nuestra palabra?

—Creo que pásarán por encima de nuestros cuerpos mutilados; creo que todos cumpliremos nuestro deber sucumbiendo, pero la lucha es demasiado desigual para que podamos impedir la toma de la ciudad.

Recorrí de nuevo la línea del río; los oficiales y soldados estaban vigilantes y sedientos de salir de aquella incertidumbre matando ó muriendo.

Á las tres y media volví con el gobernador al castillo,

donde nos sentamos sobre unos bancos que estaban en la explanada. Á las cuatro tocaron los enemigos una ruidosa diana en diferentes direcciones, excepto en el sitio en donde habíamos oído el rumor.

—Mi brigadier, los que nos deben atacar primero están ahí escondidos, y esos no tocan diana.

—Me parece que ya es hora de que tomemos otro trago—me contestó aquel jefe echando mano á su botella de campaña.—Cuando me tocó á mí beber sentí más claro el rumor que nunca.

—Mi brigadier, los tenemos encima.

—Veámoslo—dijo estoicamente—; y asomándonos por una tronera, percibimos entre la luz confusa del crepúsculo y á menos de tiro de fusil, dos columnas de tropa como de 1.500 hombres. Los enfilábamos con los cañones, cuando nos dirigieron una descarga general, dando el grito de guerra ¡hurra! Llovían las balas sobre el castillo á la vez que los insurgentes trepaban denodadamente por los cerros; pero la metralla de nuestras piezas y la fusilería del fuerte de la izquierda, les hicieron pronto variar de dirección hacia la derecha para atacar el fuerte de Agua Santa, que, aunque no tenía más que dos cañones, lanzaba sobre los enemigos multitud de balas de fusil y algunos tiros de metralla muy bien dirigidos. Sin embargo, la masa filibustera avanzaba impasible hacia el pequeño fuerte, hasta que el bravo capitán don José Galcerán del Valle, que lo mandaba, viendo que ya no podía hacerse uso de los cañones, por haberse metido el enemigo en el foso, tomado el reducto, doce de sus hombres muertos y la casa, que era de paja y barro, acribillada á balazos, repartió dos cajones de granadas de mano, para que las tiraran al foso é hizo defender las troneras y boquetes con bayonetas y chuzos.

El fondo del foso en que estaban agrupados los asaltantes se convirtió en un volcán, pues reventando las granadas sembraron la muerte y el espanto entre los mercenarios extranjeros, que se pronunciaron en vergonzosa fuga, dejando el foso y la colina llena de cadáveres, entre

ellos el del teniente coronel que mandaba la vanguardia.

Viendo nuestro gobernador que huían en desorden en todas direciones, me mandó que acto continuo hiciese una salida con la gente que pudiera reunir, á fin de aprovechar aquellos momentos de pánico.

Tomé á la puerta del castillo unos quince ó veinte hombres, y al pasar por la línea otros cuarenta de Barbastro, con su capitán D. Manuel Cid, y desplegados en guerrilla, corrimos sobre los dispersos; otros quince soldados me envió el valiente Galcerán, del fuerte atacado, mandados por el teniente D. Fabián Prieto. Con esta fuerza, entusiasmada por el triunfo, alcanzamos la retaguardia filibustera, la que deshicimos completamente á la bayoneta, pasando á cuchillo á muchos y cogiendo gran número de prisioneros.

Ya en la sabana de los Lázaros, avergonzados sin duda, al verse 1.000 hombres huyendo de 70, trataron de rehacerse formando en batalla; pero yo dispuse hacer la retirada, reforcé con 20 soldados más el fuerte de Agua Santa, y volvimos triunfantes á la plaza.

Recibíamos ya las felicitaciones del gobernador, cuando vimos aproximarse por el camino de Quirintal, que conduce á Cariaco, una partida como de cuarenta individuos, que tomamos por tropas de observación que hubiese mandado el enemigo.

Grande fué nuestra sorpresa notando que al colocarse como á tiro de pistola de los extranjeros, formados, como he dicho, en batalla, se desplegó la columnita en guerrilla, y se trabó un desigual combate entre unos y otros, haciéndoles los ingleses una descarga cerrada primero y fuego graneado después, al que, diezmados y todo, contestaban aquellos pocos que se acercaban, rompiendo por los claros y procurando ganar la plaza.

Desgraciadamente hasta que no tuvieron al pie de nuestras trincheras no los conocimos. Era nuestra guarnición de Cariaco á la cual se le había enviado el relevo un día antes de presentarse la escuadra rebelde, la cual, habien-

do bajado por el río en piraguas, observado desde el golfo de que estábamos sitiados por mar, abandonó sus embarcaciones y acometió la difícil empresa de entrar en la plaza por tierra.

Al encontrarse con los 1.000 extranjeros formados, lejos de retroceder, los nuestros avanzaron con temerario arrojo. Varios perdieron la vida en las puntas de las lanzas de Montes, entre ellos el capitán Olfelar, de Cachirí, que los conducía, pero escaparon ilesos los más, gracias á la acertada dirección del teniente Roder, que no se amilanó por la muerte de su intrépido superior (1).

Pasamos la noche sin dormir, pero también sin que el enemigo nos atacase.

Amaneció el día 12, y con placer supimos por varias mujeres procedentes del campo, que los ingleses habían levantado el suyo; atravesando la sabana de Cautaro la vuelta de Cumanacoa y que, por Maturín, se dirigían á Guayana á reunirse con Bolívar, quedando la misma gente que había antes al frente del sitio de Cumaná. Á las diez del día la escuadra levó anclas y tomó el rumbo de Margarita. Hicimos aquella tarde un reconocimiento y encontramos quemados los ranchos recién construídos, muchos regueros de sangre, sepulturas frescas, y todas las señales de ser verdaderas la retirada y derrota de aquellos extranjeros, que se habían encontrado con una resistencia que no esperaban.

Molestados cada cuatro ó cinco días por el enemigo, pasamos los meses de Agosto y Septiembre. Regresado Medina de Caracas, le entregué el batallón, volviendo á concretarme á mi compañía. El 13 de Octubre nombróme el brigadier Cires, comandante político y militar del pueblo y puerto de Carúpano, cuya jurisdicción abarca diez y ocho leguas de costa.

---

(1) Lo mismo éstos que los del fuerte indicado fueron premiados, primero con un distintivo que les dió el brigadier Cires y después con el grado inmediato los oficiales y clases y con una pensión vitalicia otorgada por el general en jefe los demás.

CAPITULO XX

CARÚPANO

Embarquéme el día 15 al amanecer en una lancha, llegando por la tarde, después de haber atravesado el golfo de Cariaco, á la ranchería de las Gaviotas, sita ocho leguas de Cumaná, donde hicimos una comida de escabeche; de allí pasamos á fuerza de remos á Chiguana. Mis dos asistentes y yo cenamos un pato que yo cazara, al mismo tiempo que avisaba al pueblo que me trajesen un par de caballos para llevar los equipajes. Mecido por la música infernal de millares de mosquitos zancudos que me devoraban, pasé la noche en un rancho abandonado, tendido en mi hamaca.

El 18 llegué á Carúpano, no sin grandes peligros, habiéndome recibido muy bien mi antecesor el capitán Argüelles. La casa en que estaba la oficina pertenecía á unos infidentes prófugos.

Lo primero que me llamó la atención fué una gran mancha negra como de sangre en el suelo que era de blancos ladrillos.

—¿Qué es esto?—pregunté.

—En esta histórica sala fué donde se trató de asesinar al general Morales por una conjuración formada para sublevar su tropa. El valiente veterano descansaba en su hamaca, pero dormía con un ojo abierto como acostumbra, á tiempo que penetró sigilosamente el que había de

hundirle el puñal en el corazón. Morales brincó de la hamaca, atravesó con su espada al criminal, y entre él y su terrible asistente mataron á tres más que le seguían de cerca. Echó al foso los cadáveres, y habiendo averiguado que había cómplices, hizo fusilar al día siguiente á ocho más, cuyas cabezas mandó que se paseasen por el pueblo en una mesa para escarmiento de traidores. En esta casa se alojó también el sanguinario Cerveri, insurgente de funesta recordación.

—Pues voy á divertirme en tan célebre casa.

Me avisté con el teniente coronel D. Manuel Lorenzo, comandante principal de la costa y el capitán D. Rafael Silvestre. El batallón que mandaba estaba en cuadro; no tenía más que doscientas plazas, indios la mayor parte.

El 19 me hice cargo de la comandancia de armas, del mando político del distrito, de la subdelegación de rentas y de marina, del batallón de milicias urbanas, que constaba de 600 hombres, de una compañía de artilleros paisanos como de cien plazas y de otra de indios guaigueríes, matriculados de mar. Estas fuerzas estaban distribuídas en toda la jurisdicción. Encontré pendiente de cumplimiento la construcción de un fuerte en el cerro que está á sotavento de la población, de una flechera de guerra y de otras cosas necesarias para la defensa de aquella sección del país.

El 20 hice poner la quilla á la segunda y continuar el primero; mandé venir gente de los poblados inmediatos y al cabo de los dos meses estaban muy adelantadas las obras.

No me detendré á narrar todos los incidentes que me acaecieron durante mi permanencia en este puerto. Pero sí debo consignar que pronto me hice querer y respetar de aquel leal vecindario, en el que reinaba el mejor espíritu en favor de la causa española.

Por invitación del gobernador de Cumaná, armamos una piragua en corso, cuya patente se concedió, á propuesta mía, al comerciante D. Antonio González, quien

al momento alistó una de un solo trozo de madera, con diez bancos, caja de armas para diez fusiles y otros tantos machetes y lanzas, que yo le dí. Estas embarcaciones son muy angostas y ligeras, no cabiendo en ellas más que dos hombres á la par, que bogan á la sordina, y con 20 ó 26 marineros que pueden llevar, atacan al abordaje cualquier buque de alto bordo, degollando con mucha facilidad su tripulación desprevenida.

El 23 de Octubre se dió á la vela la piragua con 22 hombres armados y un cañón de á 2 en la proa; y el 9 de Noviembre, á las ocho de la noche, regresó con su capitán y parte de la tripulación, trayéndome trece prisioneros, entre ellos un oficial colombiano, encargado de la Punta del caño de Macareo. Los nuestros le habían matado á varios de los suyos, le habían cogido un pailebot cargado de reses y mulas, y una balandra con armas de fuego, pólvora, vestuarios, dos cajas de guerra, varias monturas, sables de caballería, bacalao, ron y harina.

En el ataque habían perdido los nuestros dos hombres un pescador blanco y otro indio. Sus esposas vinieron llorosas á implorar socorro de la autoridad, y yo pasé un oficio expresivo al brigadier Cires, quien le señaló una pensión igual al sueldo que los muertos ganaban. Además hice una suscripción entre los comerciantes que me produjo 233 pesos, los que repartí entre ambas viudas.

El día 13 llegaron los dos buques apresados; se desembarcó cuanto en ellos había; á mí me regalaron una buena mula, y el pueblo comió durante algún tiempo carne fresca, la que había meses no probaba. Los cascos de los barcos pasaron á Cumaná, para venderse por cuenta de González.

El 20 de Diciembre recibí parte de Yaguaraparo y del río Caribe, en que se me hacía saber que los insurgentes de la costa de Paria, enfurecidos con aquella pérdida habían atacado el destacamento, haciéndolo retirar á San Juan, y que, según sus maniobras, venían decididos á tomar á Carúpano.

La misma noche salió Lorenzo por mar con cien hombres, con el objeto de atacarlos por retaguardia, al mismo tiempo que yo marchaba con otros 200 por tierra. Por mi parte sólo encontré algunos paisanos que se nos reunían, manifestando que venían huyendo del enemigo.

Ya en San Juan nos reunimos Lorenzo y yo, encontrando allí porción de mujeres y hombres que habían abandonado las haciendas, por no caer en las garras del enemigo. Continuamos nuestra marcha, y el 23, como á dos leguas del cantón de Yaguaraparo, encontramos unos 230 insurgentes de pie, y como 20 de á caballo, que venían marchando con el mayor desorden.

Les atacó nuestra guerrilla de improviso, siendo tanta su confusión, que se dieron á correr como liebres; les seguimos en su carrera unas dos millas. Unos cuantos de aquellos rebeldes se rezagaron en un bosque y abrieron contra nosotros un fuego certero; pero los cercanos y todos fueron pasados á cuchillo.

Continuamos la persecución, habiendo logrado hacerles algunas bajas más y cogerles nuevos prisioneros. Por nuestra parte tuvimos dos muertos y cinco heridos. Á las cuatro de la tarde los perdimos de vista.

Pernoctamos en la sabana. Habiendo reforzado con 100 hombres la guarnición de Yaguaparo, regresamos el 26 á Carúpano.

El 27, á las cuatro de la tarde, fondeó en el puerto la escuadrilla española, compuesta de tres bergantines y cuatro goletas, quedando á media legua de la ensenada del río desde cuyo punto me escribió el comandante de esta flota, el capitán de fragata D. Francisco Sales Echevarría, que iba á bordo del *Palomo*, bergantín que hacía de capitana, preguntándome en su misiva si había noticias del enemigo, ó si se había divisado algún bupue colombiano en la costa.

Enteréle de todo verbalmente, yendo á su buque á hacerle una visita, en la que reinó la mayor cordialidad. En este barco encontré á muchos amigos y condiscípulos

míos, entre ellos al alférez de fragata D. Antonio Aubaredez, quien se empeñó en saltar á tierra para que diésemos un baile de candil aquella noche, ya que para otra cosa mejor no había tiempo ni elementos.

En efecto, arreglé todos los preparativos en mi sala para el baile, y ya en tierra todos, teniendo por única orquesta un violín y una guitarra, dió principio aquél, al cual asistieron varias muchachas de Carúpano, invitadas al efecto, y parte de la oficialidad y jefes de la flota, amenizando el acto con un modesto ambigú de refrescos y cervezas, que era lo único de que podía disponer.

Á la una de la noche, y cuando el báile estaba en su apogeo, llegó un parte del destacamento de Guayaparo, avisándonos que, por dos insurgentes pasados á nosotros, se aseguraba que aquella misma noche debían atacar dicho destacamento con fuerzas dobles, con el intento de apoderarse del río Caribe.

En presencia de tal nueva, excusado es decir que se aguó la fiesta, concluyendo el baile como el rosario de la aurora.

Volvieron á la escuadra los marinos, y sabida la noticia por el comandate de la flota, se hicieron á la mar navegando á sotavento, siempre á poca distancia de la costa.

Yo mandé poner sobre las armas á toda la fuerza de Clarines, pues Lorenzo estaba ausente, y tocar la campana para que concurriesen todos los milicianos del pueblo y los artilleros; guarneciéronse los dos fuertes con estos últimos y algunos urbanos, despaché órdenes á los partidos inmediatos y á la flechera con 22 indios, previniendo al capitán de ellos que navegara costeando hasta frente de Guayaparo, á fin de requerir noticias, dándome parte de todo lo que ocurriese.

A las cuatro de la mañana ya tenía delante de mi casa reunidos como 400 hombres entre la tropa de Clarines y milicianos, á los que, habiéndoles repartido galletas y ron, me uní, poniéndome en marcha al frente de ellos á las sie-

te de la mañana. A eso de las diez llegué á río Caribe, y á poco tiempo de estar en este punto, recibí un parte, en que me anunciaban que los rebeldes habían presentado su vanguardia á las cuatro y media, con los que se había batido la fuerza del destacamento; que al alborear el día, consecuencia de haberles hecho fuego la flota española con pedreros y obuses y una colisa, se habían retirado de la playa para guarecerse en los montes, creyendo que la escuadra, en combinación con la gente de Carúpano, haría un desembarco de sus dotaciones y los batiría.

Acto seguido mandó un refuerzo de 50 hombres de Clarines, á las órdenes del teniente Llinas, y otros 50 milicianos, para que defendiesen el punto á todo trance, avisándome con la mayor premura cualquier emergencia; hecho esto, regresé á Carúpano con el resto de la fuerza, á las seis de la tarde, é hice acuartelar toda la gente hasta que no supiera á qué atenerme definitivamente, encontrándome ya allí la flechera que yo había despachado antes, cuyo capitán me informó de todo lo ocurrido.

El 29, á las nueve de la mañana, apareció otra vez la escuadrilla en el puerto, y poniéndose al pairo, me mandó el comandante un bote, enterándome de lo ocurrido, y que habiendo mandado aquella madrugada las lanchas á la costa, no había habido novedad, por lo que se retiraba con rumbo á Cumaná y Puerto Cabello.

El 21 de Enero de 1820 me avisó el vigía, á eso de las cinco de la tarde, que al frente de la boca del río y como á cuatro leguas más adentro, se divisaba una balandra, que parecía enemiga y de guerra; efectivamente, pude cerciorarme de que así era.

A las primeras campanadas del fuerte, corrieron á la puerta de mi alojamiento más de 100 hombres de mar con sus canaletes, entre blancos é indios guaigueríes, al frente de los cuales venían sus respectivos capitanes.

Entonces manifestóse el capitán de los indios que si les permitía ir en piraguas armados con fusiles, lanzas y pedreros, me prometía atacar por sorpresa aquella misma

noche al buque enemigo y traerlo al siguiente día apresado al puerto.

Inmediatamente mandé á equipar una piragua con todo lo necesario y la flechera armada de D. Antonio González, las cuales tripularon 56 hombres, al mando de Flores, encargado de los marineros blancos y del capitán de indios Manuel. A la oración se hicieron á la mar, bogando con tanto entusiasmo, que en un momento se perdieron en lontananza.

A las tres de la mañana ya estaba en mi alojamiento el capitán Manuel, diciéndome que traía en su flechera al capitán de la balandra insurgente, á la cual había abordado á las once de la noche, y que la conducían los marineros de sus piraguas; que el buque parecía mercante, pero que al acercarse los esquifes á sus aguas los habían recibido á trabucazos y tiros de escopeta.

Así que el bizarro capitán Manuel terminó su relación, mandé al jefe de la balandra enemiga preso é incomunicado al cuartel de Clarines, disponiendo se le instruyera un sumario á él y á sus cómplices del buque luego que arribase la balandra, que no pudo embocar hasta el 23, á las cuatro de la tarde.

De las actuaciones verificadas resultó que dicho barco había sido de guerra; pero que en su viaje último conducía pasajeros á la costa del Sur, entre ellos á un hacendado que, provisto de herramientas y animales, iba á fomentar una finca en aquellas comarcas. Puse, pues, á todos en libertad, autorizándolos para reembarcarse y continuar á su destino.

Pero cuando ya el 29 habían levado anclas, se me vinieron á quejar varios individuos del comercio, manifestándome que el capitán, que era un mulato bebedor y de mala conducta, les había tomado unos cuantos pesos á crédito y se iba sin pagarles. Mandé, pues, que desde el fuerte se tirase un cañonazo para detenerle; pero no hizo caso, y entonces se le disparó otro á la arboladura, que le pasó la cangreja.

Temiendo el hacendado, dueño del barco, que se lo echásemos á pique, y no habiendo accedido á su ruego el capitán, que deseaba escaparse á todo trance, se enredó con él á bofetadas, y ayudado de sus esclavos lo hizo volver á la fuerza.

Conducido á mi presencia con el propietario, contóme éste la reyerta que había tenido lugar á bordo; amenacé al mulato con enviarlo á Cumaná con un sumario á disposición del gobernador; le puse en el cepo, y al fin, el hacendado, para evitar los perjuicios que se le seguían de la detención, pagó por él é hizo que los mismos comerciantes me suplicaran pusiese al detenido en libertad.

Arregladas estas diferencias, salió el barco aquella misma noche.

El 13 de Febrero, en medio de un gentío fiel que acudió á mi llamamiento, se botó al agua la flechera.

Aproveché el entusiasmo popular para sacar un cañón de á doce, que los enemigos habían tirado al río en 1810, y que estaba unas tres brazas de profundidad.

La operación fué difícil, pues el río estaba plagado de tiburones, y los indios buzos tuvieron que descender armados de puñales para defenderse.

Ya teníamos la pieza fuera, cuando se reventaron las amarras y se cayó de nuevo al fondo.

Al fin la recobramos y la metimos en el cuartel.

El cañón estaba clavado con un clavo de cobre. Á los siete días ya tenía yo la pieza desclavada, montada sobre su cureña y en estado de prestar servicio. Así pude colocar siete piezas en el fuerte.

El 22 oficié al gobernador de Cumaná, para que mandase por mi flechera *La fiel Carupanera*, á fin de que no me la sorprendiesen las cañoneras insurgentes de la Margarita. El 10 de Marzo, divisamos por barlovento un bergantín de guerra, que parecía enemigo, y á poca distancia le seguía una cañonera. Mandé á atracar á tierra la flechera, abriéndole dos barrenos y cargándola de piedra para que se fuese á pique.

Hecha esta esta operación, y acoderadas también las demás embarcaciones que nos podían quitar, hice tocar las campanas llamando á todos los habitantes del contorno, para defender la tierra. En breve, se reunieron multitud de voluntarios de todas clases, incluso los artilleros que habían de servir la pieza.

Pasé en seguida á la casa del comandante principal, don Manuel Lorenzo, que, sin embargo de estar enterado de todo, seguía escribiendo sus documentos para la subinspección con su acostumbrada sangre fría. Le referí todo lo que había visto y hecho, haciéndole notar el peligro en que nos encontrábamos.

—No importa—me contestó—, tenemos cañones y fusilería en grande; los dejamos desembarcar, nos echamos sobre ellos y los destrozamos en un santiamén.

Y continuó escribiendo con la misma impasibilidad.

Á mí me desesperaba tanta cachaza. Cuando hubo concluído, mandó á un asistente que le preparase dos caballos, uno para él y otro para mí; y en tanto que se vestía, me suplicó le cargase sus pistolas. Al fin, montamos á caballo, ya los vecinos estaban alborotados y las mujeres corrían por la calle en son de fuga, con líos de ropa bajo el brazo.

Mandó Lorenzo formar á su tropa y nos trasladamos al fuerte, desde el cual vimos á medio tiro de cañón, y navegando á toda vela hacia el puerto, el bergantín sospechoso; sólo traía cuatro hombres, y al pasar por delante de nosotros izó bandera española.

Mandé un bote en busca del capitán, quien me mandó decir que el barco era mercante, y que pertenecía al armador Soler, de Cumaná; que venía con cacao, procedente del puerto de San Juan; que desde la madrugada le venía dando caza un barco de guerra colombiano.

En efecto, éste se aproximaba, y al enfrentarse con el fuerte viró la proa hacia nosotros, sin fijar bandera alguna, por más que ya estaba á medio tiro de cañón.

Afirmamos nuestra bandera con un cañonazo sin bala; pero no hizo caso, y continuó navegando.

Entonces le disparamos á la jarcia y tampoco se dió por entendido. Al volver la proa hacia el puerto le tiramos tres cañonazos más y se lanzó mar afuera. Cinco veves envocó el puerto impunemente, porque nuestros tiros se quedaban cortos; por fin, á la quinta vez, le acertamos á cortar el mastelero del palo de mesana. Entonces, y sólo entonces, izó el pabellón inglés y echó dos botes al agua con mucha gente.

Lorenzo y yo, temiendo que fuera una estratagema, mandamos avanzar la tropa y nos fuimos á esperar la embajada en casa.

Á los pocos minutos se me presentó el segundo de abordo y dos oficiales seguidos de 14 marineros. De sus ojos azules brotaban llamaradas de cólera.

Los recibí en mi sala con mucha cortesía, pero no sabiendo ninguno de ellos el castellano, ni yo el inglés, me hablaban airadamente en este idioma.

No había en el pueblo más que un gallego llamado Noya, que se hacía entender regularmente en esta lengua. Llegó Noya, y así que le oyeron hablar en inglés, se dirigieron á él enfurecidos, preguntándole que quién era el comandante militar.

Nuestro intérprete señaló á Lorenzo, diciéndoles que él era el jefe principal de la costa, y yo el comandante político y militar del pueblo.

—¿Ha declarado por ventura España la guerra á la Gran Bretaña, y dado á sus autoridades orden para insultar su glorioso pabellón?

Lorenzo iba perdiendo la calma, y por única contestación hizo un ademán de desprecio. Yo, queriendo ser más diplomático, contesté en los términos siguientes:

—Lejos de declararle la guerra á esa ilustre nación, procuramos estrechar la amistad que mantiene con la española, no menos gloriosa y digna que ella, y nuestras instrucciones son de recibir á sus súbditos con la mayor deferencia, cual lo acabamos de hacer con ustedes.

—Entonces, ¿cómo han osado ustedes abrir las hosti-

lidades haciendo fuego y derribando un mastelero á un buque de S. M. B.?

—Nosotros no hicimos fuego á ningún buque ingles, sino á uno sin bandera que, negándose á darse á conocer cual lo exige la cortesía internacional, dió lugar á que le tomásemos por un corsario insurgente.

Esto nada tiene de particular, puesto que estamos continuamente amenazados por los buques rebeldes de la Margarita. Si alguno es responsable de esta equivocación, que lamento, la es sin duda del comandante de vuestro buque, que á presencia de nuestro pabellón y requerido á ello por nuestros cañones, estando en las aguas jurisdiccionales del rey de España, se negó á izar sus colores.

—Eso no era motivo para habernos tratado como enemigos, sin cerciorarse antes de que lo éramos. Exigimos, pues, una satisfacción cumplida, y si no la obtenemos, iremos á pedírsela al comandante general de la provincia.

Entonces terció Lorenzo, y con voz desabrida les dijo:

Hagan ustedes lo que gusten; pero tengan entendido que aquí, lo mismo que en Cumaná, hay cañones dispuestos á rechazar toda humillante imposición; mucho más viniendo de los hipócritas encubridores de la insurrección. Afortunadamente ustedes son los únicos responsables de este conflicto, y el Gobierno de S. M. B., que sin duda ignora las iniquidades que sus nacionales hacen á España en este territorio español, sabrá castigar á los jefes de un buque que tan mal cumplen con su deber.

Yo temí una cuestión desagradable, y me apresuré á cortar el diálogo, brindando cerveza y ron á los ingleses. Estos rehusaron aceptar y se marcharon más enconados que habían venido. Una hora después el buque se hacía á la vela con rumbo á sotavento.

Al día siguiente partió Lorenzo á Cumaná, á enterar al brigadier de esta desagradable ocurrencia.

El 5 de Marzo se presentó una escuadrilla nuestra, que venía en busca de la flechera. El gobernador aprobaba mi conducta con los ingleses.

El 15 de Abril fuí relevado por el capitán D. Diego Lamela. El pueblo mostró sentimiento en ello, y el brigadier me daba las gracias por mi comportamiento. Medina estaba enfermo y deseaba tenerme á su lado.

CAPITULO XXI

TREGUA.—CAPITULACIÓN

El 21 llegué á la ciudad. Ya no era Cires, sino Tobar quien la mandaba.

Apenas me había hecho cargo de la compañía, cuando el gobernador, que me había convidado á comer, prodigándome él y su señora muchas atenciones, me nombró gobernador del fuerte de Agua Santa, con el encargo de reedificarlo, pues había quedado muy estropeado desde el ataque de los ingleses. En veintitrés días dejé el fuerte convertido en un verdadero castillo.

El 2 de Mayo se recibió la infausta nueva de la jura de la Constitución en la Península y la orden para que en seguida se hiciese igual ceremonia en Cumaná. Al efecto se formó un tablado en medio de la plaza, donde el gobernador, ante la tropa de mar y tierra formada, leyó aquel código el día 3, lo vitoreó, juró é hizo jurar.

Gran trabajo costó á los jefes el que la oficialidad y la tropa repitiesen aquellos vivas, pues todos pronosticábamos y preveíamos que con aquel sistema se iba á perder la Tierra-Firme, á costa de tantos sacrificios conservada.

La fiesta se llevó á cabo con visible repugnancia, pero sin resistencia; era preciso obedecer para no quebrantar las severas leyes de la ordenanza, y obedecimos como Abraham cuando salió á sacrificar á su hijo.

El día 4 vino de Carúpano una comisión compuesta de

los comerciantes González, Noya y Soler, pidiendo encarecidamente al gobernador que me volviese á mandar á aquel pueblo.

Contestóle el señor Tobar que por su parte no había inconveniente en acceder á los deseos del vecindario, pero que habiendo sido relevado de aquel puerto á ins tancias del comandante de Chachirí, señor Medina, no podía dar la orden sin el consentimiento de este jefe, á quien había complacido. Al efecto envió un recado á Medina para que viniese, y una vez presente y enterado, manifestó que yo hacía falta en el batallón y que mis servicios eran necesarios á la seguridad de la plaza. En vista de esto fueron vanos los ruegos de los comisionados.

El día 6 se presentaron al gobernador, acompañados por Medina, dos parlamentarios, uno español y otro colombiano, con pliegos de Morillo y de Bolívar, en que se prevenía á los jefes que cesasen por cuarenta días toda clase de hostilidades, pues se había convenido en un armisticio entre ambos bandos, el cual no terminaría hasta el 11 de Junio.

Aquellas órdenes estaban fechadas en el pueblo de Santana, donde habían celebrado una entrevista los dos caudillos, abrazándose y recibiendo nuestro cándido general en jefe el beso de Judas.

Cuando Tobar se hubo enterado y leído estas comunicaciones, Medina y yo nos miramos: comprendimos que era un lazo en que había caído el general en jefe.

—Mi coronel—dijo Medina—sin duda está decretado en los designios providenciales que nosotros perdamos esta tierra, para cuya conservación tanta sangre hemos derramado, tantas madres hemos dejado sin hijos, tantos hijos sin padre, tantas esposas sin esposo. Aquí delante del señor (y señaló al colombiano), deseo hacer constar que si perdemos este territorio, tal desgracia no será debida al valor de los rebeldes, sino á su astucia, sino á la torpeza de los políticos españoles, que con la Constitución y la tregua dan los medios que ha menester el

enemigo para introducir el desaliento y la seducción en nuestro fiel ejército, compuesto en su mayoría de americanos leales que han probado su adhesión en cien combates; pero ellos, que han resistido durante diez años á las balas, no resistirán á los halagos de la serpiente cuando todos mezclados hablen de sus campañas y de sus aspiraciones. No hay remedio sino obedecer, mi brigadier, mi objeto es sólo que sepa Bolívar, por este su emisario, que el último jefe del ejército español comprende sus maquinaciones y lamenta la ceguedad de quien, demasiado caballero para ser ducho en achaques de perfidia, no ha visto adonde nos conducen fatalmente la Constitución y la tregua.

Hoy flota invicta nuestra bandera en las tres cuartas partes del territorio costafirmeño; tenemos batidos en todas partes á los insurgentes y firman treguas para rehacerse y procurarse recursos y voluntades.

Pero si la historia es verídica, no dirá jamás que hemos sido vencidos en noble lid: habremos sido inconscientemente vendidos, mas vendidos al fin.

—Señor teniente coronel, yo no puedo permitir...—arguyó Tobar.

—Usía cumple con su deber, mi coronel; pero en el fuero interno de su conciencia conoce sin duda que yo digo la verdad. Sevilla, vamos á mandar á nuestros soldados que cumplan lo dispuesto.

Así lo hicimos. La mayoría de los oficiales recibieron la noticia como la más ominosa que pudiera recibirse.

Á pesar de todo, se hicieron saludos en señal de regocijo. Estábamos comiendo por la tarde, cuando entraron muchos oficiales rebeldes que venían á visitarnos.

—Muchachos—dijo Medina á los asistentes—, llevaos todo esto. No quiero que los enemigos vean nuestra miserable comida, ni este roído mantel.

Por mucha prisa que se dieron á obedecer los asistentes, entraron los visitantes antes de terminar esta operación.

Medina se puso colorado de vergüenza al notar que habían visto, no sólo el mantel, sino nuestro plato único y miserable de carne salada.

Ellos adivinaron el motivo de nuestra turbación.

—Señores—dijo uno que portaba insignias de teniente coronel—, á nosotros no nos espanta, ni extraña la miseria de los militares, pues por mucho que sea la vuestra, mayor la hemos pasado nosotros.

—Es que nosotros no hemos pasado ninguna miseria—contestó Medina.

—Ni yo tampoco—repliqué yo, mintiendo descaradamente al recuerdo del hambre de la Angostura.

—Ya sabemos los regalos que tuvo Cachirí en Guayana, las fortalezas y el Orinoco—contestó Ibarra, ayudante de Bolívar—, pero dejemos esto y abracémonos como se abrazaron nuestros generales.

—Abracémonos—interpuso Medina resignado, pero en vez de abrazar á un enemigo abrazó al teniente coronel español de Valencey, D. Manuel Rebollo, que venía con ellos.

Yo, por evitar el beso de Judas, corrí á buscar la única botella de vino Moscatel que teníamos reservada, á fin de obsequiar con ella á los visitantes.

Por desgracia, eran tres y no teníamos más que dos vasos.

Con ellos brindamos sucesivamente por la unión de todos bajo la bandera española, brindis que ellos tuvieron la prudencia de no rechazar.

Por su parte, el coronel gobernador quiso hacer alarde de sus fuerzas, y al efecto simulamos un combate con todas las tropas, disparando sin bala y dando vivas á España y América española.

Después desfilamos por delante del gobernador y de varios jefes colombianos.

La misma noche Tobar dió una comida tan decente como fué posible á los jefes y oficiales de ambos partidos.

Los días siguientes se estableció íntima comunicación entre los soldados rebeldes y leales, comunicación que tuvo malísimas consecuencias, pues los rebeldes no sólo pudieron estudiar los puntos flacos de nuestras plazas, sino que sedujeron á gran parte de los militares del país y ganaron las voluntades de todos los indecisos, proveyéndose además de cuantos artículos había en nuestros campos.

Morillo cuando firmó esta tregua, tenía cercado á Bolívar con la flor y nata de su ejército, y la tregua con promesa de rendirse y hacerse españoles liberales, así que se arreglaran ciertos detalles, no fué más que un ardid del general caraqueño, para salir dc aquel callejón sin salida.

Pronto debió conocer nuestro general en jefe, que había sido enteramente engañado, pues antes de concluir el plazo convenido se apoderaron los insurgentes con alevosía de Maracaibo; por lo que antes del 11 de Junio volvimos á emprender la campaña contra los insurgentes, pero ya con visibles desventajas.

El 21 de Junio, unos 80 caballos enemigos, que se habían escondido por la noche, detrás de la casa de los Lázaros, sorprendieron y se llevaron á nuestra vista cien reses que teníamos al lado de dicho edificio, reses que nos habían traído tras muchas penas y fatigas, nuestros corsarios del Orinoco.

Yo me lancé sin orden y sin armas, con cuatro oficiales y los soldados de todos los cuerpos que me quisieron seguir en persecución de los cuatreros; pero sólo pude conseguir rescatar 30 reses, á costa de dos hombres que perdí.

Pero al regresar nos cortaron la comunicación con la plaza, por medio de una emboscada que estaba entre la arboleda de Cautaro.

Mandé tocar llamada al corneta, hice formar los pelotones á manera de compañías en columna cerrada, destaqué 20 hombres en guerrilla, al mando del teniente Jiménez: al atravesar la sabana sentimos fuego vivo de cañón

y fusilería, á la parte opuesta de Cumaná, por la orilla del río, y oímos que desde el cerro *Pan de azúcar* nos tocaba una corneta paso al trote, indicio de que éramos atacados por la masa del ejército enemigo.

Ganamos la plaza con bastante dificultad.

En ella supimos que el enemigo había presentado un ala de guerrilla, extensa como para tomar los parapetos.

Pero su objeto verdadero era llamar la atención para que no fuésemos socorridos y para que sus compañeros pudiesen recobrar el ganado que se les iba de entre las manos.

Estando el 7 de Julio por la noche muchos oficiales y señoras en la tertulia del gobernador D. Antonio Tobar, jugando á las prendas, oímos detrás de la casa tiros, gritos lastimeros y gran confusión, á tiempo que el teniente Landa entraba con precipitación á anunciarnos que el enemigo se había introducido por sorpresa en la plaza.

Hombres y mujeres corrimos despavoridos, ellas á esconderse, nosotros á tomar nuestras espadas y sombreros, que no encontrábamos.

Yo cogí un fusil del armero de la guardia, otros un palo, un sable, una pistola, lo que pudieron, y nos lanzamos al punto amenazado.

La noche era lóbrega.

Todo aquel fracaso lo causaban doce hombres osados que se habían introducido por la puerta que conduce á Agua Santa.

Pero los gritos de las señoras que estaban á la puerta de sus casas, el ímpetu de un granadero que la emprendió con ellos á sablazos, después que hirieron mortalmente á una mujer que llevaba del brazo, y los disparos que les dirigieron los inválidos, los hicieron retroceder al campo á toda carrera. Así es que nosotros nada encontramos al llegar al sitio de la escaramuza.

Era imposible que tan pocos enemigos se hubiesen arriesgado tanto, sin contar con el apoyo de cómplices en la plaza.

Las sospechas recaían en un capitán de caballería llamado Ribas, mulato valiente, muy práctico en los contornos, que nos servía de guías en todas nuestras expediciones fuera del recinto.

Otro capitán negro, llamado Belén, de probada fidelidad, se presentó la noche siguiente en la tertulia del gobernador á eso de las once.

—Mi coronel—dijo—, ayer me preguntaba V. S. en qué fundaba yo mis sospechas contra el capitán Ribas, y me indicaba que hiciese yo mi denuncia formal si tenía motivo para ello. Vengo, pues, á denunciarlo aquí públicamente delante de todos esos señores, á fin de que nadie crea que eludo la responsabilidad: el capitán Ribas es un traidor á España, y se lo sostengo en su cara. Que le explique á V. S. qué conversación tuvo anteayer cuando, con el pretexto de cazar patos en los bosques vecinos, conferenció con una partida enemiga que venía á cambiar tabaco por pescado salado, con los indios de la playa. He obtenido estos detalles, y el de que ha estado esta tarde hablando con dos insurgentes de caballería, por una mujer á quien gratifiqué para que espiara sus pasos.

—Basta—contestó el gobernador—. Jiménez, vaya á decir á Ribas que se me presente acto continuo.

Pocos minutos después estaba allí el acusado.

—¿Dónde ha estado usted esta tarde?

—Cazando y de paseo—respondió un tanto turbado.

—¿Con quién habló usted en el bosque?

—Con nadie.

Su asistente se presentó á la puerta con el caballo del diestro.

Previendo el teniente Abadía que tratara de fugarse, montó en el corcel.

El dueño del caballo hizo un gesto de desagrado. Ese gesto le vendió.

Tobar mandó al teniente coronel de Granada don Pío Sánchez Garcés, que le llevase arrestado á la prevención.

Al pasar por cerca del río, se fugó el traidor; subió en

un árbol, en donde permaneció mientras le buscaban por todas partes, y á la madrugada siguiente se pasó al enemigo.

Con tan práctico capitán entre los rebeldes, era de esperarse una sorpresa, y redoblamos nuestra vigilancia.

Al primer cañonazo que disparase el castillo, todos debíamos acudir á nuestros puestos.

Á las dos de la tarde del 13, oímos la detonación de la pieza de alarma; tiros de fusil hacia la casa de Prada y algunos metrallazos de la batería del Príncipe.

Corrimos hacia el sitio amagado, y con indignación observamos que el bribón de Ribas, con una partida, había tenido la audacia de introducirse hasta el barrio de Guaigueríes, donde vivía el fiel capitán Belén, y apoderándose por sorpresa de su persona, se lo llevaba al campo enemigo atado á un caballo.

La distancia, que en vano tratamos de trasponer, nos impidió socorrerle.

Ya fuera de tiro de cañón, el miserable, á la vista nuestra, hizo matar á su indefenso adversario á lanzazos y bayonetazos con una lentitud aterradora. Ya cadáver, el feroz Ribas lo terció sobre su caballo y se internó con él en el bosque.

¡Qué monstruo había llevado las charreteras de capitán!

Á hechos de esta índole dió lugar la tregua.

Á mí me habían regalado el caballo; Ribas me envió un recado indirecto, participándome que tendría el mismo fin que Belén si no le mandaba su cuadrúpedo.

Yo contesté vendiéndoselo al capitán Cid, á quien persiguieron después de preferencia los rebeldes, habiéndose visto un día rodeado de ocho, al mando de Ribas; afortunadamente el caballo corría como el viento, y salvó á su nuevo amo.

El 26 de Julio se acercó Montes con los suyos á la plaza, diciéndome mil insolencias.

Hicimos una salida, que mandé yo; sólo conseguimos

quemarle su cuartel y trincheras; ellos huyeron después de hacernos una descarga.

El 28 se me encargó oficialmente del fuerte de Agua Santa, que yo había reedificado.

El 16 de Noviembre recibí una orden del jefe del Estado Mayor General del ejército, para que escribiese la historia del batallón de Cachirí, autorizándome para citar á todos los jefes, oficiales y soldados que pudiesen esclarecer los puntos dudosos, y para pedir á las oficinas cuantos datos juzgase pertinentes (1).

El 6 de Diciembre me dió el gobernador el encargo de reparar y gobernar el fuerte de San Carlos, llave del puerto de Cumaná.

El puesto era tanto más difícil, cuanto que ya los pescadores guaigueríes, tan fieles antes, habían sido contaminados por el espíritu rebelde, gracias á la dichosa tregua.

Era mi segundo don José María Mojica.

Empecé obras lentas, pero que transformaban aquella posición; ya las tenía bastante adelantadas, cuando el 15 de Enero de 1821 se postró en cama mi amigo don Casimiro Mendívil, á causa de una disentería y de unas úlceras en las piernas, por lo que hube de encargarme del detall, entregando el mando del fuerte al capitán don Francisco Ronquillo.

El 12 de Julio recibimos la infausta noticia de la sublevación del batallón de Clarines, que constaba de 200 hombres, de guarnición allí y en Carúpano.

El suceso pasó así: Un sargento caraqueño ganó al mayor parte de la tropa, estando de avanzada, abandonó la fuerza á sus órdenes, vino al cuartel, donde tenía cómplices; asesinó al oficial de guardia y á otro; al ruido de los tiros acudió el teniente Infante, que recibió 11 bayonetazos y fué dejado por muerto, habiéndole salvado su asistente (indio), que lo llevó en hombros á una casa de

(1) Sabemos que el señor Sevilla escribió esta historia, pero no hemos logrado dar con ella.

campo, en donde fué curado. El teniente coronel Lorenzo trató de apaciguar el alboroto, pero apenas le dieron tiempo para montar y huir entre balas al campo, en donde se reunió con otros oficiales y paisanos fugitivos.

Los pronunciados obligaron al capitán de un bergantín danés á llevarlos á la Margarita. Lorenzo y el cura acudieron con 100 hombres á castigarlos, pero ellos se alejaron haciendo fuego de fusilería.

Este bizarro jefe reorganizó la tropa, siguiendo en su puesto de Carúpano, pero temiendo ser atacado ó vendido.

Tobar reemplazó á Lorenzo con el comandante Carbonell, que llevó unos 80 hombres, restos del batallón de Cumaná; pero no inspiraban gran confianza.

También dispuso el gobernador que don Juan Saint Just abandonase el castillo del Morro, de Barcelona, que ocupaba con una compañía de Barbastro.

Carbonell fué traidor y cobarde. Tan pronto como llegó á Carúpano fraguó una conspiración con sus subordinados y con el alcalde, que era un tal José Guanche, natural de Caracas, quien, á pesar de sus protestas de españolismo, había estado en peligro de ser fusilado por Boves y Morales.

Quedaba el destacamento de Cariaco y con él se introdujeron los traidores al grito de ¡viva España! y como amigos.

Los leales, con sus familias, fueron enviados á la isla de Margarita y entregados al feroz Arizmendi.

Con la pérdida de la costa de Guiria, Cumaná quedaba privada de los frutos de Carúpano y Cariaco, y los enemigos que allí nos habían estado hostilizando, libres para estrechar más nuestro cerco.

Tobar estaba preparando una expedición marítima con 300 hombres, que yo debía mandar, cuando, ya listos para embarcarnos, presentóse por la costa oriental del golfo de Cariaco el coronel rebelde Armario, que con 600 hombres venía en ayuda de los sitiadores.

Fué, pues, preciso desistir de la expedición para defender la plaza. Además, por confidencias fidedignas, sabíamos que el general Bermúdez, derrotado cerca de Caracas por nuestro brigadier Pereira, trataba de unirse á los sitiadores.

El 27 salió el comandante de las fuerzas sutiles, don José Guerrero, en la pequeña flechera *Hércules*, con un cañón de á 6 y 40 hombres, seguido de una piragüita con 20 muchachos, hijos de los indios guaigueríes que tripulaban la *Hércules;* llegados á la ensenada de Santa Fe, cerca de Barcelona, vieron venírseles encima una gran flechera enemiga con dos cañones, tripulada por más de 100 individuos.

Guerrero, comprendiendo que era imposible la retirada, ordenó jugar el todo por el todo, haciéndoles un disparo de metralla y acometiendo al abordaje.

Los insurgentes se mofaron de este alarde de temerario valor, y sin contestar al fuego, se prepararon á recibir á los nuestros con la punta de los machetes, lanzas y cuchillos; pero al ponerse todos por el lado que venía nuestra flechera, zozobró la insurgente, cayendo al agua la artillería y muchos tripulantes.

Guerrero pasó á cuchillo á todos los que no se rindieron á discreción, y los muchachos, con sable en mano y nadando, quitaron la vida á no pocos de los que estaban en el agua.

El teniente don Juan Carnero dividió con su machete el cráneo al comandante del buque y de las fuerzas sutiles de la Margarita.

Se llamaba Gutiérrez y era este pirata el terror y espanto de aquellos mares.

Al día siguiente entraba en Cumaná la *Hércules* con la *Flor de la Mar Margariteña* á remolque y 22 prisioneros de guerra, que logramos canjear por los nuestros de Carúpano.

Esta victoria, sin embargo, nos costó cara, pues el bizarrísimo Guerrero, jefe muy querido por nosotros y muy

temido por los rebeldes de aquella costa, había recibido un bote de lanza por la espalda, de resultas de cuya herida había muerto dos horas antes de entrar su triunfante flechera en Cumaná.

Guerrero era dominicano; por sus muchas hazañas, por su valor indomable y gran práctica en los puertos de Costa Firme y mar Caribe, había llegado desde humilde marinero á la categoría de teniente coronel. Su entierro, al que acudió cuanto de leal encerraba Cumaná, fué imponente. Marineros y soldados curtidos por el sol de los trópicos y por el humo de la pólvora, lloraban como niños ante aquel féretro que encerraba los restos del más fuerte quizás de los defensores de aquella ciudad.

Al pie del castillo de Santa María depositamos su cadáver, y á nuestro costo levantamos allí un modesto pero artístico panteón, en cuyas lápidas inscribimos sus principales hazañas. Creo que el pueblo venezolano habrá respetado este monumento consagrado por la fidelidad española á uno de los americanos ilustres por sus hechos y por su consecuencia política.

CAPITULO XXII

CAPITULACIÓN

A principios de Julio de 1821 llegó á Cumaná, procedente del cuartel general, el coronel D. José Caturla, nombrado por Latorre (que había reemplazado á Morillo) gobernador de aquella plaza en relevo del teniente coronel de Navarra D. Antonio Tobar.

El Sr. Caturla, primer comandante nominal de mi batallón de Cachirí, era de esos hombres confiados á cuya sombra medran entes sin más mérito ni conciencia que la adulación.

A sus inmediatas órdenes traía un capitán llamado Insusarri, favorito suyo, natural de Vizcaya, perteneciente al batallón de Barbastro. Gozaba fama de valiente y de la ilimitada confianza del coronel.

Naturalmente, el señor Caturla, le entregó el mando del fuerte más importante de la población, el llamado de la Boca, que es la llave de la plaza.

Compañeros de prisión en Francia, el nuevo gobernador y reputado como jefe de talento y de valor, le recibimos muy bien; y debo hacerle la justicia de creer que sus intenciones eran las nuestras, es decir, defender á Cumaná hasta libertarnos del asedio ó sucumbir bajo sus ruinas.

El 19 mandó una expedición á Cariaco para ver de combatir al coronel Armario que estaba atrincherado en el valle de Quirintal. Mandaba la fuerza el segundo co-

mandante de Granada D. Pío Sánchez Garcés. Por mar, iban seis flecheras con 100 hombres de desembarcos, mandados por el capitán Cid y el teniente Caparrós.

Los nuestros consiguieron desalojar al enemigo de sus posiciones; pero no habiendo llegado á tiempo las compañías de Granada, se rehicieron los rebeldes, malográndose el triunfo, que ya era nuestro.

Hubo muchas pérdidas de una y otra parte, y acosados los nuestros, tuvieron que reembarcarse unos y abrirse paso los otros á la bayoneta para regresar á la plaza. El mal éxito de esta empresa abatió algún tanto el espíritu de la tropa.

Para colmo de desdichas, supimos al mismo tiempo por dos buques de Puerto Cabello la ruta de nuestro ejército en Carabobo y la retirada brillante, sí, pero de mal agüero, del general en jefe (Latorre) á Puerto Cabello con sus batallones en cuadro, sin caballería y con muchos heridos.

La infortunada batalla de Carabobo había tenido lugar el 24 de Julio.

El enemigo había tomado á Valencia y puesto sitio al mismo Puerto Cabello, último baluarte de nuestro poder en Costa Firme.

Dirigía el sitio el general Páez, y Bolívar había entrado al frente de su triunfante ejército en Caracas, habiendo tenido que retirarse á la Guaira el brigadier Pereira con su regimiento.

Acosado allí por fuerzas abrumadoras, Pereira tuvo que firmar una decorosa capitulación, embarcándose con su tropa, armas, banderas, municiones y equipajes en unos buques de guerra franceses que le condujeron á Puerto Cabello.

Para colmo de todas estas desgracias, los aventureros de todo el mundo, ingleses, americanos, italianos y franceses, acudían á bandadas en torno de Bolívar, ansiosos de tomar parte en el botín.

Nuestros temores se habían realizado. La traición de Riego, que había dado lugar á un régimen político favo-

rable á la insurrección americana, la funesta tregua que, no sé si por orden del Gobierno ó por su propia voluntad, había firmado Morillo, y la marcha de este valiente general á la Península á fines de 1820, fueron causa del malogro de todos nuestros trabajos para conservar la integridad patria.

El 30 de Julio nos trajo una goleta holandesa los últimos víveres que había de recibir nuestro ejército en Cumaná. Por dicho buque, nos prometía pronto socorro el general en jefe: "Irán buques cargados de gente y de vituallas—nos escribía Latorre—; me tienen sitiado Bolívar, Páez y todas las notabilidades de la República; pero la plaza está bien provista, es fuerte y los rechazaremos. Consérvese por España Cumaná, y todo se ha de remediar. Ánimo y valor."

Algo nos reanimó la orden del general en jefe; mas por cartas particulares, supimos á la vez que el bravo general Morales, con dos columnas del ejército, se había batido como un león para recobrar á Valencia.

Desgraciadamente, en la cuesta de la cumbre encontró triple número de enemigos, y por más esfuerzos que hizo tuvo que retirarse, siempre batiéndose, á la plaza de Puerto Cabello.

Mi querido amigo el brigadier Pereira, aquel gallardo capitán de mi compañía, que había venido junto conmigo de la Península y que había estado á punto de ahogarse en el Atlántico, hombre de talento y bizarría singulares, que diera muchos días de gloria á la nación, había muerto como los héroes, en el campo de batalla.

Muchos éramos los que le habíamos conocido y tratado, y hondo sentimiento nos causó su pérdida.

En una reunión que tuvimos los jefes y oficiales, le pusimos por ejemplo digno de imitación.

Nuestro decoro nos exigía morir como él, antes que abandonar aquella plaza, que dejaría á millares de insurgentes en actitud de apretar más el sitio de Puerto Cabello.

El 2 de Agosto, se presentaron por la sabana del Salado y la del Barbudo, es decir, por el Este y por el Oeste de la plaza, varias guerrillas enemigas, apoyadas por muchas compañías formadas en batalla.

El ardor con que avanzaron sobre los barrios exteriores, la destreza con que maniobraban y el fuego vivo que sostenían, nos hicieron conocer que no eran tropas de Cumanacoa las que teníamos delante.

Contestamos con artillería y fusilería, siendo nuestros tiros tan eficaces, que, por más que resistieron, les hicimos retroceder. Pero á las diez de la mañana, vimos venir del lado de Cumanacoa y Protundo un verdadero ejército, que se dividió en tres campamentos, cada uno de á 800 hombres, colocándose respectivamente frente á la boca del Cautaro, detrás de los cerros de San Francisco y junto al de Bordones.

Con esta operación quedábamos interceptados con todo el país.

Pronto supimos que el general Bermúdez y el coronel Armario, mandaban aquel gran refuerzo destinado por Bolívar á destruirnos.

El día 3, el vigía de Punta Araya nos hizo señal de la aproximación de varios buques de guerra de la Margarita.

En efecto, á las cinco ya se divisaban perfectamente un bergantín goleta, tres goletas y siete flecheras que embocaban el puerto.

Todos traían bandera colombiana y cañones.

A remolque vimos un falucho español apresado.

Así que doblaron dicha punta de Araya, abrieron un fuego horroroso de artillería contra el fuerte de la boca del río, que mandaba el capitán Insuarri, quien contestó con mala puntería, sin duda por no funcionar bien las cureñas.

Al anochecer, fondearon todos los buques en la ensenada de Bordones, fuera del alcance de nuestras piezas y muy cerca del campamento enemigo.

Era este el tercer sitio formal que se ponía á la plaza.

Desde el 5 al 16, todas las mañanas se hacían á la vela los buques enemigos, pasando á tiro de cañón de la boca y de nuestras flecheras, y haciendo fuego con el intento de destruir la batería y echar á pique nuestras frágiles embarcaciones; esta maniobra continuó constantemente hasta concluído el sitio.

El día 16, á media noche, vino una partida enemiga de 100 hombres, escondiéndose en la última casa del barrio de Puente, afuera, con objeto de sorprender así que fuera de día á todas las paisanas y mujeres que dormían dentro de la ciudad y volvían á aquella hora á pasar el día en sus casas, y algunos soldados nuestros que salían por la mañana por la orilla del río, para construir la casa fuerte y batería de la Boca; pero su complot fué descubierto por unos rancheros de Chachirí que llevaban raciones para el fuerte, los cuales les distinguieron sentados con sus fusiles y atisbando el momento de realizar sus planes.

Así que los vieron nuestros soldados, arrojaron las provisiones y echaron á correr con toda la velocidad posible, seguidos de los insurgentes que les hicieron fuego, viniendo á dar parte del incidente ocurrido: pero alarmado el pueblo con las descargas de los rebeldes, se les disparó desde el castillo unas cuantas balas rasas á las guaridas en donde se guarnecían los traidores, quienes, para librar el pellejo, dieron á correr por las calles colaterales haciendo un vivísimo fuego á las líneas del río.

En breve los desalojamos á metrallazos, pudiendo ellos escapar por detrás del cementerio, desde cuyo punto continuaron su fuga hasta el campamento, libres ya del alcance de nuestros proyectiles.

El 22 se descubrió que tenían preparada otra emboscada como la anterior en la arboleda que daba principio al camino de Cumanacoa, con el designio sin duda de sorprender á la gente del barrio de San Francisco y apoderarse de la casa y fuerte que defendían su avenida, pero descubiertos por el capitán Cid y el teniente Ponce, que regresaban de una cacería de conejos en los

barrancos de la izquierda del castillo, se les disparó unos cuantos cañonazos, haciéndoles ver que no estábamos descuidados y sí preparados á todo evento.

El 30 de Agosto se notó desde muy temprano que los enemigos habían hecho avanzar mucha gente, sobre los escombros y restos de la casa de Bordones, y que sobre la playa abordaban varios botes y lanchas con maderas y otros materiales, comprendiendo nosotros que su objeto era construir una batería; ya al día siguiente percibimos que bajaban un cañón de hierro que habían traído del castillo de Margarita con el que principiaron á tirarnos balazos á la ciudad y batería de la Boca, cuyos proyectiles rebasaban toda la plaza, pues nos disparaban por elevación; pero advertidos por sus cómplices de la ciudad, acortaron sus tiros consiguiendo derrumbar muchos tejados y lastimar á bastante gente.

En presencia de lo que ocurría determinó nuestro gobernador que se colocasen dos piezas de á 24 en nuestro castillo de Santa María, como punto más avanzado en aquella dirección, lo que produjo muy buen efecto, pues con los tiros que se disparaban con aquellas piezas y las granadas que se dirigían con un obús de 7 pulgadas se consiguió apagar un tanto el fuego de los enemigos, divirtiéndonos al mismo tiempo con apuntar á varios oficiales y ver al través de los anteojos cómo se agachaban en el suelo á presencia de nuestras balas que pasaban por encima de los parapetos.

El 3, á la una de la noche, estando reunidos varios oficiales en la batería sentimos sobre nuestras cabezas un diluvio de balas que venían del lado opuesto del río.

De entre el tronar de los fusiles sobresalía una voz de mando que decía: "Á ellos, muchachos; fuego, y avancen."

Acto continuo nos abalanzamos al parapeto disparando cuantos cañones y fusiles teníamos á la mano.

Las baterías de San Felipe, Santa María, la Cuneta del Príncipe y de la cabeza del puente abrieron también un fuego mortífero sobre los asaltantes: éstos por su parte

nos enviaron varios botes de metralla á favor de una pieza de bronce que nos hacía mucho daño.

Mandé dirigir todas las bocas de mis cañones sobre dicha pieza, con lo cual conseguí que la retirasen: en seguida mandé barrer á metralla un platanal que había enfrente, donde estaban emboscados una porción de insurgentes, quienes tuvieron que replegarse hacia la plaza de Guaigueríes, pegando de paso fuego á la iglesia que estaba en ella y que nos servía de atalaya.

La claridad que esparció el incendio iluminó aquella escena viéndonos las caras unos y otros combatientes, con lo que ya no fué dable dirigir con más acierto nuestros recíprocos tiros.

Acudió en mi auxilio la reserva y se nutrió de tal modo nuestro fuego, que el enemigo no se atrevió á vadear el río por más que no tuviera sino media vara de alto; contentóse con disparar desde lejos gritando: "avanza, avanza", sin que nadie se atreviese á avanzar.

A las dos y media de la madrugada tocó retirada la corneta insurgente y se alejaron los colombianos avergonzados y confusos de no haber podido conseguir otra cosa sino perder mucha gente, quemar la citada iglesia y rompernos unas cuantas tejas con sus proyectiles.

De toda la orilla se oían los quejidos de los que habíamos hecho morder el polvo.

El 8 de Septiembre hubo ya que acortar las raciones de la tropa por escasear los víveres en la plaza. Eso desanimó bastante á nuestros soldados, la mayor parte indios, y desde aquella fecha empezamos á notar varias deserciones, que aumentaban diariamente.

No pocos peninsulares indignos, emparentados en el país, se pasaron también paulatinamente al enemigo, convencidos de que pronto habíamos de evacuar el continente americano.

El 19 nos hicieron mucho daño en el fuerte de la Boca con una batería que colocaron en la casa de M. Luis, distante 400 toesas de nuestro fuerte.

El 23 supo el gobernador con bastante sentimiento que la gente que tripulaba las flecheras, tan fiel hasta entonces, se pasaba al enemigo en grupos de 15 á 20 hombres, quedando nuestras embarcaciones con escasísimos tripulantes abandonadas en el río, al cuidado del bizarro marino D. Francisco Salas Echevarría.

El 23, á las cuatro de la tarde, 200 enemigos se internaron en las huertas de D. Alonso Ruiz, á espaldas del hospital, robando y saqueando terrenos y casas; pero vistos por los centinelas, acudieron fuerzas de Granada y Cachirí, haciendo una brillante salida, á la cabeza de 200 de los nuestros, el teniente D. Francisco Lladós, quien consiguió arrollarlos á la bayoneta, haciéndoles emprender la retirada.

Al efectuarla, empeñáronse en llevarse un jumento que se encontraba al paso, é igual empeño pusieron los nuestros en impedirlo. Aquel despreciable animal dió lugar á una escaramuza que podría calificarse de cómica si no hubiese sido tan sangrienta.

Tan pronto montaba en el burro un español como un americano, dándole fuertemente con los talones para hacerle correr, y fueron varios los jinetes que murieron, ya por los de un bando, ya por los del otro, hasta que el cuadrúpedo sucumbió á su vez de un bayonetazo.

En su retirada asaltó el enemigo el fuerte de la Boca á pecho descubierto, llegando con increíble audacia hasta colocarse á tiro de pistola; pero los proyectiles de los nuestros les causaron muchas bajas, y los supervivientes tuvieron que correr á la desbandada, bastante maltrechos y escarmentados.

En 10 de Octubre ya fué necesario ponernos á todos á media ración. Calculábamos que, aun con este sacrificio, los víveres no alcanzarían más que para veinte días. Nuestra situación se iba haciendo por demás crítica y lamentable.

Varios soldados perdieron la vida al ir á coger un alcatraz que habían cazado en el río. Nos sostuvimos, sin

embargo, hasta fines de Octubre sin otra esperanza que el prometido socorro que había de traernos nuestra escuadra de Puerto Cabello.

Bien sabía el enemigo esta circunstancia, por lo que trató de divertirse á nuestra costa. En efecto, el día 5 de Noviembre, cuando estábamos ya sumamente atormentados por el hambre, vimos asomar por el Oeste una escuadrilla de guerra enarbolando bandera española. Componíase de un bergantín, dos goletas y una flechera. Nuestra alegría fué inmensa.

Echamos las campanas á vuelo al ver que los buques se acoderaban sobre el cerro de Bordones y que las flecheras que nos sitiaban huían hacia la punta de Araya. Inmediatamente empezaron á tronar los cañones de nuestros supuestos buques, simulando un combate entre unos y otros.

El comandante de nuestras fuerzas sutiles logró tripular tres de sus flecheras y salió al puerto á proteger la entrada del bergantín, que venía delante disparando sobre los contrarios; pero Echevarría, que conocía todos nuestros buques de guerra, comprendió el engaño antes de caer en el lazo que se nos había tendido, virando hacia tierra cuando ya estaba á tiro de fusil del corsario.

Viendo descubierto su plan, los filibusteros forzaron las velas y lanzaron una lluvia de balas y metralla sobre nuestras flecheras; sin embargo, consiguieron éstas salvarse gracia, á la protección que les dió nuestra batería de la Boca, mas no sin sufrir sensibles pérdidas.

El día 8 por la noche sentimos desde la ciudad y nuestras líneas un ataque encarnizadísimo por tierra sobre la batería de la Boca, durando el fuego hasta la una, todo con el objeto de entretener aquel punto, según supimos por la mañana, y apresar, á favor de la obscuridad, dos buques mercantes españoles que había en la boca del río, lo que consiguieron al fin á pesar del vivísimo fuego de cañón de aquel punto, llevándose también nuestra flechera llamada la *Cumanesa* con toda su artillería,

que estaba sin tripular, viniendo en ella á hacernos fuego aquel mismo día.

El 10 por la mañana, en un cerro á tiro de cañón de la casa fuerte de Agua Santa, y á su frente por la parte del Sur, se vió una gran mancha amarillenta en el bosque que había en la cumbre, la cual supimos después era causada por haber desmontado un trozo de aquel terreno á fin de construir una batería con dos cañones de 18, que debían batirnos desde aquel sitio y arrasar la ciudad.

El 18 de Octubre trabajaron mucho los enemigos, construyendo una batería con un recodo que forma el río entre la boca y la ciudad, la cual amaneció ya montada con faginas y sacos de tierra; por esta causa quedó interceptada nuestra comunicación por agua y tierra, infundiendo este accidente el desaliento y deserción más lamentables.

El 15 notamos que los enemigos avanzaban con el objeto de internarse en el río, aproximándose los buques mayores á fondear al frente de la batería de la Boca, á menos de tiro de fusil, por lo que comprendimos al momento que aquel punto desde el cual, desgraciadamente, no se les hacía fuego, había sido entregado, corriendo en seguida á ponerlo en conocimiento del gobernador, don José Caturla, al que sorprendió semejante noticia muy desagradablemente.

Acto seguido hizo llamar á todos los jefes que mandaban la tropa de la guarnición, y así que los tuvo reunidos en su presencia, despachó de parlamentario al campo enemigo al coronel del batallón de urbanos de Barcelona, don José M. Hurtado, que, como natural del país y conocido del general y demás jefes insurgentes, podía mejor cumplir su embajada, la cual consistía en entrar en un arreglo y adquirir noticias fidedignas de aquel funesto acontecimiento.

Regresó el coronel Hurtado á las ocho de la mañana con la noticia de que la batería de la Boca, llave principal de la ciudad, había sido vendida y entregada á los

enemigos por el capitán Insusarri, aquel adulador vil que merecía la ilimitada confianza del gobernador de la plaza. ¡Miserable! ¡Consecuencia legítima de la bajeza y poca dignidad del que por la cobarde adulación intenta medrar á la sombra del poderoso!

Aquel infame proceder del capitán Insusarri nos llenó de indignación y enrojeció nuestras frentes de vergüenza, dando lugar después á que el general insurrecto Bermúdez, con toda la petulancia y pedantería del que se cree superior á los demás, mandara una comisión al gobernador Caturla diciéndole reconociese su situación é impotencia, que sabía muy bien no quedaban en la plaza sitiada víveres ni recursos de ningún género, que era una criminal obstinación seguir sacrificando sin fruto alguno la guarnición y demás gente, y que en virtud de la filantropía que le era peculiar, estaba pronto á conceder á los sitiados una capitulación honrosa.

Enterado de la misiva, comisionó el gobernador al segundo comandante de mi batallón, D. Salvador Medina, con instrucciones para proponer al insurgente general las condiciones que debían estipularse para llegar al propuesto arreglo y capitulación.

Hízose así, y á las cuatro de la tarde regresó Medina con la capitulación arreglada, la cual consistía en entregar la plaza al enemigo al día siguiente con toda la artillería, como también todos los castillos, baterías y casas fuertes; la guarnición saldría á las seis de la mañana del mismo día 16, antes de entrar el enemigo, en rigurosa formación, con bandera desplegada y con todas las municiones y aprestos de guerra, marchando la gente á alojarse al barrio de Puente-Afuera, como si estuviéramos en paz, y últimamente que los oficiales conservaríamos nuestras espadas y equipajes, explorando al día siguiente las voluntades de todos por si alguno quería quedar al servicio de la causa colombiana ó como simples particulares en aquel país, que tanta sangre y sacrificios nos había costado, y que concluído este acto se nos embarcaría

en buques de guerra de la República, los cuales quedarían desarmados con antelación y sólo con la dotación marinera suficiente para conducirnos á la isla de Puerto Rico.

Aprobada esta capitulación por ambas partes, el resto del día lo empleamos arreglando los equipajes para embarcarnos al día siguiente con rumbo á Puerto Rico.

Desconfiando, empero, del enemigo, pasamos la noche aquella, de triste recordación para pechos leales, sobre las armas y vigilando por si se cometía con nosotros cualquier abuso.

Á las cinco de una mañana triste como nuestras almas, en que hasta parecía que el sol no se atrevía á asomar su refulgente disco bañado de tintas sangrientas; en que la Naturaleza parecía exhalar su último adiós al ejército expedicionario, que iba á abandonar en breve aquellas playas empapadas con sangre generosa y mudos testigos de heroicidades y lealtad indomable, así como también de perfidias y traiciones, aquella mañana, día 16, marchamos á la plaza unos 700 hombres, desfilándonos después y alojándonos en varias casas particulares, viniéndonos á visitar muchos oficiales é infinidad de tropa que habían servido con nosotros, entre ellos el traidor Insusarri, mengua de los leales y deshonra de su patria, á quien negamos el presentarse á nuestra vista, temiendo nos contagiara con su infame aliento.

Llegó por fin el 17, último día en que iban á pisar nuestras plantas el suelo de Costa-Firme, y entre las ocho y las diez formamos y nos dirigimos á la playa; allí encontramos al general Bermúdez con algunos oficiales, dando disposiciones para el embarque.

Á mí me tocó embarcarme con 139 hombres de mi batallón, 60 de la compañía de Cansados, 50 de Granada y algunas mujeres en la goleta enemiga *Antonia Manuela;* el resto del ejército español lo hicimos en otros buques.

Al llegar á bordo nos presentamos á Mr. Coustis, comandante del buque, el que nos recibió con agrado, lla-

mándonos después aparte para decirnos que era necesario depositásemos nuestras armas, pues siendo más fuertes nosotros que él á bordo, pudiera sobrevenir cualquier incidente desagradable que hiciera desgraciada la partida del continente americano; en vista de sus razones, lo hicimos como él deseaba, entregando nuestras armas.

Á la oración atracaron varios botes cargados de raciones para el servicio de la tropa, las cuales consistían en carne fresca.

Al fin, el día 24, á las siete de una noche memorabilísima, después de varios días de inacción y de fastidio y de muchos incidentes faltos de interés, levamos anclas, dirigiendo nuestro postrer adiós á la costa americana, llena el alma de recuerdos tristes los unos, dulces y sombríos los otros, y navegando mar afuera con pasmosa rapidez.

La noche era clara y despejada; la luna, asomando por Oriente, bañaba el mar, y nuestro buque, con torrentes de perlas, aumentando más y más nuestra melancolía; las olas parecía que murmuraban á nuestro rededor elegías de amargura.

El barco navegaba con velocidad, y en breve la negra silueta de la tierra americana se hundió en las nieblas del horizonte, aquella tierra ingrata, cuyo suelo está henchido y cuya candente atmósfera palpita con los recuerdos de mil y mil heroicidades y proezas españolas.

En breve sólo la mar y el cielo mostraron ante nosotros su imponente majestad.

Así había concluído aquella guerra sostenida por los titanes españoles en un clima abrasador contra los elementos desencadenados, contra la miseria y las más negras vicisitudes y contra la ferocidad de un ejército aguerrido y numeroso, y, lo que es más terrible, contra la continua traición de hijos bastardos de España, que nunca faltan en todas las causas, por santas que sean, mayormente cuando amenaza la adversidad, Judas menguados que las venden por 30 dineros ofrecidos á su insaciable ambición y codicia.

CONCLUSIÓN

Después de mil peripecias y accidentes en nuestro viaje, llegamos al fin en la mañana del 28 de Octubre á la isla de San Juan de Puerto Rico, desembarcando por la tarde en la hermosa playa de la villa de Ponce.

¡Al fin pisábamos tierra hermana y hospitalaria! ¡Al fin teníamos un hogar donde reclinar la cabeza, descansar de tantas amarguras y recordar tantas proezas y epopeyas tantas de sublime valor y fortaleza de ánimo!

FIN

EL COMBATE DE TRAFALGAR (1).

El 19 de Octubre de 1805 dióse la orden para que saliese á la mar nuestra escuadra, unida á la francesa, que desde Agosto estaba en el puerto, para ir en busca del resto de los barcos de ambas naciones que cruzaban á la altura de Cartagena, tratando de embocar por el Estrecho. Efectivamente, vimos darse á la vela aquella grande escuadra, compuesta de 35 á 40 navíos, mandada por el almirante francés Villeneuve y por el teniente general español Gravina.

---

(1) En las Memorias autobiográficas del capitán don Rafael Sevilla figuran, además de sus servicios en Venezuela, detalles de su niñez y adolescencia, las peripecias de su bautismo de sangre en la gloriosa guerra que por su independencia sostuvo España contra las aguerridas huestes del gran Napoleón, los trabajos y privaciones sufridos durante el largo tiempo que él estuvo prisionero de los franceses, precisamente en los momentos en que se helaban en Rusia los laureles ya marchitos en España de Napoleón I, el combate de Trafalgar, que el señor Sevilla, niño todavía, presenciara desde las azoteas de Cádiz, y su brillante hoja de servicios.

Por juzgarla de escaso interés para nuestros lectores, suprimimos toda esa relación, conformándonos con publicar la copia de su hoja de servicios y el relato del combate de Trafalgar, que si bien difiere algún tanto de la historia, fotografía exactamente las impresiones de los consternados habitantes de Cádiz, cosa de que no se han ocupado los historiógrafos de aquel desastre glorioso para la armada española, que hizo inmortales los nombres de Gravina y Churruca muertos heroicamente en el ciclópeo combate naval de Trafalgar.

Bien quisiéramos no pasar por alto los detalles de la niñez y ado-

Con hondo sentimiento contempló el pueblo de Cádiz aquella partida, pues sin saber por qué, todos presentían un funesto resultado. Mientras tenía lugar aquel acto imponente no cesaron de estar cubiertas las azoteas y murallas de hombres, mujeres y niños de ambos sexos, que despedían con gritos y con pañuelos á sus parientes y amigos de la escuadra.

Ni un alma se encontraba por las calles de Cádiz; todos sus habitantes habían afluído como una avalancha á los muelles y á sus cercanías. Yo vi á muchas señoras y mujeres del pueblo como Magdalenas: eran madres de los que iban á morir; su instinto les debía representar lo inminente de la catástrofe, máxime cuando desde los miradores se veían, cual ominosas fantasmas de muerte, buques que asomaban por el horizonte.

La consternación, aún antes de la batalla, era general. ¿Y cómo no había de serlo si apenas había en Cádiz una familia que no tuviese un ser querido en la escuadra que se alejaba? Yo también tenía en ella á un hermano querido, y á tíos bondadosos que me habían estrechado en sus brazos al partir.

El 19 y el 20 maniobró la escuadra á la vista de Cádiz, teniendo siempre pendiente de sus movimientos á aquella patriótica población.

Pero al amanecer del día 21, se encontraron los nuestros doblando el cabo de Trafalgar, con la formidable escuadra británica, de 48 á 50 navíos, que, además de tener el viento en su favor, estaba bajo la dirección del primer general de mar que han producido los modernos tiempos. Ya no se veía nada desde Cádiz; pero se tuvo en la

---

lescencia del capitán Sevilla, pues ellos retratan fielmente las costumbres de una sociedad que ya no existe; pero la falta de espacio y el deseo de dar fin á la obra con la entrega Décima, nos obligan á hacer punto, como lo hacemos también por lo que se refiere á hechos posteriores del citado capitán, dado que, desde el momento en que tiene efecto su honrosa capitulación en Cumaná, ya pierden estas Memorias todo interés histórico para Venezuela y Colombia.

(Notas de Díaz Valdepares.)

ciudad noticia del próximo conflicto, á las nueve de la mañana, por conducto de unas embarcaciones de pescadores que habían pasado la noche fuera.

Pronto el ruido lejano, pero continuado y fatídico de los cañones confirmó la nueva fatal. Entre el nutrido tronar de la artillería percibíanse á veces ruidos mayores como truenos prolongados: eran las naves que volaban.

El combate tuvo lugar del modo siguiente: Puestos los buques aliados en una línea, ya ordenado el zafarrancho y los ingleses en otra, calculó Nelson que, perdiendo uno ó dos navíos de los suyos, lograría romper nuestra línea y envolvernos en dos círculos de fuego; y así fué.

Mandó dos de aquéllos al centro, como carnada, los cuales fueron deshechos inmediatamente; pero con esta estratagema consiguió abrir un claro, por donde entraron otros navíos enemigos, saliéndole el plan al almirante inglés á las mil maravillas.

El combate, sin embargo, fué porfiado, largo y sangriento. En él rayó el valor español á la altura de la epopeya, principalmente en los abordajes, en donde se acuchillaban y desgarraban como fieras.

Navío español hubo que rechazó durante horas enteras el fuego y el abordaje de tres navíos ingleses.

Una división francesa, que estaba á sotavento, no quiso ó no pudo entrar en combate, por lo que se alejó, dejando á sus hermanos tiñendo con su sangre las olas del mar. El único barco nuestro que iba en ella entró en fuego é hizo heroicidades.

Á nuestro navío *Trinidad* le acometieron, primero, dos navíos de alto bordo, que destrozó á las primeras descargas; después vióse cercado por tres más, uno de ellos de tres puentes, el *Victory*, en que arbolaba su insignia el almirante Nelson, quien cayó herido mortalmente por una palanqueta, lanzada del *Trinidad* ó del *Redoutable*, que se hallaba por la proa de aquél.

El *Trinidad* quedó desarbolado y acribillado, pues se había batido con cinco, había sufrido seis abordajes, per-

diendo casi toda su oficialidad, marinería y tropa, de tal modo, que mi hermano, no siendo más que simple guardia-marina, y con una herida de astilla en la cabeza, había quedado desde el intermedio del combate mandando las dos baterías de babor y estribor del segundo entrepuente.

Igual destrozo sufrieron otros navíos, todos los más españoles y franceses, que tomaron parte en la acción, tales como el *General*, el *Príncipe de Asturias*, el *Leandro*, etc.

Aquel combate fué el más encarnizado que han presenciado los mares. Nadie pensó en conservar la vida, sino en arrebatársela á sus adversarios.

Como si no fueran bastante las tempestades que habían rugido en los pechos de aquellos fieros guerreros, los elementos se desencadenaron, á lo último, para dispersar y destruir lo que quedaba en medio de aquel líquido campo de desolación.

El silbido del viento se confundía con los lamentos de los que, en los buques que flotaban á la ventura, sin marinos que los guiasen, haciendo agua y sin palos, se quejaban.

Arrebatados por el temporal los pocos que quedaban hábiles para navegar, se hacían fuego en medio de la obscuridad, tomándose mutuamente por enemigos.

Muchos arribaron á nuestras costas, otros á las del África y algunos vinieron remolcados, á Cádiz, por las embarcaciones que en su busca habían enviado las autoridades de marina cuando se bubo apaciguado el huracán.

El *Trinidad* se estaba yendo á pique; tanto, que ya se habían ahogado varios de sus heridos en la bodega y en el entrepuente que tenía debajo de la línea de flotación.

La Providencia ó la casualidad hizo que pasase cerca de él una fragata inglesa, la cual, si bien al principio tuvo miedo de acercarse, temiendo una de las mortíferas andanadas que el navío había lanzado en aquel día memorable, perdió su recelo al ver que no sólo no le hacían fuego los de á bordo, sino que, con señales, imploraban su

auxilio. Entonces el buque enemigo se acercó más y echó sus lanchas al agua para recoger, como prisionera, á la tripulación superviviente.

Salváronse todos los que, por no estar heridos ó estarlo levemente, pudieron tirarse desde la cubierta á los botes; los que no pudieron moverse perecieron, pues el *Trinidad* se fué á pique delante del buque inglés que lo había socorrido.

Á Gibraltar fueron conducidos los prisioneros españoles y franceses. De allí vieron salir siete navíos ingleses, que estaban de reserva, para recoger los despojos de la victoria, trayendo luego á remolque gran número de buques españoles y franceses que no habían tenido la dicha de ser encontrados por los nuestros.

Cuando llegaron á Cádiz los poquísimos oficiales y marineros que habían escapado de aquel desastre, súpose que se había perdido el navío en que estaba mi hermano. Júzguese del pesar de la familia. No nos quedaba más que la lejana esperanza de que se hubiese salvado trasbordándose á otro buque.

En esta agonía, no nos quitábamos de los balcones, ni cesábamos de bajar al muelle á reconocer á la multitud de heridos que, como en procesión, eran llevados desde allí al hospital del Rey, unos en hombros, otros en camillas y los demás sostenidos por un padre ó un hermano. Todos los reconocimos: ninguno de ellos era el hermano querido, el hermano predilecto por quien lloraba mi padre.

En esta angustia estuvimos dos días, largos como dos siglos, dos días en que duró aquella tristísima procesión de ataúdes y de enfermos, acompañada de los sollozos de millares de madres de familia. La mar no se cansaba de arrojar á las playas muertos desfigurados, muchos de los cuales apenas podían identificarse.

Todo Cádiz era un cementerio. Los sepultureros no daban abasto á abrir fosas, y era preciso hacer zanjas para enterrar á granel.

Al fin, al tercer día recibió mi desconsolado padre una esquela que le escribía mi tío don Salvador Méndez desde su navío, en que le daba la grata noticia de que José María estaba prisionero en Gibraltar; que su hermano don José y don Ramón Herrera habían sufrido igual suerte, y por fin nos decía que encomendásemos á Dios el alma y llorásemos la pérdida de nuestro buen tío don Ramón de Alcedo, capitán de navío y comandante del *Montañés*; á quien, estando sobre cubierta mandando una maniobra, rodeado de navíos ingleses, le llevó una bala de cañón la vocina que tenía en la mano; pidió otra, y á los pocos minutos él mismo fué hecho pedazos por una segunda bala, sufriendo luego igual suerte el segundo comandante que le reemplazó en aquel puesto de honor.

El espectáculo que presentaba Cádiz en los cinco ó seis días que siguieron al del combate, era en verdad desgarrador. No sólo estaban las playas cubiertas de cadáveres, que la diligencia de las autoridades no bastaba á retirar, pues siempre salían más y más, mezclados con jarcias y otros fragmentos de los buques, sino que eran numerosísimos los fallecimientos de heridos de las tres naciones que allí sin distinción se habían recogido.

Las campanas de las iglesias no hacían más que doblar á muerto, los sacerdotes no cesaban de hacer honras fúnebres; todas las familias estaban de duelo: ni una sola casa vi en que no se llorase la pérdida de alguno de sus miembros. Aquí una madre, desmelenada, loca de dolor, abrazaba el cuerpo inanimado de un hijo; allá la esposa rodeada de sus niños buscaba entre los ahogados al esposo... En fin, es indescriptible el cuadro que presentaba Cádiz en los últimos días de Octubre de 1805.

Habíamos pasado cinco días de mortal angustia en medio de tanto horror, sin más noticias del hermano, cuando se apareció éste con la cabeza vendada, el uniforme hecho mil pedazos y lleno de manchas de sangre: traía un pantalón de mahón andrajoso y venía descalzo. Entró de improviso abrazando á todo el mundo. Las lágrimas se

nos saltaron y prorrumpimos en una especie de plegaria, dando gracias á Dios por haberle librado de tan inminente peligro. Después lo pasábamos de brazo en brazo, danzando de alegría como locos.

En doce días que estuvo en cura se restableció completamente, habiéndose aumentado la satisfacción de la familia con el ascenso á alférez de fragata con que lo honró el Rey, quien dió un grado á todos los oficiales y guardia-marinas que sobrevivieron en Trafalgar; generosidad que no tuvo con sus marinos Napoleón, por más que la sangre de éstos corría unida con la de los nuestros, y á excepción de los que estaban en los cinco buques fugitivos, se batieron como leones.

Las cortes de Madrid y de París hicieron en Cádiz unas suntuosísimas exequias por el eterno descanso de todos los que perecieron en Trafalgar. El entierro del general Gravina, muerto á los dos ó tres días del combate, fué el acto de esta clase más concurrido é imponente que he visto en mi vida.

APÉNDICE

Hoja de servicios del coronel Sevilla.

Estado Mayor de la plaza de Puerto Rico.—El coronel vivo y efectivo de Infantería D. Rafael Sevilla y León: su edad, cincuenta y siete años; su país, el Puerto de Santa María; su calidad, noble; su salud... sus servicios y circunstancias, los que á continuación se expresan.

Empleos y tiempo en que empezó á servirlos.

Guardia-marina, 22 de Agosto de 1808. Subteniente, 22 de Abril de 1813. Teniente, 2 de Septiembre de 1814. Adicto al E. M, G., 18 de Febrero de 1816. Capitán, 1.º de Agosto de 1816. Segundo comandante, 10 de Marzo de 1826. Coronel graduado de Infantería, 14 de Noviembre de 1830. Primer comandante, 17 de Mayo de 1832. Sargento mayor de esta plaza, 13 de Noviembre de 1840, Teniente coronel, 14 de Noviembre de 1844. Coronel vivo y efectivo de Infantería, 15 de Abril de 1846.

Sirve en cada empleo.

De guardia-marina, dos años, ocho meses, un día. De subteniente, tres años, cuatro meses, nueve días. De te-

niente, un año, cinco meses, diez y seis días. De adicto al E. M. G., cinco meses, trece días. De capitán, nueve años, siete meses, nueve días. De segundo comandante, cuatro años, ocho meses, siete días. De coronel, veintiún años, cinco meses, dos días. Total, hasta el 15 de Abril de 1852, cuarenta y tres años, siete meses, veinticuatro días.

Clasificación de sus servicios con arreglo á la Real orden de 26 de Noviembre de 1814, y regimientos donde ha servido.

Guardia-marina en el departamento de Cádiz, dos años, ocho meses, un día. En el regimiento de Burgos en campaña, siete meses, dos días. Prisionero en Francia, dos años, seis meses, veintitrés días. Con licencia temporal en Cádiz, cuatro meses, dos días. En el batallón de la Unión, un año, cinco meses, diez y seis días. Ayudante adicto al E. M. G. de operaciones, cinco meses, doce días. En el batallón ligero de Cazadores de Chachirí, seis años, cuatro meses. En el regimiento Infantería de Granada, agregado ocho meses. En el Estado Mayor de la plaza, dos años, siete meses, diez días. En el 7.° batallón Infantería de Milicias, diez años, dos meses, veinte días. En la columna de Granaderos en guarnición, seis meses, once días. Con el referido 7.° de Milicias, después de su regreso en la columna, once meses, quince días. En el batallón de la misma arma, dos años, nueve meses, veintiocho días. De sargento mayor de esta plaza, ocho años, once meses, siete días. De comandante del 4.° Departamento Militar, dos años, cinco meses, veintiséis días. Abono de tiempo doble, por la campaña de independencia con los franceses, cinco años, nueve meses, nueve días. Idem con arreglo al art. 7.° de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo de 10 de Junio de 1815 por la navegación de Cádiz á Costa Firme, seis meses. Idem

por la pasada guerra de Costa Firme, según Real orden de 30 de Abril de 1815, siete años, nueve meses, veintiocho días. Total de servicios, deducido el pasivo, cincuenta y siete años, nueve meses, dos días.

Campañas y acciones de guerra en que se ha hallado.

1808.

Supernumerario en las compañías. Guardia-marina cursando sus estudios: en el mes de Junio fué destinado á la batería de Fadricas en la isla de León, en que sufrió el fuego de la escuadra francesa que se rindió en la bahía á los tres días. Sentó plaza de Caballero guardia-marina en Agosto del mismo.

1809.

Siguió cursando sus estudios en la Academia todo el año.

1810.

Fué ayudante interino de la Capitanía de puerto de Cádiz los meses de Marzo y Abril, hallándose en el tiroteo que hacían las fuerzas sutiles contra el Trocadero y castillo de Matagorda cuando el sitio de Cádiz.

En Mayo pasó al arsenal de la Carraca, habilitado de oficial para hacer este servicio, y se le dió el mando de una falúa obusera, nombrada la *Inspección*, con la que continuamente estaba haciendo fuego á las baterías de las líneas enemigas; y con ella, el día del gran temporal, en unión de otra salvó, bajo el fuego de cañón de los franceses, 10.000 fusiles y toda la gente y equipaje de la fra-

gata de guerra *Paz*, incendiada por las balas rojas de aquéllos.

1811

Pasó al apostadero de Sancti Petri, destinado á la cañonera *Mercedes*, y se halló el 2 de Marzo en la acción y sorpresa que dieron los enemigos á aquel puente en que fueron rechazados; los días 4 y 5 del mismo mes, atacó las obras que hacían los franceses en Chiclana, sobre los campamentos y tropas que maniobraban de las divisiones enemigas para la batalla de la Barrosa.

En el mismo año pasó al ejército, y se halló en 15 de Mayo en la acción de Ubeda, en la que fué herido de bayoneta.

En 9 de Junio, acción de Linares.

En 5 de Julio fué atacada su compañía, que estaba en destacamento avanzado, en el punto de los dos caminos, en el pueblo de Ibros, la cual derrotó á los franceses.

En la noche del 13 del mismo, acción de Quesada.

En la del paso Alcón, el 15 de Agosto.

En la del río Sugar, el 19 del mismo.

El 20 del propio mes, en la de Huesca, y retirada hasta Murcia.

El 6 de Octubre, sorpresa y acción de Cuenca, en la que recibió una contusión.

El 24 de Octubre, acción de la Calderona.

El 25, batalla de Valencia, en la que fué segunda vez herido, prisionero y conducido á Francia.

1813

El 1.° de Junio se fugó del depósito de Francia, y habiendo sido capturado, fué conducido, con cadena al cuello, hasta los castillos de la Alsacia y Alemania.

1814

El 16 de Marzo se fugó segunda vez de Montpellier y llegó á España, presentándose en la división de vanguardia del general Copons, que estaba á una jornada de Gerona.

Se justificó en Valencia en el mes de Abril.

En Septiembre se presentó voluntariamente para la expedición de América, al mando del Excmo. Sr. D. Pablo Morillo.

1815

Se halló el 10 de Abril en la toma de la isla de Margarita y fuerte de Pampatar.

En los meses de Julio y Agosto obtuvo el mando de la tropa que había en la Guaira, para batir los insurgentes de la costa de Ocumares, los que persiguió constantemente, dando muerte á algunos y haciendo varios prisioneros.

En 1.° de Diciembre atacó con su compañía la casa de Soledad, junto á la bahía de Cartagena de Indias, apoderándose de dicha fuerza.

El 5 de Diciembre se halló en la toma de aquella importante ciudad, y fué comisionado como ayudante de campo del general en jefe, para hacer desclavar toda la artillería de su recinto.

1816

Penosísima marcha del reino de Santa Fe, en Febrero y Marzo, y el 9 del primero, acción de Cachira al pie del gran páramo.

El 22, acción de Vélez, y el 25, toma de la capital del nuevo reino de Granada, reconquistado nuevamente.

En Diciembre, días 3 y 5, las acciones de la boca de la montaña de San Camilo y Guadalito, y el 20, la de Hato Rubiero.

1817

El día 23 de Enero, acción de Mantecal, y el 27 las de Macuritas.

El 15 de Febrero, acción de Pedraza.

El 6 y 7 de Marzo se batió con los enemigos, mandando un convoy en los sitios de Banco Largo y Apurito, logrando escarmentar al enemigo, continuando su marcha hasta Angostura en la provincia de Guayana.

El 22 de Abril, acción del cerro de la Mesa.

El 3 de Agosto, marcha de aquella plaza en que se había padecido tanta hambre y calamidad, forzando el paso por entre los enemigos, batiéndose con sus buques de guerra hasta la isla inglesa de Granada.

1818

El 7 de Diciembre, acción de San Mateo, y el 28 la de Chamariapa.

1819

El 1.° de Febrero, en la sorpresa y acción de la quebrada de Ipire, arrollando á los enemigos hasta San Diego de Cabruta, y desde este tiempo hasta fines de Mayo, en la columna volante de operaciones de don Eugenio Arana, en los llanos de Barcelona, en que pasó su batallón de guarnición á Cumaná.

En 20 de Noviembre, siendo comandante militar de Carúpano, fué atacado el punto avanzado de Yaguaparo por el coronel disidente Armario, y marchando con las

milicias de aquel partido, batió á los enemigos y los puso en fuga.

1820

El 8 de Abril regresó á Cumaná hallándose en el sitio de los insurgentes unidos á los ingleses y mandó á su batallón en dos salidas que se hicieron de la plaza los días 5 y 13 de Junio contra los enemigos, batiéndose con buen éxito.

1821

Desde Agosto hasta Octubre, segundo sitio y bloqueo de aquella plaza, mandando á la izquierda la línea del río, la cual capituló pasando sus tropas á esta isla de Puerto Rico.

1843

En la noche del 26 al 27 de Marzo, hallándose en una hacienda de Toa-baja, tuvo aviso de que los negros inmediatos en aquel partido se habían sublevado y apoderado del armamento y municiones de las milicias: en el momento corrió al pueblo para ayudar á las autoridades á contener cualquier desorden; y no encontrando á nadie en las calles, se vió rodeado de un grupo de feroces negros haciéndole fuego, y habiendo salido para socorrerle el catalán Maymí y cuatro vecinos con un trabuco y machetes, los atacó y entretuvo á pesar de la certeza de perder la vida, hasta que, auxiliado por un oficial y otros vecinos que fueron llegando, los derrotó aunque con pérdida de cinco hombres y los cerró en un cañaveral, matándoles tres, hasta que llegaron después de amanecer el alcalde y comandante del departamento con fuerza armada, y fueron capturados todos, por cuyo recomendable y bri-

llante comportamiento, recibió las gracias oficialmente del Excmo. Sr. Capitán general y por S. M. á la cruz de San Fernando de 1.ª clase.

Comisiones que ha desempeñado del real servicio.

1815

Fué comisionado por el señor Capitán General de Caracas, en el mes de Noviembre para llevar en un buque mercante que se armó en Puerto Cabello la interesante correspondencia de la corte que logró poner en manos de S. E. D. Pablo Morillo, en el caserío de Cospique, en Cartagena de Indias, siendo atacado y perseguido á cada momento por los corsarios insurgentes que infestaban aquellos mares.

1816

En Julio fué nombrado comandante político y militar de los valles de Cúcuta y villa de San Cristóbal por el general en jefe del ejército para organizar el batallón de criollos que se tituló de Cachirí, el cual equipó con los géneros y recursos que se recaudaron en aquellos pueblos, cuyo cuerpo instruyó á satisfacción de sus jefes, saliendo con él á los cinco meses á la campaña del llano de Barinas y el cual se cubrió de gloria.

1817

En el mes de Marzo hizo la benemérita navegación de 150 leguas por el río de Orinoco mandando una parte de las piraguas que conducían las tropas auxiliares para la Guayana, cuyo país y ribera de aquel caudaloso río se

hallaba cubierto de enemigos con quienes se batía á cada momento.

El 29 de Septiembre obtuvo el mando del castillo de Puerto Cabello.

Estando en esta plaza fué nombrado el 21 de Noviembre por su gobernador el coronel Carmona con 50 hombres de su compañía para perseguir una partida de bandoleros que se habían posesionado del pequeño valle de los Apiros, á cinco leguas, los que sorprendió y batió, dando muerte su tropa á dos de aquéllos y capturando al capitán de los malvados y á dos más.

1818

El 19 de Agosto se le comisionó por el jefe del Estado Mayor del ejército para formar la estadística itineraria de longitud y levantar planos y croquis topográficos de los pueblos de Quirama, Carrobo y Alpargatón en la costa de sotavento de Puerto Cabello, concluyendo aquellos trabajos á satisfacción de sus jefes.

1819

En el mes de Marzo, estando en las columnas de operaciones de los llanos de Barcelona, se le comisionó para construir un camino por la montaña y bosque desierto entre Píritu y Clarines, á fin de abrir la comunicación que estaba interceptada, de este pueblo, el cual dejó abierto y transitable en una distancia de cinco leguas.

El 3 de Octubre fué nombrado Comandante político militar y subdelegado de Real Hacienda del pueblo y puerto de Carúpano, donde con su milicia, defendió aquella costa de los enemigos, que la amenazaban de la vecina isla de Margarita y en todas direcciones por el interior, y en cuyo punto hizo armar á los vecinos particulares varios esquifes para perseguir á los buques mercantes

que auxiliaban con víveres y municiones á los insurgentes por el caño de Macareo, los que apresaron tres de aquéllos.

Mandó igualmente construir con madera de aquel partido y sin gravamen del real erario, la hermosa flechera, que se tituló *Fiel Carupanera,* la cual se armó con dos cañones en colisa, de á 18, reforzándose con este buque las fuerzas sutiles de Cumaná, y concluyó el fuerte de San Fernando, construído en el cerro de barlovento, montándole 11 piezas de cañón que hizo sacar del agua de los buques que se habían perdido en la costa.

1820

El día 8 de Abril regresó á Cumaná, y el día 1.º de Mayo fué comisionado por el gobernador de la plaza, D. Antonio Tobar, para reedificar la casa fuerte del cerro de Agua Santa, destruída en el último ataque del año anterior, que dieron los ingleses unidos á los enemigos; el día 6 de Diciembre obtuvo el mando del fuerte avanzado de la Boca del río, sitiado por los enemigos, para dirigir sus obras, reformarle y aumentar su seguridad.

1821

Se le nombró primer ayudante interino de su batallón y desempeñó la oficina del detall hasta fines del siguiente año.

1823

Fué comisionado por el E. S. C. G. de esta isla de Puerto Rico para seguir algunas causas de consideración.

1824

Por orden del señor general fué agregado al Estado Mayor de la plaza, por haber pasado la tropa de su bata-

llón al de Granada, y se le nombró para instruir el cuerpo de voluntarios de Puerto Rico.

1825

En este año recayó en su favor la elección para habilitado del E. M. y Cuerpo de inválidos de dicha plaza, que desempeñó hasta fin del mismo.

1826

Habiendo sido colocado en la milicia provincial de esta isla de segundo comandante, organizó el 7.° de esta arma, de nueva creación, en el pueblo de Caguas.

1827

En 20 de Diciembre fué nombrado, con aprobación de S. M., por el E. S. C. G. de esta isla, teniente justicia mayor del distrito de Caguas y de los seis pueblos de su jurisdicción, desempeñando éste cinco años seguidos.

1832

En 17 de Mayo se le encargó por dicho E. S. C. G. el mando militar del departamento de Caguas y de los pueblos de su comprensión, hasta la costa del Sur.

1836

En 12 de Julio fué elegido por el mismo jefe superior de la isla para mandar la columna de granaderos de la provincia, llamada á la guarnición por las desgraciadas circunstancias de aquella época, cuyo mando en jefe obtuvo cerca de siete meses, hasta su extinción, regresando entonces á su cuerpo y anterior destino.

1838

En 13 de Enero se le nombró para mandar el importante departamento de Ponce y 5.º batallón de milicias por disposición del inspector del arma.

1839

En 24 de Octubre se le comisionó por el E. S. C. G. superior político para que aprehendiese á un individuo, hacendado de la villa de Coamo, tenido por desafecto al gobierno español y á las autoridades de esta isla, el cual hacía siete meses no iba á su casa, perseguido en los montes por varias autoridades; el 26 del mismo mes, á las tres de la madrugada, lo sorprendió y capturó en la sierra, después de una marcha penosísima por caminos desiertos é intransitables, atravesando á nado ríos y quebradas, durante la mayor intensidad de un furioso temporal. En este año dirigió y construyó de mampostería la hermosa casa fuerte situada en la playa de Ponce, reparando la batería con la suscripción voluntaria de los vecinos y el trabajo personal de los milicianos á su mando, completándose todo lo necesario para su defensa.

1841

En 18 de Diciembre averiguó una atroz conspiración contra los blancos, urdida por el crecido número de esclavos de las haciendas de Ponce, y en la misma noche sorprendió y aprisionó á los criminales más complicados en el delito, y previa la correspondiente causa y consejo de guerra, fueron fusilados los primeros cabecillas, con aprobación del gobierno.

1843

En la noche del 17 de Julio fué comisionado por el E. S. C. G. para apoderarse de ocho individuos deser-

tores de uno de los regimientos de la guarnición que intentaban sorprender las guardias del baluarte de San Francisco de Paula y del Abanico, arrebatar el armamento á las tropas que estaban de servicio en estos puntos, y hacerse dueños en seguida de un buque que los conduciría á otra parte; á las once de la noche los capturó á todos con varios paquetes de cartuchos, en el momento en que se disponían á poner en efecto su atentado, presentándolos acto seguido á su jefe en el cuartel.

El 1.° de Diciembre fué nombrado por el mismo E. S. C. G. con acuerdo de la Junta directiva de la Real Hacienda, presidente de la junta de oficiales para ajustar y liquidar á todos los señores jefes, oficiales é individuos de tropa pertenecientes á los cuerpos que han guarnecido esta isla, cuyo arduo y prolijo trabajo concluyó, dejando amortizados en beneficio del Erario 900.000 pesos, por cuyo servicio le concedió S. M. el empleo de coronel vivo y efectivo de infantería.

1846

Por haber obtenido su retiro el señor coronel teniente coronel del Rey don Bernardo Unceta, fué nombrado interinamente por la capitanía general para el desempeño de este destino en Abril.

1847

En 15 de Junio cesó en las funciones de este destino por haber sido nombrado en propiedad por S. M. el señor coronel don Mariano Bosch, desde cuya fecha se le destinó por la capitanía general para desempeñar una comisión interesante del servicio y con separación de la sargentía Mayor de la Plaza.

En 16 de Diciembre se embarcó para la Península en uso de la real licencia que le fué concedida por S. M.

En 14 de Julio regresó á esta plaza, desde cuya fecha

fué destinado por la capitanía general á otra comisión especial como Presidente de la junta de la obra de la plaza del Mercado.

Por Real orden de 20 de Octubre se dignó S. M. nombrarle comandante del 4.º departamento militar de esta isla, en cuya virtud se da de baja en este cuerpo como Sargento Mayor; pero continuando en la misma comisión.

Cruces de distinción que disfruta.

Medalla de la rendición de la escuadra francesa en la bahía de Cádiz el 6 de Junio de 1808.

Cruz del 2.º ejército, por diploma que obtuvo en Septiembre de 1815.

Idem del 3.º ejército, según Real orden de 31 de Marzo de 1815.

La del sufrimiento por la patria como prisionero en Francia, por diploma de 8 de Enero de 1815.

La del sitio y toma de Cartagena de Indias, el 6 de Diciembre de 1815, por diploma de 22 de Septiembre de 1828.

La de caballero de la real orden militar, de San Hermenegildo, por Real orden de 3 de Diciembre de 1828.

Cruz y placa de la misma orden militar, según cédula de S. M. de 5 de Agosto de 1840.

La de San Fernando de 1.ª clase por Real despacho de 24 de Octubre de 1845.

DON ANTONIO CAPARROS DE VILLAR, Caballero de la real y militar orden de San Hermenegildo, teniente coronel con grado de coronel de infantería y sargento mayor de esta plaza, de que es teniente de Rey el señor coronel efectivo de la misma arma don Mariano Bosch, Caballero con cruz y placa de la expresada orden de San Hermenegildo, y condecorado con otras de distinción por acciones de guerra;

CERTIFICO: que la hoja de servicios que antecede es copia á la letra de la original que existe en esa oficina á mi cargo. Y para que conste, expido la presente en virtud de orden superior.—Puerto Rico, quince de Abril de mil ochocientos cincuenta y dos.—ANTONIO CAPARRÓS.—V.º B.º—MARIANO BOSCH.

INDICE



